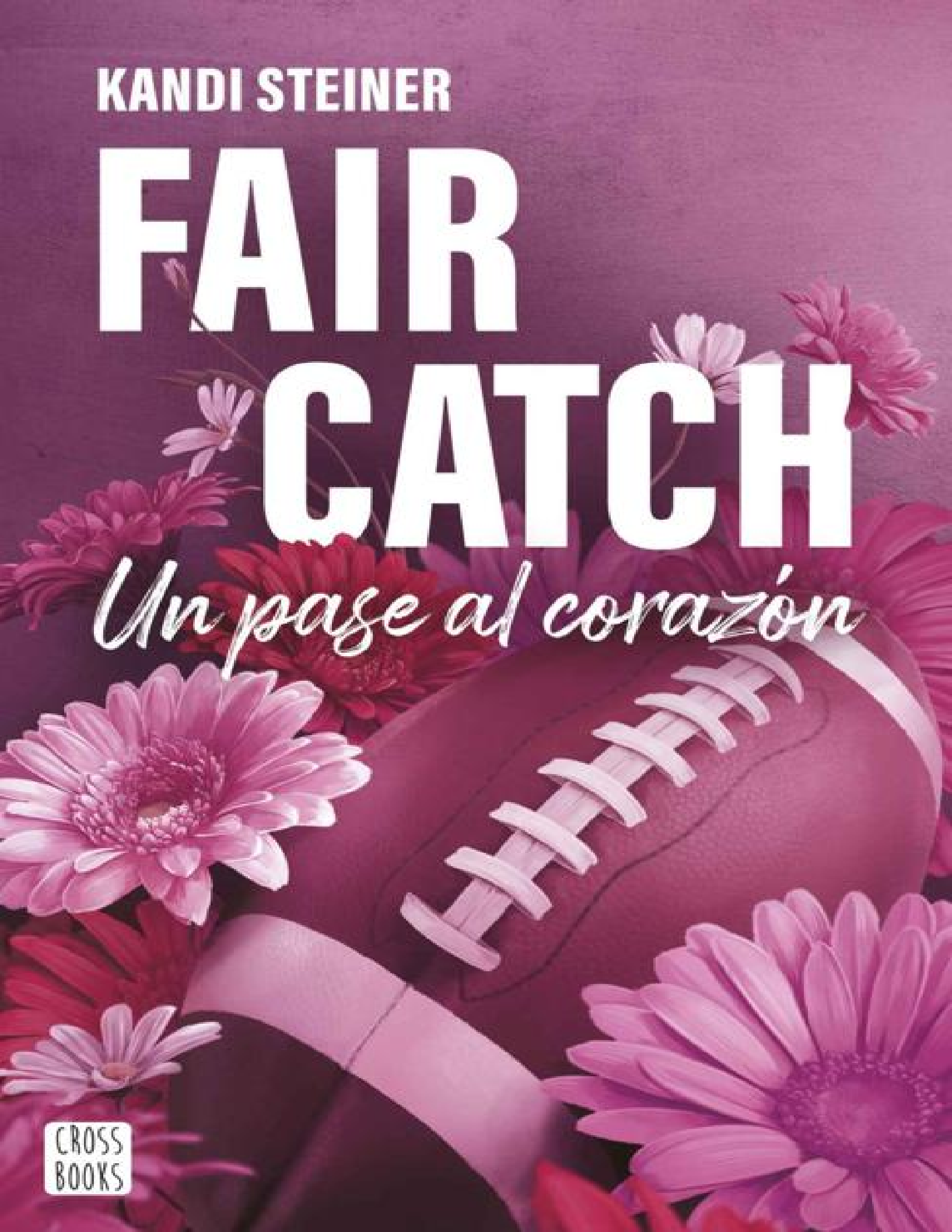
KANDI STEINER

FAIR CATCH

Un pase al corazón



CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Advertencia de contenido

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Agradecimientos

Notas

Créditos

FAIR CATCH

Un pase al corazón

Kandi Steiner

Traducción de Marta Carrascosa Cano



ADVERTENCIA: Incluye contenido sensible

Para todas las chicas que aman el fútbol tanto como yo.
Va por vosotras.

Prólogo

Riley

Una promesa es algo sagrado.

Me quedó claro desde bien pequeña. Primero, por parte de mi mejor amiga y vecina, que me hizo prometer que no iba a contar que le gustaba un chico de clase. En segundo lugar, se me quedó grabado a causa de mi hermano gemelo, cuando me hizo jurar que no les diría a nuestros padres que había roto su jarrón favorito, ese que habían comprado en su viaje de novios.

Cuando era pequeña, me parecía fácil entrelazar mi dedo meñique con el de otra persona y saber que, a partir de ese momento, compartíamos algo que nadie más sabría.

Era el mayor símbolo de confianza, de responsabilidad, y me lo tomaba en serio.

Sobre todo, con Gavin.

Unos seis minutos mayor que yo, Gavin nunca fue solo mi hermano. Siempre fue mi mellizo. Y, como solo los mellizos entenderán, nos unía un vínculo más fuerte que la sangre, que la amistad, que el amor incluso.

A lo largo de los años, me pidió que le hiciese muchas promesas.

«Prométeme que no les contarás a papá y a mamá que fui a esa fiesta».

«Prométeme que no dirás a nadie que saqué un cero».

«Prométeme que nadie se enterará de que anoche metí a Larissa a escondidas en mi habitación».

Cuanto más mayores nos hacíamos, más veces me veía aceptando promesas suyas, y las mantuve todas y cada una de ellas. Las aceptaba sin pensarlo dos veces, sin vacilar, sin un ápice de duda de que podría no mantenerla.

Hasta ahora.

—Riley, por favor.

La nariz de Gavin se ensanchó mientras sus ojos buscaban los míos; teníamos las manos entrelazadas al borde de la cama del hospital. Tenía el pelo rubio oscuro revuelto, grasiento y pegado a la frente, la mirada perdida y enrojecida, la piel cenicienta. Si no conociera el diagnóstico, asumiría que se estaba muriendo.

Negué con la cabeza, esforzándome por tragarme el nudo que tenía en la garganta.

—Tienes que hacerlo —suplicó, apretándome la mano—. Te juro que nunca volveré a pedirte nada.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras él intentaba moverse en la cama, pero le resultaba difícil. Le ayudé a ponerse cómodo, y entonces me agarró la mano una vez más. Me quedé mirando ese punto de contacto para no centrarme en sus piernas.

Unas piernas inmóviles y paralizadas.

Esa sola palabra hizo que la bilis se me subiera a la garganta. Seguía pareciendo una pesadilla, un universo alternativo que no podía ser real. Mi hermano apenas tenía dieciséis años. Estaba sano, era un atleta competente, un chico joven con un futuro brillante.

Hasta que la persona que se suponía que siempre le cubría las espaldas decidió conducir borracho y tirar todo por la borda de un parabrisas roto.

Sacudí la cabeza como si pudiera deshacerme de la ira, tratando de concentrarme en lo que Gavin me estaba pidiendo.

—No puedo...

—Sí, claro que puedes. Eres mejor pateadora que yo y lo sabes.

—Sí, en fútbol, Gav. Es un deporte diferente.

—No tanto.

Se me escapó una especie de risa en medio de un suspiro mientras negaba con la cabeza, tragándome el mayor problema que tenía entre manos.

—Soy una chica.

—¿Y?

Lo miré.

—Las chicas no juegan al fútbol americano.

—Claro que sí. Hay un montón de chicas en la liga.

—No a nivel profesional.

—Hay precedentes. Puede volver a suceder. Y si alguien es capaz de lograrlo, esa eres tú. —Notó mi indecisión y volvió a cogerme la mano con fuerza—. No hagas como si no te encantase el fútbol desde pequeña, quizá incluso más que a mí. Has entrenado tanto como yo.

—Por diversión.

—Ya, porque nunca has considerado que podrías llegar a más.

Tomé una larga y lenta bocanada de aire y la dejé salir con la misma vacilación.

—Puedo ayudarte —continuó Gavin—. Te entrenaré. Ya tienes la parte más difícil, que es patear como Matt Prater.

Fruncí el ceño, me miré el esmalte de uñas desconchado, donde la mano de mi mellizo sostenía la mía con fuerza y firmeza.

—¿Por qué me pides esto? —Busqué su mirada—. ¿Por qué es tan importante para ti?

Gavin frunció los labios y dejó la mirada perdida.

—Jugar al fútbol americano ha sido mi sueño desde que tenía cinco años —confesó, aunque yo ya lo sabía. Había crecido en el mismo patio que él, donde jugábamos al fútbol cuando no estábamos viéndolo por la tele—. Y ya no podré hacerlo.

—Eso no lo sabes...

—Riley —me cortó—. Nunca voy a volver a caminar, y mucho menos a hacer deporte.

—Pero han dicho...

—Riley, ¡ya basta! —Jadeó, su mirada, con tintes maníacos, se topó con la mía—. Estoy paralizado de cintura para abajo. Por favor, no lo niegues ni finjas que podemos cambiarlo.

Los ojos se me inundaron y se vieron reflejados en los de mi hermano; una lágrima se deslizó en silencio por su mejilla mientras se inclinaba hacia mí. En ese momento quería tantas cosas..., cambiarme por él, soportar ese dolor en su lugar, sufrir ese destino porque yo podía seguir haciendo lo que siempre había querido.

—He perdido las piernas, hermanita. No puedo perder también el fútbol.

Apreté los ojos y dejé escapar dos lágrimas que ardían como si fuesen de lava.

—Sé que es mucho pedir. Pero también sé que te sentirías más impotente si no hubiera nada que pudieras hacer por mí.

Se me estremeció el corazón por lo bien que me conocía, por lo cierta que era esa afirmación.

—Tú solo... inténtalo. Si no entras en el equipo, dejaré el tema.

—¿Y si me cogen para el equipo del instituto, pero no para el de la universidad?

Se encogió de hombros.

—Al menos lo habrás intentado.

Tragué saliva con una especie de sonrisa en las comisuras de los labios mientras negaba con la cabeza antes de volver a mirar a mi hermano.

—Vamos a cabrear a mucha gente, y lo sabes.

—Mataré a quien se oponga. Y del que no pueda encargarme yo, se encargará Zeke.

Se me heló la sangre ante la mención de su mejor amigo, un título que en mi opinión debería habérsele revocado después de lo que le hizo.

Y como si mi hermano hubiera conjurado al mismísimo diablo, se escuchó un suave golpe de nudillos en el marco de la puerta y Zeke asomó la cabeza con una sonrisa avergonzada donde solía lucir una arrogante. Llevaba una gorra con visera plana hacia atrás que le cubría el pelo negro y degradado, e incluso con el pantalón de chándal holgado y la camiseta de manga larga que llevaba pude ver que sus músculos estaban definidos, fuertes y sin un ápice de grasa, debido a los años que llevaba jugando al fútbol.

Y sus piernas funcionaban muy bien, le permitieron entrar a la habitación con tanta facilidad que me hizo apretar los dientes.

—Hola, amigo —dijo Gavin, que se iluminó al verlo—. ¿Traes la mercancía?

—Sabes que nunca te defraudaría —respondió Zeke, levantando la bolsa marrón con las hamburguesas grasientas del restaurante favorito de mi hermano.

Resoplé, me puse en pie y me dirigí hacia la puerta.

—No estoy segura de que esa afirmación sea cierta.

Los hombros de Zeke se hundieron ante mi comentario; Gavin me miró, y yo le devolví una mirada que significaba: «¿Qué?».

Me giré para irme, pero mi hermano me llamó para que le diese una respuesta. No tuvo que insistir más cuando vi la desesperación

en sus ojos.

—De acuerdo —dije.

Levantó el puño en el aire y Zeke enarcó una ceja, mirándonos a los dos.

—¿Qué me he perdido?

—Riley va a ocupar mi lugar.

Zeke enarcó la otra ceja, que se unió a la primera.

—Va a intentar entrar en el equipo. —Hizo una pausa—. Y lo conseguirá. Es evidente.

Entonces Zeke sonrió, sus cálidos ojos marrones encontraron los míos.

—Tendremos a la mejor pateadora del estado.

Esa sonrisa se coló bajo mi piel como un parásito, dándome ganas de arrancarle los ojos. Y, sin embargo, incluso con la rabia hirviendo a fuego lento en mi interior, cuando sonreía así seguía viendo al chico con el que había crecido. Veía a uno de nuestros primeros amigos, nuestro mejor amigo, alguien en quien sabía sin ninguna duda que podía confiar.

O eso creía.

Lo ignoré y me dirigí solo a mi hermano.

—Me comprometo a intentarlo.

—No te pido más —dijo Gavin.

Entonces, extendió el dedo meñique.

El corazón me latía con fuerza en los oídos mientras lo miraba; la duda susurraba en lo más profundo de mi alma. De todos modos, extendí la mano, entrelacé mi meñique con el suyo y apreté con fuerza.

—Te lo prometo.

Dejé a mi hermano, demasiado risueño para su situación, y me giré hacia la puerta, pero Zeke deslizó la mano en mi codo para

detenerme.

Hace unas semanas, ese simple gesto habría hecho que me diera un vuelco el corazón, que me ardiera el cuello y se me acelerara el pulso; habría hecho que mis rodillas de chica de dieciséis años flaquearan tanto que me habría deshecho en un montón de huesos a sus pies.

Ahora, hizo que pusiera una mueca.

—Oye, si quieres, puedo ayudarte a entrenar para las pruebas.

Solté el brazo de su agarre y le lancé una mirada asesina.

—Es culpa tuya que mi hermano esté así, imbécil irresponsable y egoísta. —Estaba furiosa—. Lo único que quiero de ti es que retrocedas en el tiempo y no nazcas nunca.

—Riley —intentó Gavin, pero levanté una mano para silenciarlo.

—No puedo alejarte de mi hermano. Es elección suya. —Le apunté al pecho con el dedo—. Pero aléjate de mí, Zeke Collins.

Con esa amenaza, dejé a mi hermano y a su lamentable idea de mejor amigo atrás.

Y me puse manos a la obra.

1

Riley
Dos años después...

Con la bolsa de deporte colgada de un hombro, me recogí el pelo en una coleta alta y apretada. Ese simple gesto era una señal para el resto del cuerpo, para mi cerebro.

Significaba que era hora de trabajar.

Todavía se notaba el verano en el ambiente, aunque la brisa suave que recorría el campus de la Universidad de North Boston anunciaba la llegada del otoño. Disfruté de la caricia mientras recorría la distancia que separaba mi residencia temporal y el estadio, crujiéndome el cuello por la impaciencia de que llegara el primer día de la pretemporada.

Eran unos nervios distintos a los de mi primer día en el campus, en mayo. Aquel estuvo cargado de la excitación que imaginaba que experimentaría todo universitario de primer año: la emoción de estar solo, el terror de averiguar lo que significaba eso, la presión de descubrir qué quería hacer durante el resto de mi vida.

Mayo traía consigo el comienzo del trimestre de verano, sacar adelante dos de las asignaturas más difíciles antes de que llegara el otoño y, con él, el fútbol americano. El verano conllevaba adaptación al sol con mis nuevos entrenadores, levantar pesas y hacer ejercicios de patadas «voluntarios». Era duro, pero no era más que un

entrenamiento, algo que hacer mientras esperábamos a que llegara el día.

La pretemporada de otoño.

Que empezaba precisamente hoy. Ya iba a trabajar con mis entrenadores en el campo, obtendría el material de preparación y empezaría a pelear por un puesto en el equipo titular.

Las nubes surcaban el cielo en ondas que parecían hechas de algodón, con el destello del sol asomando entre ellas. Un millón de diferentes tonos de azul y dorado bailaban de tal manera que me recordó a uno de mis artistas favoritos: Charles Harold Davis.

Resulta extraño que apenas dos años atrás fuera lo único en lo que podía pensar, lo que me consumía. Aparte del fútbol, mi vida consistía en planear mi próxima escapada a un museo, gestionar mi propia colección de arte, soñar con unas prácticas que me llevasen a un puesto en el que estaría a cargo de un museo entero.

Una promesa había cambiado mis prioridades, me había redirigido.

Y aunque no era lo mismo, me sorprendió descubrir hasta qué punto el fútbol americano me iluminaba de la misma manera, cuánta pasión sentía por ese deporte que siempre había considerado inalcanzable.

Ahora que había conseguido entrar en el equipo, haría todo lo posible por conservar mi puesto.

La expectación se apoderó de mí como una descarga eléctrica sin fin mientras escaneaba la tarjeta de identificación en el estadio y me adentraba por el pasillo. Tenía más masa muscular que la primera vez que había entrado en estas instalaciones, la cabeza más despejada y el corazón más firme.

Los últimos meses, no, los últimos años me habían preparado para esto.

Estaba lista.

Cuando atravesé la puerta de los vestuarios, me alegró ser tan madrugadora. Saludé con un gesto con la cabeza a Holden Moore, un estudiante de primer año que no me extrañaría que fuera el primer *quarterback*. Se estaba vendando el tobillo y me devolvió otro gesto con la cabeza que interpreté como una mezcla de impresión y recelo. Aún no confiaba en mí, cosa que me parecía bien.

Yo tampoco confiaba en nadie.

En el vestuario había algunos chicos más: un defensa que reconocí del gimnasio, un receptor famoso por su desempeño del año pasado y, por supuesto, los entrenadores y preparadores físicos.

Me siguieron con la mirada mientras me dirigía a la taquilla provisional que me habían asignado; durante el próximo mes tendría que pelear con uñas y dientes si quería mantenerla toda la temporada. Me habían ofrecido una beca, claro, pero eso no me garantizaba un puesto en el equipo.

Mientras me preparaba, algunos me observaban con atención, con la mirada fija en mí antes de volver enseguida a lo que estuvieran haciendo. Otros me miraban con descaro, con una expresión entre la confusión y la sorna. A medida que iban entrando más chicos, recibía cada vez más miradas de ese tipo, pero las ignoraba y me concentraba en prepararme para mi primer lanzamiento delante del entrenador Sanders.

Cuando eres la única chica en un equipo de fútbol americano, te acostumbras a las miradas.

No te queda otra.

Por suerte, en el instituto practiqué mucho.

No tardé en atraer no solo las miradas de mis compañeros de equipo, sino también las de todos los alumnos, profesores, personal administrativo y padres del Instituto Hollis. Si añadimos lo que le

ocurrió a mi hermano, el primer partido que jugué fue un frenesí mediático que nunca llegó a desvanecerse del todo.

Tenía su parte buena. Muchos de los medios de comunicación elogiaron al entrenador por haber seleccionado a una pateadora, como si fuera él quien se hubiese ganado el derecho a estar en el campo. Los mejores destacaron mi talento, sin aludir a mi sexo, e hicieron preguntas respetuosas en las ruedas de prensa que el entrenador me organizaba semana tras semana. Y, por supuesto, había compañeras que pensaban que era increíble, que me elogiaban por luchar contra el patriarcado, se hacían camisetas con mi número y las llevaban todos los viernes por la noche.

Aun así, sabía diferenciar entre las que eran sinceras y las que me observaban con esa mirada, la que me daba a entender que en secreto esperaban que fracasara.

Ese mismo sentimiento me ardió en la piel mientras me ponía los pantalones cortos y la camiseta para entrenar. El personal de administración había insistido en preguntarme si estaba cómoda en los vestuarios, e incluso me ofreció una sala privada, si así lo deseaba. Pero yo no quería distanciarme más de mis compañeros de lo que mis tetas ya lo hacían por mí, así que opté por quedarme con los chicos.

A la señorita Pierson, la orientadora del equipo, le preocupó bastante esa decisión, y solo la aprobó después de analizarme a fondo en varias sesiones. Después de hacerme prometer que la avisaría a la primera señal de cualquier cosa que debiera tener en cuenta, aceptó a regañadientes, y me pareció que entendía mi postura cuando le dije lo difícil que me resultaría encajar sin añadir un trato especial, como un vestuario o una ducha aparte.

No me desnudaría allí, claro está. Y, francamente, la ropa interior y el sujetador deportivo cubrían más que cualquier traje de baño que

hubiera visto en la última década, así que no me preocupaba demasiado.

¿Y si le molestaba a alguno de los chicos del equipo?

Problema suyo.

Mientras me vestía, fueron entrando más miembros del equipo; nadie me dirigió la palabra.

No me importaba. Tampoco tenía ganas de hablar.

Una vez estuve lista, me metí el casco bajo el brazo y salí al campo a toda prisa; me uní a los que ya estaban calentando y esperamos a que el entrenador se reuniera con nosotros. Faltaban unos diez minutos para la hora de la presentación de los informes, y yo siempre había seguido la filosofía de que, si no llegabas pronto, ibas tarde.

—¡Primer día de la pretemporada! ¡Aquí estamos!

Miré hacia arriba desde donde estaba haciendo flexiones y vi a Kyle Robbins con el móvil en alto y dando una pequeña vuelta, mostrando el campo detrás de él mientras besaba el casco.

—Vamos a por el número uno. Primicia mundial, solo para vosotros. Más os vale ir pidiéndome los autógrafos ya, porque esta temporada va a llevarme a lo más alto.

Puse los ojos en blanco, me centré en mis ejercicios e hice todo lo posible para ignorar su triste explicación de lo que era la pretemporada de otoño a su público en directo a través de las redes sociales.

Kyle era un ala cerrada con talento y con un ego tan grande que me sorprendió que no tuviera que arrastrarlo detrás de él en una camilla al correr por el campo para hacer una recepción. Era uno de esos tipos que se aprovecharon de la nueva política de publicidad en cuanto fue implantada, y yo estaba bastante segura de que había

ganado más que mis dos padres juntos con todos los contratos que había conseguido solo el año pasado.

No lo juzgaba por hacer dinero. Estaba en su derecho.

Pero no quería que me distrajese.

—Y mirad, incluso tenemos a una pateadora —le oí decir, y gruñí para mis adentros, terminé las flexiones y me puse de pie de un salto.

Justo a tiempo para que su brazo sudoroso me rodeara los hombros y mi ceño fruncido apareciese en la pantalla de su móvil.

—Suéltame —gruñí, encogiéndome de hombros.

—Anda, ¡saluda a nuestros fans! Son los que nos van a animar durante toda la temporada. —Hizo una pausa—. Bueno, si llegas a jugar, claro.

Apreté los dientes ante la insinuación, porque él, como muchos otros, creía que había conseguido la beca únicamente porque tenía vagina en lugar de pene. Pensaban que era una maniobra de relaciones públicas.

Cualquiera lo bastante estúpido como para pensar que a un entrenador de fútbol universitario le importaría eso por encima del talento no merecía que gastara energía en explicarle lo contrario.

Lo ignoré y empecé a hacer saltos de tijera, pero Kyle no paró.

—Me han impresionado bastante los esfuerzos que ha realizado esta señorita durante el verano. Siempre llega temprano, se queda hasta tarde, hace todos los ejercicios. —Hizo una pausa, bajando un poco la voz—. Pero ¿sabe patear? ¿Puede seguir el ritmo de los chicos duros? —Chasqueó la lengua—. Eso está por verse.

Pasé de los saltos directamente a los ejercicios de rodillas, no porque me hiciese falta entrar en calor, sino porque necesitaba algo que me evitase estrellar el puño contra la nariz de Kyle.

Eso no daría buena imagen el primer día.

—Venga, bombón —suplicó—. Unas declaraciones. ¿Crees que vas a entrar en el equipo?

Sin decir una palabra, empecé a mover los brazos para aflojar los hombros y tratar de concentrarme. Estaba claro que Kyle no iba a dejarme en paz, así que decidí que no había mejor momento que este para practicar cómo ignorar el ruido y centrarme en el trabajo que tenía entre manos. Muy pronto me iba a tocar hacerlo con una multitud rugiendo en mi contra, esperando a que fallara un tiro.

Murmuró algunas cosas más antes de chasquear los dientes y hacerme un gesto con la mano. Exhalé un suspiro de alivio al ver que por fin se había rendido.

Entonces volvió a mirar su móvil con una sonrisa de satisfacción y dijo:

—Debe de estar en esos días.

Me quedé quieta, dejé caer los brazos a los costados mientras él se reía a carcajadas y le daba codazos a otro jugador al que no reconocí y que se reía con él. Me crují el cuello, dispuesta a pegarle a ese niñato, pero no tuve la oportunidad, porque lo empujaron por detrás.

Kyle se tambaleó y se sorprendió durante apenas un momento antes de darse la vuelta, cabreado y dispuesto a pelear.

Y se encontró con Zeke Collins.

Este era unos cinco centímetros más bajo que él, pero eso no le impidió hinchar el pecho y hacer que Kyle se encogiera ante su mirada asesina. Había visto esa mirada clavada en sus víctimas más veces de las que podía contar, e incluso cuando no me la dirigía a mí, me daba escalofríos.

Zeke era de primer año, igual que yo, pero su buena reputación le precedía, no como la mía.

A mí se me conocía por ser una chica en un deporte dominado por hombres. A él, por ser el primer seleccionado del país.

Me enfurecía el respeto que recibía, en comparación con lo que yo tenía que aguantar.

En los meses que habían pasado desde que nos graduamos del instituto, Zeke había ganado peso, había pasado de niño a hombre de la noche a la mañana. Era corpulento, tenía los hombros anchos, los brazos morenos y llenos de músculos, las piernas fuertes y largas como los tocones de un árbol. Se había dejado crecer su negra cabellera, que solía llevar corta, y se la peinaba con un recogido muy tirante, con diseños a los lados y uno a juego sobre la ceja derecha.

Entonces recordé por qué lo evitaba a toda costa; no era solo porque lo odiase, sino porque ningún odio podía evitar que me lo comiese con la mirada, o que mi cuerpo traicionero ardiera cuando lo tenía cerca.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —dijo Kyle, que todavía estaba grabando mientras le plantaba cara a Zeke—. ¿Tienes algún problema?

—No, pero lo tendré si no muestras algo de respeto por los demás y escuchas cuando alguien te dice que no quiere salir en tu patético teatro.

—No es teatro —se mofó Kyle—. Es un directo de Instagram. Y puedo grabar a quien me dé la gana.

—¿Ah, sí?

Lo que pasó después ocurrió tan rápido que no pude percatarme de todo, pero el teléfono de Kyle terminó en la mano de Zeke, quien lo lanzó a la mitad del campo.

Kyle gritó como si se tratara de su primogénito en lugar de un dispositivo móvil con una funda protectora. Entonces, se volvió en el

acto y empujó a Zeke, que debía de haberse preparado, porque apenas se movió ante una fuerza que yo sabía que era brutal.

Este no le devolvió el golpe. Simplemente se acercó a él, mirándolo como si no lo intimidase enfrentarse a un jugador veterano más alto y grande que él.

—Es una chica. Lo hemos pillado. ¿Te crees gracioso por bromear sobre ello? ¿Crees que eso te hace grande y malo? —Negó con la cabeza—. Madura, tío. Esto es un equipo. Y ella —dijo, señalándome a mí— es tu compañera.

Kyle tragó saliva, me miró y volvió a centrarse en Zeke.

No se disculpó, pero tampoco siguió discutiendo. En cambio, le lanzó una mirada con la que prometía que pagaría por lo que había hecho, y luego corrió hacia su teléfono.

Entonces, cuando la gente volvió a moverse y el silencio se llenó con conversaciones o con los ruidos del calentamiento, me di cuenta de lo mucho que nos habían estado observando. También de que Zeke recibía un respetuoso asentimiento por parte de Holden, un gesto que indicaba que le cubría las espaldas.

Entrecerré los ojos.

—Puedo arreglármelas yo solita.

Zeke arqueó una ceja, se metió el casco entre la cadera y el antebrazo y se giró para mirarme.

—Lo dices como si no lo supiera ya.

—Pues no luches mis batallas por mí.

—No estaba luchando nada. Kyle se estaba comportando como una idiota, y lo sabía. Ya estamos en pretemporada, y en lo único en lo que deberíamos centrarnos es en el fútbol americano.

—Exacto. Es la pretemporada. Y es la única oportunidad que tengo de demostrar que merezco pertenecer a este equipo tanto como cualquier otro. —Invadí su espacio personal y le golpeé con

fuerza en el pecho—. No necesito más bromas sobre que eres mi hermano mayor, el protector.

—Nadie dice eso.

Arqueé una ceja con los labios fruncidos.

—Dicen que soy tu novio, el protector.

Esa sonrisa arrogante me cabreó casi tanto como lo que acababa de decir; gruñí y miré a mi alrededor para asegurarme de que el entrenador aún no estaba en el campo antes de empujarlo.

—¡Eso es peor todavía! —siseé.

—No te preocupes —dijo entre risas—. Lo he desmentido. No me interesa que las chicas guapas crean que estoy contigo.

Entonces me recorrió con la mirada, y la forma como curvó los labios encendió mi rabia. Me levanté para darle un puñetazo en el brazo, pero él atrapó mi mano con facilidad, bajó la voz y se me acercó.

—Esto ya no es el Instituto Hollis, Novo —dijo, llamándome por mi apellido, tal como hacía todo nuestro antiguo equipo—. Estamos en la universidad. Vas a necesitar un amigo.

Hablaba en una voz tan baja y tenía una mirada tan sincera que, por un segundo, vi al niño con el que crecí. Vi los días de verano en nuestro patio y las noches de invierno junto a la chimenea. Vi al chico que me protegía contra viento y marea, igual que Gavin, que pasó de ser solo el amigo de mi hermano a mi propio amigo, y luego... a algo más.

Pero al parpadear, vi a mi hermano en la cama del hospital y a Zeke con la cabeza gacha mientras me contaba lo que había pasado la noche que jugó con la vida de mi mellizo.

—No eres mi amigo —le espeté—. Eres amigo de mi hermano, y no entiendo por qué sigues siéndolo.

Tragó saliva, y no me extrañó el temblor de mis palabras, pero tampoco me importó que le dolieran.

Lo decía en serio.

Aparté el brazo y levanté el casco del suelo.

—Sal de mi camino a menos que sea para atrapar el balón que he pateado —advertí.

Luego troté por el campo hacia donde el entrenador acababa de hacer sonar el silbato.

2

Zeke

Cada bocanada de aire me provocaba un subidón de adrenalina, un zumbido embriagador; todos estábamos arrodillados sobre el césped, con el entrenador en el centro del grupo con las gafas de sol bien puestas y la mandíbula apretada. Uno por uno, los jugadores trotaban desde el otro lado del campo o desde los vestuarios y se unían a nosotros; éramos ciento cinco para ser exactos.

Y, al final, solo quedarían ochenta y cinco.

En mi cabeza, no había ningún escenario en el que yo no fuera uno de ellos. Me había pasado toda la vida preparándome para este momento, y la verdad es que tampoco lo veía tan complicado. Claro que era un cambio. En este equipo había más talento que en cualquiera al que hubiese pertenecido o contra el que hubiese jugado. Pero desde que mis padres me pusieron un balón en las manos a los tres años y me metieron en un equipo de alevines, supe que llegaría aquí.

Y también sabía que no era más que un escalón hacia la Liga Nacional de Fútbol Americano.

Aun así, me animaba la promesa que me traía el conocido olor del otoño, la de que pronto saldría al campo con las protecciones puestas y jugaría al deporte que daba vida a mi alma.

No es que el fútbol americano formase parte de mi vida.

El fútbol americano era mi vida.

Y la pretemporada de la Universidad de North Boston era el comienzo del próximo capítulo de mi carrera.

—Bienvenidos a la pretemporada —dijo el entrenador Sanders sin más, bufando y guardándose la *tablet* bajo el brazo—. Desde ya voy a bajar vuestras expectativas y a deciros que hoy no tengo planeado dar ningún discurso importante que os inspire. Me importa un bledo que estéis motivados. Hoy, y durante el próximo mes, tenéis que demostrarme que entendéis vuestro trabajo y que podéis llevarlo a cabo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, la emoción me retumbaba en el pecho.

—Quiero dejar una cosa clara: no mostraré piedad en las próximas semanas. Puede que las nuevas políticas me impidan teneros entrenando dos días seguidos, cosa que me encantaría, pero eso no significa que no vayamos a aprovechar cada segundo de cada jornada. Entrenamientos, pesas, velocidad, cinta, reuniones —dijo, mientras contaba con los dedos—. Disponer de tiempo para comer o cagar será un privilegio.

Algunos de mis posibles compañeros de equipo se rieron, pero yo sabía que el entrenador hablaba muy en serio. Seguía siendo amigo de mis excompañeros del instituto que se habían graduado antes que yo y que ahora jugaban en la universidad. No se cortaban a la hora de expresar lo dura que era la pretemporada, y ni siquiera estaban en equipos de primera división, como el de la UNB.

Sus historias deberían haberme asustado, pero era lo que más ilusión me hacía.

Durante el próximo mes, daba igual que tuviera problemas de aprendizaje, que la comprensión lectora me resultara difícil la mayoría de los días e imposible los demás. No se esperaba de mí

que fuera a clase, que hiciera los deberes ni que me dedicase a otra cosa que no fuese comer, dormir y respirar fútbol americano.

Era mi hora de brillar.

Me fijé en Riley, que se apretaba la coleta en el otro extremo del círculo; estaba concentrada, con los labios en una línea tensa. Mantenía los hombros hacia atrás, el pecho hinchado, y tenía la determinación grabada en cada rasgo.

Al imaginarme mi futuro, desde siempre había deseado que, de alguna manera, su hermano Gavin y yo acabáramos asistiendo a la misma universidad. Joder, incluso bromeé con que terminaríamos en el mismo equipo de la NFL.

Ni en un millón de años me habría imaginado a Riley en su lugar.

Y no porque no merezca estar aquí, ni porque no llevásemos intentando convencerla desde pequeña de que debía jugar al fútbol americano. Sino porque siempre decía que no podía porque era una chica, que el fútbol era su equivalente, a pesar de que Gav y yo sabíamos que era mentira.

Adoraba el fútbol americano. Desde siempre.

Aun así, sabía que no estaba aquí por ella.

Sino por su hermano.

Me dolió el pecho cuando me asaltó un recuerdo del accidente.

El humo, el olor a metal y a sangre, el zumbido en mis oídos, la cara de Gavin retorciéndose de dolor...

Lo recordaba tan bien como lo que había desayunado ese mismo día. La culpa que me había atormentado desde entonces se había atenuado, pero seguía latiéndome bajo la piel, como un recordatorio constante de que era responsabilidad mía que sus sueños hubieran quedado destrozados.

Él nunca lo había visto así, claro, porque Gavin Novo era posiblemente el mejor ser humano que haya existido. Cuando recibió

el diagnóstico de que estaba paralizado de cintura para abajo, se centró en cómo sacar el máximo provecho a la situación e inspirar a otros para que hicieran lo mismo.

También tuvo sus momentos de desconsuelo, sobre todo cuando volvió a casa y tuvo que adaptarse a su nueva vida. Se enfadó. Tiró cosas y lloró; también me gritó a mí, a él mismo, a Dios y al universo.

Pero siempre se calmaba, siempre volvía a lo que más se aferraba: a la gratitud.

Siempre había sido así, y su actitud me maravillaba porque sabía que, si el que hubiese estado en esa silla hubiese sido yo, me habría rendido.

No estaría aquí.

Y ese era un gran ejemplo de que él era mejor que yo.

Cuando Gavin me contó lo que le había pedido a Riley, pensé que era un mecanismo de supervivencia, una forma de que los dos lidiaran con esta nueva realidad a la que nos enfrentábamos.

Pero ella no aceptó esa promesa solo para apaciguar a su hermano.

Moriría antes que faltar a su palabra.

En los dos últimos años, la había visto superar todas las adversidades, pasando de ser centrocampista en el equipo de fútbol femenino a pateadora titular del equipo de fútbol americano en un verano. Y me daba igual lo que dijeran los demás: no consiguió ese puesto por lo que le pasó a Gavin, ni por ser una chica en un mundo que intenta compensar un sistema patriarcal de mierda.

Se lo ganó.

Era la mejor pateadora con la que había jugado en mi vida.

Ya era bastante difícil mantener la calma cuando los chicos la molestaban en el instituto, pero tenía claro que la universidad sería

otro cantar. La mayoría de estos chavales eran más maduros y la respetaban. Pero todavía había muchos que dudaban de ella, que no la querían aquí.

Y lo que era peor: había muchos que pretendían follársela.

Esos eran los que más me cabreaban, los que pensaban que no me había dado cuenta de que en los entrenamientos del verano se mordían los nudillos cuando pasaba a su lado de camino a las duchas, o de que hacían gestos groseros a sus espaldas y chocaban los cinco como si tuvieran la más mínima oportunidad de ligársela.

Al menos sabía que de eso no tenía que preocuparme, pues, al igual que yo, Riley estaba centrada en una única cosa.

El fútbol americano.

No obstante, este es un deporte dominado por hombres. No iba a ser fácil esquivar sus avances, y el hecho de que estuviera cada vez más buena no ayudaba.

Tenía el pelo castaño, largo y abundante, era el tipo de cabello en el que todo hombre querría enredarse, y poseía una belleza natural, casi masculina, una belleza que, gracias a Dios, nunca realzaba con maquillaje. No le hacía falta. Ella brillaba, como el sol de verano, brillante, magnética e imposible de ignorar.

No me importaba que me odiase. De hecho, me alegraba que lo hiciera.

Hacía que fuese más fácil centrarme en protegerla y no en hacerla mía.

El entrenador habló entre dientes, asintiendo con la cabeza mientras miraba a cada uno de los jugadores.

—Sé que no hace falta que os lo diga, pero estamos al borde del precipicio.

Algunos de los otros entrenadores asintieron, conformes, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras analizaban a sus jugadores

veteranos y evaluaban a los nuevos.

—Llevamos años avanzando, y el año pasado la gente se dio cuenta de lo lejos que habíamos llegado. Ya no somos el equipo que creían conocer. —Hizo una pausa—. Dicho esto, perdimos mucho talento la temporada pasada.

—¡Viva Jags! —gritó alguien, y algunos jugadores gritaron en apoyo a su antiguo corredor, Lou Stevensen, que fue seleccionado en la primera ronda para la NFL.

El entrenador esbozó una pequeña sonrisa, que desapareció enseguida.

—Talento —continuó—. Ahora hay que reponerlo.

El silencio volvió a apoderarse del grupo.

—Sé que algunos estáis hambrientos, preparados para jugar después de haber pasado en el banquillo buena parte de la temporada pasada, sino la temporada entera. Pero esta es la promoción más potente que hemos reclutado en la historia. Así que quiero que os quede una cosa clara. —Levantó un dedo—. Nadie tiene un puesto asegurado, excepto yo. Esto es una competición y no hay nada prometido.

Vi cómo las sonrisas se escapaban de los rostros de los jugadores, que tenían los nervios a flor de piel. Incluso Holden Moore, claro candidato a *quarterback*, parecía abrumado.

No obstante, con solo una mirada a Riley, a la forma como arqueó una ceja e inclinó la comisura de los labios, supe que ella y yo estábamos de acuerdo.

No comeríamos banquillo en septiembre.

—Muy bien —dijo el entrenador, y dio una palmada—. Vamos a trabajar.

3

Zeke

El sudor me caía sobre los ojos, el soplo de aire fresco que habíamos sentido esa mañana se había esfumado mientras terminábamos el primer entrenamiento de la pretemporada. Teníamos más o menos una hora para comer antes de la reunión de posicionamiento, y yo estaba en la zona de anotación, con las manos sobre las caderas, mirando fijamente al entrenador Sanders, a quien no podría importarle menos que hubiese pasado la mañana entera en modo bestia absoluta.

Encajé cada patada sin esfuerzo, corrí por el campo con tal velocidad y resistencia que podría rivalizar con un jugador de la NFL. No podía evitar que mis músculos en llamas reventaran con cada ejercicio que nos presentaban, y siempre era el primero en volver corriendo y prepararme para el siguiente. Fui explosivo, inteligente y atento a cualquier detalle que pudiera suponerme una penalización.

No podía estar más preparado.

Y el entrenador Sanders no podía estar menos interesado.

Riley parecía tan agotada como yo; al quitarse el casco, maldijo y el pelo le cayó por la espalda. No se daba cuenta de que sacudir el cabello hacía que muchos chicos la observaran con disimulo. Al cabo de un instante, tenía la espesa melena recogida y tirante, y entonces debió de sentir que la miraba, porque clavó sus ojos en los míos.

Los tonos verdes y dorados que había mezclados en aquel color avellana se entrecerraron al verme mirándola. Sonreí con satisfacción, cosa que hizo que se convirtieran en meras rendijas mientras se acercaba a mí.

—Parece que te falta el aire, Collins —comentó con una preocupación fingida —. Será mejor que te eches una siesta antes de las reuniones.

—Mira quién habla, la que tiene la cara roja —le respondí.

Su bravuconería se desvaneció apenas un instante antes de que se colocase el casco en el costado y señalara el campo con la cabeza.

—El entrenador no parecía impresionado con lo que ha visto.

Durante un instante, me sorprendió que me hablara en lugar de fulminarme con la mirada y mandarme a la mierda, pero entonces caí en la cuenta.

Quería alejarse de mí tanto como necesitaba que la consolara.

No sabía si lo hacía a propósito, pero las señales estaban ahí: el movimiento de su garganta, la forma nerviosa de mover los dedos, cómo cambiaba el peso de una cadera a la otra. Nadie más se percataría.

Pero yo sí.

Gavin y yo éramos su sistema de apoyo, y a pesar de que ahora me odiaba (por una buena razón), era la única persona que conocía en el equipo.

—Sí que lo estaba —dije—. Es solo que no quiere que se note, para que nadie duerma tranquilo esta noche.

Tragó saliva y asintió.

—Eh —añadí, notando la preocupación que intentaba ocultar. Frunció las cejas y me acerqué para apretarle los hombros—. Todo va a salir bien.

Volvió a asentir, incapaz de mirarme.

Y no pude resistirme.

—Te seguiré queriendo, aunque te pases toda la temporada en el banquillo.

En ese momento, me fulminó con la mirada, y la Riley que yo conocía volvió con todas sus fuerzas mientras se burlaba de mí, encogiéndose de hombros.

—Si alguien va a comer banquillo serás tú con tus malas notas.

Ignoré la punzada que me provocó su comentario, mantuve el rostro impasible como si no me molestara en absoluto.

—No te enfades porque he hecho que tus patadas parezcan mejores de lo que han sido.

Me apartó de un manotazo, pero antes de que pudiera soltar una contestación, una chica menuda con ojos de cervatillo y el pelo rizado se aclaró la garganta junto a nosotros.

—Eh, lamento interrumpir —intervino, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz—. Me llamo Giana Jones. Soy la becaria de relaciones públicas del equipo.

Me pareció que con esa afirmación había crecido unos centímetros, que sus hombros se habían echado hacia atrás, y no pude evitar arquear una ceja.

Giana Jones.

Tenía nombre de periodista.

—Algunos medios de comunicación han solicitado entrevistas —me dijo.

Sus ojos castaño rojizo me miraban, y Riley sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Disfruta, campeón.

—Eh, esto... —dijo Giana, esbozando una pequeña sonrisa—. En realidad, les gustaría entrevistaros a los dos.

Le devolví a Riley la sonrisilla arrogante, aunque la suya se había desvanecido, resbalando de su rostro como la palma de una mano sudada sobre un balón de fútbol americano mojado.

Me incliné hacia ella y hablé en voz baja cerca de su oído.

—Tú sí que vas a disfrutar de pasarte una hora hablando de lo duro que es ser una chica.

Se le encendió la nariz, pero me ignoró y se fue enfadada hacia el borde del campo, donde estaban reunidos los medios de comunicación, entrevistando a nuestros compañeros.

Giana abrió los ojos como platos y parpadeó antes de salir corriendo detrás de Riley mientras yo la seguía.

—Recordad la formación —nos dijo a ambos—. Seguiremos practicando cómo hablar a cámara cuando acabe la pretemporada; por ahora, centraros en ser agradables y concisos.

Dirigió ese consejo más bien a Riley, que esbozó su mejor sonrisa falsa antes de que Giana la condujera hasta una mujer blanca, alta, con el pelo al más puro estilo de Texas y un micrófono preparado.

Quería verla, admirar la forma que tenía para dar respuestas memorables sin esfuerzo a todas las preguntas que le hacían, esquivando con ingenio cualquier comentario que rozara el sexismo. Lo había presenciado una y otra vez en el instituto, pero sabía que ahora que tenía los ojos de todo el país clavados en ella sería incluso más impresionante.

No obstante, en cuanto empezó, Giana me hizo señas para que la siguiera y me puso delante de mi propio periodista.

Me habría gustado estar tan tranquilo y sereno como Riley, o tan fanfarrón como Kyle, que se estaba comiendo cada minuto de protagonismo. Pero para mí esto era una pesadilla. Me hacían las preguntas muy rápido, cada palabra se hilvanaba para convertirse en un complejo problema que no podía resolver.

Recurrí a la formación tanto como pude y me encontré repitiendo los mismos comentarios una y otra vez.

«Estamos muy contentos de que por fin haya llegado la pretemporada. Estamos llenos de energía».

«Tengo muchas ganas de demostrar mi talento y conseguir un puesto en el equipo».

«Hay muchos chicos muy buenos. Pase lo que pase, será una pretemporada dura, pero buena».

«Estamos listos para demostrar que merecemos ganar el título nacional».

«No, no haré ningún comentario sobre Riley Novo».

Esto último fue el tema sobre el que más incidieron en la formación; nos insistieron en que debíamos evitar responder las preguntas acerca de tener una chica en el equipo. Solo podíamos hablar de ella como pateadora, no como mujer.

La mayoría de los periodistas se marchaban más decepcionados que satisfechos después de mis entrevistas, pero no me importaba. Mi trabajo no era darles una buena historia.

Sino jugar.

Ya tendrían una gran historia cuando anotase un tanto.

Cuando Giana me liberó del infierno mediático, me limpié la cara con la toalla y salí corriendo hacia el comedor para aprovechar el poco tiempo que me quedaba antes de reunirme con el entrenador de los equipos especiales. Pero antes de llegar a los vestuarios, Sanders gritó mi nombre desde su despacho.

—Collins —dijo, sin levantar la vista de su IPad, donde parecía estar repasando las jugadas.

Me detuve en seco y me di la vuelta como un soldado presentándose para el servicio.

—Entrenador.

—Quiero hablar contigo un momento.

Eso fue todo lo que dijo antes de desaparecer en el interior de su despacho y dejar la puerta abierta para que yo lo siguiera.

Mierda.

Riley

En muy pocas ocasiones que te llamasen al despacho del entrenador era algo bueno, sobre todo el primer día de la pretemporada, porque no había habido tiempo suficiente para que tuviera buenas noticias.

La ansiedad me revolvió el estómago; no sabía qué podría querer de mí, y ese estrés se convirtió en pánico cuando Zeke salió del despacho justo cuando yo estaba a punto de llamar a la puerta.

Clavó sus ojos oscuros en los míos y, salvo por un leve gesto de la boca y un ceño fruncido, no reveló nada, ningún indicio de lo que me esperaba. No sabría decir si era una señal sutil para que no me preocupara o una señal muy obvia de que debía preocuparme.

En cualquier caso, no tuve tiempo de averiguarlo antes de que pasara de largo y el entrenador Sanders me indicara que entrase con un gesto de la mano.

—Siéntate, Novo —dijo, sin levantar la vista del móvil.

Terminó de teclear el mensaje antes de dejar caer el aparato sobre el escritorio. Entonces se echó hacia atrás, cruzó las manos sobre el vientre y apoyó los codos en los reposabrazos de la silla.

Era joven para ser entrenador de fútbol americano en una universidad de primera división. A sus treinta y tres años, de alguna forma tenía la confianza y la arrogancia de un hombre que llevase entrenando jugadores profesionales toda la vida. Era severo,

siempre tenía el ceño fruncido, y no repartía cumplidos como si fueran caramelos, como hacía mi entrenador del instituto.

Sabía que tenía que ganarme su confianza y su respeto, pero me gustaba que se hubiese arriesgado a seleccionarme cuando sabía que mi presencia podría suponer una distracción tanto para su equipo como para los medios de comunicación.

—Mira, ninguno de los dos tiene tiempo para andarse con rodeos. Tenemos que comer e ir a las reuniones, pero quiero hablar contigo de una cosa que no puede esperar.

Tragué saliva mientras el entrenador se inclinaba hacia delante con un suspiro.

—En un principio, acordamos que tendrías tu propia habitación en la residencia del equipo, en lugar de compartir cuarto con un compañero, como todos los demás jugadores de primer año. Tanto el asesor de las residencias como yo consideramos que era la opción más... apropiada.

Asentí.

—Por desgracia —añadió, sentándose de nuevo mientras se pasaba una mano por el pelo, que llevaba corto y era de color ámbar —, eso ya no va a poder ser.

El corazón me martilleaba contra la caja torácica, la garganta se me cerró.

«Se acabó».

«Me van a echar el primer día de pretemporada».

—Hemos realizado algunos fichajes después del verano, como es probable que hayas notado. Y aunque técnicamente no son estudiantes de primero, les hacemos alojarse en la residencia durante su primera temporada, igual que a los demás. Y debido a esa decisión, no podemos ofrecerte una habitación propia.

Mantuve los labios apretados, aunque los latidos de mi corazón se calmaron un poco.

—Lo primero que se me ocurrió fue transferirte a otra residencia, donde puedas compartir cuarto con otra atleta.

—No.

La palabra me sorprendió tanto como al entrenador cuando salió de mi boca, y me sonrojé, para después aclararme la garganta.

—Señor, si me permite opinar, me gustaría mucho quedarme en nuestro pabellón.

—Lo entiendo, pero...

—Todos entrenamos para ser atletas profesionales, y nos tomamos en serio el deporte. No creo que suponga un problema.

El entrenador abrió la boca, pero el pánico me hizo saltar al siguiente argumento antes de que pudiera contestar.

—La señora Pierson me ha analizado a conciencia, y prometo que acudiré a verla si hay algún problema. Además, tenemos un asistente de residentes, ¿verdad? Su labor es supervisar la convivencia. Como se puede imaginar, ya estoy bastante apartada, y...

—Estoy de acuerdo —me interrumpió, con una expresión entre molesta y divertida—. Por eso, después de una larga conversación con la señora Pierson, hemos decidido que te alojarás en la residencia del equipo.

Suspiré aliviada.

—Pero tendrás un compañero de habitación.

—Ningún problema, entrenador.

—Eso pensaba yo. Por desgracia —admitió, con una mueca de decepción—, resultó ser un problema mayor de lo que esperaba.

No tuvo que decir las palabras para que supiese a qué se refería.

—Nadie quiere compartir habitación conmigo.

Lo dije sin ápice de lástima o tristeza en mi voz, tampoco mostré la rabia que burbujeaba en mis venas al darme cuenta de que los chicos podían ser muy... chicos a veces. No, pronuncié las palabras con calma, simplemente constatando un hecho.

El entrenador frunció el ceño y negó con la cabeza, y volvió a inclinarse hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

—Mira, esto ya lo hablamos cuando firmaste la declaración de intenciones. Sabemos que no va a ser fácil, ni para ti, ni para mí, ni para nadie. Pero tienes talento, y eso es en lo que nos vamos a centrar. No en los rumores.

Asentí.

—Sí, entrenador.

Volvió a sentarse, sacó el iPad y deslizó el dedo por la pantalla para desbloquearlo.

—Me las he apañado para encontrar a un jugador al que no le importase tenerte como compañera de habitación. —Hizo una pausa —. Zeke Collins.

Tripliqué el tamaño de mis ojos, el corazón se me puso al galope de nuevo cuando abrí la boca para protestar, pero el entrenador levantó una mano.

—Ya me advirtió de que no estarías contenta con la asignación, pero él es el único que aceptó. Y por tu bien te aconsejo no empezar la temporada alojándote con un compañero de cuarto obligado, porque puede buscar problemas para librarse de ti. Sugiero que aceptes y sigamos adelante.

Entonces, sus ojos encontraron los míos, y por la forma como me miró supe que la decisión no admitía réplica.

Me forcé a respirar lo más despacio que pude, dejando que el aire saliese por mis fosas nasales mientras me obligaba a sonreír. Entre dientes, murmuré la única respuesta que había.

—Sí, entrenador.

Asintió.

—Bien. Ve a comer. Las reuniones empiezan en veinte minutos.

Esa fue mi única despedida; justo después, Sanders cogió su teléfono para hacer una llamada, y yo salí de su despacho, ignorando la multitud de ojos que me siguieron cuando lo hice. Nadie me dirigió la palabra, pero sabía que en cuanto pusiera un pie fuera del vestuario habría especulaciones.

Me cambié rápido la ropa de entrenamiento por unos cómodos pantalones de chándal, una camiseta sin mangas y una sudadera fina con capucha. Sabía por experiencia que en las salas de reuniones siempre hacía frío, hiciera el tiempo que hiciese fuera.

Y durante todo el rato que estuve cambiándome, mantuve la calma.

No fue hasta que estuve al final del pasillo y me metí en el baño de mujeres que había junto a la cafetería cuando me permití un momento de flaqueza, pegando la espalda contra la puerta una vez cerrada. Dejé caer la cabeza hacia atrás, que dio un golpe seco contra el metal, y cerré los ojos mientras soltaba un suspiro.

Era consciente de que la temporada sería dura. Sabía, como había dicho el entrenador, que habría un montón de dificultades. Estaba preparada para el rechazo del equipo. Para las bromas a mi costa. Para que no me tomaran en serio, para tener que demostrar mi valía a cada paso.

No estaba preparada para esto.

Ya no era solo la chica del equipo de fútbol americano, sino que tenía que compartir habitación con la única persona a quien odiaba de verdad.

Increíblemente perfecto.

4

Riley

—Puede que esta sea la única ocasión en la que no te tengo envidia, hermanita —dijo Gavin, arrugando la nariz mientras hacía rodar su silla hasta la esquina de mi nueva habitación. Era pequeña, austera y con un colchón que parecía de los años setenta, por la cantidad de manchas que tenía.

—¿Qué? ¿No te gusta el olor? —bromeé, agitando la mano delante de mi cara como para que el aire se impregnara aún más mientras inspiraba una gran bocanada de aire—. Ah..., huele a suspensorios mohosos y a humanidad.

—Qué asco das.

Me reí entre dientes, golpeando la caja que acababa de dejar sobre la cama.

—Tengo otra en el carrito. Vuelvo enseguida.

Dejé a mi hermano en mi habitación, agradecida por que la residencia de los estudiantes de primer año al menos tuviera la cortesía de ofrecer dormitorios separados. Zeke y yo compartiríamos un baño y una cocina pequeña, así como una zona de estar horrorosa en la que había un sofá que estaba en condiciones similares a mi colchón, pero solté un suspiro de alivio cuando vi que tenía mi propio cuarto, y una puerta, que ya sabía que mantendría cerrada en todo momento.

Corrí hacia el carrito de golf que había alquilado para trasladar mis pertenencias de la residencia temporal donde me había alojado durante el verano, y cogí la última caja antes de volver a entrar. Tuve que esquivar a mis compañeros de equipo por todo el pasillo, tenían las puertas abiertas y se lanzaban balones de un lado a otro, jugaban a videojuegos con una multitud reunida a su alrededor, montaban barras de dominadas en los umbrales, grababan vídeos para las redes sociales y solo Dios sabía qué más.

Mantuve la vista clavada en el suelo y los ignoré, como había hecho durante la mayor parte del verano. A lo lejos reconocí a Holden, que había sido amable conmigo las últimas semanas y era el único del equipo, aparte de Zeke, que me saludaba.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó cuando pasé por delante de su habitación, a solo tres puertas de la nuestra.

A cualquier chica, fuera cual fuese su orientación sexual, le resultaría difícil no sonrojarse un poco al recibir la atención de Holden Moore. Era, probablemente, el espécimen más hermoso que jamás había visto, con el pelo rubio arena y unos ojos color verde eléctrico, hoyuelos y un cuerpo de Adonis que estaba exhibiendo sin ningún reparo, recién salido de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y el pelo mojado.

Esperaba que no se me notase el rubor en las mejillas al contestar.

—Ya puedo yo. Gracias de todas formas.

Asintió, y la sonrisa que me dedicó fue la misma de todos los días, que me decía que mantuviera la cabeza bien alta.

Cuando llegué a mi cuarto, cerré la puerta de una patada, empujé la última caja y la dejé en el suelo junto a la silla de ruedas de Gavin.

—No puedo permitir que duermas en este colchón —dijo, haciendo una mueca ante una mancha indistinguible a los pies de

este.

—Y yo no puedo ser la del cuento de *La princesa y el guisante*. —Me encogí de hombros, con las manos en las caderas—. No pasa nada. Le pondré un protector.

Gavin no parecía aliviado, pero saqué la silla del escritorio y la hice rodar hacia atrás para sentarme frente a él y cambiar de tema.

—¿Cómo estás? —le pregunté—. ¿Mejor?

Cuando me enteré de que la UNB y algunas otras se interesaron por mí, obligué a mi hermano a hacerme una promesa, en compensación por la que yo había hecho hacía más de dos años: que iría a la misma universidad que yo.

Empezó a enviar solicitudes de inmediato y cuando la UNB me ofreció la beca, mi hermano firmó a la par que yo, la declaró nuestro nuevo hogar e incluso eligió empezar en verano en vez de en otoño, ya que era un requisito para todos los atletas.

De todas formas, era nuestra primera opción, ya que habíamos crecido en un suburbio no muy lejos de Boston. Sería fácil visitar a nuestros padres, y no tendríamos que bregar con el calor y la humedad infernales de las universidades del sur, que habían estado sobre la mesa en un momento dado.

Habría sido difícil jugar en cualquiera de ellas, pero ir sin Gavin...

... habría sido imposible.

Mi mellizo se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mejor. No genial, pero mejor. Le estoy cogiendo el tranquillo al campus, a qué rutas son las mejores y a qué horas hay más gente. Sin embargo, seguro que todo cambiará al empezar el semestre de otoño.

—Sigo pensando que deberías pillarte...

—Si dices una silla eléctrica, te atropello el pie bueno.

Sonreí.

—No te cansarías tanto los brazos.

—¿Qué dices? Si estoy tope de cachas. —Entonces levantó sus enormes bíceps y les dio un beso—. Son imanes para las chicas. Tengo que darles caña si quiero ligarme a una tía buena para Navidad.

Puse los ojos en blanco.

—¿Podrá competir con tu preciosa Angelina?

Dejé caer la mirada hacia la silla de ruedas; era granate y dorada, muy ligera, mamá y papá la habían encargado a medida. Era mucho mejor que la que le había proporcionado el seguro al principio, y nuestros padres habían trabajado duro para poder pagarla.

Y entonces, después de pasarse un año trabajando en el supermercado del pueblo y ahorrando cada centavo, Gavin se compró una silla deportiva para poder jugar al baloncesto.

Cuando empezó, sintió la humillación no solo de practicar un deporte al que no había jugado mucho, sino de hacerlo en una silla de ruedas. Pero no tardó en cogerle el tranquillo y empezar a competir. Lo que comenzó siendo un pasatiempo en la liga juvenil se convirtió en una prueba para entrar en el equipo de la NWBA de Boston, lo que supuso otra razón de peso para que estudiásemos aquí.

Mi hermano no podía estarse quietecito. También era una de las personas más optimistas, trabajadoras y apasionadas que había conocido, y lo quería por ello.

—Ah, no es de Angelina de quien tienen que preocuparse. Sino de Emily.

Ese era el apodo cariñoso de su silla deportiva, una bestia negra y amarilla con forma de abejorro a la que bautizó con el nombre de la

modelo a la que atribuyó el mérito de su despertar sexual: Emily Ratajkowski.

—No se lo pones nada fácil —bromeé.

—No sé yo..., algunas juegan fuerte. ¿Has ido a Greek Row? —Silbó—. Voy a tener que ofrecerles a las de las sororidades un paseo en mi regazo hasta el sindicato de estudiantes.

Me reí con un resoplido, pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y entró Zeke.

Dejó la bolsa en el sofá. Estaba sudado, la camiseta de deporte gris de la UNB que llevaba pegada al pecho estaba húmeda. Le había cortado las mangas y había rasgado los lados para que se le vieran las costillas, y si a eso le sumábamos los pantalones cortos de baloncesto, que dejaban ver la banda superior de los calzoncillos, parecía un anuncio andante de Under Armour.

—Ay, mierda, ya la hemos liado —bromeó Gavin, que estaba volviéndose para saludar a su mejor amigo.

Yo, por mi parte, puse los ojos en blanco y me centré en la caja que tenía sobre la cama; abrí las solapas superiores mientras empezaba a deshacer el equipaje e ignoraba a Zeke.

Con el rabillo del ojo, lo vi agacharse para saludar a Gavin: se dieron un abrazo varonil, acompañado de unas fuertes palmadas en la espalda.

—Joder, hermano, estás hecho una mierda —dijo Zeke, que chasqueó la lengua cuando volvió a estar erguido—. ¿Las universitarias no te dejan dormir?

—¿Qué quieres que te diga? No me las puedo quitar de encima.

Resistí el impulso de señalar que mi hermano estaba cansado porque había recorrido varios kilómetros al día en la silla para ir y volver de las clases a pleno sol porque sabía que ellos eran así.

Ignoraban el accidente que provocó Zeke y las repercusiones de este como si nunca hubiera ocurrido.

Mi hermano siempre decía que lo prefería, que no quería tener que hablar de su silla o de sus piernas o del accidente a todas horas. Yo lo entendía, de verdad. Yo tampoco quería que la gente solo se centrase en el hecho de que era una chica que jugaba al fútbol americano.

Aun así, odiaba que Zeke no hubiese tenido que pagar por lo que había hecho, que siguiese siendo el mejor amigo de mi hermano cuando no se lo merecía.

Solo dejé que mi ira se desbordara hasta explotar contra Gavin una vez: la noche antes de la graduación del instituto. Le exigí que despertara y aceptase lo que Zeke había hecho, que lo obligara a afrontar las consecuencias, que dejase de fingir que no había cambiado nada.

Me dijo:

—Tú no sabes todo lo que pasó aquella noche.

Eso solo hizo que me cabrease aún más.

—¡¿Qué más hay que saber?! Estaba demasiado borracho para conducir. Puso tu vida en peligro. ¡Él tiene la culpa de que estés en esta silla!

Todavía podía ver la nariz de mi hermano hinchándose, sus ojos brillantes, una emoción demasiado grande como para soportarla. Pero entonces se obligó a tranquilizarse con una respiración y sus ojos encontraron los míos.

—Necesito que confíes en que tengo mis motivos, ¿vale? Y te pido que hagas lo que hacen todos los gemelos. Que me quieras y me apoyes, aunque no lo entiendas.

Era una carta que solo usábamos cuando era necesario, que nos recordaba a ambos que, a pesar de lo que la vida nos pusiera

delante, siempre nos tendríamos el uno al otro.

¿Qué otra cosa podría hacer sino asentir y dejarlo pasar?

Por eso y solo por eso aguanté tanto a Zeke. Tanto cuando ayudó a Gavin a entrenarme para entrar en el equipo del instituto como cuando eligió la UNB de entre las mil ofertas de becas que había recibido, a pesar de su terrible nota media.

Era como un grano en el culo del que no podía deshacerme. No tuve otra opción que tratar de aceptar que siempre formaría parte de mi vida, lo quisiera o no.

—¿Echamos un *Madden*? —le preguntó Zeke a Gavin, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Tengo la Xbox en el coche. Puedo desempaquetar el resto más tarde.

—Siempre estoy dispuesto a darte una buena tunda —dijo Gavin —. Solo te pido que me llames papi.

Zeke sonrió satisfecho, y entonces sus ojos se desviaron hacia los míos, y yo aparté la mirada, fingiendo que no los había estado escuchando mientras sacaba mi ropa y guardaba la que quería doblar en la cómoda y dejaba la que quería colgar en la cama.

—¿Te apetece jugar? —me ofreció.

—No.

—Anda, compi —dijo, acercándose a mi puerta y apoyando la cadera en el marco—. Será divertido. Es hora de estrechar lazos.

—Preferiría serrarme el pie derecho con unas tijeras oxidadas —dije, poniéndome en pie y sonriéndole con dulzura mientras metía los calcetines en el cajón superior con más fuerza de la necesaria.

Zeke sonrió satisfecho, cubriéndose el corazón con una mano y retrocediendo como si le hubiera herido.

—Qué agresiva.

Gavin me miró desde la sala de estar y me dijo con la mirada que me portara bien.

Lo ignoré y saqué a Zeke de mi habitación a empujones.

—Fuera de mi espacio.

—¿Debería hacerte un cartel de «No se permiten chicos»?

—Ah, no, hay un montón de chicos que tienen la entrada permitida —dije, cruzándome de brazos y apoyando la cadera donde había estado antes la suya con una gran sonrisa—. Pero tú no.

Zeke seguía sonriendo, pero algo parecido a una sombra se deslizó sobre él al oír aquellas palabras. No pude averiguar qué significaba ese gesto porque mi hermano llamó su atención.

—Venga, tío. Vamos a conectarla. Veinte dólares a que te gano al menos de siete en el primer partido.

Los ojos de Zeke recorrieron mi cuerpo, como si aún tuviera algo que decir, pero mantuvo la boca cerrada.

—Acepto la apuesta —dijo, y por suerte me dejó en paz. Mi hermano y él se metieron en su habitación.

En cuanto se fueron, cerré la puerta de mi dormitorio de un portazo y encendí el altavoz Bluetooth, puse Travis Scott a todo volumen para ahogar el ruido del salón.

Y el de mi cabeza.

Zeke

—¡Lanza la puñetera pelota! —gritó Gavin, pero era demasiado tarde. Cuando su jugador se preparó para el lanzamiento, el mío ya lo estaba tirando al suelo.

—¡Hora del almuerzo, cariño! —anuncié, poniéndome de pie y saltando entre mi mejor amigo y el televisor. Fingí que me comía un gran bocadillo en su cara, con un sonoro ñam, ñam, ñam.

Gavin me fulminó con la mirada antes de embestir mi tobillo con la silla; emití algo entre una risa y una maldición porque, joder, cómo dolía.

—En la vida real, te pitarían falta —me advirtió.

—Menos mal que no soy defensa.

Sonrió satisfecho, me tiró de la camiseta hasta que volví a sentarme y nos preparamos para la siguiente jugada.

—Por cierto, ¿cómo te va? —preguntó mientras ambos seleccionamos nuestras respectivas rutas.

—¿La pretemporada? —Me encogí de hombros—. Creo que bien.

Gavin me miró antes de elegir su última opción, y entonces las jugadas desaparecieron y nos pusimos en fila en el campo.

—Y eso quiere decir...

—Que si no entro en el equipo, mataré a alguien.

Se rio entre dientes y nos concentramos, con las puntas de la lengua fuera, mientras pulsábamos los botones de los mandos hasta terminar la jugada. Gavin lanzó un puñetazo al aire después de anotar un tercer *down*, y yo lo aparté de un manotazo.

—No lo sé, tío —dije mientras ojeábamos opciones para la siguiente jugada—. Supongo que te mentiría si dijera que no estoy un poco nervioso. Saco balones, pero el entrenador Sanders es frío como una piedra. No tiene sentimientos. No duda en gritarnos cuando la cagamos en algo, pero aún no me he podido ganar un simple «¡Buen trabajo, tío!».

—Dicen que es buena señal que te grite. Significa que te ve potencial.

—Puede ser. No se parece en nada al instituto. Todo es diferente.

—Es fútbol americano universitario.

Grité que estaba de acuerdo, y entonces el balón apareció en la pantalla. Uno de los jugadores de Gavin hizo una carrera corta de

unos metros.

—Te seleccionará para el equipo —dijo después—. Aunque no seas titular.

—Lo seré.

Sonrió.

—Ah, ahí está el gran engreído de mi mejor amigo.

—Énfasis en lo de «gran» —bromeé, agarrándome mis partes.

Justo en el momento en el que Riley salió de su habitación.

Sus ojos se dirigieron a donde yo tenía la mano y me pareció ver un rubor en sus mejillas antes de que hiciera una mueca y pusiera los ojos en blanco.

—Voy a devolver el carrito. ¿Sigue en pie lo de la cena? —le preguntó a su hermano, ignorándome.

—Soy todo tuyo.

—Genial. —A continuación, sus ojos encontraron los míos y me señaló—. No entres en mi habitación.

Levanté las manos en señal de inocencia, y entonces nos rodeó y se fue directa a la puerta.

Me esforcé en apartar la vista de su culo, que se veía magnífico en los diminutos pantalones cortos que llevaba, y del trozo de piel que asomaba entre la cintura de los pantalones y la camiseta de tirantes con la que los había combinado. Con un suspiro, volví a centrarme en la pantalla y me dije que no le pasaría nada cuando tuviese que atravesar un pasillo lleno de jugadores de fútbol americano universitarios cachondos.

Más que nada porque ya sabían que, si la tocaban, tendrían que responder ante mí.

Al ser de primer año, sabía que no tenía tanta influencia como en el instituto, donde era el rey. Aun así, mis compañeros llevaban conmigo todo el verano, entrenando y corriendo, y una vez que

empezó la pretemporada y vieron lo que podía aportar al equipo, ya no me hizo falta la veteranía.

Tenía un talento que hablaba más alto que mi edad.

Y cualquiera que conociera la historia de Riley sabía que habíamos jugado juntos en el instituto, y que yo era prácticamente de la familia.

No tenía ningún problema en desempeñar el papel de hermano mayor sobreprotector.

Gavin y yo planeamos en silencio las siguientes jugadas antes de que mi defensa detuviera su avance y cambiáramos de lado del campo.

Estaba preparando mi primera jugada ofensiva cuando me preguntó:

—¿Qué tal le va?

—Lo está bordando —respondí con sinceridad.

—¿Y le estás echando un ojo?

Se me oprimió el pecho, no solo por la pregunta, sino por la promesa que descansaba detrás de ella. Había jurado por mi vida que la cuidaría, y lo había hecho; durante todo el instituto.

Y pretendía seguir haciéndolo.

—Le cubro las espaldas —le prometí—. Pero sinceramente... no me necesita. Se las arregla ella sola.

Gavin sonrió al escuchar eso.

—No me sorprende. —Hizo una pausa—. Aun así, ¿alguno de los chicos se mete con ella?

—A la cara no. Algunos piensan que ella es pura fachada publicitaria. Otros están molestos porque tiene una beca que creen que debería ser para ellos. Algunos están impresionados, aunque nunca lo admitirían. —Me encogí de hombros, omitiendo contarle que también se habían hecho apuestas sobre quién se la tiraría

primero—. No va a ser fácil para ella, pero una vez que la vean patear en el primer partido, la respetarán.

—¿Crees que la seleccionarán?

Expulsé el aire a través de los labios con las cejas fruncidas, dirigiendo mi mirada a Gavin.

—Hermano. Venga. Ya sabes la respuesta.

Sonrió más y sacudió la cabeza; luego el balón restalló en la pantalla. Cuando terminó la jugada, continuó hablando.

—Sabía que sería buena —confesó—, pero no esperaba que lo fuera tanto. Ya sabíamos que tenía talento desde pequeña, pero luego se pasó al fútbol y..., nunca pensé... —Negó con la cabeza—. Es una locura.

—Y tanto. Creo que hay veces que hasta se sorprende a sí misma. —Le di un golpecito en la rodilla con la mía—. Podría llegar a ser profesional.

—No quiere.

Fruncí el ceño al escuchar eso.

—¿Cómo dices?

Se encogió de hombros.

—No hay chicas en la NFL.

—Tal vez ella sea la primera.

—Eso es lo que yo le dije, pero creo que solo lo está haciendo por mí. Una vez se gradúe, dudo que vuelva a tocar un balón en la vida.

Eso agrió mi expresión, y dejé el mando entre las piernas.

—Y una mierda. No dudo que pretenda cumplir la promesa que te hizo, pero hay más. Le encanta el fútbol americano, Gav. Lo he visto en sus ojos cuando está en el campo, he visto lo decidida y apasionada que es. Se parece a..., a...

Me miró.

—A ti.

Me callé.

—Sé que es difícil de creer, pero no todo el mundo sueña con estar en la NFL desde que llevaba pañales —se burló de mí—. Su obsesión es el arte, ¿recuerdas? Esto solo es temporal.

—Sí, pero también recuerdo que le gustaba jugar a la pelota en el patio más que ir a museos o entrenar con su equipo de fútbol. Esto es distinto, y ella también lo siente. Dime que me equivoco.

—No te equivocas —confesó con un suspiro—. Yo también lo veo, pero... ¿qué quieres que le diga? Le va a costar lo suyo enfrentarse a equipos universitarios. Imagínatela en la NFL. Es pequeña.

—Pequeña, pero poderosa.

Se rio entre dientes.

—Como El Super Ratón[1] —Se encogió de hombros y volvió a centrarse en el juego—. Venga, que solo me quedan *touchdowns* para que me des tu dinero.

—Anda ya..., si el que voy a cobrar soy yo, zoquete.

Volvimos al partido, pero no podía dejar de pensar en lo que había dicho de Riley. Comprendí lo mucho que significaba esa promesa para ella, para los dos, cuando la hizo en la habitación de hospital, después del accidente.

Pero ella no solo jugaba por su hermano. No me cabía ninguna duda.

Adoraba el fútbol americano.

Me daba mucha rabia imaginarme en su lugar. Ya me iba a resultar bastante difícil llegar a profesional, pero tenía una oportunidad. Una gran oportunidad. Era rápido y ágil, un buen receptor, cuidadoso con el balón y un portento a la hora de encontrar huecos entre los defensas. Valía tanto para posiciones especiales como para jugar de receptor. Incluso podía encajar en una posición ofensiva si era necesario.

Y ni siquiera estaba en mi mejor momento.

También tenía unos padres que no solo me habían metido este sueño en la cabeza, sino que lo habían regado, me habían dicho que era el fútbol americano o la ruina. Una parte de mí les guardaba rencor por eso, porque aparte del deporte... ¿qué tenía?

Nada.

Pero ahora que me daba cuenta de lo diferente que era mi situación a la de Riley, me preguntaba si en realidad no había tenido suerte, si no debería haberles dado las gracias por haberme inculcado que el fútbol lo era todo.

¿Cómo sería tener ese talento, esa motivación, y saber que mis posibilidades de jugar después de la universidad eran casi del cero por ciento?

Tragué saliva, aparté esos pensamientos y me centré en el videojuego.

Pero más tarde, cuando volvió Riley, mis ojos se clavaron en los suyos y, aunque en su mirada no había más que desdén, yo sentía que la mía no irradiaba nada más que puro respeto.

Podría tener una carrera deportiva si ella quería.

Y resolví hacérselo ver, aunque lo tuviese todo en contra.

5

Riley

La última semana de la pretemporada fue la más dura.

Como si los ejercicios a primera hora de la mañana, los entrenamientos largos, las reuniones insufribles y las interminables horas que pasamos viendo vídeos no fuesen suficiente, todos y cada uno de nosotros estábamos en modo batalla, luchando por un puesto.

Era el momento.

En una semana se desvelaría la tabla de clasificación y comenzaríamos a prepararnos para el primer partido.

—Balanceos —dijo el entrenador Aarons, sin apenas apartar los ojos del portapapeles que tenía en la mano antes de pasar a la siguiente área de la plantilla de equipos especiales.

Bo Aarons era tan duro como el primer entrenador, pero a diferencia de Sanders, él se centraba solo en mí. Bueno, en mí y en el resto de los jugadores de los equipos especiales. Parecía darse cuenta de la adversidad que suponía para mí ser la única mujer del equipo, pero nunca me hizo trabajar menos que a los chicos.

Por eso lo respetaba.

Exhalé un suspiro, ya tenía las piernas doloridas de los ejercicios estáticos de colocación de pies. A los de ataque y defensa les encantaba picarme y no dejaban de comentar que desde que habíamos empezado los entrenamientos especializados en nuestra

posición yo no trabajaba tanto como ellos. Pero ninguno entendía la presión que recaía en un pateador, que la colocación correcta del pie y un movimiento impecable de pierna suponían la diferencia entre un gol que ganase el partido y un lanzamiento fallido.

Introduje un taco negro en el césped, retrocedí unos pasos y exhalé despacio. Luego, con un salto, giré la pierna derecha hacia arriba como hacía para patear, como si ese tapón negro fuera mi compañero de equipo sosteniendo el balón después del saque.

—Bien —dijo el entrenador, y luego se volvió, y supe que quería que siguiera.

El campo estaba lleno de energía, cada rincón estaba cubierto con un subconjunto de la ofensiva o la defensa, o equipos especiales haciendo ejercicios y ejecutando jugadas. Entre un lanzamiento y otro, vi cómo Holden Moore enviaba una pelota en espiral desde la mitad del campo hasta las manos de un receptor, que se lanzó a toda velocidad hacia la zona de anotación.

Otro lanzamiento, y mis ojos se desviaron hacia donde estaba la defensa. Estos empujaban maniquíes de arrastre, mientras que los aspirantes a posiciones de profundo y esquinero hacían ejercicios explosivos y esprints, girando cuando el entrenador gritaba «¡Cambio!».

El sudor caía a chorros, los rostros se retorcían de dolor y compartíamos la agonía y la fatiga como un equipo.

Al menos el otoño se estaba acercando, sin prisa pero sin pausa, con ese frío familiar en la brisa que recorría la ciudad. Anhelaba el mes de octubre, cuando las hojas cambiaban de color, y aún más los días en los que Gavin y yo íbamos en coche al norte, a Kanc, con nuestros padres y hacíamos senderismo junto al río entre el colorido follaje.

Todavía estaba trabajando en los movimientos de piernas cuando el entrenador Sanders hizo sonar el silbato alto y claro para indicarnos que dejásemos lo que estábamos haciendo y nos dirigiésemos al centro del campo. Nos arrodillamos y los ojos del entrenador recorrieron la multitud jadeante, con una expresión ilegible en su rostro severo.

—Presión —dijo, y dejó que la palabra se asentara en nuestras mentes antes de decir nada más—. Eso es lo único que falta en estos entrenamientos, y lo que sentiréis en un partido. Ni siquiera en los simulacros se puede entender lo que será el rugido del público, a veces a favor y otras en contra. No entenderéis lo que se siente al tener la oportunidad de recibir un pase, o bloquearlo para evitar un *touchdown*, o realizar una intercepción que cambia el ritmo. —Entonces, sus ojos me encontraron—. O una patada que gana el partido.

Tragué saliva.

—Así que, en esta última semana, a algunos os sacaré al final del entrenamiento y os presionaré todo lo que pueda. Estaréis cansados, igual que al final de un partido. Pero aun así tenéis que rendir. —Se ajustó la gorra en la cabeza—. Novo, vamos a empezar por ti.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí, y, con ellas, mi corazón se aceleró.

Sin embargo, no dejé que calase. Me levanté de inmediato, me puse el casco y esperé a que me indicaran el camino, con la cara congelada, como si ya me esperara este reto, como si no fuera un reto de verdad.

—La ofensiva ha avanzado por el campo, pero no ha podido entrar para marcar un *touchdown* —describió el entrenador—. El primer *quaterback* lanzó el último pase con tres segundos en el marcador.

Anotar a treinta y ocho yardas de distancia hará que ganemos el partido. Si fallas, perderemos.

Sin esperar más instrucciones, hice los cálculos y corrí hacia la línea de veintiocho yardas, dejando diez yardas desde la línea de anotación hasta los postes, y siete detrás de la línea de práctica, donde me colocaría.

Poco después, se sumaron otros jugadores, que también pugnaban por su puesto en los equipos especiales.

—Tú puedes —dijo Blake Russo, dándome una palmada en el hombro antes de colocarse en posición. Blake también era *quaterback*, pero era quien se encargaba de las patadas, y yo tenía la sensación de que sería el reserva de Holden cuando se publicara la lista.

Asentí, los oídos me zumbaban mientras el resto del equipo se colocaba en la línea de banda.

—No os quedéis ahí parados —les gritó el entrenador—. Ella está en el equipo contrario. Vosotros, en las gradas. ¡Esta patada determina el partido!

En el momento justo, todos comenzaron a gritar, algunos de ellos insultos, otros bromas sobre mi madre, y otros «¡No patees como una chica!». Golpearon los cascos contra los bancos de metal, patalearon y chillaron tan fuerte como pudieron.

Sabía que lo hacían porque se lo habían ordenado, pero no podía evitar sentir que algunos estaban disfrutando de lo lindo insultándome.

Había cámaras alrededor del campo, como todos los días de la pretemporada. Algunas eran de *vloggers* que se dedicaban a hacer predicciones sobre la lista de clasificación, otras, de los medios de comunicación locales, y, por último, las de la ESPN. Y ahora mismo sabía que todas estaban centradas en mí, en la pateadora que se

ponía a prueba por primera vez delante de todo el equipo a solo una semana del día en el que se publicaba la lista de seleccionados.

Solté un suspiro mientras me colocaba en el lugar desde donde iba a lanzar, retrocediendo y adoptando la posición adecuada para la carrera. Moví los dedos a los lados, con los ojos fijos en el lugar donde Blake esperaba la patada.

Y entonces se hizo una calma dichosa.

Cada molécula de mi cuerpo hormigueaba, la sangre me zumbaba, los oídos me pitaban por el ruido del equipo. Pero poco a poco, con una larga exhalación, ese barullo se apagó. Sentí el corazón firme en el pecho, y la siguiente respiración fue lo único que oí. Era como si estuviera bajo el agua, como si no existiera nada en el mundo salvo el balón y yo.

Sonó el silbato.

Lanzaron el balón.

Blake lo atrapó y puso las costuras hacia el lado opuesto mientras nuestra línea ofensiva chocaba con la defensa que intentaba bloquear mi patada. Ese sonido de almohadillas crujiendo por el impacto fue lo último que oí antes de coger carrerilla y patear.

Era oro puro.

Lo supe incluso antes de verlo pasar. Lo noté en la forma como mi pie conectaba con el cuero, en el escozor del contacto, en el giro completo de mi pierna tras la patada.

Y cuando el balón pasó entre los postes amarillos, tuve que contener el impulso de saltar y alzar el puño al cielo.

En cambio, me limité a salir trotando del campo, hacia la línea de banda, indiferente a los gritos de aprobación de mis compañeros.

El entrenador casi sonrió cuando pasé por su lado.

—Bien —dijo simplemente, y luego llamó a los otros pateadores para que lo intentasen.

Ahora que la patada había terminado, se me aceleró el corazón, como si mi cuerpo hubiera aguantado hasta el momento en el que tuvo permiso para perder los papeles. Me quité el casco y bebí un trago de agua mientras veía cómo Shay Holmes, mi mayor rival, fallaba.

Intenté no alegrarme.

—Buena patada, Super Ratona. —Me congelé al oír su voz y apreté los dientes.

—Vete a la mierda, Zeke.

Se rio.

—Solo era un cumplido.

Entonces me volví hacia él y me quedé helada un momento al verlo empapado en sudor, con la camiseta de entrenamiento pegada a los músculos; una sonrisa arrogante se dibujó en su rostro.

—¿Super Ratona? Sí, menudo cumplido.

—Puedes agradecérselo a tu hermano.

Lo ignoré y me centré en el campo, donde el entrenador llamaba a su siguiente víctima. Esta vez colocó a la defensa para bloquear un *touchdown* en el tercer *down* y forzar una patada.

La línea de banda rugía como lo harían los hinchas en un partido, y me uní a ellos, gritando a viva voz hasta que lanzaron el balón. No pude evitar sonreír en señal de victoria cuando Clay Johnson recogió el pase que había lanzado Holden y este corrió a toda velocidad por el campo, esquivando a cualquiera que intentara placarlo. Volvió corriendo con el balón sobre la cabeza, e incluso el entrenador Sanders esbozó una sonrisa.

Clay era uno de los pocos jugadores a los que consideraría mi amigo. Era una bestia, medía uno noventa y pesaba al menos noventa kilos, tenía la capacidad demencial de salir disparado de la línea y mover ese cuerpo enorme a velocidades que no tenían

sentido. Pero también era el ser más payaso que conocía, siempre andaba cantando canciones de los sesenta y gastando bromas a todo el mundo en el vestuario.

No tenía ninguna duda de que lo seleccionarían.

El entrenador anunció el siguiente escenario y los jugadores salieron corriendo al campo; en cambio, Zeke se colgó de mi hombro como un mosquito.

—¿Puedes ponerte en otra parte? —Arrugué la nariz—. Hueles a pies con hongos.

—Venga ya, Novo. No hace falta que finjas. Puedes confesarme que estás enamorada de mí desde que éramos niños.

Me rodeó con el brazo, rozándome el hombro con su axila sudorosa, y me dio una arcada antes de quitármelo de encima.

—Créeme, «amor» es la última emoción que siento por ti —me quejé, aunque mis mejillas ardían con un calor traicionero que rogué que no se manifestara en forma de rubor.

—Al final de la temporada, seremos mejores amigos —dijo, apoyando el codo en mi hombro—. Ya lo verás.

Suspiré, renunciando a intentar alejarme de él y, en cambio, decidí centrarme en el campo.

Después de algunos ejercicios más, nos dejaron ir a comer, y Zeke trotó a mi lado todo el camino hasta el vestuario. En el momento en el que cruzamos las puertas, había risas, música y voces burlonas. Zeke se dirigió a los baños de agua helada, mientras que yo fui directamente a mi taquilla.

—Buena patada, Novo —dijo Clay cuando pasé por su lado, dándome un codazo juguetón—. Si la repites en un partido de verdad, te subiré a mis hombros.

—Tendré que prepararme para eso. ¿Me faltará oxígeno ahí arriba? —me burlé, protegiéndome los ojos entrecerrados con una mano,

como si estuviera mirando la cima de una montaña en lugar de su cabeza.

Me dedicó una sonrisa divertida.

—Además, puede que sea yo quien tenga que llevarte a ti a hombros —contraataqué—. No hacía falta sacarse un *pick six* de la manga.

—¿A una semana del día de la lista? Vaya que sí.

—*Touché*.

Kyle se deslizó entre nosotros sin avisar; primero me puso el móvil delante de la cara y luego le hizo lo mismo a Clay.

—Oooh, ¿qué es esto? ¿Huele a que el amor está en el aire?

Puse los ojos en blanco mientras Clay empujaba a Kyle hacia atrás.

—Ve a inventar drama para tu programa en otra parte, Robbins.

—Parece que hay mucho drama cociéndose aquí mismo.

Me volvió a poner el teléfono en la cara.

—Novo, cuéntanos. ¿La polla de Clay es tan grande como su ego?

Estuve a dos segundos de darle un puñetazo a Kyle en la nariz al más puro estilo Helga Pataki cuando Zeke lo agarró de la camiseta y lo atrapó justo antes de que su espalda se estrellara contra las taquillas. Lo único que hizo fue mirarlo fijamente, con la tela aún apretada en el puño, pero Kyle se calló.

Luego lo soltó, y Kyle me guiñó un ojo antes de irse a molestar a otra persona.

—Ignóralo —dijo Clay. Sabía que se refería a Kyle, pero yo tenía mi mirada de rayo láser fija en Zeke.

—Deja de hacer eso —dije, tratando de mantener la voz baja y resistir el impulso de empujarlo contra las taquillas.

—¿Facilitarte las cosas?

—Intentar salvarme —rebatí, apretando los dientes—. O protegerme, o lo que sea que creas que estás haciendo. No eres mi caballero andante, y yo no soy una princesita indefensa, ¿vale? Si me dieses la maldita oportunidad de hacerlo, podría arreglármelas sola.

—Estaba siendo un imbécil irrespetuoso —dijo Zeke, con los ojos entrecerrados—. No me di cuenta de que eres la única que tenía permiso de ponerlo en su lugar.

Me acerqué a él y mi pecho chocó con su caja torácica. Su mirada se desvió hacia mi modesto escote y arqueó una ceja al verlo, cosa que me hizo entrecerrar aún más los ojos.

—Cada vez que peleas una batalla por mí, me haces parecer más débil.

—Te crees muy especial. Acabaría con el molesto zumbido de Kyle por cualquiera de este equipo. Solo estaba siendo un buen amigo.

—Tú no eres mi amigo.

Zeke levantó la comisura de los labios y me miró por debajo de la nariz.

—¿Solo tu compañero de habitación?

Entonces me di cuenta de que eso era exactamente lo que quería: picarme.

Me crují el cuello, di un paso atrás y me volví hacia mi taquilla el tiempo justo para quitarme la camiseta. Juro que sentí que aquellos ojos oscuros me abrasaban la piel hasta que me puse una camiseta de tirantes limpia, y entonces cogí mi tarjeta de identificación y mi botella de agua y me largué hacia el comedor sin dirigirle ni una mirada más.

Estaba tan concentrada en calmar la respiración que al principio no me di cuenta de los ojos que me seguían por el vestuario y el pasillo. Poco a poco, se fueron acercando a mí y me pregunté si

todos habían visto aquella escena, si todos estaban haciendo apuestas sobre quién sería el primero en acostarse conmigo.

Típico.

Pero cuantos más jugadores me cruzaba, esas miradas más se convertían en sonrisas, asentimientos e incluso algunas palabras entre dientes que no podía entender.

Cuando cogí la comida y me senté a una de las mesas, lo reconocí.

Respeto.

Irradiaba de cada par de ojos que me miraban. No de parte de todo el equipo, pero desde luego más que hasta entonces.

Estaba acostumbrada a comer sola, pero Holden ocupó el asiento frente a mí nada más sentarme, y el resto de la mesa se llenó de jugadores que no me habían dirigido más de una palabra en toda la pretemporada.

Nadie me elogió. Nadie alabó mi patada. Pero había una alianza tácita, como si por fin formase parte del equipo.

Aquello me pareció una victoria, más que la propia patada.

6

Zeke

El lunes anterior al primer partido de la temporada, contra los Vikingos de Virginia del Este, el entrenador Sanders publicó la lista de seleccionados.

Ese día era muy importante en el fútbol americano universitario, y lo había sido desde que tenía memoria. De pequeño, me pasaba el día pegado a la ESPN con mi padre. Chocábamos los cinco ante las predicciones que habíamos acertado e indagábamos sobre los fichajes inesperados.

Me decía: «Algún día, tu nombre aparecerá en esas listas. Todos hablarán de ti».

Recuerdo cómo se me hinchó el pecho al pensar en ello, la sonrisa que esbocé fue enorme. Mi padre tenía fe en mí. Sabía que me labraría un futuro en el fútbol americano, sin lugar a dudas.

En este momento, anhelaba esa emoción, esa confianza, pero la verdad es que temblaba un poco al acercarme al entrenador en el campo con el resto del equipo. El sol nos daba en la espalda, el sudor nos goteaba sobre los ojos, y todos prestábamos atención al hombre que determinaría nuestro futuro.

—Hoy es un día trascendental —dijo con voz firme—. Para muchos será una jornada de celebración, y para otros, de derrota. Esta lista —explicó, levantando el portapapeles— es un reflejo de lo duro que habéis trabajado este último mes. Aunque quiero que estéis

orgullosos de vosotros mismos, también debo recordaros que nada es permanente. El hecho de que tengáis un puesto titular ahora no significa que no debáis seguir luchando por mantenerlo en cada partido y en cada entrenamiento durante el resto de la temporada. Y, asimismo, si estáis en el segundo equipo, o incluso en el tercero, os reto a que trabajéis duro para conseguir pisar campo.

Todos asentimos, y yo tragué saliva al mirar a los chicos que me rodeaban. Sabía que al menos veinte tendrían que abandonar el equipo, y que solo la mitad de los que se quedaran serían titulares.

Me dije a mí mismo que solo estaba analizándolos, evaluando los nervios de cada uno, pero esa mentira se tornó demasiado evidente como para ignorarla cuando mi mirada se posó en Riley.

A simple vista parecía pintoresca, tranquila y serena. Llevaba el pelo recogido en una coleta apretada, tenía una mirada atenta, los hombros cuadrados y la barbilla bien alta mientras escuchaba atentamente al entrenador. Pero yo veía lo que nadie más podía ver, lo que solo alguien que había crecido con ella notaría: la forma como movía los dedos con suavidad a los lados, la fuerza con la que sujetaba el casco con la otra mano; tenía la mandíbula tan apretada que seguramente le rechinaran los dientes.

Estaba nerviosa.

—Esta lista se publicará en internet esta tarde —dijo el entrenador —. Pero quiero que seáis los primeros en verla. Voy a colgarla en la puerta de mi despacho. Si vuestro nombre no está, quedáis oficialmente fuera del equipo. La señorita Pierson os asesorará sobre qué hacer a continuación —añadió. La orientadora del equipo también nos había ayudado a elaborar los horarios de clase, para asegurarse de que el semestre de otoño tuviera una carga más ligera que el de primavera o verano, ya que estaríamos totalmente centrados en el fútbol.

El entrenador resopló y le dio unos golpecitos al portapapeles.

—Y si estáis en la lista, quiero que comprendáis la responsabilidad que conlleva esa recompensa. Celebrad vuestros logros, sí —dijo—. Pero mañana os quiero aquí, preparados para trabajar.

Se despidió con una inclinación de cabeza, y entonces los otros entrenadores hicieron sonar los silbatos y nos gritaron que fuésemos a ducharnos y cambiarnos. También hubo amenazas de suspensión inmediata si alguien filtraba la lista antes de que el entrenador la publicara, lo que hizo que Kyle frunciera el ceño, dado que eso era precisamente lo que tenía pensado hacer.

Todos corrimos, como nos habían pedido, pero nadie se fue a las duchas. La mayoría de mis compañeros se quedaron junto a su taquilla e intentaron parecer ocupados hasta que entró el entrenador, pegó la lista en el pequeño tablón que había en la puerta de su despacho, se metió dentro y cerró tras de sí.

Entonces se desató el caos.

Todos corrieron hacia la lista, empujándose unos a otros para buscar su nombre. Algunos salieron gritando, dando saltos y lanzando puños al aire, mientras que otros agachaban la cabeza y tiraban los cascos en señal de frustración.

Riley se sentó en el banquillo que había frente a su taquilla y se puso las manos entre las rodillas; el pie le rebotaba despacio.

Estaba esperando.

La conocía lo suficiente como para saber que no se abriría paso a codazos a través de esa multitud para ver cuál era su destino. Esperaría hasta que todos se hubieran ido a comer para ver la lista en privado. Yo, en cambio, no pude evitarlo. Cuando por fin me abrí camino hasta el documento, busqué primero su nombre.

Y allí estaba, en el apartado de equipos especiales.

«Pateadora titular: Riley Novo».

Se me hinchó el pecho de orgullo hasta casi dolerme, y di gracias por estar mirando a la puerta y no al vestuario cuando una sonrisa de pagafantas se dibujó en mis labios.

Lo había conseguido.

Seguí escaneando la hoja, y unas líneas por debajo de su nombre, lo vi.

«Regresador de despeje titular: Zeke Collins».

Arrugué los labios para evitar esbozar otra sonrisa, recuperé la compostura y me di la vuelta para abrirme paso entre la pequeña multitud que se apretujaba frente a la lista. Riley seguía con la cabeza gacha y yo me acerqué y me senté a su lado en el banco.

Su pierna dejó de rebotar durante un segundo, lo suficiente para que me mirara de reojo y se diera cuenta de que era yo.

Frunció el ceño.

—Déjame en paz.

—Novo —intenté, pero ella levantó la mano.

—He dicho que te largues.

—¿Puedes dejar de hacer el capullo durante un segundo para que pueda decirte que has entrado en el equipo?

Se quedó boquiabierta. Cuando por fin me miró tenía los ojos como platos. Entonces me dio un golpe en el pecho.

—¿En serio me has llamado capulla? Incluso tú estás por encima de ese insulto tan poco original.

Seguía lanzándome bolas de fuego con esos ojos color avellana cuando se dio cuenta de lo que le había dicho. El calor abandonó su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos, su piel palideció mientras parpadeaba.

—Un segundo..., ¿qué has dicho?

Sonreí, me acerqué más y bajé la voz.

—Que dejes de hacer el capullo.

Fue a darme una bofetada, pero atrapé su mano con una carcajada.

—Estás en la lista.

Despacio, dejó caer la mano y yo la solté a regañadientes, y sonreí al ver cómo lo asimilaba.

—Estoy en la lista —suspiró.

—No solo eso —añadí—. Eres la número uno.

—¡¿Titular?!

Asentí.

Dejó escapar otro suspiro tembloroso y se tapó la boca con la mano; luego cerró los ojos y soltó un pequeño chillido mientras daba saltitos como una niña pequeña.

Fue como ver un vídeo casero ante mis ojos, como retroceder en el tiempo hasta su décimo cumpleaños o al día en el que sus padres nos sorprendieron con un viaje a Disney World. En ese momento, no era la jugadora de fútbol americano dura, fría como el hielo y con cara de mala uva en la que tanto se había esforzado por convertirse en los dos últimos años.

Simplemente era... Riley.

Me reí, pero el sonido se apagó al instante.

Porque se lanzó a mis brazos.

La atrapé sorprendido, pero esa sorpresa fue sustituida por una oleada de calor que no me resultaba familiar en cuanto me di cuenta de que la tenía pegada a mí. Aún tenía los brazos húmedos por el entrenamiento y me rodeaba el cuello; la abracé por la cintura como si ese fuera mi hogar. Me enterró la cabeza en el cuello, apretándome con fuerza, y el aroma de su champú me inundó.

—¡Lo he conseguido! —susurró, sin dejar de estrujarme.

Le devolví el apretón y saboreé ser la persona a la que dirigía su emoción. Me recordó a cuando entró en el equipo de fútbol del

instituto, cuando nos abrazó a su hermano y a mí con un chillido de alegría antes de que la levantáramos y la lleváramos por el patio como a una reina.

—Lo has conseguido —repetí.

Como si mi voz la devolviera al presente, Riley se puso tensa, me apartó de un empujón y se puso a buscar algo en la bolsa, aunque yo sabía que estaba fingiendo. Volvió la frialdad a la que estaba acostumbrado, y la antigua versión de ella quedó enterrada bajo el acero.

—Lo siento. Me he emocionado.

Me reí entre dientes.

—No hay nada por lo que disculparse.

—No tenías que decírmelo, ¿sabes? Ya lo habría descubierto yo sola.

—Tal vez después de morderte las uñas hasta los nudillos.

Me miró y me preguntó con indiferencia:

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Lo has conseguido?

Me relamí los dientes.

—Venga ya. Sabes la respuesta.

Puso los ojos en blanco.

—No te las des de chulito, que estabas tan nervioso como los demás.

—Las estrellas no se ponen nerviosas.

Hizo un ruido que parecía un cruce entre un bufido y un gruñido, lo que me hizo sonreír aún más.

—Bueno, pues felicidades —dijo, al tiempo que se colgaba la bolsa del hombro—. Y buena suerte.

—¿Cómo dices?

—Aquí tienes que aprobar para seguir en el equipo, no como en el instituto.

Sonrió ante el desafío; tal vez ella lo considerase una broma, pero esas palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago.

Mi chulería se desvaneció al recordar lo difícil que me había resultado evitar suspender estos últimos años, sobre todo durante la temporada. Y si el trimestre de verano había sido un indicio de lo que me esperaba en la universidad, estaba más que preocupado por mantener la nota requerida para jugar.

Una vez más, reiteró lo que yo ya sabía que todo el mundo pensaba.

Solo se me da bien una cosa: el fútbol americano.

Me levanté y me crují el cuello.

—Bueno, supongo que ahora es un buen momento para decírtelo.

—¿El qué?

—Hay un vídeo tuyo en las duchas en ropa interior que se está haciendo viral en TikTok.

Abrió los ojos como platos y se le descolgó la mandíbula; luego volvió a dejar la bolsa en el banco y se puso a buscar el móvil.

—¡Kyle! ¡Juro por Dios que voy a matarlo!

Me levanté y me dirigí a mi taquilla, me desvestí y me fui a la ducha mientras ella se dedicaba a navegar por las redes sociales como una loca. No se dio cuenta de que estaba desnudo hasta que me acerqué a ella y bajé los labios para susurrarle al oído:

—Era broma.

Se detuvo en mitad de la búsqueda, con los pulgares sobre la pantalla, y vi con una sonrisa divertida cómo me recorría con la mirada. Pero cerró los ojos de golpe antes de que bajaran del todo.

—¡Puaj, Zeke!

Intentó apartarme, pero como tenía los ojos cerrados, fue fácil esquivarla y dejar que empujase el aire.

—Nos vemos en casa, cariño —le dije.

Entonces, me incliné y le di un beso en la mejilla. Salí corriendo antes de que pudiera pegarme al pasar por su lado.

7

Riley

Las clases empezaron, y con ellas, la cuenta atrás para el primer partido.

Creía que la pretemporada de otoño había sido dura: entrenamientos eternos, reuniones interminables, ejercicios físicos y sesiones de acondicionamiento... Pero ahora además había que compaginar todo eso con las clases, los deberes y los exámenes.

El primer día de clase pensé que me las arreglaría bien.

Me levanté a las seis de la mañana, fui un rato a la sala de musculación para hacer pesas y preparación física, me duché y fui a la primera reunión de la temporada, donde repasamos el programa de entrenamiento.

Después, empezó el liviano día lectivo, con una clase a las nueve y otra al mediodía. Comí entre medias, me reuní con los demás pateadores para ver vídeos de los rivales a los que nos enfrentaríamos el sábado y me dirigí a un entrenamiento de tres horas.

Cuando terminó, hablamos con los medios de comunicación, nos duchamos y cenamos en equipo antes de dirigirnos al centro de asistencia académica para hacer los deberes. Por suerte, esa semana estaba dedicada al plan de estudios, por lo que la mayoría todavía no teníamos mucho que hacer.

Volví a la residencia a las nueve y media y el cansancio se apoderó de mí nada más lavarme los dientes y dejar que mi cabeza cayera sobre la almohada.

Estaba agotada, sí, pero lo había conseguido.

A la mañana siguiente, cuando la alarma sonó a las seis, supe que tenía que volver a hacerlo todo igual, aunque con una clase más. Y entonces me di cuenta de lo que nos esperaba de verdad.

A medida que avanzaba la semana, tenía suerte de poder abrir los ojos lo suficiente para lavarme la cara antes de quedarme dormida. Me dolía el cuerpo de tanto entrenar. Me dolía el cerebro por las clases y los deberes. Y me dolía el alma porque sentía que no tenía ni un momento libre para mí.

Deseaba con todas mis fuerzas decorar mi habitación, algo que no había tenido tiempo de hacer durante la pretemporada, pero ahora me preguntaba si tendría que vivir con las paredes desnudas hasta la primavera.

Sin embargo, Zeke parecía tener más energía que cuatro latas de Red Bull.

No lo entendía. Tenía un horario tan agotador como el mío, pero, de alguna manera, encontraba la forma de invitar a una chica a su cuarto después de estudiar o de salir con compañeros del equipo a conocer los garitos universitarios de la zona. Claro que algunas noches se quedaba dormido tan temprano como yo, pero otras, salía hasta bien pasada la medianoche.

Y, aun así, cuando la alarma sonaba a las seis, él estaba despierto.

Creo que eso es lo que más me molestaba: que pudiera divertirse y también rendir. No aflojaba en los entrenamientos, no parecía cansado. Ese tipo de resistencia me superaba.

Él no sabía que yo estaba al tanto de su horario. Éramos cordiales como compañeros de piso, pero apenas hablábamos, aparte de

discutir sobre qué comida era suya y cuál mía, o pedirnos que bajáramos el volumen de la música o que cerráramos la maldita puerta. Su pasatiempo favorito parecía ser tratar de pincharme, pero se lo guardó para los entrenamientos, donde podía ignorarlo.

Incluso cuando me molestaba, tenía que admitir que habíamos caído en una rutina con la que me sentía cómoda. Él no se entrometía en mi vida ni yo en la suya, y no podía pedir más.

El viernes por la noche, víspera del partido, el entrenador nos dejó salir temprano y nos aconsejó que nos relajáramos, liberáramos estrés y durmiéramos bien. Teníamos que volver al estadio a las nueve de la mañana para desayunar juntos y reunirnos antes del partido, lo que significaba que no tenía que despertarme hasta las ocho.

Estuve a punto de gemir del gusto ante la idea de dormir la mañana.

Cuando volví a la residencia, sentí la energía nerviosa de antes de un partido, igual que en el instituto. Era lo más cerca que había estado de sentir nostalgia desde que llegué a UNB, sobre todo porque no había tenido tiempo para sentir nada.

Me puse el último disco de Kid Cudi y por fin saqué las cajas de obras de arte que tenía escondidas debajo de la cama; me iba a dar el gusto de tomarme una noche de decoración que me quitase los nervios.

En cuanto abrí la primera caja, mi corazón suspiró de alivio.

Un brillante mosaico de un artista local de Boston que mamá me había enmarcado las navidades pasadas me devolvió la mirada. Lo saqué de la caja, limpié el cristal y el marco para quitarle el polvo y lo levanté mientras daba vueltas en el centro de la habitación, buscando el lugar perfecto para colgarlo.

Esa había sido mi pasión desde que tenía memoria. Gavin había crecido obsesionado con los deportes, yo acosaba a mamá y papá para que me llevaran a todos los museos de la ciudad y a los de fuera. Me encantaba el fútbol, por supuesto, y disfrutaba jugando con Gavin, pero para mí no había nada como pasar una tarde en un museo.

De pequeña, únicamente sentía la alegría de mirar cosas bonitas, esculturas y pinturas que hacían volar mi imaginación. Pero a medida que fui creciendo, aprendí a apreciarlas de verdad. Podía distinguir de dónde era una pieza antes incluso de leer la placa, y, si prestaba atención, también de qué época. Empecé a entender qué hacía que una pintura fuese moderna en vez de abstracta, o impresionista en vez de expresionista. Descubrí que podía detectar con facilidad un Monet, un Picasso o un Van Gogh. Y a medida que pasaba el tiempo, sentí el impulso de decorar mi habitación y toda la casa con esa estética en mente, y el arte siempre era lo primero y lo más importante.

El espacio que había sobre el cabecero era perfecto para el cuadro que tenía en las manos: el mosaico de una panorámica de patos y otras aves jugueteando en el río Charles. Me subí al colchón con un clavo entre los dientes, el martillo bajo el brazo y el cuadro a los pies de la cama. Una vez colocado el clavo, colgué el cuadro, ayudándome de un pequeño nivelador para asegurarme de que quedaba recto.

—¿Necesitas ayuda?

La voz de Zeke me sorprendió y di un salto; estuve a punto de tirar el cuadro antes de estabilizarme con el marco.

Solté una risa ahogada.

—Estoy bien —dije sin volverme, y me senté sobre los talones, inclinando la cabeza hacia un lado mientras observaba el mosaico.

—¿Seguro? Ya sabes que soy más alto que tú. Y aquí no hay escalera.

Me di la vuelta y vi que Zeke sostenía un grabado de Dalí que le había suplicado a mi padre que me comprara cuando visitamos el museo de Tampa, y palidecí. Tardé un segundo en bajar de la cama y quitárselo de las manos.

—No toques mis cosas.

Arqueó una ceja y levantó las manos en señal de rendición.

—Solo estaba echando un vistazo. Yo no tengo la culpa de que escondas cuadros raros en una caja debajo de la cama.

Entrecerré los ojos.

—No es raro. Es surrealista. Es desconcertante a propósito.

Zeke desvió la mirada hacia el grabado que tenía en las manos y abrió los ojos como platos al ver a una mujer sin cabeza y con un vestido blanco casi transparente que se ceñía a sus amplias curvas. Junto a ella había un hombre de figura espantosa que sostenía un palo largo, y la mujer sujetaba una cuerda que sujetaba a una tercera figura desmantelada, todo en un páramo estéril con rocas aterradoras, arena y un cielo gris.

—Y vaya si lo consigue.

No pude evitar sonreír, y tal vez fue el agotamiento de la semana, o los nervios previos al partido, o el hecho de que estaba volviendo a tocar mis obras de arte, pero me relajé y se lo devolví.

—Se llama *Plage enchantée*, es decir, «playa encantada». Aunque te cueste creerlo, esta es una de sus obras más contenidas y equilibradas. —Señalé con la cabeza la pared blanca que había sobre mi escritorio—. ¿Puedes colocarla ahí?

—Ostras, ¿en serio vas a dejar que te ayude?

—No hagas que me arrepienta —dije, poniéndole el martillo en el pecho.

Zeke colgó el cuadro en silencio, y yo lo observé en todo momento, asegurándome de que ponía el mismo empeño que yo en que quedara perfecto. Sentí un tirón extraño en el pecho, como una cuerda enrollada alrededor de una costilla que había olvidado que tenía hasta ese momento.

Me vino a la mente un recuerdo de Zeke de pequeño, esa sonrisa amplia y brillante, su risa. Durante un instante, recordé lo que era la despreocupación de ser una niña enamorada del mejor amigo de su hermano.

Pero la sensación se esfumó tan rápido como había llegado.

Cuando me aseguré de que Zeke había nivelado el marco correctamente, rebusqué debajo de la cama para sacar la obra más grande que tenía, que estaba cubierta con una sábana gruesa. La destapé y solté un suspiro de felicidad.

Era un grafiti, pero sobre un lienzo, con brillantes colores de neón bailando sobre un fondo blanco. De cerca, podrían parecer meras salpicaduras de pintura, pero, a medida que el espectador retrocedía, podía verse una serie de imágenes enigmáticas: una mujer seductora con exuberantes labios hechos de rosas, ramas de árbol por pelo y una cascada por cuello. La tierra se extendía a su alrededor y, sobre ella, una interminable noche estrellada.

—Ese es precioso —comentó Zeke.

—Lo pintó un sintecho en Dorchester —dije, con las manos en las caderas y paseando la mirada por la habitación—. John Blackman.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Pues claro.

—Poca gente le pregunta a un sintecho cómo se llama —recalcó.

—Es un artista.

Mis ojos se encontraron con los de Zeke durante un instante, pero lo que hallé en ellos me inquietó por razones que no podía explicar,

así que me aclaré la garganta y señalé la pared que había junto al armario, frente a la única ventana que tenía.

—Ahí. Para que le dé la luz.

Zeke levantó el marco y se puso a trabajar mientras yo recogía el resto de las cajas.

—Había olvidado lo mucho que te gusta esto. ¿Quieres ser artista?

—Ay, Dios, no —respondí de inmediato—. Ojalá tuviese el talento para pintar o dibujar, pero lo intenté de pequeña y digamos que las figuras de palo son lo más artístico que puedo conseguir.

Sonreí, saqué mi jarrón de barro texturizado favorito y lo coloqué encima de la cómoda más alta. Lo llené de flores secas y hierbas aromáticas.

—Sin embargo, creo que mi futuro está en el arte —comenté—. En el comisariado de arte.

Zeke levantó una ceja y me miró apenas un segundo antes de volver a concentrarse en colgar el lienzo.

—Y eso es...

—Pues es que, en mis sueños más descabellados, trabajo para un museo y me encargo de adquirir y catalogar obras y exposiciones.

Zeke hizo una mueca, pero no dijo nada.

—¿Qué?

—Nada.

Lo miré fijamente.

—Ya está.

Se encogió de hombros y dio un paso atrás para asegurarse de que el cuadro estaba bien colgado. Le pasé el nivelador para asegurarme.

—Nada. Es solo que... ¿no crees que puedes tener futuro en el fútbol americano?

La pregunta me afectó más de lo que esperaba, y se me formó un nudo en la garganta mientras me esforzaba por recuperar la compostura.

—Ja, ja —dije, y le saqué la lengua antes de indicarle que inclinara el marco un poco hacia abajo en el lado izquierdo.

Zeke se volvió, sus ojos oscuros se encontraron con los míos, tenía la mandíbula desencajada y el ceño fruncido. No me había detenido a estudiarlo cuando entró, pero ahora veía el cansancio de la semana: estaba igual que yo. Aun así, sus músculos estaban abultados, como si acabara de hacer pesas en el gimnasio, y tenía los hombros relajados, como si no le importara lo más mínimo que tuviéramos un partido mañana.

—Lo digo en serio —insistió.

—Entonces eres más idiota de lo que creía.

—¿Crees que, porque no haya mujeres en la NFL en este momento, no puede haberlas nunca?

—Creo que es muy poco probable, y no es el futuro que yo quiero.

La última parte se me hizo bola y busqué la botella de agua que tenía sobre la mesilla de noche; bebí un sorbo.

—¿Aunque seas tan buena?

—Me han seleccionado —dije—. No estoy en la Super Bowl. Ni siquiera he jugado un partido universitario aún.

—Has conseguido una beca para una universidad de primera división. ¿Entiendes lo impresionante que es eso solo?

Odiaba que mi corazón se hinchara con esas palabras y que algo parecido al orgullo me rogase que lo dejara salir; la esperanza estaba justo ahí, pisándole los talones, aguardando su oportunidad.

Pero los reprimí, pues sabía que, si me dejaba llevar mucho por ese camino imaginario, lo único que me esperaría sería la decepción.

Me encogí de hombros, me rasqué el esmalte de las uñas y pensé que quizá debería quitármelo del todo para el partido de mañana.

—Sabes por qué estoy aquí.

Esa frase hizo que ambos recuperáramos la lucidez; un silencio pesado se apoderó de la habitación.

—Creo que hay más que eso —dijo en voz baja.

Me sonrojé.

Y entonces, de la nada, me invadió una sensación de inquietud, rápida y envolvente.

¿Cómo se atrevía a fingir que sabía algo que yo ignoraba? Como si ambos no supiéramos exactamente por qué jugaba al fútbol americano.

Como si la razón no estuviera directamente ligada a él.

—Sí, ya, pues te equivocas —dije tajante, y me volví hacia las cajas—. Ya me encargo yo del resto. Puedes irte a jugar a videojuegos o a acostarte con una animadora o lo que sea que ibas a hacer antes de irrumpir en mi habitación.

—En realidad, iba a estudiar. La clase de Economía es...

No pretendía soltar la carcajada que salió de mi pecho sin querer, pero lo hice, y Zeke se calló. Levanté la vista con una ceja arqueada y una sonrisa divertida para encontrar su expresión convirtiéndose en piedra.

—Lo siento —dije, aunque todavía me estaba riendo un poco cuando sacudí la cabeza y saqué una pequeña acuarela de la caja—. Pensaba que era una broma.

Se quedó inmóvil en la esquina de mi cuarto y volví a levantar la vista justo a tiempo para ver cómo tensaba la mandíbula. Algo en sus ojos hizo que los míos se ablandaran, y abrí la boca para disculparme, pero se fue antes de que pudiera hacerlo.

Dio un portazo tan fuerte que hizo temblar toda la habitación, y me estremecí al oírlo, parpadeando mientras se me helaban las venas.

Pero me deshice de esa sensación un momento después. Observé mi cuarto para ver dónde colocar el siguiente cuadro.

No me importaba haber herido sus sentimientos.

Él nos había herido mucho más a toda mi familia y a mí.

Zeke

Tuve que esforzarme al máximo para no dar un portazo cuando me retiré a mi habitación, con el pecho abrasado por cada bocanada de aire encendida que expulsaba. Tiré de la silla de escritorio y me dejé caer sobre ella, abriendo el libro de texto con demasiada fuerza. A continuación, me coloqué los auriculares y encendí una lista de reproducción de ambiente, algo que estimulara mi cerebro sin distraerlo con melodías o letras.

Durante un buen rato, me quedé mirando el libro, que había abierto por el capítulo cuatro, la lectura que nos habían asignado para el lunes. Eran pocos capítulos. Lo único que tenía que hacer era comprenderlos lo suficiente como para aprobar el examen que nos esperaría el lunes por la mañana para comprobar que los habíamos leído.

Ojalá fuese tan fácil.

Para casi todos los de mi clase, supuse que sí lo era. Seguramente esperarían hasta el domingo por la noche y absorberían cada palabra como si nada; luego llegarían a clase seguros de su capacidad para aprobar el examen.

En cambio, yo tendría que leerlos varias veces, tomar notas, y aun así debería darme con un canto en los dientes si retenía lo suficiente como para aprobar.

La risa de Riley me atormentaba mientras miraba el libro abierto. Siempre había dado por sentado que odiaba los estudios, que era un vago o un incompetente, o quizá una combinación de las tres cosas. No sabía cuánto me esforzaba. Muy poca gente lo sabía. Aparte de mis padres, Gavin y los profesores, a quienes tenía que solicitar más tiempo en los exámenes, me lo guardaba para mí.

Un vistazo al reloj me dijo que podía bajar a la sala de estudio del equipo si quería, tal vez pedir ayuda a uno de los tutores. Pero teníamos un partido al día siguiente, y yo quería avanzar lo suficiente como para sentirme seguro de que podría dedicar toda mi energía al fútbol durante un día entero.

Solté un suspiro, me senté un poco más recto y coloqué el borde de mi cuaderno justo debajo de la primera frase. Solo lo moví hacia abajo cuando estuve listo para leer la siguiente línea, para no distraerme.

Poco a poco, terminé la primera página, aunque me había tenido que detener de vez en cuando, como, por ejemplo, cuando una palabra no tenía sentido porque había leído las letras desordenadas. Cada vez que ocurría eso, perdía por completo el contexto de la frase y tenía que volver a leerla. Pero estaba acostumbrado. Las cosas eran así para mí. La lectura y la comprensión requerían dedicación y tiempo.

Nunca me iba a resultar fácil, nunca iba a destacar. Y no pasaba nada.

Porque tenía el fútbol americano.

Me senté a descansar después de la primera página y le di un sorbo a la bebida energética. Debía tener cuidado: necesitaba

energía para concentrarme, pero si me pasaba de la raya no podría dormir, y eso era lo que más necesitaba.

El zumbido profundo de la canción atmosférica que sonaba por los auriculares hizo que me concentrase en silencio, y pensé en el día en el que descubrí que tenía dislexia.

Las lágrimas me recorrieron el rostro mientras miraba fijamente el examen que tenía entre las manos, las letras y las palabras que no tenían sentido. Mis padres estaban sentados a mi lado, con las manos sobre mis hombros, y creían que no me daba cuenta de las miradas de preocupación que me dirigían mientras esperaban a que respondiera a lo que me habían dicho.

—Así que soy tonto.

—No —dijo mamá al instante, mientras papá se arrodillaba frente a mí.

Me quitó el papel de las manos y lo dejó a un lado.

—No eres tonto —dijo, y sus ojos se encontraron con los míos—. Eres especial.

Por algún motivo, esa palabra me dolió aún más.

—Esto solo significa que aprendes de forma un poco diferente al resto de los niños —añadió.

—Te ayudaremos —dijo mi madre—. Y ahora tendrás más tiempo para hacer los exámenes, así podrás leer con más calma y entender lo que te están preguntando.

Parecía que todo había cambiado de la noche a la mañana. Pasé de no tener ninguna preocupación en el mundo a, de repente, despertar a una realidad muy diferente al empezar la secundaria. Los niños ya no reían ni jugaban como en el colegio.Todo era más serio, y te juzgaban en cuanto entrabas en el instituto. De repente, aspectos como cómo te vestías, con quién salías y qué aficiones

tenías te definían y te situaban en la jerarquía, tanto si querías que te etiquetaran como si no.

Gracias a Dios que tenía a Gavin.

Papá debió de darse cuenta de que no estaba convencido de que ser disléxico fuera algo bueno, porque se levantó y me ordenó que hiciera lo mismo.

—Vamos —dijo, señalando con la cabeza la puerta trasera.

No tuve más remedio que seguirlo, aunque arrastrando los pies. Volví a la realidad justo a tiempo para atrapar un balón de fútbol americano que iba directo a mi cara.

—Buena recepción —dijo, y luego levantó las manos para que se la devolviera—. Ahora corre.

Supuse que no era más que una forma de distraerme, pero pasé trotando junto al columpio en el que jugaba de niño y me giré justo a tiempo para saltar y agarrar el lanzamiento que había hecho mi padre.

En el momento en el que la pelota quedó atrapada contra mi pecho, no pude evitar sonreír.

—¡Otra vez! —gritó mi padre, y mi madre me quitó el balón para lanzárselo a papá, que me hizo realizar una jugada como si fuera un receptor.

Señaló la jugada, que había llevado a cabo bastante a menudo el año pasado en el equipo, y yo me lancé como si estuviera evitando un safety *antes de atrapar el balón y atravesar el patio. Mamá y papá me vitorearon y volví corriendo a por otra.*

Una y otra vez, sin parar, gritaban un simulacro y yo lo ejecutaba. Antes de que me diera cuenta, estaba jadeando, empapado en sudor y eufórico por la adrenalina que solo el fútbol americano era capaz de proporcionarme.

Aquel examen había desaparecido de mi mente.

Mamá me trajo una botella de agua al cabo de una hora, y mientras bebía, papá me puso una mano en el hombro y me miró a los ojos.

—No eres tonto, hijo —dijo—. Eres extraordinario.

Miré el césped.

—¿Crees que cualquier muchacho podría correr como tú? ¿Que podría ser tan rápido, tan ágil, tan explosivo? ¿Crees que todos los niños nacen con ese talento, con la capacidad de atrapar todas las pelotas sin tambalearse? —Sacudió la cabeza y me clavó el dedo en el pecho—. Tú eres especial.

Otra vez esa palabra, aunque entonces...

Fue distinto.

—¿Sabes lo que vas a hacer, Zeke? Llegarás a lugares con los que otros apenas sueñan. Vas a jugar al fútbol americano en el instituto. Vas a conseguir una beca para una universidad de primera división. Y un día, serás elegido en primera ronda para la NFL. ¿A quién le importará que no puedas leer un libro en un día, o que no saques un sobresaliente en Historia? —Papá pasó de largo mientras mamá se reía—. Ninguna de esas cosas es importante. Al menos para ti. Y para nosotros tampoco. El fútbol americano, hijo —volvió a decir, dándome una palmada fuerte en el pecho—, es tu futuro.

Ese fue el momento en el que mis padres empezaron a creer en mi sueño. Pasaron de apoyarme como a cualquier niño que juega al fútbol americano por diversión a formarme como el jugador de la NFL que ya sabían que sería.

Fue amor en la forma más pura.

Pero debajo de esa capa de amor había una más gruesa y pesada de presión.

Cuando me vino a traer antes del semestre de verano, mi padre me dijo: «Haz lo que tengas que hacer para poder jugar». Él sabía

tan bien como yo que aquí no me esperaba ningún título, ninguna carrera que me exigiera algo más que rendir en ese campo.

Era el fútbol o la ruina.

Así que respiré hondo y volví a concentrarme el tiempo suficiente para terminar el primer capítulo, y luego me metí en la cama para dormir bien.

Porque el de mañana era el capítulo que más me importaba: el siguiente de mi carrera futbolística.

Eso era en lo que tenía que centrarme.

8

Zeke

El día del primer partido me desperté como si fuese el último.

Me levanté y me duché antes de que Riley se despertara, y me alegré de haber preparado la bolsa y estar de camino al estadio antes de que se levantase. No hacía falta salir tan temprano, pero no quería verla antes del partido.

Sobre todo después de lo que había dicho.

No debería haberme molestado tanto, pero me había tocado la fibra sensible, aunque no lo supiera. Después de una semana agotadora de clases y entrenamientos, estaba derrengado, y el hecho siquiera de proponerme estudiar anoche había sido un milagro.

Cuando se burló de mí, comprendí que solo estaba intentando engañarme a mí mismo.

Yo no era un estudiante estrella. Era un atleta estrella.

Y hoy me recordaría por qué con eso bastaba.

No necesitaba una nota media de sobresaliente para entrar en la NFL. Ni siquiera una licenciatura. Lo único que tenía que hacer era jugar bien y mantenerme sano, dos cosas que, en la mayor parte, podía controlar.

Así que le dieran a Riley, y a cualquiera que pensara que era tonto.

Les demostraría lo que valía.

Algunos entrenadores y miembros del personal ya estaban en el estadio cuando me presenté con mi atuendo prepartido: pantalones caquis, zapatos de vestir y el polo del equipo, de color rojo ladrillo, con nuestra mascota y las siglas UNB bordadas en dorado sobre el pecho. Noté que me miraban de arriba abajo cuando entré y me dirigí a mi taquilla. Estaban observando en silencio el comportamiento de todos los jugadores, dentro y fuera del campo.

Desayuné con algunos de los otros madrugadores y me dirigí a la sala de entrenamiento para prepararme.

Cuando salía, Riley entraba.

No había derecho a que unos chinos le quedaran tan bien a nadie, y aquel polo diminuto tampoco debería haberle sentado tan bien a su figura delgada. Llevaba el pelo suelto y aún húmedo de la ducha, la cara limpia y fresca. Colgó la bolsa en el gancho de la taquilla antes de mirarme a los ojos.

Resoplé y pasé junto a ella para ir a mi taquilla y sacar los auriculares. Me los coloqué en las orejas y puse la lista de reproducción previa al partido; luego salí al campo para estirar las piernas antes de la reunión.

Puse el móvil en modo «no molestar»: no quería ninguna distracción. No me apetecía ver las proyecciones que estaban haciendo en los programas deportivos, ni escucharlos analizar las fortalezas y debilidades de cada equipo. Y cuando el entrenador Sanders nos llamó a la sala de reuniones, sabía que él pensaba igual.

—Hoy va a haber mucho ruido —dijo, con las manos en las caderas—. Del público, del otro equipo, de los periodistas. Tenéis que buscar la manera de desconectar. Esto es por lo que hemos trabajado. Tenemos sangre nueva en la plantilla, y aunque muchos

lo ven como una debilidad, yo he sido testigo de la química que se ha forjado desde hace un mes.

Se acercó a la primera fila de pupitres y presionó con el dedo el que ocupaba Leo Hernández.

Este también era estudiante de primer año; un corredor que, por lo que había visto en los entrenamientos, era un auténtico tanque. También era uno de los más solicitados, y yo había aguantado la respiración tanto como el resto del país cuando tomó la decisión el día de la firma. La UNB lo necesitaba, pero corría el rumor de que se iría al sur, al *alma mater* de su padre.

Nadie le habría reprochado que hubiera fichado por la Universidad de Alabama del Sur.

Sin duda, era el mejor equipo de su liga, y varias veces campeón nacional.

Pero, por lo que sea, Leo Hernández eligió venir a Nueva Inglaterra.

Gracias a Dios.

—Apagad las voces que dicen que sois demasiado jóvenes para rendir —dijo el entrenador, dando golpecitos en el escritorio de Leo —. Apagad vuestra propia voz si os dice que no pertenecéis a este equipo.

Entonces desvió la mirada hacia Riley, y noté cómo esta tragaba con dificultad.

—Hoy empieza la temporada. Hoy nos lo dejamos todo en el campo. Hoy —dijo, mirando al equipo— ganamos.

Aquellas palabras fueron recibidas con un rugido, y Clay Sanders saltó de la silla y se golpeó el pecho antes de empezar a corear.

—¡¿De quién es esta casa?!

—¡Nuestra!

—¡¿De quién es esta casa?!

—¡Nuestra!

La sala se llenó de energía explosiva y el entrenador dio una palmada y nos envió a los vestuarios.

Era hora de cambiarse, salir al campo y calentar.

Y, después, de jugar.

Riley

Al principio era un zumbido lejano.

Lo oí aumentar de volumen mientras calentábamos, lo sentí crecer mientras el entrenador Aarons me guiaba en los estiramientos y en las patadas previas al partido. Y aunque se atenuó cuando regresamos a los vestuarios para los últimos ajustes o retoques, para pintarnos los ojos de negro y meditar con los auriculares, seguía ahí, zumbando bajo la superficie como una bomba de relojería.

Y cuando nos pusimos los cascos y corrimos por el túnel explotó.

Las gradas aún no estaban llenas, pero animaban con la energía del público de Drake en un concierto con todas las entradas agotadas mientras corríamos hacia el campo. Algunos de los jugadores saltaban y agitaban las manos para jalear a la multitud, mientras que otros permanecían concentrados, ignorando a las animadoras y a los aficionados de las gradas, con los brazos a los lados.

Yo iba la última, unos nervios que no sabía que podían existir burbujeaban en mi pecho como un experimento químico a punto de estallar.

La mañana había pasado volando, y ahora que estaba en el campo, mi mente se puso en modo defensa, bloqueando todo el

ruido y el barullo. Toda su atención parecía centrada en asegurarse de que siguiera entrando oxígeno en mi sistema respiratorio.

Perdí la consciencia de mí misma.

Esa es la única manera de describir cómo me movía, con el cuerpo en piloto automático, mientras Holden —nuestro capitán recién nombrado— y el capitán del otro equipo corrían hacia el centro del campo para el sorteo a cara o cruz.

Ganó su equipo, decidieron aplazar, y lo siguiente que supe fue que el pateador de los Vikingos se estaba poniendo el casco y corría hacia el campo para hacer el saque inicial.

Me di cuenta, aunque distraídamente, de que pronto esa persona sería yo.

«En algún momento, saldré al césped para marcar un punto extra o para meter un gol de campo».

Las chispas volvieron a burbujearme en el pecho e inhalé una bocanada de aire tenso y caliente que me escoció en las costillas. El pánico amenazaba con apoderarse de todo el control motriz mientras escrutaba a la multitud enardecida, el caleidoscopio de colores de nuestra universidad mezclados con los de nuestro oponente. Busqué a Gavin, pero me di cuenta, demasiado tarde, de que sería imposible encontrarlo en medio de aquella locura.

Entonces vi a Zeke.

Estaba preparado y esperando en la línea de las cinco yardas, saltando de un lado a otro mientras crujía el cuello. Dio un último salto y alzó las rodillas hacia el pecho en una proeza que me sorprendía cada vez que lo veía. Podía aterrizar con facilidad en lo alto de una caja de metro y medio, lo cual probaba lo explosivo que podía ser.

Sus bíceps abultaban donde la camiseta cortaba la carne, el blanco nítido contrastaba con su piel oscura. Los pantalones, del

mismo color, le sentaban como un guante, y tuve que esforzarme más de la cuenta para no fijarme en lo bien que le abrazaban el culo. Le quedaban bien los colores de nuestra universidad, el blanco, el rojo ladrillo y el dorado.

En realidad, todo le sentaba bien.

Como si pudiera sentir mis ojos, la mirada de Zeke se dirigió a la mía.

Apenas fue una fracción de segundo, pero me pilló mirándolo y, mientras se agachaba, separaba las piernas y sus manos se extendían a los lados para ponerse en posición de salida, me guiñó un ojo.

Me sonrojé.

Patearon el balón.

El partido había empezado.

Zeke

A falta de tres minutos para el final del último cuarto, Riley se puso el casco y corrió hacia el campo para marcar un gol de veintidós yardas.

Si lo conseguía, iríamos ganando de diez, y prácticamente nos aseguraríamos la victoria.

Si fallaba, los Vikingos no necesitarían más que un *touchdown* para empatar y mandar el partido a la prórroga.

No pude concentrarme en nada más cuando se estaba preparando. Trazó una línea con el brazo hasta la mitad de los postes, con los pies en su sitio, donde Blake Russo esperaba el pase antes de retroceder y colocarse en ángulo para la carrera.

No podía pensar en que ya había conseguido dos puntos extra y un gol de campo con éxito. Tampoco en mis propias estadísticas, aunque sabía, sin hacer cálculos, que eran impresionantes para ser mi primer partido. Había corrido casi sesenta yardas en una sola recepción en el segundo cuarto, liderando el ataque que culminó en el primer *touchdown*. Ni siquiera recordaba por qué me había cabreado la noche anterior por su comentario sobre mi capacidad de estudio.

En aquel momento, nada de eso importaba.

Lo único que podía hacer era ver cómo movía los dedos, cómo se le hinchaba el pecho, cómo sus ojos se concentraban en las manos de Blake, que sostendrían un balón en tres..., dos..., pase.

Blake atrapó el balón, giró las cuerdas hacia el poste de la portería y lo sostuvo en posición vertical con una mano robusta y bien colocada mientras Riley retrocedía y chutaba a la perfección.

El balón voló por el centro, los árbitros de ambos bandos levantaron los brazos para indicar que la patada era buena, y toda la banda estalló.

Riley trotó hacia atrás, toda tranquila y serena, pero vi la sonrisa en su rostro. Fue recibida con fuertes palmadas en el casco y en los hombros cuando se reunió con nosotros, y liberó una cascada de pelo húmedo que le llegaba a los hombros. Incluso con las almohadillas puestas y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo estaba sexi, y tal vez el hecho de que ella no se diera cuenta era lo que lo hacía aún más evidente para mí y para todos los chicos que había en el campo.

Y había muchos con los ojos pegados a ella, igual que yo.

La vi beberse un vaso de agua y recogerse el pelo a toda prisa en una coleta suelta antes de apartar la mirada y volver al campo, donde los Vikingos estaban lanzando.

Y aplaudí cuando los nuestros derribaron al receptor en la yarda veinte de su campo.

Realizaron un ataque impresionante. Incluso con los tiempos muertos ya agotados y sin poder detener el reloj, fueron capaces de anotar de nuevo, pero no le dio tiempo a recuperar el balón. Hincamos la rodilla para agotar los últimos veintidós segundos y eso fue todo.

Ganamos.

Salí trotando al campo con el resto del equipo, les di la mano a los rivales y los periodistas me pusieron micrófonos y cámaras en la cara. Nos habían entrenado para esto y, aun así, el gran caos reinante hacía que el corazón me latiera más fuerte que durante el partido.

—¡Recordad lo que habéis aprendido! —nos gritaba Giana mientras corría entre la multitud, con el pelo rizado agitándose.

Me detuve a hablar con algunos periodistas, sin perder de vista a Riley, que estaba rodeada, igual que yo. Era mucho más baja que nosotros y pude ver el pánico en sus ojos cuando la acorralaron y comenzó a faltarle el aire.

Tras unas cuantas preguntas más, me abrí paso entre la multitud, me detuve para abrazar a Holden y aplaudir a algunos miembros de la defensa, y me subí a Riley a los hombros.

—¡Ey!

Chilló y levantó las manos, sorprendida, antes de agarrarme con fuerza la cabeza para mantener el equilibrio. Esperé que me diera una bofetada y me dijera que la dejara en el suelo, pero, para mi sorpresa, se dejó llevar hasta el túnel antes de protestar para que la soltase.

Cuando lo hice, aproveché el momento al máximo. Hice que el descenso fuera lento y le sujeté con firmeza las caderas entre las

manos mientras su cuerpo se deslizaba por el mío. Exudaba calidez y temblaba, tenía las manos fijas en mis hombros y sus ojos resbalaron hacia los míos mientras yo volvía a posar sus pies en el suelo con suavidad.

Ambos respirábamos con dificultad, pero no sabía si era por el partido, por el frenesí de los medios de comunicación o por algo totalmente distinto.

Las manos de Riley seguían aferradas a mi camiseta, sus ojos, fijos en algún punto cercano a mi mandíbula, y pequeñas bocanadas de aire escapaban de sus labios.

Entonces me empujó con fuerza.

—¡¿Qué ha sido eso?!

—Un viaje gratis para salir del circo mediático —dije, tocándole la nariz—. De nada.

Se abalanzó sobre mí, pero la esquivé y corrí hacia los vestuarios, con ella pisándome los talones.

—Ha sido...

—¿Arrollador? —propuse.

—Sí —coincidió, pero entonces sus labios se abrieron en una sonrisa de satisfacción—. E increíble.

Apenas tuve tiempo de devolverle la sonrisa antes de que más jugadores se amontonaran a nuestro alrededor y nos separaran. Todos nos dirigimos a los vestuarios, e íbamos quitándonos las protecciones y las camisetas a medida que avanzábamos. La música empezó a sonar en cuanto Hernández alcanzó su altavoz Bluetooth, y Robbins ya estaba retransmitiendo en directo, con la mitad de la línea ofensiva reunida a su alrededor para chupar cámara.

Kyle enganchó a Riley por el cuello mientras ella pasaba a su lado y la hizo girar hacia la cámara; ni siquiera ella pudo evitar seguirle el

juego un minuto antes de empujarlo con una sonrisa y dirigirse a su taquilla.

La vi quitarse el casco, retirarse las protecciones y la camiseta con dificultad. Una vez se desembarazó de ella, volvió a bajarse la camiseta interior, que se le había subido hasta dejarle el vientre al descubierto, y se quedó aturdida, con los labios curvados mientras sacudía la cabeza con incredulidad.

¿Y yo?

No estaba sorprendido, en absoluto.

«Lo has conseguido, Super Ratona».

9

Riley

—¿Vas a batir un récord cada vez que juegues? —se burló Gavin una tarde a finales de septiembre, con una sonrisa traviesa dibujada en la pantalla de mi portátil—. Primero, veintidós yardas. Luego, veintinueve contra Rochester. Y ahora, ¿treinta y una contra nuestros mayores rivales?

Sonreí a pesar de la creciente presión que me invadía con cada estadística que recitaba; clavé los ojos en los subrayadores y en las fichas que había sobre mi escritorio.

—No te acostumbres. Esa última patada... estuve a punto de fallarla.

—Pero no lo hiciste.

—No, pero...

—No lo hiciste —repitió mi hermano, esperando a que lo mirase antes de continuar—. Estás jugando muy bien, hermanita, y lo sabes. No es malo estar orgullosa de ello.

Suspiré.

—No sé por qué... me da mucho miedo.

—Es normal.

—A mí no me lo parece. A Zeke, por ejemplo, no parece darle miedo nada. En realidad, a ninguno de mis compañeros.

—Zeke es un mutante. Y el resto siente la presión igual que tú, aunque no lo demuestre. Créeme.

Asentí, pero de forma débil. La temporada estaba en pleno apogeo, y, con tres victorias a nuestras espaldas y el segundo partido en casa este fin de semana, estaba más incómoda que aliviada por nuestro récord; y por el mío. Todavía no había fallado ni un gol de campo ni un punto extra.

Pero sabía que no podría seguir así para siempre.

Y me preguntaba si el equipo, que había comenzado a aceptarme, me echaría a los perros cuando fallase.

—En el fútbol americano nadie es perfecto —dijo Gavin, como si estuviera leyéndome la mente—. Ni siquiera Tom Brady, aunque él casi.

Intenté sonreír, pero no lo conseguí.

—Me alegra que vayas a estar en las gradas. Te necesitaré.

—No me lo perdería por nada. ¿Te apetece tomar helado en el North End después?

—Obvio.

Gavin sonrió.

—Muy bien, sigue estudiando. Más te vale sacar todo sobresalientes este semestre, señorita.

Le regalé una dulce sonrisa y le hice una peineta antes de cortar la videollamada; luego abrí la pestaña con la guía de estudio. Suspiré y volví al trabajo.

Los parciales estaban a la vuelta de la esquina y, por primera vez en toda mi vida, iba apurada con los estudios. El contenido en sí no estaba mal, pero la cantidad de trabajo que había que añadir a mi ya de por sí apretada agenda deportiva era agotador. Me alegré de tener una noche entera para estudiar, porque el entrenamiento de la mañana empezaría más tarde.

La residencia estaba tranquila, al menos hasta que se abrió la puerta principal y Zeke entró con un maldito desfile.

Yo estaba encerrada en mi cuarto, pero las paredes eran de papel y oía una mezcla de voces de compañeros del equipo y de chicas que no reconocía. Entraron a trompicones en el salón, riendo y hablando lo bastante alto como para pensar que estaban en un bar abarrotado en vez de en una habitación de estudiantes. No sabía qué me molestaba más, si el volumen grave de las voces de los chicos o las risitas constantes de las chicas.

Un segundo después, se escuchó música en la habitación de Zeke, y suspiré. Abrí de un tirón el primer cajón para sacar los auriculares y ponérmelos con premura. Prefería estudiar en silencio, pero tendría que conformarme con un poco de música lo-fi.

Tuve que subir el volumen hasta un nivel insufrible para ahogar el ruido que llegaba del salón, pero ni siquiera así fue posible. Se oían risas estridentes y golpes como de lucha libre que rompían la calma de mis auriculares, y me vi leyendo el mismo párrafo diez veces sin retener nada.

«Tranquila —me dije—. Bloquea el ruido como haces en los partidos y ya está. Concéntrate en lo que tienes delante. No explotes. No pasa nada».

Pero cuando hubo otro fuerte golpe contra mi pared y un coro de risas, todos los intentos de calma se esfumaron con el humo que me salía por los oídos.

Me arranqué los auriculares, caminé hacia la puerta y la abrí de golpe.

Todas las miradas de la sala se dirigieron hacia mí; las chicas, sorprendidas y confusas por mi presencia en una residencia de fútbol americano, sin duda, y los chicos, encantados de presenciar mi estallido incluso antes de que hubiera abierto la boca.

—¿Podríais bajar la voz, por favor? —pedí entre dientes lo más educadamente que pude—. Estoy intentando estudiar.

Zeke se asomó desde la cocina, donde tenía una fila de vasos de chupito y una botella de *whisky* de la marca Fireball. Me di cuenta de que había ocho personas, pero solo siete vasos, y a pesar de mi enfado, me pregunté de pasada si Zeke seguiría sin beber.

Había jurado dejar el alcohol después de la noche del accidente, pero nunca pensé que esa promesa fuese a durar, y menos en la universidad.

Sus ojos se abrieron un poco al verme.

—Ay, mierda... Tienes examen, es verdad.

Sabía perfectamente lo estresada que estaba y, aun así, había traído a un montón de gente a nuestro dormitorio. El entrenamiento de la tarde había acabado pronto y nos habían convocado a media mañana para el informe de la semana, por lo que tenía toda la noche por delante para estudiar; eso hizo que me hirviese aún más la sangre. Intenté calmarme antes de soltar una respuesta grosera, pero no pude evitarlo.

—Sí, y a diferencia de ti, tengo la oportunidad de graduarme. Así que, si pudieras llevarte la fiesta a otra parte, sería genial.

Ya iba a dar un portazo cuando Zeke frunció el ceño y se acercó corriendo. Levantó una mano, que salió disparada para agarrar la puerta antes de que pudiera cerrarla.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho. No todos nos lo hemos jugado todo al sueño de entrar en la NFL. Algunos tenemos aspiraciones fuera del campo.

—¿Y crees que yo no?

—¿Qué nota media tienes? —indagué, cruzándome de brazos—. No te he visto abrir un libro de texto desde que llegamos. Te quedas dormido en la mitad de las clases. ¿Has empezado siquiera ese trabajo de Economía que vale el setenta por ciento de la nota?

Eso le hizo cerrar la boca, se quedó inexpresivo, dio un paso atrás y retiró la mano.

—Ya me parecía a mí. Ahora, por favor, u os vais o bajáis el volumen. Esta también es mi habitación.

Cerré la puerta antes de que pudiera responder, ignorando el «Uuuh» de los chicos y los susurros de las chicas preguntándose qué me pasaba y llamándome «zorra». No podía importarme menos lo que pensaran de mí; y menos las *groupies* de Zeke.

Me senté a mi escritorio, exhalé un suspiro y volví a ponerme los auriculares. Justo cuando por fin leí y comprendí el párrafo en el que llevaba diez minutos atascada, la música aumentó de volumen en la sala de estar, y una especie de cántico estalló antes de que oyera el sonido de cristales rotos.

Volví a arrancarme los auriculares y solté un grito que estaba segura de que nadie oiría por encima de aquella estúpida fiesta. Luego agarré la mochila del gancho que había junto al armario y empecé a meter todo lo que tenía en el escritorio, me la eché al hombro y salí furiosa de mi habitación.

—¿Por fin te has decidido a unirte a nosotros? —bromeó Hernández, tratando de rodearme con el brazo cuando pasé junto a él.

Yo lo empujé, me ajusté la mochila y alcancé el picaporte de la puerta principal. La abrí de un tirón, deteniéndome lo suficiente para lanzarle una mirada asesina a Zeke.

Él se limitó a sonreír y a inclinar su vaso de plástico hacia mí.

Me aguanté las ganas de gruñirle y meterle la cabeza en el retrete más cercano, cerré de un portazo y me fui echando humo a la biblioteca.

Zeke

La biblioteca de la UNB apestaba a madera podrida y a moho, pero me imaginaba que todas las que tuviesen más de cien años olerían igual.

Arrugué la nariz y, mientras pasaba junto a mesas llenas de estudiantes, me pregunté cómo alguien podía estudiar aquí.

Supuse que tenía algo curiosamente reconfortante: la luz tenue, los estantes llenos de libros que, a su manera, resultaban acogedores. Me pregunté si a Riley le gustaba estar aquí, si le producía la misma alegría que un museo. Yo, desde luego, nunca había tenido una experiencia divertida en ningún museo. Aunque, en realidad, solo había ido en excursiones escolares, en las que pasaba la mayor parte del tiempo haciendo el tonto con mis amigos o intentando encontrar un rincón donde besarme con la chica de turno.

Rodeé toda la planta baja antes de subir a la segunda, donde encontré a Riley escondida en una esquina del ala este, con los auriculares puestos, el portátil abierto delante de ella y las fichas, subrayadores y lápices esparcidos a su alrededor. Tenía las cejas fruncidas en señal de concentración hasta el momento en el que sus ojos miraron hacia donde yo me había detenido frente a su mesa y suspiró, sacudió la cabeza y volvió a mirar el portátil.

—Vete, Zeke.

—Chis. ¿No ves que estamos en una biblioteca? Hay reglas...

Me detuve a mitad de la frase cuando se dio un golpecito en el auricular derecho con la punta del lápiz y me dedicó una sonrisa sarcástica que decía: «No te oigo, ni quiero oírte, gilipollas».

La frustración luchaba contra una sonrisa que no pude contener, sobre todo porque, por mucho que odiara que siempre me tratase

fatal, eso no me hacía respetarla menos.

Encogiéndome de hombros, aparté la silla que había frente a ella, me dejé caer y saqué el teléfono del bolsillo. Abrí Instagram y navegué sin pensar, esperando a que me prestase atención.

Me fulminó con la mirada.

—¿En serio? Lárgate.

—Es una biblioteca de estudiantes, y yo soy estudiante. Tengo el mismo derecho de estar aquí que tú.

Cuando se arrancó los auriculares en el siguiente resoplido, supe que, en efecto, podía oírme.

—Sí, pero eso no significa que tengas que sentarte a mi mesa, cuando hay muchas otras disponibles. Además, ¿qué pasa con tu fiesta?

—No era una fiesta.

Se mofó.

—Solo invité a algunos compañeros del equipo, que, por cierto, también querían verte a ti.

—Ya, claro. Y todas esas *groupies* también estaban deseando verme, sobre todo a juzgar por los encantadores sobrenombres que me pusieron.

Me clavó una mirada sarcástica y frunció los labios cuando recordé que Jaylie y Victoria la habían llamado «zorra». No debió de enterarse de que la defendí justo después y les advertí que, si decían otra palabra sobre ella, las echaría a patadas.

—Siento lo que te dijeron —comenté con sinceridad.

Riley puso los ojos en blanco, pero antes de que pudiera colocarse los auriculares, mi mano se levantó para detenerla.

—Y también siento cómo te traté.

Se quedó mirándome un segundo, y luego bajó la vista hacia el lugar donde le rodeaba la muñeca con la mano.

La solté y me eché hacia atrás.

—Me olvidé de que tenías examen —dije—. De verdad. Y lo único que quería era desahogarme antes del partido. Pensé que a ti también te apetecería, y que te tomarías un par de copas con nosotros. No pretendía pasar la noche en vela. El resto de los chicos ya están en sus habitaciones, preparándose para mañana.

—Alzaste la voz cuando te pedí que bajaras el tono —señaló—. Y no finjas que no lo hiciste a propósito.

—Ah, sí, es verdad —confesé—. Pero solo por lo que dijiste.

Arrugó la cara, confundida, y luego rechinó los dientes y se puso a hacerme señas para que me fuera.

—Por favor. No intentes culparme de eso, sobre todo porque sé que no existe ningún universo en el que pudiera molestarte un comentario estúpido sobre tus estudios.

—Pues así fue.

Parecía que iba a volver a discutir, pero sus ojos se encontraron con los míos, y debió de ver la sinceridad que había en ellos. Sus ojos se suavizaron, los labios se le apretaron en una línea fina.

—Sí que me dolió. No solo esta noche, sino cada vez que haces comentarios como ese.

Sus pequeñas cejas se tensaron hacia dentro, pero entonces un escudo de piedra volvió a cubrirla. Antes de que pudiera decir que me lo merecía, me adelanté.

—Y me molesta porque tienes razón.

Riley frunció el ceño y dejó caer el lápiz sobre la mesa mientras se cruzaba de brazos.

—¿Ah, sí?

—Tienes razón —repetí—. No soy un buen estudiante. Lo único que se me da bien es el fútbol americano. —Tragué saliva, haciendo

una pausa—. Soy un puto estúpido, pero me pone de los nervios que lo diga otra persona.

Riley suspiró.

—Tú no...

—No intentes retractarte —le advertí.

Se produjo un silencio entre nosotros que duró poco, y me pasé una mano por la frente, soltando un largo y lento suspiro.

—Quería molestarte. Quería herirte como tú me habías herido a mí —confesé—. Así que subí el volumen de la música y rompí la botella vacía después de que se tomasen los chupitos. Empujé a Hernández contra la pared de tu habitación lo bastante fuerte como para que temblara todo el dormitorio. Quería cabrearte. —Negué con la cabeza—. Y cuando lo conseguí, me sentí aún peor que antes.

La comisura de la boca de Riley se torció, pero no dijo nada.

Me apetecía decirle lo mucho que me enfurecía, que lo único que quería era acabar con toda la mierda que seguía hirviendo a fuego lento entre nosotros por algo que había pasado hace años y volver a ser amigos. Quería que supiera lo mucho que la defendía cuando no estaba, que se diera cuenta de que yo era su amigo, aunque no le gustase.

Pero ahora no era el momento.

No estaba seguro de que alguna vez llegase ese momento.

Tal vez eso fuera lo más difícil de superar: que había perdido su amistad para siempre.

Pero al menos estaba escuchándome, aunque solo fuese un segundo.

—De pequeños, siempre estaba en tu casa —dije, con los ojos fijos en las yemas de mis dedos, que descansaban sobre la mesa de roble—. Gavin era mi mejor amigo, así que quería pasar el rato con él, y también contigo —añadí, con los ojos fijos en los suyos antes

de volver a mirar la mesa—. Pero había algo más. ¿Te diste cuenta de que nunca os invité a mi casa? ¿Alguna vez se te ocurrió preguntar por qué?

Riley reflexionó.

—Supongo que no.

—Pues era porque mi casa no era un hogar, al menos no como la vuestra. Parecía una fábrica, o una mina, en la que miles de años de presión tuviesen como fin la esperanza de obtener un solo diamante.

No era capaz de mirarla; no podía creer que estuviese diciendo esto en voz alta. Pero quería que supiese por qué sus comentarios me afectaban y por qué activaban la parte de mí que ninguna otra cosa podía activar.

—Quiero a mis padres, y ellos a mí; a rabiar. Me adoran como imagino que cualquiera amaría a su único hijo, que llegó después de no uno, ni dos, sino tres abortos. —Tragué saliva—. Ambos tuvieron infancias terribles, sobrevivieron a situaciones complicadísimas y luego se encontraron. Se labraron carreras impresionantes. Ya lo sabes: mi madre es auxiliar de enfermería, y mi padre, dueño de una tienda de automóviles. También tenían grandes sueños para mí.

Sonreí, aunque sentía que me pesaba el corazón en el pecho.

—Pero hace mucho tiempo, cuando era muy pequeño, descubrieron que los estudios no eran lo mío. —Tragué saliva, incapaz de ponerle un nombre que pudiera ayudarla a comprender con facilidad—. Me costó más empezar a hablar, a leer..., así que me apuntaron a un deporte: fútbol americano —aclaré—. Y por primera vez en mi vida, destaqué.

Me crují los nudillos y sonreí un poco al recordarlo.

—Con el descubrimiento de esa habilidad vino una presión inmensa. Durante toda mi vida, mis padres me dejaron claro que debía sobresalir en el fútbol americano. A los doce años ya

planeaban cómo me haría profesional. A los doce —repetí, sacudiendo la cabeza—. Y en aquel momento me encantaba. No se perdían ni un solo partido, se implicaban, y yo creía que era una conexión especial con mis padres. Me sentía afortunado de que me prestasen tanta atención, sobre todo porque muchos otros padres nunca estaban en las gradas.

»Pero a medida que me hacía mayor, la presión aumentaba. Si mis notas bajaban demasiado para jugar, recaía sobre mí la ira de mi padre. Si metía la pata en el campo, también. Mi madre intentaba apoyarme a pesar de todo, pero la verdad es que tenía las mismas expectativas. Se habían labrado un porvenir y querían que yo hiciera lo mismo. Y si los estudios no eran mi fuerte, si el fútbol americano era lo único que tenía..., mi madre esperaba que fuese el mejor.

Fue como desangrarme en aquella biblioteca vieja y maloliente, y las palabras seguían filtrándose. Pero por mucho que dolieran..., estaba feliz de poder sacármelas de encima.

—Empecé a beber en el instituto, probé algunas drogas cuando me las ofrecieron. —Me encogí de hombros—. Aceptaba cualquier cosa que pudiera aliviarme un poco. Pero eso actuaba en mi contra, pues solo decepcionaría más a mis padres. —Tragué saliva—. Como la noche del accidente.

Riley se puso tensa, pero continué.

—Los he decepcionado más veces de las que puedo contar, todo debido a... ¿qué? ¿A que quieren ayudarme a conseguir lo mejor para mí? ¿A que saben de lo que soy capaz y me empujan a ser el mejor? Debería darles las gracias. Pero...

Tragué saliva, sin saber cómo terminar la frase, y cambié de dirección.

—No me malinterpretes, me encanta el fútbol americano. Lo es todo para mí. Pero pienso que solo es eso —confesé, y por fin miré a

Riley—. No hay nada más. Tienes razón. No soy inteligente. No tengo ni idea de lo que voy a hacer si lo de la NFL no sale adelante. No tengo plan B, Novo. —Extendí las manos—. El fútbol americano es lo único que tengo. Y la mayor parte del tiempo, me encanta. Pero a veces —confesé— me acojona que flipas.

Aquellas palabras pendían entre nosotros como medusas flotando en aguas poco profundas, una amenaza siempre latente. Podía sentir sus tentáculos restallar como la electricidad con cada aliento, pero no tenía nada más que decir.

Al final, Riley tomó aire despacio y lo soltó con la misma calma. Sus ojos se cruzaron con los míos y tragó saliva.

—Lo siento —dijo al fin—. No me había dado cuenta de cómo...

Se mordió la mejilla y dejó la frase a medias.

—Sabes que solo pretendo tomarte el pelo cuando digo esas cosas —decidió explicarse en su lugar.

—No, no es verdad —la reprendí—. Tal vez cuando éramos pequeños sí. Pero ya no.

Se miró las uñas, sin afirmarlo ni negarlo, pero los dos lo sabíamos. Antes, aquellas cosas eran una tomadura de pelo inocente. Pero después de la noche que lo cambió todo... quería hacerme daño.

No podía culparla.

—Está bien —le dije—. No me debes una gran disculpa, ni ninguna en absoluto, a decir verdad. Yo solo... —Me encogí de hombros—. Solo quería que lo supieras.

Riley asintió y, aunque no era mucho, extendió los brazos, que tenía cruzados sobre el pecho, y se inclinó un poco. Parecía una tregua pequeña, como si se construyeran los cimientos de un puente muy frágil sobre el abismo que nos había separado durante años.

—Y para que conste —dijo, bajando la voz—, no creo que seas tonto. Si quisieras sacarte la carrera, podrías hacerlo sin problema, solo con dedicarle la décima parte del esfuerzo que muestras en el campo.

—Nah —le dije, y le guiñé un ojo—. Menudo tostón. Prefiero entrar en la NFL y comprarme una mansión y una docena de coches de puta madre.

Riley puso los ojos en blanco, pero compartimos una sonrisa que alivió la presión que sentía en el pecho.

La pequeña arruga que tenía entre las cejas era tan profunda como cuando llegué y la encontré estudiando. Me mordí la mejilla, observé sus ojeras y la forma como sus hombros se desplomaron.

—He notado que has cambiado un poco los pasos en los entrenamientos de esta semana —dije—. No pretendo meterme donde no me llaman, pero... pareces un poco estresada.

Riley frunció el ceño.

—Estoy bien.

—Está siendo todo bastante abrumador. Tenemos unas cuantas victorias a nuestra espalda... que pueden ser intimidantes. Si te apetece hablar sobre...

—Vete a la mierda, Zeke.

Contuve la sonrisa y me encogí de hombros.

—Solo te ofrecía mi ayuda. El lado mental del deporte puede ser más duro que el físico.

—Estoy bien. Solo tengo que estudiar.

Tomó un lápiz, y por un momento pensé que iba a volver a ignorarme, pero se puso a darle golpecitos al portátil.

—De verdad que lo siento, por si sirve de algo —dijo, y sus ojos se volvieron a encontrar con los míos—. Pero no creo que mi delito se acerque al tuyo.

Se me revolvió el estómago al oír sus palabras, al ver cómo me miraba cuando las decía.

Me esforcé por vencer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Nunca me dejarás olvidar esa noche, ¿verdad?

—¿Por qué debería?

Era una pregunta válida, y todo lo que pude hacer fue asentir, pues no estaba seguro de tener la respuesta correcta.

—Riley, esa noche...

—Hostia puta, ¡¿qué tenemos aquí?!

La voz de Gavin me interrumpió, y tanto Riley como yo giramos la cabeza mientras él se daba la vuelta, con una sonrisa cada vez más amplia.

—¿Mi hermana y mi mejor amigo por fin vuelven a llevarse bien? —preguntó, acercándose a Riley y poniéndole la mano en el hombro mientras se cubría el pecho con la otra. Se lo tomó muy a pecho, como un padre orgulloso en una graduación.

—Ni mucho menos —respondió Riley rápido, encogiéndose de hombros. Pero sus ojos se deslizaron hasta los míos, y una pequeña sonrisa sustituyó al habitual ceño fruncido—. Has tardado bastante en llegar —comentó a continuación.

—Me escribiste hace como media hora, y no tenía pensado salir de mi habitación. Discúlpame si necesitaba darme una ducha —dijo Gavin. Y entonces me prestó atención a mí—. No esperaba encontrarte aquí a ti también.

Riley intervino antes de que yo tuviera la oportunidad de hablar.

—Créeme, no estaba invitado.

—Ah, pero tampoco lo has echado todavía, ¿verdad?

Gavin le lanzó una mirada que ella se limitó a esquivar, como si su hermano se estuviera agarrándose a un clavo ardiendo.

—Esto merece una celebración —dijo, ignorándola—. Esto —continuó, levantando un dedo— se merece una *pizza*.

—Lo secundo —declaré, señalándole.

Después, los dos miramos a Riley, que frunció el ceño y contempló con anhelo el libro de texto, el portátil y el montón de material de estudio que la rodeaba.

Con un suspiro de derrota, sonrió y apagó el ordenador.

—Bah, a la porra. ¿Quién puede decir que no a una *pizza*?

Gavin lanzó el puño al aire con un grito, y se puso a dar vueltas y a hablarme a mil por hora de una chica de su clase de Psicología mientras su hermana recogía sus cosas.

Escuché con atención, pero mis ojos no se apartaban de Riley.

Y mi mente se había quedado fija en cómo esa pequeña conversación, de alguna manera, me parecía la mayor victoria de la temporada.

10

Riley

Algo no encajaba.

No era capaz de explicarlo. Aquella mañana, mientras me vestía y me preparaba para el partido contra los Troyanos de Rhode Island, calenté con soltura, fui tan flexible como siempre en los estiramientos y mis lanzamientos se elevaron con facilidad a través de los postes.

Pero un zumbido bajo me recorría las venas, una vibración inquieta que me impedía oír y me hacía sentir como si estuviera viendo el partido bajo el agua. Incluso el rugido del público estaba amortiguado al corear nuestro himno y animarnos a conseguir otra victoria.

Intenté ignorarlo mientras su equipo pateaba el balón campo abajo hacia Zeke, que lo atrapó y fue placado tras ganar una corta distancia de ocho yardas. Aun así, la ofensiva encontró la manera de conectar, y logró alcanzar la zona de anotación en tres *downs*.

Touchdown.

Las gradas estallaron en celebración y, como un robot en piloto automático, me puse el casco y salí corriendo para patear.

Fue entonces cuando supe que algo no iba bien.

Cuando me preparaba para patear el balón me di cuenta de que mis manos, que solían estar firmes, mis latidos, que solían ser tranquilos, y mi respiración, que siempre era larga y lenta, eran todo

lo contrario. Temblaba, solo podía respirar a bocanadas y, mientras corría hacia el balón, antes de tocarlo, supe que todo iba mal.

No sé cómo, logré dar una patada decente en el último segundo, pero ya era demasiado tarde, la trayectoria estaba descentrada y el balón pasó a medio metro del poste izquierdo de la portería, por fuera.

Me quedé allí de pie durante lo que me parecieron diez años, pero supe que fue solo una fracción de segundo; luego corrí hacia la línea de banda, tratando de ignorar el grito de decepción del público. El entrenador Aarons me dio un golpecito en el casco antes de que me lo quitara.

—No pasa nada —me dijo—. Ya meterás el siguiente.

Asentí, y dejé el casco en uno de los bancos metálicos antes de dirigirme al puesto de agua.

Mientras lo hacía, me sentí como si tuviera la peste.

Mi primera mala patada. Los demás jugadores no me miraron mientras trotaba a su lado. Evitaron el contacto visual y cualquier palabra de ánimo, aunque no las esperaba. Al fin y al cabo, esto era fútbol americano. Y universitario nada menos.

Tenía que ponerme las pilas.

La defensa de equipos especiales salió al campo para el saque, junto con Shay Holmes, que lanzó una hermosa patada que mandó a los Troyanos a empezar en la línea de ocho yardas.

Y el partido continuó.

Las defensas de ambos equipos lucharon a brazo partido y mantuvieron el marcador en seis a cero hasta justo antes del descanso, cuando los Troyanos por fin consiguieron colarse en nuestra zona de anotación. Entramos en los vestuarios con un punto menos.

El que yo fallé.

Me quedé callada mientras nos preparaban para la segunda parte, con los ojos clavados en los dedos entre las rodillas.

«Vamos, Novo. Concéntrate en el partido. Deshazte de... lo que sea».

Levanté la vista cuando el entrenador nos indicó que volviéramos a salir y vi a Zeke mirándome fijamente.

Frunció el ceño, preguntándome sin decir nada si estaba bien. Me limité a negar con la cabeza para advertirle que me dejara en paz. Las palabras que me había dicho anoche en la biblioteca ya me picaban demasiado bajo la piel.

«No quiero meterme donde no me llaman, pero... pareces un poco estresada».

El recuerdo me hizo rechinar los dientes, y cerré los ojos con una exhalación.

Si quería concentrarme, tenía que librarme de las distracciones.

El tercer cuarto comenzó igual que el primero para nosotros, la defensa detuvo el avance y el ataque logró anotar un *touchdown*.

Esta vez, salí trotando y pateé con las tripas hechas un nudo; el balón entró.

Me relajé un poco al volver a la línea de banda, que me recibió con palmadas en los hombros y aplausos que me hicieron sentir que me había redimido.

Pero, al final del último cuarto, los Troyanos habían logrado bajar lo suficiente para marcar dos goles de campo y el partido estaba empatado.

Así que fuimos a la primera prórroga de la temporada.

—¡Muy bien, chicos, vamos! ¡Ya lo tenemos! ¡Estamos en casa! ¡La victoria es nuestra! —dijo Clay, corriendo arriba y abajo por la banda y golpeando cascos a todos los que le dejaban.

Yo permanecí en silencio, concentrada y ágil, haciendo estiramientos y sin dejar de calentar.

Holden salió al campo para lanzar la moneda y, por suerte, ganamos. Eligió que jugáramos primero a la defensiva y, sin más, empezó la prórroga.

Era diferente a lo que estaba acostumbrada. En la universidad, el equipo contrario empezaba en nuestra línea de veinticinco yardas, y disponía de una única posesión para anotar. Sin embargo, nuestra defensa se mantuvo firme y estuvo a punto de interceptar el balón; al final obligó al otro equipo a patear.

Marcaron, y entonces nos tocó a nosotros responder.

Con el corazón martilleándome los oídos, observé a Holden liderar la ofensiva en un lanzamiento muy justo. Leo subió la pelota como una máquina, pero su defensa era tan dura como la nuestra, y en el tercer *down* estaba segura de que nos marcarían; arremetieron contra Holden, que salió despedido al *backfield*.

Íbamos perdiendo de nueve, estábamos en el cuarto *down* y nos faltaban doce yardas para conseguir otro primero.

Antes de que el entrenador me dijese que iba a entrar ya lo sabía.

Me puse el casco y corrí hacia el campo con la misma presencia incómoda que llevaba molestándome todo el partido.

Blake me miró a través del casco mientras nos alineamos.

—Tú puedes, Novo —me prometió, tal como había hecho el día del entrenamiento previo a la selección.

Asentí con la cabeza, coloqué todo justo como lo necesitaba, cogí carrerilla y me puse en mi sitio.

«No es más que una patada de treinta y una yardas. Puedes hacerlo en cualquier circunstancia. Puedes hacerlo hasta dormida».

Solté un suspiro cuando lanzaron el balón, y luego, como a cámara lenta, troté hasta donde Blake me esperaba.

Un suspiro y lo atrapó.

Un salto y lo colocó.

Un latido y pateé.

Y entonces vi, junto con todas las demás personas del estadio, con la respiración contenida, cómo el balón subía, arriba, arriba...

Y demasiado a la izquierda.

Otra vez.

Debió de rozar el poste. Debió de dejar una marca marrón al pasar, porque estuvo a punto de entrar.

Pero no lo hizo.

La pequeña sección de estudiantes de Rhode Island que había en las gradas enloqueció, su equipo explotó en la línea de banda mientras yo miraba el poste con incredulidad.

—Vamos —me dijo alguien al pasar, intentando sacarme del campo, pero yo estaba pegada al suelo.

Había fallado.

Había fallado y habíamos perdido.

Habíamos perdido por mi culpa.

Debería haber hecho caso de la advertencia que intentó hacerme mi compañero de equipo, porque al instante siguiente aparecieron delante de mí una cámara y una mujer que sonreía demasiado para mi gusto mientras intentaba obtener mi primera reacción sobre la patada que había fallado.

Tragué saliva y parpadeé, traté de recordar lo que nos habían enseñado en la formación sobre hablar con los medios.

«Di algo. Di que ha sido un partido muy disputado y que estás orgullosa de tu equipo. Di que estás decepcionada por tu rendimiento, pero que sabes que solo ha sido un mal partido y que la próxima patada entrará. Di... cualquier cosa».

Pero no pude.

Sabía que tenía la cara blanca como un fantasma cuando me negué a hacer declaraciones y salí trotando del campo, maniobrando entre mis compañeros de equipo y consiguiendo de algún modo estrechar la mano de algunos rivales antes de escabullirme hacia los vestuarios.

Nadie me miró mientras entraban, uno a uno, hasta que Holden apareció trotando y se detuvo justo delante de mí.

—Oye, no es culpa tuya, ¿vale? Todos podríamos haber jugado mejor.

—Habla por ti —murmuró Kyle.

Holden no tuvo que levantar la voz cuando se dirigió a Kyle y le dijo:

—Hablaré por todos, ya que soy el capitán. Y si no recuerdo mal, fallaste no una, sino dos recepciones cuando el balón estaba a tiro. La última te dio en el pecho, por el amor de Dios, y podría haber marcado la diferencia en ese último lanzamiento antes de la prórroga.

Kyle cerró la boca, pero no me miró con menos desdén mientras se dirigía enfurruñado a su taquilla y lanzaba el casco con tanta fuerza que me estremecí al oírlo chocar contra el metal.

—Ganamos como un equipo, perdemos como un equipo —dijo Holden lo bastante alto como para que todos lo oyeran—. Esto no es culpa de una persona. Si es lo que pensáis, os animo a que reflexionéis sobre vuestro propio rendimiento e intentéis decirme que habéis jugado a la perfección.

Nadie discutió, el vestuario quedó en silencio salvo por el ruido de los tacos sobre las baldosas, los cascos golpeando las taquillas y las camisetas desprendiéndose.

El entrenador Sanders fue el siguiente en entrar, resoplando mientras se situaba en el centro del vestuario y pensaba qué decir.

Holden me dedicó una sonrisa comprensiva y me apretó el hombro por última vez antes de dejarme sola.

Pero no podía hacerme sentir menos fracasada.

Nadie podía.

Habíamos perdido.

Habíamos perdido por mi culpa.

Zeke

—Una derrota dura, hijo —dijo papá, y me dio un breve medio abrazo antes de que mamá me tragara en uno aplastante.

—Pero ¡menudo segundo cuarto te marcaste! —Se separó, sacó la lengua de medio lado y se puso a dar puñetazos al aire como si fuera Mohamed Alí—. No hacías más que esquivarlos. Fue imposible atraparte.

Sonreí y dejé caer la bolsa a mis pies.

—Gracias, mamá.

Papá sacó el teléfono para enviar un mensaje: supuse que era algo de trabajo, ya que no sabía desconectar. Si hubieran permitido llevar ordenadores portátiles al estadio, probablemente habría tenido el suyo sobre el regazo y se habría puesto a enviar correos electrónicos entre jugada y jugada.

Admiraba su dedicación, y también la de mamá. Ambos sabían que se necesitaba tiempo, esfuerzo y perseverancia para conseguir algo. Me lo habían inculcado desde que tenía uso de razón.

Pero cuando tenías dos padres en apariencia perfectos que esperaban de ti la excelencia, era duro enfrentarse a ellos después de una derrota.

—¿Qué le ha pasado a Riley? —preguntó papá, guardándose el teléfono y volviendo a mirarme.

Sus ojos eran iguales que los míos, y cada día era más evidente lo mucho que me parecía a él. Había heredado su nariz, su corpulencia, incluso la forma de su mandíbula, sobre todo a medida que me hacía mayor.

Pero tenía la sonrisa de mamá, y eso quizá era lo que más me gustaba.

—Fue un partido duro —respondí, mirando hacia las residencias deportivas, como si pudiera ver a través de los árboles y los edificios. Sabía que estaba en su habitación, quizá enfurruñada o castigándose por algo que le puede pasar a cualquiera.

—Ya lo creo. Se rompió como un frágil huevecillo, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. Inaceptable. No me extrañaría que el entrenador la dejara en el banquillo. Al menos, debería.

Me quedé boquiabierto.

—Papá.

—¿Qué? Ahora está en la universidad. Esto ya no es una bonita forma de homenajear a su hermano. Aquí sus fracasos tienen consecuencias reales.

Todavía tenía la boca abierta, aunque no debería haberme sorprendido. Si hubiese sido yo quien hubiera cometido lo que él creía que era el error que nos había hecho perder el partido, la conversación sería mucho más fea.

—No ha fallado, Ken —dijo mamá, dirigiendo a papá una mirada que decía más que sus palabras, y que yo traduje como amable—. Y seguro que ya se está castigando lo suficiente ella sola.

—Debería —replicó papá, encogiéndose de hombros—. Ha sido una vergüenza.

Se me hinchó la nariz y tuve que mirar al suelo y clavarme las uñas en las palmas de las manos para no estallar. No me serviría de nada, ni siquiera me escucharía.

O pensaba cómo él o nada. Siempre tenía razón, y todos los demás estaban a punto de verlo, si no estaban ya de acuerdo con él.

—Sinceramente, no sé cómo ha llegado a este nivel —continuó cuando mamá y yo guardamos silencio—. La quiero, los dos lo sabéis, pero Gavin y tú empezasteis a jugar a los tres años. ¿De verdad esperaba triunfar a estas alturas?

—Le dieron la misma beca que a mí —señalé.

—Sí, pero... no por las mismas razones.

Apreté tanto los dientes que vi las estrellas.

—Sabes que jugaba con nosotros cuando éramos pequeños, ¿verdad? Se pasaba los días en el patio con nosotros, dando patadas y haciendo pases y recibiendo balones.

Papá arqueó una ceja.

—Si su rendimiento de hoy no te deja claro que...

Mamá le dio un codazo, sus ojos brillaron cuando miró a mi espalda. Me giré y vi a Gavin, que cruzaba el aparcamiento y venía hacia nosotros con su silla y una sonrisa tímida en la cara.

—¡Gavin! —Mamá se agachó para envolverlo en un abrazo, y papá extendió la mano para estrechársela.

—¡Qué alegría verte! ¿Cómo va todo?

—Como siempre, señora Collins —contestó él, pero sus ojos eran cautelosos; inclinó la barbilla hacia mí—. Oye, sé que probablemente estés agotado, pero... ¿puedo hablar contigo un segundo?

—Claro. —Me volví hacia mis padres y, antes de que pudiera excusarme, papá me hizo señas para que me fuera.

—De todas formas, tenemos que irnos. La tienda abre temprano, incluso los domingos. —Me guiñó un ojo con una amplia sonrisa que

denotaba orgullo por trabajar siete días a la semana—. Duerme un poco, ¿vale? Nada de fiestas. No se puede salir de farra después de una derrota.

—Sí, señor.

—Y envíame algunos vídeos de los entrenamientos de esta semana. Quiero ver lo que te están haciendo correr —añadió.

—Sí, señor —volví a decir, pero ya sabía que eso no iba a suceder. No solo porque el entrenador se cabrearía si dejaba que mis padres anularan cualquier ejercicio, sino porque yo no iba a marcarme un Kyle Robbins y grabarme a mí mismo.

Con un beso en la mejilla de mi madre y otro medio abrazo de mi padre, se metieron en su todoterreno y se fueron, dejándonos solos a Gavin y a mí.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Todo lo bien que puedo estar después de eso, supongo. —Frunció el ceño—. Invité a Riley a un helado, pero... no sé, tío. Le pasa algo. Sé que se culpa de la derrota, pero parece que es algo más.

Tragué saliva.

—Iré a verla, a ver qué pasa.

Gavin asintió.

—Gracias, tío. Tengo que ir a la otra punta de la ciudad para entrenar y me ha matado dejarla así.

—No te preocupes —lo tranquilicé, y me sentí cómodo porque conocía a Riley lo suficiente como para saber que nada podría detenerla.

Gavin volvió a asentir y dejó escapar un largo suspiro.

—Me alegro de que te tenga a ti.

No pude evitar reírme un poco al oír eso.

Porque estaba seguro al doscientos por ciento de que Riley no pensaba lo mismo.

—¿Y tú? —preguntó Gavin—. ¿Estás bien?

Señaló con la cabeza hacia donde acababan de estar mis padres, y yo me agarré la nuca y me encogí de hombros.

—Bueno. Ya sabes cómo son.

—Sí —dijo Gavin, sus ojos me comunicaban más que sus palabras que esa afirmación era cierta—. Te quieren. Por eso te presionan.

—Lo sé.

Y agradecía todo lo que habían sacrificado por mí, todo lo que habían visto en mí desde muy joven y la forma como me habían animado a seguir, a pesar de las notas de los exámenes y de que los orientadores les dijeron que tendría problemas.

No estaría aquí si no fuera por ellos.

—Lo estás haciendo bien, Zeke —dijo Gavin, devolviéndome al presente. Esperó a que lo mirara para continuar—. Como compañero de equipo, como amigo y como estudiante.

Solté una carcajada ante la última parte.

—Lo digo en serio —insistió, frunciendo el ceño hasta que dejé de sonreír como un tonto—. Estoy orgulloso de ti.

Gavin sabía mejor que nadie cuánto significaba para mí oír esas palabras. Apenas pude asentir con la cabeza antes de sentirme demasiado incómodo, extraño y forzado, como con ganas de escabullirme.

—Me voy —dije—. Estoy agotado. ¿Te lleva alguien a entrenar?

—Sí, me recogerá el hermano de Ralphy. ¿Echamos unas partidas en tu casa esta semana?

Le di una palmada cuando me tendió la mano.

—Solo si quieres que te machaque, como siempre.

Puso los ojos en blanco.

—Tienes suerte de que tus estadísticas en la vida real no reflejen las del Madden.

Hizo un último gesto con la mano por encima del hombro mientras se giraba y rodaba hacia el final del aparcamiento, y yo lo observé durante todo el trayecto, sin poder evitar que me doliera el pecho al verlo. Esperé a que la furgoneta se detuviera, a que el hermano de Ralphy lo ayudara a levantarse de la silla y a entrar en el coche antes de meter la silla en la parte de atrás.

Gavin era todo sonrisas y carcajadas, probablemente ya estuviese bromeando con sus amigos dentro de la furgoneta antes de que la puerta se cerrara y el vehículo se alejara.

Estaba contento.

Estaba bien.

Me había perdonado hacía tiempo.

Me preguntaba cuánto tardaría yo en poder hacer lo mismo.

11

Zeke

Siseé y me quejé al abrir la puerta principal de mi dormitorio; no debería haberme dolido tanto, pero ese movimiento hizo que me ardiesen todos los músculos de la espalda. Siempre me molestaba después de los partidos, era el resultado de sesenta minutos de yardas ganadas con esfuerzo.

Pero después de una derrota el dolor siempre parecía más intenso.

Apenas conseguí dejar la bolsa en un rincón de la habitación antes de caer de bruces en la cama, pensando en darme otra ducha. Ya me había duchado en los vestuarios, pero aquí podía estar bajo el chorro de agua caliente durante una hora sin que nadie me molestara y así quitarme parte del dolor.

Tenía que hacerlo antes de que el sueño me arrastrara, así que me levanté de la cama con otro gemido.

Pero entonces oí la música.

Triste y lenta; un ritmo sombrío atravesaba la delgada pared que separaba mi habitación de la de Riley. Suspiré, me acerqué, apoyé la espalda y dejé caer la cabeza hacia atrás. Escuché cualquier indicio de que estuviera llorando, pero no oí nada más que la música.

Cerré los ojos, con el pecho dolorido por lo que sabía que ella estaba pasando allí. En todo el tiempo que habíamos jugado juntos, la había visto fallar muy pocas patadas, y nunca más de una por partido. Hoy había tenido la cabeza en otra parte, y lo pagamos.

Sabía que nunca se permitiría olvidarlo.

Me aparté de la pared, salí de mi habitación y me encaminé hacia la suya antes de que pudiera convencerme de lo contrario. Golpeé con los nudillos la vieja y gruesa puerta de madera, pero no llegó ningún tipo de saludo.

—Novo —intenté, pero no respondió.

Con otro golpe para avisarla, probé con el picaporte, lo giré despacio y abrí su puerta apenas un centímetro para darle la oportunidad de gritar o lanzar algo o escupir fuego por la boca como un dragón si quería mandarme a la mierda.

De nuevo, nada.

La abrí un poco más, y se me encogió el corazón al ver lo que encontré. Riley estaba sentada en el suelo, con los pies sumergidos en un triste recipiente de agua jabonosa, los hombros encorvados y los ojos desenfocados mientras miraba las burbujas. Un bol de helado de vainilla derretido estaba intacto a su lado, con virutas nadando en el pringue. La canción terminó, pero otra melancólica tomó su lugar en el siguiente compás, y ni siquiera me miró cuando me senté frente a ella.

—Por lo que veo, Gavin te invitó a un helado —comenté, señalando con la cabeza el líquido derretido y fingiendo que no lo sabía.

Riley lo miró, parpadeó y luego volvió a centrarse en las burbujas.

—¿Estás bien?

No se movió.

Suspiré, crucé las piernas y apoyé los codos en las rodillas.

—No es culpa tuya.

Entonces, por fin me miró, y con los ojos me dijo: «Y una mierda».

—De verdad que no. Fallaste una patada. Pero hubo muchas otras oportunidades en las que podríamos haber marcado, o la defensa podría haber evitado que anotaran.

—La defensa jugó de puta madre, y lo sabes —contraatacó, con voz entrecortada y cruda—. Y no solo fallé una patada. Fallé dos. Una de ellas fue un maldito punto extra. Una conversión, Zeke.

Apreté los labios y asentí con fuerza para hacerle saber que comprendía su frustración. Miré sus pies en la cuba.

—¿Te duelen?

—Más que de costumbre.

—Eso es el orgullo —dije con una sonrisa.

No me la devolvió.

—Trae —dije, desplegando las piernas y extendiendo las manos hacia sus pies. Hice un gesto con las manos cuando ella no se movió —. Deja que te ayude.

Como si no estuviera ya congelada, cada parte de su cuerpo se puso rígida y arqueó una ceja tan alto que podría haber pasado por flequillo.

Solté una carcajada.

—Dame los pies, Riley.

—¡Puaj! ¿Estás loco? —Se alejó de mí, llevándose su cubo lleno de espuma con ella—. De ninguna manera.

Dejé caer las manos con una palmada contra los muslos y le lancé una mirada exhausta de fastidio. Luego hundí la mano en el cubo lleno de jabón y la agarré del tobillo.

—¡Eh!

Intentó zafarse, pero la sujeté con fuerza.

—Ese agua está tibia y no va a ayudarte en nada. Deja de ser tan terca y... relájate, coño.

Entrecerró aún más los ojos, pero al echar un vistazo a la patética cubeta, hizo una mueca y se relajó, dejándome guiar su tobillo hasta mi regazo.

—Están mojados —me advirtió, como si no lo supiera ya por la forma en que su pie humedeció mis pantalones cortos—. Y seguramente sucios.

—Hablas como si no me estrellara contra tíos mojados y sucios todos los días de mi vida.

Casi sonrió, pero al instante se le contrajo el rostro de dolor y se le encogió el cuerpo mientras se le escapaba algo entre un aullido y un gemido. Apenas había empezado a masajearla, y eso me indicó lo dolorida que estaba.

—Tranquila —le dije, y me levanté para coger unas cuantas almohadas de la cama. Se las coloqué en la espalda, esperé a que se relajara contra ellas, saqué el otro pie del agua con jabón y volví a colocarme el tobillo en el regazo—. Intenta relajarte.

Empecé despacio, apretándole el pie con las manos y frotándole el talón en círculos amplios. Ella siseó, mirando fijamente el lugar donde actuaban mis manos, como si aún no estuviera segura de querer permitir que la tocara. Cuando le pasé los pulgares con fuerza y con calma por el arco del pie, gimió, su cabeza cayó contra las almohadas, arqueó la espalda y apretó los puños a los lados.

Me quedé helado ante el sonido, ante la imagen. Una estampa no apta para menores de trece años me asaltó sin avisar.

Riley pareció percibirlo, movió los párpados y sus ojos color avellana se posaron en los míos.

Aparté la mirada y me centré en el pie, exhalando despacio mientras hacía el mismo movimiento, esta vez un poco más suave.

—Estabas dándole demasiadas vueltas a algo —dije, desesperado por hablar de algo para poder dejar de concentrarme en los ruiditos

que hacía mientras la masajeaba—. Lo vi incluso antes de que empezara el partido.

Riley suspiró.

—Lo sé. Lo sentí.

—¿Qué está pasando?

Soltó otro profundo suspiro, seguido de un gemido, mientras le masajeaba el metatarso con los pulgares en sentido ascendente.

—No lo sé. Tal vez sea solo presión por mantener la buena racha. —Frunció el ceño—. La que teníamos, hasta hoy.

—Estabas nerviosa.

Arqueó una ceja.

—Bueno, no exactamente, ya sabes a qué me refiero; es más bien como... un bloqueo mental.

Riley asintió con el ceño fruncido mientras miraba fijamente su pie.

—No sé qué pasó. No podía concentrarme. Es que... —Tragó saliva —. Nunca me había sentido así.

Se le humedecieron los ojos, pero enseguida respiró y parpadeó varias veces para despejar cualquier signo de humedad o emoción.

—No es como el instituto, ¿verdad?

—Para nada.

Pensé bien en lo que iba a decir a continuación.

—Sabes..., si quisieras dejarlo, Gavin lo...

—Quiero jugar.

Sabía lo que iba a decir incluso antes de incitarla a que lo dijera, pero no pude evitar sonreír un poco; luego encontré esa mirada decidida.

Como si hubiera caído en una trampa, se aclaró la garganta y se echó un poco hacia atrás.

—Hice una promesa.

—Y te encanta.

Se mordió el interior de la mejilla, en silencio.

—No sé cómo recuperarme —confesó unos minutos después, con voz suave y entrecortada—. Sé que solo ha sido un partido, pero... me ha calado hondo. Y la forma como me miraban en el vestuario...

—Que les den. Todos podrían haber jugado mejor y lo saben.

—Pero fue mi patada la que nos hizo perder el partido, Zeke —dijo ella, mirándome—. Los dos lo sabemos, y ellos también.

Durante un rato, me limité a masajearle el pie, subiendo por el tobillo, incluso dedicando tiempo a estirar y crujir los dedos antes de pasar al siguiente. Gimió con aún más fuerza, y me di cuenta de que era el que usaba para patear, pues tenía la parte superior un poco magullada por los malos chutes del partido.

—Tal vez podríamos ayudarnos mutuamente.

Ladeó la cabeza.

—No te ofendas, pero estoy bastante segura de que no tienes ni idea de patear.

—¡Oye! Para tu información, entrené a tu hermano de pequeño —me defendí—. Y te ayudé a prepararte para las pruebas en el instituto, por si lo habías olvidado. —Negué con la cabeza—. Pero no me refiero a eso.

Riley se quedó callada, esperando.

—Sé que hemos estado un poco enfrentados esta temporada... —Hice una mueca—. O desde hace años, si somos sinceros. Pero ¿y si en lugar de trabajar el uno contra el otro... trabajamos juntos?

Me encontré con la mirada escéptica de Riley.

—Mira, el entrenador me llamó a su despacho después del partido. Mis notas..., bueno, no son para tirar cohetes. Si quiero permanecer en el equipo, voy a necesitar ayuda. Sé que tú podrías echarme un cable. Y yo —continué, encogiéndome de hombros—, sé lo que se

necesita mentalmente para jugar al fútbol, en las buenas y en las malas. Puedo hacer que recuperes el control y enseñarte a superar momentos como el de esta noche.

—Tenemos una psicóloga —argumentó Riley—. Puedo ir a verla.

—Claro que sí. Pero ¿te abrirías? ¿Serías capaz de concretar lo que te pasa?

Frunció el ceño.

—Bueno, me ayudaría a averiguarlo.

—Solo si estuvieras dispuesta a abrirte. Y, seamos realistas, tú no te abres con nadie.

Riley frunció aún más el ceño.

—Te conozco —dije en voz baja, tocándole la espinilla hasta que volvió a mirarme—. Sé por lo que has pasado. Sé que la presión provenía de que Gavin estaba en las gradas y de que nuestro récord parecía demasiado bueno para ser verdad. Estabas planeando fallar porque la vida te ha enseñado que, cuando las cosas van bien, sucederá algo que hará que todo se derrumbe. Y sé que te presionas tanto para ser perfecta que el resultado se ha convertido en tu identidad.

Abrió los ojos un poco más con cada cosa que le decía, sus respiraciones eran cada vez más erráticas.

—Cuando rindes, estás feliz y eres asombrosa. Cuando te equivocas lo más mínimo, te sientes inútil y una impostora.

Sus labios se separaron y supe que había dado en el clavo.

—Ahora mismo, seguramente estés sobreanalizando todo lo que has hecho esta noche: cómo te alineaste para patear, cómo corriste hacia el balón, la colocación de este, el contacto con él. Te estás preguntando si deberías cambiar algo, o todo, porque está claro que no funciona. Pero eso es mentira, Novo; funciona. Ha funcionado el noventa y nueve por ciento de las veces. Constancia, eso es lo que

queremos. No perfección. Y puedo ayudarte a superar esto y volver a rendir como sé que puedes.

Me miraba como si acabase de desnudarme; tenía la boca abierta y parpadeó un par de veces antes de cerrarla.

—Así que... tú me ayudas en el campo y yo a ti con los deberes —dijo por fin.

Asentí con la cabeza.

Riley apretó los labios, se recostó contra las almohadas y negó con la cabeza como si fuera una idea ridícula. Pero entonces sus ojos se desviaron hacia mí y tragó saliva.

—¿Qué tienes que perder? —le pregunté.

Se lo pensó, y luego, con las cejas fruncidas, se limitó a asentir.

Yo le devolví el gesto y volví a cogerle el tobillo para masajearle el tendón de Aquiles.

—Mañana empezamos.

12

Riley

—Deja de intentar cambiar los pasos.

La voz de Zeke fue firme pero tranquila, como la de un abuelo sabio.

Y, aun así, me cabreó.

—No los estoy cambiando.

—Claro que sí. Acabas de dar cuatro pasos medianos cuando normalmente das dos grandes.

—Sigo en el mismo sitio.

—Qué va. Estás estirando demasiado la zancada.

Exhalé un suspiro frustrado.

—Estoy cansada. Deberíamos dejarlo ya.

—¿Vas a parar durante un partido?

Le dediqué un ceño fruncido homicida que respondía por mí, pero Zeke solo sonrió y arqueó una ceja.

—Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras, y también durante el próximo partido, pero estás intentando hacer cambios donde no son necesarios.

—Los resultados del sábado discrepan.

Se acercó, me puso una mano en el hombro y me miró fijamente.

—Ahora mismo te está ardiendo el cerebro de ansiedad, ¿vale? Y tienes que luchar para no hacerle caso.

Solté un suspiro, sabía que tenía razón, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Vuelves a relacionar lo que vales con el resultado en lugar de con lo que aportas. Cuando te va bien, te sientes genial. Cuando te equivocas, te sientes como una mierda. Por eso, después de un mal partido, tu cerebro entra en «modo fracaso». Ahora, está intentado que arregles algo que no está roto, porque no fue ni tu postura ni tus pasos los que hicieron que fallaras esas patadas. —Me dio un golpecito en la sien—. Fue el bloqueo mental.

—Pero, tal vez si...

—Si empiezas a cambiar lo que te lleva años funcionando, solo conseguirás acabar más frustrada, porque tendrás la sensación de que nada de lo que intentes sale bien. Constancia. Perseverancia. —Esperó hasta que lo miré a los ojos de nuevo—. Ejecución.

Alzó las cejas y asintió; esperó hasta que le devolví el gesto para hacerle saber que lo había entendido. Entonces, me apretó el hombro y dio un paso atrás, apartándose para dejarme volver a intentarlo.

Pensé que me iba a arrepentir de hacer un trato con el diablo que era Zeke Collins, pero cuando llegamos al entrenamiento el lunes después de aquella derrota y sentí una presión y una culpa que no podía superar rodeándome desde todos los ángulos, supe, tanto si quería admitirlo como si no, que necesitaba ayuda.

Estaba bloqueada, y, como atleta universitaria de primera división, esa no era una buena disposición.

Había tenido la peor semana de entrenamientos hasta el momento, una mezcla de ejercicios buenos y malos, patadas buenas y malas, incluso series buenas y malas en el gimnasio. Parecía dar igual cómo intentara deshacerme de la derrota, porque estaba pegada a mí como un chicle a la suela de una zapatilla.

Pero todos los días después de entrenar Zeke se quedaba conmigo, y cuanto más me ayudaba, más sentía astillarse la culpa y abrir paso a la firmeza que había debajo.

Moví los dedos de las manos a los lados a la vez que alineaba el pie con el balón, di dos pasos grandes hacia atrás y dos hacia la izquierda, como siempre. Inhalé con fuerza y solté el aire despacio, y entonces avancé y di un saltito antes de que mi pie impactara contra el balón.

Salió disparado hacia el centro de los postes.

—Bien —dijo Zeke—. Otra vez.

Colocó otro balón y repetí el gesto, logrando exactamente el mismo resultado.

—Fantástico. Otra vez.

Volví a hacerlo, y entonces...

«Mierda».

El balón golpeó el poste amarillo y rebotó.

Antes de que pudiera hundir los hombros o soltar una maldición, Zeke se acercó trotando y colocó otro balón.

—Buen trabajo. La patada fue sólida, la colocación estaba bien. Vuelve a intentarlo.

Fruncí el ceño, pero no me dio tiempo a rebatir su comentario antes de que chasqueara los dedos para que volviera a patear. Me coloqué, tomé aire y repetí el mismo movimiento.

Salió bien.

—Creo que vamos a dejarlo aquí —dijo Zeke, aferrándose a la última pelota que nos quedaba.

Se acercó a mí lanzándola de una mano a otra mientras yo colocaba las mías sobre las caderas para recuperar el aliento.

—Esto es lo que marca la diferencia: el éxito basado en lo que aportas frente al que se basa en los resultados. A veces, haces todo

bien y el resultado no es el que quieres. Pero si sigues insistiendo en lugar de dejar que un mal resultado haga que te lo cuestiones todo, entra en juego la coherencia. Y —añadió con un guiño— no deja espacio para que te castigues, como sé que te encanta hacer.

Esbocé una sonrisa culpable y negué con la cabeza con los ojos clavados a los postes.

—Tengo que rendir mejor en el próximo partido.

—Reformúlamelo.

Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Qué tal... «Voy a dar lo mejor de mí en cada patada del próximo partido»?

Reflexioné sobre esas palabras un minuto, sobre cómo sonaban en contraposición a lo que yo había dicho.

—Voy a dar lo mejor de mí en cada patada de del próximo partido —repetí.

—Y voy a centrarme en cada paso.

—Y voy a centrarme en cada paso.

Sentí el pecho más ligero y negué con la cabeza, asombrada, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y miraba a Zeke como si no lo reconociese.

—¿Desde cuándo eres tan inteligente?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, recordé la conversación que habíamos mantenido en la biblioteca y negué con la cabeza, acercándome a él con las manos extendidas.

—No lo decía en ese sentido. Sino que... ¿Cómo has llegado a saber tanto de esto? Parece de sentido común, pero nunca me lo había planteado así. Y cuando lo ves de esta forma..., encaja.

Zeke sonrió, moviendo la pelota entre las manos. Llevaba una camiseta cortada pegada al pecho húmedo y cada centímetro de sus bíceps se marcaba con cada movimiento.

—Yo también sufrí los nervios en secundaria, y sabía que, si quería llegar a ser profesional, tenía que aprender a manejar la mente, y rápido. El entrenador Ziegler me ayudó.

Sonreí con él al pensar en nuestro viejo equipo, donde todo había empezado para mí.

—Bueno, pues gracias por transmitir el conocimiento.

Zeke levantó una ceja.

—Bah, guarda esa gratitud para dentro de un rato, cuando tengas que soportarme haciendo los deberes.

Bajamos corriendo a recuperar los balones que había pateado, los guardamos en la gran bolsa de lona que habíamos sacado del almacén y nos dirigimos a los vestuarios.

—Sé que ya te lo pregunté en la biblioteca, y puedes responder lo mismo si quieres, pero... ¿crees que tal vez has estado un poco más estresada de lo normal? —preguntó Zeke mientras caminábamos.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Creo que no. ¿Por qué?

—¿No te parece que quizá echas un poco de menos tu casa, o te sientes fuera de lugar aquí o algo por el estilo?

—Lo sentí durante el verano, pero ahora he estado tan centrada en el fútbol que no he tenido tiempo de pensar en nada más.

Zeke se detuvo, y yo también; me coloqué frente a él mientras se mordía la mejilla.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada, es que... estás un poco tensa. Y estallas contra cualquiera que te mire mal.

—Si fuera un chico, me admirarías por eso.

Se rio entre dientes.

—Solo digo que... quizá centrarte tanto en esto te está afectando. Cuando estábamos en el instituto, tenías amigos fuera del equipo, y

a tu familia, y una habitación llena de cosas que te gustan. Ibas a museos los fines de semana, salías más con Gavin..., tenías citas.

Se me encendieron las mejillas.

—No muchas.

—Peter Garrett y tú fuisteis bastante en serio durante un tiempo.

Puse los ojos en blanco.

—Peter Garrett me desvirgó y me enseñó todo lo que no quiero que me hagan en la cama. Solo sirvió para eso.

Zeke enarcó las cejas, y mis mejillas se encendieron aún más; luego me aclaré la garganta y le hice un gesto para que se callara.

—Da igual. Estoy bien. Tengo el estrés normal de cualquier atleta universitario.

—Bueno, tal vez deberías pensar en formas de aliviarte. Nuestros cuerpos y nuestras mentes están sometidos a mucha presión. Podría ayudar...

Hizo una pausa, con la boca aún abierta, como si hubiera enmudecido a mitad de frase.

—¿Qué?

Zeke miró a su alrededor antes de dar un paso más, con la voz lo bastante baja como para que la sintiera retumbar cuando dijo:

—Desahogarte.

Fruncí el ceño, negando con la cabeza mientras lo miraba.

—¿Podrías ser más pre...?

La palabra quedó interrumpida cuando vi el brillo travieso de sus ojos, la curvatura sensual de su boca.

Y la mía se abrió de golpe.

Lo empujé.

—¿Me estás diciendo en serio que tengo que...? —Miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solos antes de bajar la voz a un susurro—. ¡¿Tener sexo para jugar mejor?!

Zeke se encogió de hombros entre risas.

—No necesariamente. Pero... alivia la tensión. Ya sabes..., en compañía o... —Bajó la mirada hacia mi mano, que estaba cerrada en un puño junto a mi costado—. Tú sola.

Me quedé boquiabierta y volví a darle un empujón antes de salir disparada hacia los vestuarios con el cuerpo a mil grados más que el fresco clima otoñal que se cernía sobre el campus.

—Eres un cerdo, Zeke Collins.

Se rio y me dejó marchar, y para cuando volvió al vestuario después de guardar los balones, yo ya estaba de camino a la residencia.

Pero mientras caminaba por el campus, no podía pensar en otra cosa que no fuese lo que me había dicho.

Y no pude evitar preguntarme si tal vez estaba en lo cierto.

Zeke

La noche antes del partido en la Universidad de New Hampshire, el entrenador nos dejó marchar temprano y nos aconsejó que descansáramos bien. Nos reuniríamos de buena mañana en el estadio para subir a los autobuses, y esperaba que todos fuéramos puntuales.

Así que, por supuesto, Hernández, Sanders y yo fuimos a un bar.

Leo intentaba ligar con una de las animadoras, Clay quería tomarse una cerveza y yo solo pretendía relajarme un poco. Todos sabíamos que no podíamos trasnochar demasiado, de lo contrario lo pagaríamos al día siguiente, tanto en el campo como fuera de él si el entrenador se enteraba.

Por mucho que nos gustase la fiesta, no le llegaba ni a la suela del zapato al fútbol americano.

Así que salimos con la idea de irnos a dormir pronto. Me alegré de tener una noche de descanso después de otra semana agotadora.

—Así que vais en serio, ¿eh? —le pregunté a Clay, dándole un sorbo a mi bebida. Leo ya se estaba besando con Mindy en una esquina, y él estaba contándome lo increíble que era su novia.

—Sí, tío. De verdad que sí. Me imagino casándonos.

Alcé las cejas al oír eso.

—Vaya. Eso son palabras mayores para un chaval de diecinueve años.

Se encogió de hombros.

—Es de las que se quedan a tu lado en las buenas y en las malas, ya me entiendes. De las que te apoyan.

Sonreí, pero no pude evitar la sospecha que me invadió. Había conocido a la novia de Clay y, aunque solo la vi una vez en una quedada después del primer partido en casa, no me dio esa sensación.

Tal vez fue por la forma como miraba a los demás jugadores, o por cómo se apartó sutilmente de Clay cuando él quiso abrazarla, pero algo me decía que el matrimonio no entraba en sus planes.

Aun así, no era asunto mío, y no la conocía lo suficiente como para decir nada de ella. Podría ser que hubiese tenido una mala noche. Quizá fuera la mejor chica del mundo, y ellos, la pareja perfecta.

—Me alegro por ti, tío —le dije, alzando mi Sprite para brindar.

Le pedí al camarero que le pusiera una lima para que pareciera un cóctel. A veces me apetecía una cerveza o una copa, pero no lo suficiente como para olvidarme de todas las razones por las que elegía mantenerme sobrio.

—Gracias. —Chocamos los vasos, Clay dio un buen trago y después habló—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a confesar tu amor por Novo al final de la temporada? ¿O qué?

Estuve a punto de escupir el refresco, pero se me quedó atascado en la garganta cuando Leo me dio una fuerte palmada en la espalda.

—Bueno, familia, odio interrumpir, pero será mejor que durmamos un poco o mañana el entrenador nos machacará.

Yo seguía tosiendo cuando Clay asintió con la cabeza y le hizo una señal al camarero para que nos trajera la cuenta. Luego usó el mismo dedo para limpiar una mancha de pintalabios rosa de la cara de Leo, lo que le hizo sonreír.

Pagamos rápido y nos dirigimos al otro lado del campus, hablando de fútbol americano, y no de Riley, gracias a Dios.

Aun así, Clay me regaló una sonrisa de complicidad cuando llegamos a la residencia.

—Buenas noches. Saluda a tu compañera de cuarto de mi parte.

Sonrió de una forma burlona cuando la mencionó, y se escabulló por la puerta antes de que pudiera cortar de raíz aquella broma. Apenas había conseguido que Riley me hablara. Lo último que necesitaba era que se enterase de que corrían rumores de que estábamos juntos.

Nuestra habitación estaba al final del pasillo, y cuando abrí la puerta para entrar, me topé con el sonido de un canto amortiguado por el agua de la ducha.

Me detuve para ver si me había oído, pero cuando entonó la segunda estrofa de *Could've Been* de H.E.R., supe que no.

Reprimí una sonrisa y cerré la puerta lo más silenciosamente que pude antes de acercarme de puntillas al lavabo doble que había justo al otro lado de la puerta del baño. El retrete y la ducha estaban separados por una gruesa puerta, pero las paredes eran tan finas

que podía oír el agua golpeando el suelo de baldosas de la ducha entre las palabras que cantaba.

«Hostia, pues la verdad es que tiene una voz bastante decente».

Sonreí divertido, apoyé una cadera en el lavabo y me crucé de brazos mientras escuchaba. Pensaba quedarme allí hasta que saliera, solo para ver la cara que pondría cuando se diera cuenta de que la había oído ponerse sentimental con el R&B; no tendría precio.

Pero después de un rato, la voz se le volvió más y más tranquila, las palabras se convirtieron en un suave canturreo. Yo estaba a punto de irme a jugar a videojuegos cuando algo... cambió.

Sus susurros murieron por completo, y fue como si se hubiese quedado completamente quieta en la ducha; el agua emitía el mismo sonido una y otra vez en lugar de un ritmo caótico, como cuando se estaba limpiando.

Fruncí el ceño, preguntándome si me habría oído o algo así, cuando de repente...

Un gemido.

Fue suave, delicado, casi como un jadeo, pero me golpeó como un rayo, y mi espina dorsal se puso rígida.

Junto con otra parte de mi cuerpo, cuando lo siguió otro gemido.

El repiqueteo del agua empezó a cambiar, y se oyó un suave ruido sordo antes de que oyera su suspiro, seguido de un pequeño gemido.

«Joder...»

Se estaba tocando.

Tragué saliva, y aunque sabía muy bien que lo que debería haber hecho era irme a mi habitación y poner música o la televisión lo más alto posible para no oírla, y para que supiera que no estaba sola, no lo hice.

Me acerqué con sigilo, con el corazón retumbándome en los oídos, y apoyé la espalda contra la puerta para oír más.

—Oh... —suspiró, sus respiraciones eran agitadas y superficiales entre el trino del agua derramándose sobre las baldosas—. Ah..., oh..., sí.

Ahogué una maldición, mi polla palpitaba ante el sonido como un puto monstruo cobrando vida a sus órdenes. Me pasé la mano por la cara, intentando que mis pies me alejaran de la puerta, pero se quedaron clavados.

Y entonces, mi mano viajó hacia abajo, buceando bajo la banda de mis pantalones cortos y mis calzoncillos al mismo tiempo para agarrar mi pene dolorido.

El gemido que solté fue amortiguado por otro de Riley; el suyo fue mucho más agudo y tan jodidamente dulce que cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, imaginando lo que estaba pasando al otro lado de la puerta.

Me imaginé el agua caliente, humeante, volviendo su piel bronceada de un rojo vivo mientras se deslizaba por cada centímetro de su cuerpo desnudo. Imaginé la ligera hinchazón de sus pechos, los músculos delgados y tonificados del abdomen flexionándose con cada jadeo mientras sus dedos se movían entre sus piernas.

«Mierda».

Su respiración se intensificó, sus gemidos se volvieron más desenfrenados a medida que se acercaba al orgasmo. Y después de haberla visto serena, atenta y concentrada en el campo, resultaba jodidamente sexi oírla indómita.

Me acaricié la polla al compás de los sonidos salvajes que escapaban de aquella ducha, imaginé irrumpir por la puerta y atrapar aquel jadeo de sorpresa con mi boca sobre la suya. Cerré los ojos con más fuerza, imaginándome a qué sabría, cómo me sentiría

al tener su culo entre las manos mientras la alzaba y la inmovilizaba contra la resbaladiza pared, cómo se abriría para mí mientras me introducía en su interior...

—Oh, Dios..., oh..., jod...

Su maldición fue interrumpida por erráticos jadeos y gemidos mientras llegaba al clímax, y yo me acaricié más deprisa, a punto de caer al vacío con ella.

Cuando cerró el grifo, el silencio que produjo me devolvió a la realidad, y abrí los ojos como platos.

El ruido de la cortina de la ducha al abrirse fue el único aviso que tuve para volver a meterme la polla en los calzoncillos. Me sujeté la punta con la cinturilla, con la esperanza de que la camiseta holgada ocultara mi erección, mientras me alejaba de la puerta y me acercaba al lavabo, con el corazón latiéndome con fuerza, inestable.

Acababa de abrir el grifo y había empezado a lavarme las manos cuando se abrió la puerta y vi a Riley envuelta en una toalla blanca, con las clavículas, los hombros y los brazos relucientes, las mejillas sonrojadas y el pelo empapado cayéndole por la espalda. Sus ojos se abrieron como platos al verme, y se quedó como una estatua en la puerta.

La vi en el espejo, pero me las arreglé para bajar la mirada hacia donde me lavaba las manos antes de que se diera cuenta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Arqueé una ceja al verla mientras cerraba el grifo y agarraba la toalla; apoyé la cadera en el lavabo como había hecho antes.

—Acabo de volver del bar.

Y no pude evitarlo.

Sonreí burlón, dejando que la ceja subiera aún más mientras preguntaba:

—¿Por qué?

—Por nada —respondió rápidamente, colocándose el pelo detrás de la oreja, a pesar de que ya lo tenía ahí—. Es que..., eh... —Se humedeció los labios, forzó una sonrisa y me miró a los ojos un segundo antes de volver a centrarse en mis rodillas—. Iba a ir a estudiar. Deberías venir conmigo.

«Mentirosa», quise decir.

Me pregunté qué haría si lo hiciera, si me acercara a su pecho agitado, abriera la toalla, la dejara caer al suelo y le preguntara si estaba satisfecha o si quería más.

En cambio, resoplé, me aparté del lavabo y esperé que mi erección estuviera lo bastante contenida como para que ella no la viera.

—Mañana tenemos partido.

Tragó saliva.

—Sí, pero también tenemos un examen la semana que viene: yo de Historia del Arte y tú de Psicología. Podemos ir a la biblioteca una hora y luego dormir bien.

Pensar en esa biblioteca desinfló mi erección, cosa que agradecí, por extraño que pareciese, mientras exhalaba una sonrisa.

—Lo que tú digas, Ratona. Tortúrame a placer.

Me fulminó con la mirada.

—No me llames así. —Luego, pasó junto a mí y entró en su habitación, y cerró la puerta antes de gritar—: Nos vamos en diez minutos.

Diez minutos.

Dejé escapar un suspiro y pensé que era el tiempo justo para descargar mis propias frustraciones antes de irnos.

13

Riley

Me hizo falta hasta la última gota de mi fuerza de voluntad para no lanzar el casco a las malditas gradas, apuntando al primer aficionado de la Universidad de South Hartford que viera. El entrenador Aarons también debió de notarlo, porque me dirigió una mirada de advertencia que me hizo tomar aire con dificultad antes de depositar tranquilamente el casco en la hierba.

A continuación, bebí un trago de agua, con la esperanza de refrescarme, antes de dejarme caer en el banquillo y ver cómo trabajaba nuestra defensa.

No sabía lo que había pasado.

Sentía que había mejorado en las últimas dos semanas. Trabajar con Zeke me había abierto los ojos, y estaba esforzándome, sin perder la cabeza, con más calma y serenidad que cuando llegué al campus. Habíamos arrasado en el partido contra la NHU, y mi éxito me había impulsado a llevar a cabo la mejor semana de entrenamiento que podría haber pedido.

Pero esta noche, había fallado un gol de campo.

Y el entrenador Sanders me sacó del partido.

Intenté comprenderlo. No quería que se repitiese lo que pasó en el último partido en casa, así que me retiró del campo cuando vio las señales y sacó a mi reserva. Fue una decisión sensata. Tenía sentido.

Pero estaba cabreada.

Más que eso; estaba herida.

Zeke se sentó a mi lado, tan silencioso que no me di cuenta hasta que su rodilla rozó la mía. Sus pantalones ya tenían manchas de hierba, y apoyó los codos en las rodillas, con los ojos fijos en el partido, mientras decía:

—¿Estás bien?

No era momento de hablar de sentimientos, ambos lo sabíamos.

De todos modos, agradecí que se preocupara por mí.

Asentí con la cabeza, y él también. Entonces deslizó una mano sobre mi pierna, apenas unos centímetros más arriba de la rodilla, y me dio un apretón mientras sus ojos encontraban los míos.

Dos segundos.

Tal vez solo uno.

Fue tan rápido, tan inconsciente, un simple gesto reconfortante antes de levantarse del banquillo y dirigirse a la línea de banda a observar con el resto de los equipos especiales.

Pero me ardió la piel en el lugar donde me había tocado.

Me mordí el labio inferior, reprimiendo un gruñido mientras ponía los ojos en blanco por lo patético que resultaba que una caricia tan pequeña pudiera incendiarme de aquella manera.

Pero entonces abrí los ojos.

«Un momento...».

Pensé en nuestro último partido, en que había pasado la noche anterior «relajándome», como Zeke había sugerido. Al principio me pareció ridículo, pero...

Tal vez sí que sirviera de algo.

Esa noche dormí muy bien y me desperté fresca y preparada. Además, en los entrenamientos rendí como nunca.

No podía quitarme esa idea de la cabeza a medida que avanzaba el partido y, al final del último cuarto, ganábamos de nueve.

Sin mí.

Debería haberme alegrado por mi equipo, y lo hice. Le salté a la espalda a Holden, me uní a los cánticos de Leo en el vestuario, e incluso dejé que Kyle me convenciera para hacer un baile estúpido para TikTok.

Pero mi instinto no dejó de resentirse, porque, por mucho que me alegrara de que hubiéramos ganado, me sentía desolada por no haber formado parte de ese éxito.

Me dio una ligera idea de lo que podría ser estar lesionada, verte obligada a ausentarte durante un partido, o varios, o incluso toda una temporada, y no poder hacer nada al respecto.

Excepto que... yo no estaba lesionada.

Podía hacer algo al respecto.

Estaba entrenando con Zeke. Trabajaba duro. Aun así, estaba tensa, estresada; la presión de gestionar los estudios y el fútbol americano me estaba machacando como nunca.

Una parte de mí quería darse de cabezazos por considerar siquiera que Zeke podría tener razón sobre... desahogarme. Sonaba demasiado adolescente, y quería demostrarle tanto a él como a mí misma que había otras mil maneras de aliviar el estrés.

Pero una gran parte de mí no podía negar lo bien que me había sentido en la ducha antes del partido de la semana pasada, y también después: ligera como el aire, flotando en una nube de felicidad hasta que mi cabeza tocó la almohada; esa noche dormí mejor que desde hacía semanas.

Hacía mucho tiempo que no me tocaba.

Y más desde la última vez que dejé que otra persona lo hiciera.

Después del accidente de Gavin, me había apagado, y toda mi atención se había centrado en el fútbol. Peter, mi novio de entonces, no pudo soportarlo. No le gustaba en quién me había convertido: una persona callada, seria, centrada en su misión. Y después de romper con él, no tuve ni tiempo ni energía para preocuparme por encontrar a otra persona. Sí que quedé con chicos cuando se presentó la ocasión, en una fiesta o después de ganar un partido. Pero nunca fue nada más que eso.

Tenía una relación con el fútbol americano. No necesitaba un novio.

Pero me estaba empezando a plantear si eso era cierto. Si me vendría bien tener, si no un novio, tal vez alguien con quien divertirme.

Y no sabía si era una estupidez, o si terminaría arrepintiéndome, pero sabía que, como mínimo, tenía que intentarlo.

Así que, en el autobús de vuelta al campus, me descargué una aplicación de citas, me creé un perfil y me puse a echar una ojeada.

Zeke

—¿Qué haces? —le pregunté a Riley en el vestuario después de un entrenamiento nocturno a la semana siguiente.

Le arrebaté el móvil de las manos antes de que supiera siquiera que estaba al alcance de mi mano.

—¡Eh! —saltó, intentado recuperarlo antes de que lo subiera más alto de lo que ella podía llegar.

Arqueé una ceja mientras miraba la página de citas, que me devolvía la mirada, el perfil de un inútil llamado Tristan que tenía una foto demasiado profesional para una aplicación para ligar.

—Si no escuchas el pódcast de Joe Rogan, no te molestes en deslizar a la derecha —leí, negando con la cabeza mientras deslizaba a la izquierda—. Bueno, pues ya está. Te he hecho un favor, créeme.

—¡Zeke! ¡Devuélvemelo!

Riley estuvo a punto de ponerse a escalar por mi cuerpo, y a mí me divirtió un poco su fuerza, pero me confundió que se hubiese metido en una aplicación de citas.

Y tal vez también me molestó un poco.

—¿Por qué tienes Minglr?

Me mordió la parte posterior del hombro, lo que me hizo chillar y soltar el teléfono justo cuando levantó la mano y lo cogió en el aire.

—Eso no es de tu incumbencia.

Me froté el lugar donde me había mordido.

—Creía que habías dicho que no tenías tiempo para novios.

—Y no lo tengo.

—Entonces ¿por qué...?

Dejé la pregunta a medias al ver cómo enrojecía, se apresuraba a meter el móvil en la bolsa de deporte y a coger la toalla y el gel de baño.

—Ah —musité con una sonrisa arrogante, lo cual fue un milagro, teniendo en cuenta que lo que estaba insinuando me hacía hervir la sangre—. Entiendo. Estás buscando un rollo.

—Solo sigo su consejo, entrenador —dijo con una dulce sonrisa, echándose la toalla al hombro—. Voy a ducharme. No toques mi móvil —me advirtió, dándome un puñetazo en el pecho.

Levanté las manos.

—Nunca me interpondría en el camino hacia tu... desahogo.

Me miró de reojo y se fue a las duchas con una sonrisa y un suave movimiento de cabeza.

En cuanto se dio la vuelta, se me borró la sonrisa.

Me obligué a contener la bilis que me subió a la garganta al imaginarla intentando encontrar a un chico con el único propósito de follar, sobre todo teniendo en cuenta que yo era un chico y sabía exactamente el tipo de cabrones que se metían en esas aplicaciones con el mismo fin. Encontraría lo que buscaba con facilidad.

Pero no estaba tan seguro de que no saliera herida en el proceso.

«Sí, claro, por eso estás enfadado, porque le podrían hacer daño, no porque no soportes la idea de que alguien la toque».

Apreté la mandíbula y dejé escapar un suspiro frustrado mientras me despojaba de la camiseta. Incluso después de un entrenamiento largo y duro, mi cuerpo vibraba como si estuviera listo para correr, pero sabía que tenía que ahorrar energía. Teníamos el partido en honor a los exalumnos a finales de semana, y necesitaba estar concentrado.

—Hostia, ahí viene.

La voz de Kyle fue aguda y sonaba como unas uñas rascando una pizarra, pero el modo en que su declaración hizo que unos cuantos chicos se agolparan a su alrededor y armaran un alboroto me despertó curiosidad.

—Riley Novo. Atleta. Amante del arte. ¡Con ganas de pasar un buen rato!

Alzó aún más la voz al pronunciar las dos últimas palabras, y eso hizo que algunos chicos hicieran comentarios y chocaran los cinco. Kyle pasó el dedo por las fotos del perfil de Riley; se detuvo y soltó un silbido, en sincronía con los compañeros que tenía alrededor, al ver una en la que salía ella en la playa cuando fue a Florida con su familia durante las vacaciones de primavera.

Recordaba esa foto de Instagram, y no necesitaba estar lo suficientemente cerca para ver el pequeño bikini verde aceituna que

llevaba para recordar cómo resaltaba cada aspecto de su cuerpo bien definido.

Me abalancé sobre él y le arranqué el teléfono de la mano.

Ni siquiera se inmutó cuando miré la pantalla, donde estaba la sonrisa familiar de Riley, antes de volver la vista hacia él. Se limitó a reírse, cruzarse de brazos y negar con la cabeza.

—No me jodas, tío. Creía que teníais algo, pero ahora que sé que está libre y busca un poco de diversión... —Su sonrisa era la de un personaje malvado de Disney—. Lo primero que voy a hacer es crearme un perfil.

Le clavé el teléfono en el pecho con tanta fuerza que impactó contra las taquillas, lo que provocó que los demás soltaran siseos de dolor empático. La sonrisa de Kyle se transformó en una mueca antes de devolverme el empujón, y entonces nos quedamos nariz con nariz.

—¿Por qué eres tan capullo? Está claro que no estáis saliendo —dijo, sosteniendo el teléfono como prueba—. De hecho, estoy bastante seguro de que te odia.

—Más te vale tratarla con respeto —fue lo único que dije mientras daba un paso atrás, intentaba ignorar el comentario, que, por otra parte, era cierto, y me crujía el cuello—. Es tu compañera de equipo.

—¿Y qué? ¿Acaso eres su guardaespaldas?

—Tienes suerte de que haya sido yo quien te haya oído decir esas mierdas, porque si hubiera sido ella, se te habría comido vivo.

—¿Quién?

Todos nos giramos al oír la voz de Riley, que estaba cerca del corrillo que se había formado a nuestro alrededor, con una toalla enroscada al cuerpo y los tirantes mojados del sujetador deportivo a la vista. Parpadeó y estrechó la mirada cuando se dio cuenta de que éramos Kyle y yo.

—¿Qué pasa?

Los chicos que nos rodeaban se dispersaron, actuando inocentemente mientras fingían meter cosas en sus bolsas o estirar, aunque no perdían ripio.

—Zeke —dijo, avanzando hacia nosotros.

Se me tensaron los músculos de la mandíbula, pero no encontraba las palabras para decírselo.

Kyle, en cambio...

—Encontré tu perfil en Minglr —dijo, todavía con los ojos fijos en mí mientras sonreía burlón y se encogía de hombros—. Y Zeke está cabreado porque tengo más posibilidades contigo que él.

Me abalancé sobre él, pero Holden se interpuso entre nosotros y me puso una mano el pecho mientras me dirigía una mirada de advertencia.

—Venga, ya basta. Los dos —añadió, mirando a Kyle a continuación.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Riley a Kyle, con los hombros un poco caídos mientras negaba con la cabeza—. Has intentado hacerme la vida imposible desde que entré en el equipo. Pero a veces actúas como si fueras mi amigo. ¿De qué vas?

Kyle guardó silencio y evitó su mirada.

Riley negó con la cabeza, se quitó la toalla mojada y la tiró en su taquilla. No llevaba más que unos pantalones cortos húmedos y un sujetador deportivo igual de empapado, lo que provocó algunos silbidos y que la mayoría de los chicos apartaran la vista al unísono.

—Riley —advertí.

—No. Estoy harta de esta mierda. Vamos a resolverlo de una vez por todas. —Pasó a mi lado, y de todo el mundo, para agarrar un balón de la taquilla de Clay antes de volverse hacia mí y hacia Kyle de nuevo—. En el campo.

—Ponte algo de ropa —dije, con voz baja pero firme.

—¿Por qué? —preguntó, caminando hacia nosotros con el balón metido entre las costillas y el brazo—. ¿Porque soy una chica? Vosotros andáis sin camiseta todo el tiempo. ¿Acaso alguna vez me habéis visto babear o tener una puta erección?

Algunos de los chicos tosieron al oír eso, y me di cuenta de que estaban de espaldas a nosotros, y que lo más probable es que, de hecho, estuvieran ocultando una erección en ese mismo instante.

—Vamos —dijo, lanzando la pelota al pecho de Kyle—. Tú. Yo. *Quarterback*. Al campo. Ahora.

—No quiero formar parte de esto —dijo Holden.

—Qué pena, porque necesitamos un *quarterback* —dijo Riley, y le lanzó una mirada que decía «me debes una».

Holden apretó los dientes, pero le arrebató el balón de las manos a Kyle.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —preguntó este con recelo.

—Vamos a jugar a los quinientos. Holden establecerá las cantidades y lanzará el balón; el que lo atrape se lleva esos puntos, y el primero que llegue a quinientos gana.

Kyle soltó una carcajada como si fuera un juego absurdo, y tuve que darle la razón. Agarré a Riley por el codo y la atraje hacia mí.

—Tú eres pateadora. Él, ala cerrada —le recordé—. Te va a ganar.

—Hombre de poca fe —se burló, regalándome una sonrisa dulce antes de encogerse de hombros y volver a mirar a Kyle—. ¿Y bien?

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó él.

—Si gano yo, empezarás a tratarme como una puñetera compañera de equipo en vez de como una chica que no merece estar aquí. —Hizo una pausa—. Y tienes que hacer un reto en un directo de Instagram. El que se nos ocurra al resto del equipo.

Eso hizo que algunos de los chicos se rieran y se empujaran, maravillados por las posibilidades.

Kyle hizo una mueca.

—¿Y si gano yo?

Riley se encogió de hombros.

—Me acostaré contigo.

El vestuario estalló, y mi sangre hirvió cuando volví a extender el brazo hacia ella. Se separtó de mí antes de que tuviera la oportunidad de retenerla, y sus ojos se cruzaron con los míos apenas un segundo.

—Lo tengo controlado —me dijo.

—La reunión del entrenador durará, como mucho, solo veinte minutos más —dijo Holden—. Así que, si vamos a hacer esto, tiene que ser ahora.

Riley miró a Kyle, desafiante, y todo mi interior rezaba para que se diera cuenta de lo estúpido que era este duelo, se disculpara, dejara de ser un imbécil y pusiera fin a todo esto.

Pero, por supuesto, el muy cabrón sonrió, extendió la mano y dijo:

—Que empiece el juego.

14

Riley

—Esto es una mala idea.

Puse los ojos en blanco ante el décimo intento de Zeke de hacerme cambiar de opinión mientras estiraba y daba algunos saltos para preparar los isquiotibiales. Aparte de los ejercicios y el acondicionamiento físico que hacía con el entrenador, los esprints no eran precisamente mi fuerte.

Aun así, no estaba preocupada.

La confianza se apoderó de mí como si acabara de tomarme un chupito, y me calentaba del mismo modo que una botella de *whisky*.

—Soy más capaz de lo que crees —dije.

—Es un ala cerrada. Te dobla el tamaño.

—Bueno, si gana él, entonces conseguiré desahogarme. —Entonces me volví hacia él—. Que es lo que dijiste que necesitaba, ¿verdad? A mí me parece que todos salimos ganando.

Sonreí por mi broma, pero la cara de Zeke reflejaba cualquier cosa menos diversión. De hecho, estaba bastante segura de que podría freír un huevo en su cuello, o usar el vapor que le salía de la nariz para cocer fideos.

—Tenemos que acabar con esto rápido —dijo Holden, agarrando el balón con las manos mientras todos nos reuníamos a su alrededor—. Nada de juego sucio. Todo lo que en un partido se considere una falta, aquí también lo será. No vale agarrarse de la ropa, sujetarse el

uno al otro, empujar al otro hacia abajo o apartarlo del balón. Jugad limpio.

Dirigió esa advertencia sobre todo a Kyle, que tenía una sonrisa despiadada en la cara mientras movía los brazos de un lado a otro.

—Empezaréis cada uno a un lado. Yo lanzaré en una zona neutral, para que los dos tengáis que esforzaros. Diré los puntos cuando el balón esté cayendo. ¿Entendido?

Kyle y yo asentimos, y luego nos colocamos en lados opuestos de Holden en posición de ataque, con el pecho bajo, las piernas flexionadas y listos para la acción.

Zeke estaba a mi izquierda, con el codo apoyado en el antebrazo contrario mientras se mordía la uña del pulgar.

Atrapé su mirada y le guiñé un ojo, como él hizo conmigo en el primer partido.

Y entonces, Holden palmeó el lateral del balón y gritó:

—¡Ya!

Salí en línea recta por el campo, atajé por la izquierda y me volví hacia Holden justo a tiempo para verlo lanzar el balón por los aires.

—¡Cien! —gritó, y lo aventó justo en medio de Kyle y de mí.

Ambos corrimos hacia él, y yo extendí las manos para hacer la recepción justo cuando Kyle saltó por delante de mí y cogió el balón.

Algunos de los chicos vitorearon, otros abuchearon, y Kyle se volvió hacia mí con esa maldita sonrisa suya mientras se metía el balón bajo el brazo y los dos trotábamos de vuelta para repetir.

—Me muero por saber si tienes el coño tan prieto como el resto de ese cuerpecito —murmuró en voz baja, recorriéndome con la mirada.

Me ardía la garganta y tenía ganas de darle un rodillazo en las pelotas, pero sabía que solo quería sacarme de mis casillas.

Así que le respondí:

—Y yo estoy deseando que todo Instagram vea el lápiz que tienes por polla.

Sonreí con dulzura, me coloqué al otro lado de Holden sin siquiera mirar a Zeke mientras Kyle se burlaba y me hacía señas para que me retirara.

Nos tomamos un minuto para recuperar el aliento y nos pusimos en marcha de nuevo.

Esta vez, me abrí bastante, giré hacia dentro cuando oí el número y esperé llegar antes que Kyle al final de la curva.

—¡Doscientos cincuenta! —gritó Holden, y Kyle y yo estábamos ambos a mitad de carrera, con los ojos fijos en el balón.

Lo tenía cerca, y me lancé, esperando poder atraparlo antes de que tocara el suelo.

Pero, de nuevo, no tuve oportunidad alguna.

Kyle era tan alto, tan explosivo, que se las arregló para colocarse mucho antes de que el balón estuviera siquiera cerca del suelo.

Lo atrapó sin esfuerzo.

—¡Sí! ¡Vamos, nena!

Se golpeó el pecho y le devolvió el balón al *quarterback* antes de ayudarme a levantarme del suelo, aunque yo no se lo había pedido. Me dio una palmada en el culo y corrió hacia Holden antes de que pudiera darle una bofetada.

—Ya llevo trescientos cincuenta, Novo. Por si habías perdido la cuenta.

Me crují el cuello, respirando entre la frustración que amenazaba con apoderarse de mí. Cuando me volví a colocar, Holden me agarró del brazo.

—Podemos dejarlo así. Todos te apoyaremos si quieres retirarte.

Me encogí de hombros.

—Lo tengo controlado.

Tragó saliva, tenía la mandíbula tensa como si quisiera discutir conmigo, pero, por suerte, dio un paso atrás y confió en mí.

Eso, o se dio por vencido.

Cualquiera de las dos cosas valía para mi concentración.

Holden me miró de reojo, con la misma preocupación que Zeke. Le dediqué una mirada de determinación antes de bajar la vista al campo, con los dedos hormigueándome a los lados mientras me agachaba.

La voz de Holden sonó un poco más débil cuando dijo:

—¡Ya!

Cambié de estrategia y le pisé los talones a Kyle. Yo le aventajaba en velocidad, aunque él me superara en altura, y me pegué a él como un *safety*.

Ambos nos giramos justo a tiempo de que Holden gritara:

—¡Ciento cincuenta!

—Mira, cielo —murmuré, y froté el culo contra la entrepierna de Kyle mientras empujaba un poco—. Una pequeña muestra de lo que podrías ganar.

Giré las caderas, lo que le provocó un gemido, y sus manos se acercaron a mi cintura. Entonces, aprovechando que tenía la guardia baja, le di un empujón con el culo, salté y cogí el balón antes de que tuviera la oportunidad de recuperarse.

Estalló la ovación.

—¡Esa Novo!

—¡Así se hace!

—¡Eso es jugar!

Sonreí, el corazón me latía acelerado mientras trotábamos de vuelta, y Kyle me fulminó con la mirada cuando llegamos de nuevo a la línea.

—¿Te crees muy lista? Ese truco no te va a volver a funcionar, créeme —me advirtió.

Me encogí de hombros con inocencia y le devolví la pelota a Holden mientras él y Zeke me miraban con un millón de preguntas en los ojos.

—Vamos —dije, ignorándolos a ambos.

Holden negó con la cabeza, claramente seguía sin estar de acuerdo con participar en esto, pero después de un largo suspiro, dio una palmada y nos fuimos.

Esa recepción sirvió para animarme. Atrapé la siguiente, que valía cincuenta puntos, y las dos posteriores acabaron en el suelo. Kyle cogió otra de cien, y luego yo una de trescientos.

Estábamos empatados.

Y exhaustos.

Y ambos decididos a ganar.

—Muy bien, último lanzamiento —nos dijo Holden antes de que hubiéramos salido de la línea—. Valdrá cincuenta puntos. Quiero juego limpio —volvió a advertir.

Un suspiro.

Un escalofrío.

Y luego un lejano:

—¡Ya!

Esprinté tan rápido como pude, en línea recta, sin molestarme en hacer el recorrido completo. Kyle hizo lo mismo, y nos colocamos a unos metros el uno del otro, sin saber adónde iría el balón.

Cuando Holden lo lanzó, el viento lo hizo volar hacia arriba y hacia la izquierda. Corrí tras él y supe que lo atraparía incluso antes de alcanzarlo. Lo tenía en el punto de mira, iba a llegar justo debajo, era mío.

Esprinté con el corazón latiéndome en los oídos, pateé con fuerza el césped y estiré la mano.

De repente, de la nada, me golpearon.

Perdí el aliento, el equilibrio, lo perdí todo cuando el impacto me sacudió y me envió al suelo con un sonido de huesos aplastados.

A lo lejos, reconocí el clamor colectivo de los chicos que me miraban, pero todo se volvió negro durante un segundo, y cuando regresé a la realidad...

Había una pelea.

Kyle sostenía el balón con aire victorioso, afirmando que había ganado, mientras Holden, Leo y Clay lo amenazaban de muerte y le recriminaban haber cometido una sucia interferencia.

—¡Apenas la toqué!

—La empujaste tan fuerte que cayó al suelo, imbécil de mierda —argumentó Clay, arrebatándole el balón de las manos—. No lleva protecciones. Podrías haberle hecho mucho daño.

Entonces me di cuenta de que estaba arropada y acunada, y mis párpados se agitaron al ver quién me sostenía.

Zeke.

Tenía la mandíbula apretada, el cuello hinchado por la emoción y las fosas nasales infladas.

Había tanto en su mirada..., demasiado. Me prendió fuego por dentro, la protección salvaje emanaba a raudales.

Y algo más.

Algo que no podía comprender.

Tragué saliva, me incorporé y luché contra el impulso de poner una mueca de dolor. Sabía que, si lo hacía, el juego habría terminado.

—Estoy bien —dije, empezando a levantarme.

Zeke me detuvo, abrazándome con más fuerza.

—Te diste un buen golpe contra el suelo. Perdiste el conocimiento. —Negó con la cabeza—. Esta gilipollez se ha acabado.

—No —dije, zafándome de su agarre y poniéndome de pie—. No se ha acabado.

Después miré a Holden, que seguía taladrando a Kyle con la mirada como si fuera un insecto que hubiera que aplastar.

—Vamos —dije.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí, y mis compañeros se quedaron boquiabiertos al verme trotar hacia la línea de salida.

Holden y Zeke me pisaban los talones al minuto siguiente.

—No deberías hacer nada después de esa caída —me advirtió Holden—. Puede que tengas una con...

—No me he dado en la cabeza —respondí—. Me ha dolido mucho, sí, pero estoy bien. Mirad —dije, haciendo un pequeño baile para ilustrarlo—. Habéis recibido golpes más duros y habéis vuelto a la carga.

—Con las protecciones puestas —me recordó Zeke.

Me encogí de hombros.

—El partido no ha terminado. Vamos. Otra vez.

Entonces miré a Kyle, que acababa de unirse a nosotros. Me guiñó un ojo a cámara lenta, y la comisura de sus labios se curvó cuando se colocó en la línea.

Tragué saliva y dirigí mi atención hacia el campo mientras soltaba un largo y lento suspiro.

«Lo tienes».

«El balón es tuyo».

«Y la jugada».

«Y la victoria».

Holden apretó los dientes, era evidente que no estaba contento, palmeó la pelota con fuerza, sin molestarse siquiera en añadir una

indicación verbal.

Salimos corriendo, y cada costilla y articulación de mi cuerpo me dolía a causa de la caída mientras intentaba seguir el ritmo de Kyle. Esta vez fue más rápido que yo, y no tuvo que hacerme ninguna falta, ni siquiera intentar colocarse a la perfección.

Se me cortó la respiración en la garganta, jadeé un «no» suave entre los labios.

Pero entonces...

El balón rebotó en sus dedos y se elevó en el aire.

Abrió mucho los ojos y alargó la mano para intentar agarrarlo, corregir la caída, pero ya era demasiado tarde.

Lo agarré y lo acuné contra mi pecho, mientras daba una voltereta hacia el suelo.

Se produjo un pequeño silencio.

Y entonces todo el equipo enloqueció.

Abrí los ojos justo a tiempo de ver a Kyle golpear el suelo con el puño, maldiciendo, mientras nuestros compañeros saltaban y corrían hacia nosotros.

Clay me levantó tan rápido que se me cayó el balón, y entonces me vi sobre sus hombros, riendo y alzando los puños en señal de victoria mientras todos coreaban mi nombre.

«¡Novo! ¡Novo! ¡Novo!».

Holden, bendito sea, fue el único que se acercó a Kyle. Le tendió una mano, le ayudó a levantarse y le dio una palmada en el hombro con palabras de aliento. Pero Kyle se lo quitó de encima, estaba visiblemente enfadado.

Zeke me ayudó a bajar de los hombros de Clay, y entonces me encontré en sus brazos, con un apretón aplastante que me cortó el oxígeno mientras reía y lo estrujaba con la misma fuerza.

—Te dije que lo tenía controlado —bromeé cuando me soltó.

Sin embargo, sus manos permanecieron en mis caderas, con las palmas calientes sobre mi cuerpo.

Negó con la cabeza.

—Si no lo hubieras tenido controlado, habría ido a la cárcel.

Fruncí el ceño, sin saber a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, Holden levantó la pelota, me agarró la muñeca y alzó mi mano en el aire.

—¡Aquí tenemos a la campeona!

Todos los chicos rugieron con aprobación; bueno, todos menos Kyle, que se cruzó de brazos y echó humo.

—¿Y bien? —preguntó Leo, colocando el brazo alrededor de mi hombro—. ¿Cuál será su castigo? ¿Correr por el campo? ¿Limpiarnos los tacos con su cepillo de dientes?

Se oyeron risitas mientras Kyle apretaba la mandíbula y miraba al suelo antes de fijarse en mí.

Me encogí de hombros.

—Decididlo vosotros. Yo aquí ya he terminado.

Lancé el balón a un receptor, que lo atrapó por los pelos.

—¡Espera! Pero... has ganado.

—Exacto —dije, y entonces mis ojos se clavaron en Kyle—. Eso es recompensa suficiente para mí.

Una sonrisa comprensiva y de aprecio bañó la cara de Holden.

—Ya la habéis oído. Nos toca hacer los honores, chicos. A ver..., ¿cuál será el castigo?

Los chicos empezaron a gritarse ideas locas que iban desde afeitar mi nombre en la cabeza de Kyle hasta obligarlo a llevar pintalabios en el próximo partido. Me reí y me giré hacia los vestuarios, pero entonces vi a Zeke justo a mi lado.

—¿De verdad no vas a hacerle pagar?

Me reí.

—Creo que su derrota ha sido premio suficiente. —Me encogí de hombros—. Además..., para mí la recompensa no era su humillación. Sino ganarme su respeto.

Zeke asintió y relajó un poco los hombros.

—Creo... que necesito una cerveza —añadí con una risa nerviosa.

Zeke sonrió, me abrazó y me llevó hacia los vestuarios.

—Con eso sí puedo ayudarte.

15

Zeke

Riley quería ganarse el respeto... y vaya si lo consiguió.

Durante los siguientes entrenamientos, el equipo la acogió como nunca, se peleaban sobre quién se sentaría con ella en la cafetería y reclamaban la oportunidad de quedar con ella fuera del campo. Había más chicos en nuestra residencia que en toda la temporada, hasta la noche anterior al partido en casa, cuando Riley los echó a todos para que pudiéramos estudiar y dormir bien.

Por si darle una lección a Kyle no hubiera sido suficiente, luego se marcó un partido espectacular contra uno de nuestros mayores rivales, y pateó no uno, ni dos, sino tres goles de campo cuando los delanteros se acercaron, pero no lo suficiente como para anotar. Ganamos gracias a esas tres patadas, y la llevaron a hombros al vestuario jugadores que le habían hecho el vacío hacía tan solo una semana.

Estaba orgulloso de ella, aunque el día de la apuesta era más bien rabia que orgullo lo que me abrasaba el pecho. Nunca había estado tan cerca de asesinar a alguien en toda mi vida como cuando vi a Kyle tirar a Riley al suelo.

La imagen me persiguió varias noches: la veía caer de lado, su cuerpo inclinarse de forma antinatural hasta chocar contra el césped. Mientras corría hacia ella con el alboroto de los demás jugadores

apagado de fondo, vi su pelo extendido a su alrededor, su cuerpo flácido y sin vida.

El corazón nunca me había latido así, nunca me había sentido tan... posesivo.

Me asustó muchísimo por más de una razón, la mayoría de ellas demasiado profundas para afrontarlas o intentar descubrirlas. Pero cada noche me despertaba con esa pesadilla recurrente cubierto de sudor, jadeando, y tenía que luchar contra el impulso de correr a su habitación, meterme en la cama junto a ella y abrazarla contra mi pecho.

No sabía lo que me estaba pasando.

Lo único que sabía era que algo había cambiado. Una tarde, después de entrenar, estaba recogiendo mis cosas en silencio cuando Riley me dio un golpecito en la espalda.

—Tengo que estudiar y terminar un proyecto para dentro de un par de días —dijo, sin mirarme demasiado, mientras se ponía una camiseta suelta sobre el sujetador deportivo—. Deberías venir. Tienes examen de Estadística.

Gruñí.

—No me lo recuerdes.

—Bueno, si nadie te lo recuerda, te presentarás sin haber tocado un libro. —Se rio. Se echó la bolsa al hombro—. Venga. Yo te ayudo.

Suspiré y metí las últimas cosas en mi bolsa antes de cerrarla con fuerza.

—No seas crío —se burló—. Pediré una *pizza* de camino.

Refunfuñé.

—Todavía te odio.

Eso me costó una carcajada, y entonces me miró con esos ojos verdes dulces como la miel y con el pelo húmedo cayéndole sobre los hombros.

—No, qué va —dijo sacándome la lengua.

Pero no pude sonreír.

Porque tenía razón.

No la odiaba.

Y en ese momento me di cuenta de la gravedad de ese problema.

Riley

—Esto es una tontería y no tiene sentido.

Zeke tiró el lápiz al suelo y se echó hacia atrás en la silla antes de desplomarse en ella con los ojos furiosos fijos en el libro de texto que tenía delante.

Le di una palmada comprensiva en el brazo.

—No es para tanto. Hay que verlo como una especie de apuesta. Pensar en las probabilidades de que algo ocurra.

—Eso tampoco tiene ningún sentido para mí.

Me reí entre dientes.

—Bueno, entonces ¿por qué te matriculaste en esta asignatura?

—Pues porque me lo dijo la señora Pierson. —Se encogió de hombros, como si fuera obvio.

—Vale, pero ¿le dijiste en qué quieres especializarte?

—Eso da igual —dijo enseguida—. En lo único en lo que quiero especializarme es en fútbol.

Apreté los labios y dejé el lápiz a un lado mientras me inclinaba hacia él.

—Vale, solo estoy haciendo de abogado del diablo, porque los dos sabemos que llegarás a ser profesional —le dije—. Pero... ¿y si no tuvieras el fútbol americano? ¿Qué querrías hacer?

—Morirme.

Toda emoción resbaló de mi cara.

—No bromees con eso.

—¿Quieres saber la verdad? —Por fin me miró—. No sé si te estás quedando conmigo.

Fruncí el ceño y miré el libro de texto que tenía delante durante un buen rato.

—Mira, sé que ese es tu plan A, B y C. Lo que digo es que, en lugar de estudiar Empresariales porque es lo que te dijeron que hicieras, ¿y si te especializas en algo que te gusta? Algo que pueda ser un plan alternativo.

—¿Como qué?

Me encogí de hombros.

—Gestión Deportiva. Educación Física. Psicología del Deporte. —Me animé—. Seguro que se te daría genial eso. Mira cuánto me has ayudado.

Sonrió, satisfecho.

—Creo que haber machacado a Kyle es lo que más te ayudó.

—Ni siquiera habría tenido los huevos de hacer esa apuesta si no hubiera sido por ti.

Levantó las cejas, se inclinó y me miró entre las piernas.

—¿Tienes huevos?

Le di un fuerte codazo en las costillas, lo que me granjeó un gruñido satisfactorio.

—En fin —dije, volviendo al tema en cuestión—. Hablo en serio. Vete a ver a la señora Pierson y habla con ella de lo que te interesa hacer en la vida. —Esperé hasta que recuperó el aliento y volvió a mirarme—. Eres más listo de lo que crees. Y seguro que te sorprenderías hasta a ti mismo si te pusieran delante el contenido adecuado.

Algo parecido a una sombra se cernió sobre él, pero se la quitó de encima inclinándose hacia delante y cogiendo el lápiz.

—Vale. Sigamos.

Dejé el tema y me centré en mi guía de estudio durante un rato antes de que Zeke volviera a resoplar. Enderezó los hombros y se sentó bien erguido antes de ponerse a estudiar de nuevo.

Para repetir el proceso justo después.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—Siempre me pongo así cuando tengo que estudiar.

—Ya. Pero ¿por qué?

Soltó un largo suspiro y se agarró la nuca con una mano. Me miró antes de volver a centrarse en el libro de texto.

—No es fácil.

—¿El qué?

—Esto —dijo, empujando una mano abierta hacia el libro de texto —. Estudiar. Leer. Escribir. Cualquier cosa que esté relacionada con eso.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendo. A ver, sé que no es muy divertido, pero...

—Soy disléxico, Riley.

Sus palabras me hicieron enmudecer; fruncí el ceño, la palabra me rebotaba en la mi mente como una moneda. Sin embargo, no pude hacer cara o cruz. Sabía que existía esa dificultad, había oído hablar de ella, pero no conocía a nadie que la padeciera.

Al menos... no sabía que él la sufría.

—Ostras..., no tenía ni idea.

—No lo sabe casi nadie —dijo—. Solo mis padres. Mis profesores. Gavin. —Se encogió de hombros—. No me gusta hablar de ello.

—¿Y eso qué implica? —Me retracté—. Uy, vaya, igual me he pasado. No tienes que contestar.

—No, no, tranquila —dijo, dejó caer el lápiz y se reclinó en la silla. Soltó un largo suspiro y se cruzó de brazos—. Es difícil de explicar. A veces confundo las palabras, pongo las letras donde no debo. Y eso estropea toda la frase, o el párrafo entero. Me cuesta mucho comprender lo que leo, en gran parte porque me resulta complicado leerlo bien, por no hablar de retenerlo.

Tragué saliva.

—Joder..., suena...

—¿Frustrante? —terminó por mí—. Lo es. Y ahora entiendes por qué lo evito a toda costa.

Asentí con la cabeza, pensando en lo fácil que me resultaba sentarme con el portátil y la guía de estudio y ponerme a trabajar, en lo fácil que me resultaba seguir las clases, en que los exámenes no me perturbaban.

No podía imaginarme en su situación.

Pero tenía que haber una manera de ayudarlo. Tenía que haber algún truco para que le resultase más fácil.

Me propuse investigar un poco, pero sabía que, ahora mismo, eso no serviría de nada. Y una mirada a la cara derrotada de Zeke me hizo querer actuar de inmediato.

Así que... le ofrecí un poco de motivación.

—¿Qué? —preguntó con suspicacia al ver el brillo travieso en mis ojos.

—Tengo una propuesta.

—Ay, Dios.

Me reí.

—¿Y si nos preguntamos la lección el uno al otro?

—Qué emocionante —ironizó.

Sonreí con satisfacción.

—Pero con algo más en juego.

Arqueó una ceja.

—Si aciertas una pregunta, me quito una prenda de ropa.

Levantó la otra ceja y miró a su alrededor, como si le estuvieran gastando una broma y hubiera una cámara oculta en alguna parte.

—Al fin y al cabo, me ves en pantalón corto y sujetador deportivo a diario, así que no creo que sea una gran apuesta —añadí.

—No te creas —dijo—. Es suficiente. —Entonces frunció el ceño—. ¿Cuál es tu objetivo? Es imposible que me ofrezcas esto sin querer conseguir algo a cambio.

—Bueno, para empezar, dudo que vaya a quitarme más que los calcetines —dije, moviendo los dedos de los pies para enfatizar—. No vas a acertar más de una pregunta.

Fingió ofenderse.

—¿Ahora quién tiene poca fe?

—Y cuando gane y no me quede desnuda, tendrás que hacerme la colada. —Hice una pausa—. Durante un mes.

Zeke silbó.

—Uf. Qué duro.

—Esa es la apuesta. La tomas o la dejas.

—Les has cogido el gusto a las apuestas, ¿eh?

Me encogí de hombros, expectante.

Zeke me observó durante un buen rato, debatiendo, pasando la mirada de sus tarjetas a mí.

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

—Una semana —intentó negociar.

—Por hablar, ahora es todo el semestre —dije, extendiendo la mano hacia las tarjetas—. Y solo tienes una oportunidad para responder.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, me dio las tarjetas y se giró para que quedásemos frente a frente.

Fue la primera vez en mi vida que vi a Zeke emocionado con algo relacionado con los estudios.

—Muy bien —dije, leyendo la primera tarjeta. Cuando terminé, pasé a formular la pregunta—. ¿Qué tipo de diseño de muestreo es? ¿Por conglomerados, estratificado, aleatorio simple o sistemático?

Zeke me miró como si tuviera cuatro cabezas.

Me reí entre dientes, pero no le ofrecí ayuda; con nuestro acuerdo no me convenía para nada.

Se lo pensó un momento, mordiéndose el labio inferior antes de decir:

—¿Aleatorio simple?

—No. Por conglomerados.

Maldijo mientras pasaba a la siguiente tarjeta.

—A ver. ¿Qué tipo de dato es el número de visitas por semana?

—Cuantitativo-discreto.

Estoy segura de que me quedé boquiabierta por lo rápido que soltó esa respuesta, y Zeke sonrió ante mi reacción.

—He acertado, ¿verdad?

Lo fulminé con la mirada en lugar de contestarle, y me quité las zapatillas de deporte por debajo de la mesa mientras él movía las cejas.

—En una encuesta, se pregunta a los estudiantes si piensan asistir al partido de fútbol americano. El cincuenta por ciento responde que sí. Ese cincuenta por ciento es... A: un parámetro; B: una estadística; C: una variable; o D: datos.

Zeke cerró los ojos, sus pupilas se movían de un lado a otro bajo los párpados, como si estuviera visualizando algo. Sus dedos gesticularon en el aire, y luego...

—¿B?

El calor me subió al rostro y volví a mirar aquella estúpida cara sonriente antes de quitarme un calcetín y golpearlo con él en la cara.

—¡Venga ya! Eso vale al menos los dos calcetines. Has contado los zapatos como uno.

Me quité el otro de un tirón y también se lo lancé.

Contestó mal a las tres siguientes preguntas, lo que me devolvió la confianza, y le tomé el pelo hasta que acertó la siguiente y tuve que quitarme el coletero. Intentó argumentar que eso no contaba, pero yo le dije que, como era yo la que se desnudaba, yo ponía las reglas.

Tenía que admitir que era lo más divertido que había hecho en mi vida para estudiar, los dos nos reíamos y hacíamos bromas a costa del otro. Nos estábamos quedando sin tarjetas cuando me obligó a quitarme la camiseta.

Y entonces el ambiente cambió.

Zeke seguía riéndose de un chiste que había hecho sobre «eventos mutuamente exclusivos» cuando puse los ojos en blanco y me llevé la mano al dobladillo. Era la holgada que me había puesto después del entrenamiento, y me la quité sin pensármelo dos veces, arrojándola detrás de mí.

—A ver, ¿qué es lo siguiente? —dije, tomando la próxima tarjeta.

Pero entonces levanté la vista y descubrí que los ojos de Zeke me reseguían desde la clavícula hasta el hueso de la cadera.

Había perdido el humor y sus ojos se habían vuelto vidriosos mientras patinaban por mi piel. Era la misma mirada que me había dirigido en el campo cuando Kyle me había tirado al suelo, cuando había vuelto en mí acunada entre sus brazos.

Tragó saliva, el músculo de la mandíbula le crujió con el movimiento.

Y entonces sus ojos se clavaron en los míos.

Esa mirada me provocó una oleada de fuego que me abrasó por dentro y me hizo echar mano del agua antes de aclararme la garganta y concentrarme en la siguiente pregunta.

Mi voz sonaba lejana, apagada, como si estuviera sumergida y otra persona estuviese leyendo la pregunta sobre la distribución de Poisson. Lo único que oía con claridad y firmeza era el ritmo desordenado de los latidos de mi corazón, y me concentré en él mientras terminaba de hablar y mis ojos encontraban los de Zeke.

—Una distribución de Poisson modela el número de eventos que ocurren en un intervalo fijo de tiempo o espacio —respondió, con voz más baja, más suave.

Tragué saliva.

—¿Qué más?

Frunció el ceño.

—Los eventos tienen que ser..., eeeh..., independientes entre sí. Y la tasa media debe ser conocida.

Joder.

No pude ni mirarlo, dejé caer las tarjetas sobre la mesa y me levanté despacio. Metí los pulgares por debajo de la cinturilla de los pantalones cortos y los deslicé por encima de las caderas, del culo y de los muslos antes de dejar que cayeran por mis piernas.

Los aparté con la punta del pie, pero no volví a sentarme.

Me quedé ahí plantada, y un escalofrío me recorrió la piel hasta que miré a Zeke.

La bocanada de aire que soltó fue profunda y larga, sus ojos recorrieron un camino que iba desde mis tobillos hasta el hueco que quedaba entre mis muslos. Se humedeció los labios y se pasó una mano por la cara para amortiguar lo que iba a salir a continuación de su boca.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, tragó saliva.

Y entonces susurró mi nombre.

Eso fue todo, un leve y ronco «Riley» que me puso la piel de gallina. Me estremecí, con los párpados entornados por el sonido de su voz, por lo que sentía cuando me miraba así.

Como si pensara que era guapa.

Como si no pudiera apartar la vista.

Como si quisiera tocarme.

Parpadeé, una vez al principio, y luego varias con rapidez, mientras me agachaba y recogía la camiseta del suelo. Me la puse a toda prisa, recogí el portátil y la guía de estudio de la mesa del comedor.

—Tengo que... —murmuré, pero no terminé la frase, ni siquiera volví a mirar a Zeke mientras tomaba todo entre mis brazos y me dirigía a mi habitación. Cerré la puerta en cuanto estuve dentro y dejé la carga sobre el escritorio antes de caer al suelo, apoyándome en los talones.

Mi espalda chocó con la puerta con un suave golpe, mi respiración era errática, el corazón me latía con fuerza mientras me tapaba la boca como si así fuese a calmar la respiración.

Al otro lado de la puerta, escuché a Zeke maldecir en voz baja.

Entonces, él también se retiró a su cuarto.

16

Zeke

El sudor me caía en los ojos mientras me concentraba en el punto en el que mis manos sujetaban la barra para alejarla de mi pecho. Los brazos me temblaban por la fuerza que ejercía, y las manos de Clay se mantenían alerta por si necesitaba ayuda.

—Venga, una más —dijo, observándome con atención mientras yo volvía a bajar la barra.

Tomé aire, la rodilla me rebotó un poco antes de volver a mantenerme firme, y con los brazos y el pecho ardiendo, dejé escapar un gruñido y empujé hacia arriba una vez más.

—Bien —dijo Clay, ayudándome a colocarla en las ranuras de metal una vez hube terminado.

Me senté, notaba los brazos como si fueran de goma y apenas fui capaz de levantarme y secarme el sudor de las cejas.

—¿Vas a decirme por qué te estás sometiendo a una sesión de tortura? —preguntó Clay, ayudándome a levantarme mientras intercambiábamos los papeles. Quitó una pesa de cada extremo de la barra antes de tumbarse en el banco y ponerse en posición.

—Nada fuera de lo normal —mentí.

Clay frunció los labios para darme a entender que me había calado.

Aun así, me dejó seguir mintiendo, al menos durante la primera serie de diez repeticiones. Luego se sentó, bebió agua y me lanzó un

poco a la cara.

—Pero ¿qué coño haces? —Me limpié la cara con la toalla y lo miré como si estuviera loco o tuviera ganas de morir, o ambas cosas.

—¿Qué pasa?

—Nada. Aparte de que eres imbécil y me has salpicado.

Los chicos que estaban usando la máquina de piernas que había al lado nos miraron, pero Clay les dijo sin palabras que se metieran en sus asuntos antes de que sus ojos volvieran a posarse en mí.

—Mira, me alegro de que saques la frustración aquí y no en medio de un partido, pero quizá te ayude hablar de ello.

—Hablar está sobrevalorado. Venga —dije, señalando la barra con la cabeza.

Clay apretó los labios, pero se tumbó y se puso a hacer otra serie.

Cuando volvió a sentarse, apoyó los codos en las rodillas y me miró mientras el sudor le caía por la frente.

—Es por Riley, ¿verdad?

Hinché las fosas nasales al oír su nombre y miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie lo había escuchado.

Clay se rio un poco, como si mi reacción fuera respuesta suficiente. Negó con la cabeza y se dispuso a hacer la última serie. Cuando terminó, se levantó y limpió la barra y el banco con una toalla antes de darme un golpe en el brazo.

—Venga. Vamos a dar un paseo.

Permanecí en silencio mientras nos dirigíamos al campo y caminábamos por los laterales, a un paso ligero que más parecía un trote. Dejó que el silencio se prolongara un rato, pero cuando ya no nos oía nadie, volvió a hablarme.

—Si fuera tú, yo tampoco podría soportar vivir con ella, fingir que solo es una compañera de equipo más —dijo, con los brazos balanceándose a los costados.

—Solo es mi compañera de equipo.

—Cierto. Pero no es lo único que quieres.

Apreté los dientes y aceleré el paso.

—¿Has intentado hablar con ella?

Quería seguir ignorándolo, hacer como que no lo oía o dejarle claro que no quería hablar del tema. Pero era obvio que él veía lo que nadie más veía o, al menos, lo que yo esperaba que nadie más viera.

Y, en realidad, necesitaba consejo.

No tenía ni puta idea de en qué coño me había metido.

—Esto queda entre nosotros.

No era una pregunta ni una petición, era una amenaza, y Clay me miró como si lo ofendiera que insinuara lo contrario.

Suspiré, me daba vértigo sacar las palabras que llevaban toda la semana latiendo en mi cabeza.

—Acaba de empezar a hablarme.

Clay chasqueó la lengua.

—Ah. Al principio de la temporada parecía que te odiaba.

—No estoy seguro de que haya cambiado de opinión.

—Fuisteis juntos al instituto, ¿verdad? ¿Pasó algo? ¿A qué viene esa hostilidad?

El corazón me latía con tanta fuerza que dejé de correr y me colgué las manos de las caderas cuando nos detuvimos en la banda. Me concentré en la respiración, entrecerré los ojos contra el sol poniente mientras recorría las gradas vacías con la mirada.

—Joder... ¿tan malo es?

Asentí con la cabeza.

—Peor de lo que te puedas imaginar.

—¿Te follaste a su mejor amiga o algo así?

Solté una carcajada.

—Habría preferido eso. Habría preferido cualquier cosa menos lo que pasó en realidad.

Clay se limitó a esperar, sin presionar, me observaba con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho.

—Su hermano es mi mejor amigo —dije al cabo de un minuto—. Desde que éramos niños. En el segundo año de instituto, salimos de fiesta. Yo era el conductor oficial.

Los hombros de Clay se hundieron.

—Hostia puta...

Ya sabía por dónde iban los tiros.

Negué con la cabeza.

—Gavin llevaba tiempo tonteando con una chica, Kaylee se llamaba. En la fiesta, discutieron y ella se besó con uno de los receptores del equipo, un tipo con el que Gavin nunca se había llevado bien porque era un imbécil redomado.

—Un auténtico Kyle Robbins, ¿eh?

Ni siquiera pude reírme, pero asentí.

—Exacto. —Tragué saliva y volví a negar con la cabeza—. Gavin estaba hecho polvo. Empezó a beber mucho y quería que lo acompañase. Así que lo hice.

Sabía lo mal que sonaba. No había excusa que justificara mi comportamiento. Podría haberme negado a beber. Debería haberlo hecho.

—Poco después quiso largarse de allí —continué—. Traté de pillar un Uber, pero él no quería esperar. Estaba... temblando, furioso. —Hice una pausa—. Creo que temía que, de quedarse más tiempo, se liaría a hostias con el tipo con el que se enrolló Kaylee, o discutiría con ella, o cualquier otra cosa de la que se arrepentiría.

Clay asintió en señal de comprensión.

—Tomó mis llaves, dijo que estaba en condiciones de conducir, cosa que ambos sabíamos que era mentira. Intenté discutir con él, pero insistió. No recorrimos ni tres manzanas antes de que se comiese un bordillo.

—¿Se estrelló?

—No, pero lo obligué a parar. —Me dolía el pecho—. Estaba hecho un desastre. Emocional. Y yo solo había tomado un par de copas. Así que pensé que, si alguien tenía que conducir..., debería ser yo.

Clay cerró los ojos y exhaló lentamente antes de volver a abrirlos.

—¿Qué pasó?

—No vi un *stop* —dije con la voz temblorosa—. Un coche se chocó con nosotros, el lado del copiloto se llevó la peor parte. —Entonces lo miré a los ojos—. Lesión en la zona inferior de la médula espinal.

No me veía capaz de contarle lo que pasó después, cuando descubrimos que Gavin estaba paralizado de la cintura para abajo, pero no tuve que hacerlo. Clay tragó saliva.

En el fútbol americano, sabíamos lo que implicaba una lesión en la parte baja de la médula espinal.

—Gavin... nunca me culpó. Pasó por todas las etapas del duelo, sí, pero... me perdonó al momento, como si no hubiera sido culpa mía ni mucho menos. Enseguida pensó en cómo sacar provecho de la situación. Así es él. Ahora juega al baloncesto en silla de ruedas y es uno de los mejores del equipo.

Clay sonrió.

—Pero Riley... —continué, luchando contra la dificultad que sentía para tragar saliva—. Ella me echó la culpa de todo: de su parálisis, del estrés de su familia, de lo mucho que los hice sufrir. A sus ojos, le arruiné la vida a su hermano. Me odiaba, y con razón.

—¿Qué ha cambiado?

—Nada —dije, pero negué con la cabeza—. No lo sé. Tal vez algo. No puedo explicarlo. Ya no parece odiarme tanto, pero...

Me callé. No tenía ni idea de cómo explicar lo que había pasado en el último mes o así, cómo habíamos reparado el puente roto que nos separaba y habíamos llegado a algo que se parecía un poco a la amistad.

—Creo que, incluso con todo el odio... hay una parte de mí con la que se siente cómoda.

—Como en casa —puntualizó Clay.

Asentí, con un nudo en la garganta, que se me cerró aún más con la siguiente pregunta.

—¿Cuándo te diste cuenta de que la deseabas?

Solté un largo suspiro.

—Creo que siempre lo he sabido. Muy en el fondo, tal vez desde que estábamos en primero de secundaria. Me di cuenta de que ella también estaba colada por mí. Pero entonces tuvo lugar el accidente y se abrió una brecha entre nosotros, y yo no podía pensar en nada más que en la promesa que le hice a su hermano.

Clay arqueó una ceja.

—Que la protegería.

Asintió con la cabeza, dejando escapar un suspiro mientras miraba la puesta de sol. Al cabo de un rato, extendió la mano y me apretó el hombro con fuerza.

—Mira, tío, puede que todavía te odie. O tal vez no, pero que lo único que quiera sea que seáis amigos. O quizá —dijo, encogiéndose de hombros— a ella también le gustes.

La esperanza me arañó la garganta como un animal enjaulado a punto de escapar, pero me la tragué.

—Nunca lo sabrás si no le dices lo que sientes.

—Somos compañeros de equipo —le recordé—. Joder, si compartimos habitación. ¿No te parece un poco egoísta por mi parte complicar una relación que obviamente sigue siendo muy frágil?

—Todas las decisiones que tomamos conllevan un riesgo —dijo Clay—. Solo tienes que decidir cuál merece la pena correr. ¿Preferirías decírselo y arriesgarte a que te rechace o a que vuestra relación se vuelva un poco incómoda? ¿O prefieres no decir nada y ahogarte en la incertidumbre, preguntándote si ella siente lo mismo?

—Es que... no veo cómo querría corresponderme. No creo que pueda siquiera.

—Entonces estás muy ciego —dijo Clay riéndose—. Tío, si no ves cómo te mira, cómo reacciona cuando respiras cerca de ella, por no hablar de cuando la tocas... —Negó con la cabeza—. Entonces tienes un problema importante.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Creo que voy a vomitar.

—Vale, pero apunta hacia allí —dijo Clay, señalando la línea de banda—. Acabo de lavar estas zapatillas.

Me reí entre dientes y dejé escapar una larga exhalación mientras valoraba su consejo.

Le había dicho a Riley que estaría fuera toda la noche, un poco porque sabía que se sentía incómoda después de lo ocurrido, pero sobre todo porque me había dicho que necesitaba estar tranquila para estudiar.

No pasé por alto que ni siquiera pudiese mirarme a los ojos después de nuestra última sesión de estudio.

Pero hoy no había entrenamiento, lo que significaba que se me presentaba la oportunidad de hablar un rato a solas con ella, sin las distracciones que siempre nos rodeaban.

No sabía lo que iba a decirle, ni lo que iba a hacer, no sabía si la pifiaría o si sería la mejor decisión de mi vida.

Lo único que sabía era que había que intentarlo.

Tenía que verla.

Debía tantear el terreno y ver si ella sentía lo mismo que yo.

—Ponme una vela, tío —le dije a Clay, y le di una palmada en la espalda mientras corría hacia los vestuarios.

Su risa resonó detrás de mí cuando gritó:

—Pondré unas cuantas.

Riley

Chance Hughes estaba de pie frente a mi escritorio, con las manos en los bolsillos de sus chinos y los ojos azules brillantes fijos en el grabado de Dalí que colgaba de mi pared. Lucía una sonrisa despreocupada y un polo azul marino con el emblema de su fraternidad en el bolsillo del pecho.

—Mola —comentó, inclinando un poco la cabeza para mirarlo desde otro ángulo—. Y es un poco espeluznante.

Sonreí.

—Así es Dalí.

Se giró hacia mí con una sonrisa amable y recorrió toda la habitación con la vista antes de volver a mirarme.

Chance Hughes estaba en tercero. Era el presidente de la asociación deportiva de su fraternidad, le encantaba jugar al golf con sus amigos, iba a su casa de vacaciones en Myrtle Beach con su familia todas las navidades y asistía a festivales de EDM como si de un trabajo se tratara.

Eso era todo lo que sabía sobre él y, mientras él peinaba la habitación con ojos hambrientos, tuve la sensación de que eso sería todo lo que llegaría a saber de él.

Y me pareció bien.

Esta fue la razón por la que me metí en Minglr. Esto era lo que quería conseguir.

Pero ahora que estaba sucediendo de verdad...

Me estremecí por los nervios cuando se acercó a mí y sonrió un poco más, colocándome el pelo detrás de una oreja antes de acariciarme el cuello.

—¿Nerviosa? —preguntó.

Solo pude responder con un leve asentimiento, porque si abría la boca, sabía que metería la pata. Sabía que le confesaría que los líos de una noche no eran lo mío. Que la única razón por la que estaba considerando incluirlos en mi vida ahora era porque sentía oleadas de calor entre las piernas cada vez que mi compañero de piso me miraba, y estaba claro que necesitaba sexo, y eso parecía estar relacionado con mi rendimiento en el campo. Por lo tanto, lo único que buscaba era divertirme un poco y aliviar el estrés, pero hacerlo de esta manera me estresaba aún más.

Apreté más la boca para no decir ni una palabra.

Y entonces, Chance Hughes me besó.

Fue... agradable, el beso. Sin separar la mano de mi nuca, me rodeó la cintura con la otra y tiró de mí hacia él mientras gemía e intensificaba la presión contra mis labios.

Mis ojos seguían abiertos, pero los suyos estaban cerrados, así que yo hice lo propio e intenté imitar su ruido, gemir como si también me gustara el beso.

La clave del éxito es fingir que lo tienes, ¿no?

Chance me hizo retroceder hasta que mis rodillas chocaron con la cama y me senté; le rodeé el cuello con los brazos y le hice caer conmigo. Nos golpeamos contra la pared, lo que me hizo reír, y él también sonrió y me metió la mano por debajo de la camiseta.

Me estremecí, pero solo porque tenía la mano helada. Sin embargo, sonrió más, como si su tacto me derritiera mientras me besaba por todo el cuello.

—Estás buenísima —susurró.

—Gracias —le susurré, y luego me ruboricé y me encogí de hombros. Antes de que descubriera que me estaba acobardando, volví a besarlo, y le puse todo el entusiasmo que pude.

«Relájate, Riley. Diviértete».

Chance rodó hasta colocarse entre mis piernas y soltó otro gemido gutural mientras movía las caderas contra mí.

Yo, en cambio, tuve que reprimir una mueca de dolor cuando me clavó los huesos de la cadera en los muslos; la tela de sus pantalones era demasiado dura y me rozaba por debajo de los pantalones cortos que llevaba.

Chance lo tomó como una señal de que me encantaba lo que estaba haciendo y repitió el movimiento, y esta vez grité y lo empujé un poco hacia atrás para reacomodarme.

—Lo siento —susurré, sonreí y volví a acercarlo.

«Dios, esto se me da fatal».

Pero a Chance no pareció importarle, se colocó entre mis piernas y volvió a deslizar la mano bajo mi camiseta. Aquella palma helada cubrió mi sujetador deportivo, y solo tuve una fracción de segundo para sentirme cohibida por mi falta de tetas antes de que la puerta de mi habitación se abriera de golpe.

Se estrelló contra la pared e interrumpí el beso; miré por encima del hombro de Chance para descubrir a Zeke erguido en el umbral.

—¿Qué dem...?

No tuve tiempo de pronunciar la siguiente palabra antes de que arrancase a Chance de mí; literalmente, le tiró del cuello de la camiseta por detrás. Este se ahogó y tosió mientras Zeke lo lanzaba contra la pared con tanta fuerza que casi tira uno de mis cuadros.

—¡Zeke! ¡¿Qué coño te pasa?! —chillé, tapándome la boca con las manos. Vi con horror como agarraba a Chance por la camiseta de nuevo, despegándolo de la pared, y lo zarandeó hacia la puerta. Lo sacó de un empujón, y Chance apenas se pudo recuperar antes de que Zeke volviese a la carga.

—¡Zeke! —intenté llamar su atención, pero me ignoró.

—Fuera. —Fue lo único que dijo, empujando a Chance hacia la puerta principal.

Este me miró con los ojos muy abiertos, y de repente, la energía nerviosa fue sustituida por un manojo de rabia absoluta.

—No puedes echar a mis invitados —le dije a Zeke.

Me ignoró, su mirada asesina se clavó en Chance, cuya sorpresa se convirtió poco a poco en sospecha e ira. Se recompuso y se alisó el polo antes de cuadrar los hombros.

—¿Hay algún problema, tío?

Zeke le clavó las pupilas.

Chance me miró y levantó el pulgar hacia Zeke.

—¿Es tu novio o algo así?

—No —dije furiosa, acercándome a Zeke y empujándolo hacia su habitación.

Apenas se movió, y sus ojos no se apartaron de Chance mientras aspiraba profundamente, como si fuese un maldito dragón.

Chance negó con la cabeza, mirándonos a Zeke y a mí y vuelta a empezar.

—Mira, no quiero problemas. Dijiste que te apetecía divertirte.

—Sí, así es —dije, acercándome a él. Se puso un poco tenso, pero me rodeó la cintura con el brazo.

Y Zeke frunció el ceño.

—Quítale las manos de encima —advirtió.

—Zeke —le dije en voz baja, lanzándole una mirada que indicaba que si decía una palabra más era hombre muerto. Pero no me estaba mirando. Y cuando Chance me agarró por la cintura, Zeke apretó los dientes.

Luego, atravesó la estancia a toda prisa.

Apenas pude apartarme de Chance antes de que Zeke lo empujara contra la puerta principal; la golpeó con tanta fuerza que hizo temblar toda la sala. Zeke era más alto que él, y cualquier intento de lucha de Chance se desvaneció en un instante.

Negó con la cabeza, mirándome como si fuera una psicópata, antes de apartar a Zeke de un empujón.

—Me piro —dijo, y luego giró la manilla y desapareció por el pasillo; la puerta se cerró tras él con un fuerte golpe.

El silencio que nos envolvió a continuación era como una capa húmeda y caliente, y me quedé boquiabierta mirando la puerta por la que Chance acababa de salir corriendo, parpadeando una y otra vez, como si esto no fuese más que un sueño.

Entonces, me giré hacia Zeke.

Estaba de pie en medio del salón, con el pecho y las cejas arqueadas mientras sus ojos oscuros se encontraban con los míos. Una fina capa de sudor le cubría los músculos de los brazos, del cuello, del pecho, sobre el que se le pegaba ligeramente la camiseta.

Negué con la cabeza, y rugí mientras me abalanzaba sobre él:

—¿A ti qué coño te...?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Zeke se abalanzó sobre mí con la misma fuerza, acortando la distancia que nos

separaba. La conmoción me invadió como un terremoto, repentino e inesperado, y las palabras murieron en mis labios mientras lo contemplaba aproximarse a mí.

Las pisadas resonaron en mi corazón.

Ese aliento cálido silenció cualquier intento de decirle que parara.

Me deslizó las manos por el pelo, tirando con fuerza e inclinando mi barbilla hacia arriba.

Y entonces, su boca reclamó la mía en un beso tan intenso que atrajo la tormenta que había en mi interior.

Sus labios, cálidos, pero firmes, exigentes, capturaron los míos y me robaron toda esperanza de volver a respirar.

El tiempo se detuvo, tambaleándose al borde de un abismo, mientras cada nervio de mi cuerpo ardía en una nube de llamas. Me fundí con él en un suspiro, que él se tragó, con las yemas de los dedos enroscándose en mi pelo, los pulgares apretándome la mandíbula lo bastante fuerte como para dejarme un moratón mientras me besaba con más intensidad.

Al principio, apoyé las manos en el centro de su pecho con suavidad, como si quisiera atraerlo. Pero entonces comprendí lo que estaba pasando y lo empujé con todas mis fuerzas; ambos nos tambaleamos hacia atrás y nos alejamos el uno del otro mientras el beso se rompía y el mundo parecía derrumbarse a nuestro alrededor con él.

Yo tenía la espalda contra la puerta, él, contra la pared, y los pechos de ambos subían y bajaban al ritmo de un soldado en tiempos de guerra. Cada bocanada de aire salía de su nariz como si fuese fuego, y sus manos se agarraban a la pared como si tuviera que sujetarse para no volver a lanzarse sobre mí.

Se relamió, arrastró los dientes sobre el labio inferior y esperó.

Pero sus ojos no se apartaron de los míos.

Y me quedé ahí, jadeando, a punto de llorar o de gritar o de destrozar cada prenda de ropa que tenía puesta.

Y también esperé.

Esperé a que me vinieran las palabras, a que se me escaparan de la lengua las razones por las que debía enfadarme con él. Esperé y esperé a que regresara la sensatez, a recordar por qué lo odiaba, por qué lo último que quería era que volviera a besarme así.

Pero no llegó nada.

Sin sentido y sin razón, sin poder evitarlo, reduje el espacio que nos separaba en tres largas zancadas y me lancé a sus brazos.

Y él me atrapó en otro beso que me robó cualquier argumento que pudiese haber sobrevivido.

17

Riley

Manos.

Unas manos grandes y exigentes.

Unas manos grandes y exigentes por todas partes.

Entre mi pelo mientras atraían mi boca, mientras Zeke respiraba el siguiente beso como si él llevase años bajo el agua y yo fuese la superficie. Agarrándome el cuello mientras me besaba con más ganas, como si no supiera si quería asfixiarme o adorarme. Recorriendo todo mi cuerpo, bajando por mis costillas y pasando por encima de mis caderas hasta que me tocaron el culo y me levantaron sin esfuerzo.

Me llevó a ciegas por la estancia en una sinfonía de jadeos y gemidos hasta que abrió la puerta de mi dormitorio de una patada. Mi siguiente bocanada de aire se vio interrumpida cuando me inmovilizó contra la pared, y aquel beso posesivo se deslizó por mi mandíbula, bajó por mi cuello, hasta que me mordisqueó la clavícula y me arqueé contra él, suplicándole en silencio que me diera más.

Las señales de alarma siseaban como la cola de una serpiente de cascabel, como una voz lejana que intentara atravesar el éxtasis con desesperación y recordarme que era Zeke quien me estaba deshaciendo con cada caricia.

Era el mejor amigo de mi hermano.

Mi compañero de equipo, de cuarto.

Era esa persona a quien tanto odiaba, la que desearía que no hubiese nacido, a quien culpaba por arruinar la vida de mi hermano.

Y, sin embargo, cuanto más fuerte me agarraba, cuanto más me besaba... menos podía aferrarme a otra cosa que no fuera el deseo de tenerlo dentro de mí.

Dejó que tocase el suelo con los pies y sus manos me abandonaron el tiempo suficiente para arrancarse la camiseta húmeda.

—Quería matarlo —gruñó, su siguiente bocanada de aire onduló sobre su pecho firme, sus costillas, las montañas y valles de músculos que le cubrían el abdomen. Volvió a besarme, me rodeó la garganta con la mano y me levantó la mandíbula hasta que gemí sobre su boca—. Quería matarlo, Riley.

—¿Por qué? —exhalé.

Sacudió la cabeza, apoyó la frente contra la mía mientras se lamía los labios.

—Porque estoy marcado por el fuego que me provocaste. Porque me has reducido a puñeteras cenizas.

Sus manos se deslizaron bajo mi camiseta, cálidas y envolventes, mientras las yemas de sus dedos se extendían por mi caja torácica, subiendo la tela, arriba, arriba y arriba, hasta que me la arrancó por completo.

—Porque me muero por ti —suspiró contra mis labios—. Y acabaré con cualquiera que toque lo que es mío.

Sus labios rozaron los míos en el beso más breve y castigador posible antes de que sus manos se posaran en mi cintura y me diese la vuelta. Me mordió la nuca mientras me arqueaba hacia él, con el calor acumulándose entre mis muslos y los pezones tan excitados que me dolían.

—No soy tuya —dije en un suspiro mientras él me besaba los hombros.

Se rio, pero no burlón, sino de una forma oscura y aterradora, que hizo que me estremeciera cuando me quitó el sujetador deportivo. Se inclinó hacia mí por detrás y respiré hondo al notar su erección contra mi culo antes de que se apartara lo suficiente para deslizar los pulgares bajo la goma de mis pantalones cortos.

—¿Ah, no? —murmuró en mi oído, rozándome el lóbulo de la oreja con la lengua antes de bajar del todo. Tiró de mis pantalones con las manos. Con la lengua marcó una línea abrasadora en mi columna vertebral; su voz acalorada gruñó contra el hueso de mi cadera—. Entonces... ¿quieres que pare?

Mis pantalones cortos cayeron al suelo deslizándose por mis tobillos, y sus dedos recorrieron una línea perezosa sobre el borde de mi ropa interior, trazando la curva de mi culo.

No podía hablar.

Lo intenté, me devané los sesos en busca de un comentario insolente o alguna forma de combatir la arrogante declaración de que le pertenecía.

Pero cuando esos dedos se deslizaron entre mis piernas desde atrás, cuando recorrieron la fina y húmeda tela que nos separaba, lo único que pude hacer fue jadear.

—¿Quieres que deje de tocarte? —me provocó, y pasó un dedo traicionero por la costura mientras yo temblaba y me aferraba a la pared para seguir con vida—. ¿Quieres que deje de... saborearte?

Su lengua recorrió, caliente y plana, la parte posterior de mi muslo; la punta apenas rozó el punto donde más lo deseaba antes de que la sensación desapareciera.

—¿Quieres que me vaya? —murmuró, y me quitó las bragas despacio, tomándose su tiempo mientras me deslizaba la tela por el

culo, bajaba por los muslos hasta las rodillas antes de dejarlas caer al lado de mis pantalones cortos.

Respiraba con tanta dificultad que cualquiera habría creído que acababa de recorrer el campo al trote, estaba arañando la pared con los dedos, y tenía los ojos entrecerrados mientras me concentraba en el calor de su aliento contra mi núcleo dolorido.

Se arrastró de nuevo por mi cuerpo, besando y chupando y mordiéndome el culo, las caderas, la columna, el hombro, hasta que sus labios se acercaron a mi oreja.

—Dímelo —me desafió, y el sonido de su voz, el cosquilleo de su aliento en la parte exterior de mi oreja, me hizo temblar, jadear y arquearme para sentirlo contra mí una vez más—. Dime que me odias, Riley.

—Te odio —susurré, pero aun así apreté el culo contra él y me mordí el labio cuando él contuvo un gemido al sentirme contra su erección.

—¿De verdad? —se burló, succionándome el lóbulo de la oreja entre los dientes mientras deslizaba la mano por mi cuerpo. Gemí cuando esa mano se coló entre mis piernas y un dedo cálido pasó sobre mi centro húmedo y palpitante.

Me tembló todo el cuerpo, tanto que Zeke tuvo que rodearme la cintura para mantenerme en pie.

—Sí —respondí, mirando por encima del hombro para encontrarme con aquellos ojos. Me miró los labios cuando dije—: Pero no quiero que dejes de tocarme.

Gruñó, capturó mi boca con un gemido que me hizo soltar a mí otro. Y al mismo tiempo, deslizó los dedos más adentro, separándome los labios y acercándose hasta mi clítoris hinchado. Me estremecí al primer contacto, y Zeke volvió a pasar los dedos por esa línea antes de introducir uno en mi interior.

Grité, con la espalda dolorida por lo mucho que me había arqueado para facilitarle el acceso. Sonrió contra mi cuello, besando y mordisqueando la piel mientras su dedo se adentraba en mi interior. Entraba y salía, de forma lenta y controlada, cada movimiento me penetraba un poco más mientras yo me retorcía, gemía y me abandonaba.

Cada bocanada de aire me quemaba los pulmones, y el fuego crecía en lo más profundo de mi vientre a medida que Zeke me besaba y me acariciaba. Deslizó otro dedo hacia el interior para que se uniera al primero, y mi inhalación aguda ante aquella sensación se vio interrumpida cuando subió la mano para rodearme la garganta.

Abrí los ojos, el corazón me latía con fuerza, no porque me sintiera en peligro, sino porque me encantaba. Me encantó la forma como me apretaba el cuello, la ligera presión que ejercía sobre mi respiración y la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando se dio cuenta.

Me estremecí cuando aquella mano aflojó el agarre y bajó hasta tocarme el pecho y me lo apretó mientras sus dedos se adentraban aún más. Luego, esa mano se deslizó entre mis piernas y, con la palma plana, Zeke me frotó el clítoris.

Estrellas.

Vi estrellas, brillantes y eléctricas, mientras caía rendida hacia él por el placer abrumador que me provocaba aquel pequeño movimiento.

Sonrió contra mi cuello, atrapándome antes de soltarme por completo, haciéndome girar en sus brazos.

—Mmm —musitó, besándome suavemente mientras me guiaba hacia la cama—. He hecho diana.

No tuve tiempo de confirmarlo o negarlo antes de que me arrojara al gurruño formado por las sábanas y el edredón.

Zeke se colocó sobre mí, su cuerpo divino se agitaba con cada respiración mientras dejaba que sus ojos recorrieran mi cuerpo. Me ruboricé y apreté las rodillas, pero en cuanto lo hice, las manos de Zeke volvieron a separarlas.

—Déjame verte —me pidió, con las manos calentándome el interior de los muslos mientras me ayudaba a subirme a la cama para que él pudiera acomodarse conmigo.

Siguió avanzando incluso cuando la espalda me chocó con el cabecero, empujándome hasta que me incorporé lo suficiente para ver cómo colocaba la parte posterior de cada uno de mis muslos sobre sus hombros.

Tenía un brillo perverso en los ojos mientras me besaba los muslos, y yo me estremecí con cada caricia, con los labios entreabiertos y el corazón en llamas mientras lo veía encajarse entre mis piernas.

Aquellos oscuros iris se encendieron cuando se posaron en los míos, y su lengua salió disparada, lamiéndome entera, en un movimiento largo y torturador.

Gemí y retorcí las sábanas con los puños mientras echaba la cabeza hacia atrás y los párpados se me cerraban.

Entonces me dio un azote en el culo.

Volví a levantarme, frunciendo el ceño y dispuesta a insultarlo cuando volvió a acariciarme con la lengua y perdí la voluntad de hacer otra cosa más que suspirar.

—Mira —fue lo único que me ordenó, y luego se puso a trabajar.

Era lo único que podía hacer para aguantar y no gritar su nombre tan alto como para que lo oyera todo el edificio mientras me acariciaba el clítoris, me chupaba, me lamía, me besaba y me comía

como nadie lo había hecho antes. Entonces me di cuenta de que quizá nunca me había comido un tío, en realidad. Así no. Solo había experimentado lenguas inseguras y chicos que no sabían lo que hacían.

Zeke me tocaba como si mi cuerpo le perteneciera, como si tuviese un mapa en el que se detallaran todos los puntos sensibles que harían que me deshiciese.

Me retorcí y gemí a causa de su tacto experto, con los ojos entornados al ver su cabeza hundida entre mis muslos, sosteniéndome las piernas con las manos mientras intentaba alejarme.

Era demasiado, estaba demasiado excitada.

La piel me ardía, tenía la cara roja, la sangre me hervía mientras algo se acumulaba en mis entrañas, profundo e intimidante.

Entonces, Zeke me abrió más, puso una mano en mi muslo mientras me acariciaba con la boca, pero la otra se deslizó hacia arriba y hacia dentro hasta que sus dedos me presionaron por debajo del clítoris.

—Ay, Dios, oh, oh... ¡joder!

Grité, mi cuerpo intentó apartarse de forma involuntaria mientras Zeke me sujetaba y me torturaba con la boca y con los dedos. Era demasiado. Estaba...

En llamas.

Caliente y ardiendo, un fuego que dejaba cenizas a su paso mientras me abrasaba desde los dedos de los pies hasta las orejas. Sentí que me chamuscaba cada nervio del cuerpo, y me quedé paralizada antes de que oleadas y oleadas de placer me consumieran.

Zeke me sujetó con más fuerza, sus dedos mantenían un ritmo constante y me lamió y dibujó círculos con la lengua hasta que caí

rendida.

Se me relajaron todos los músculos, mi respiración se volvió entrecortada y débil mientras me recuperaba del orgasmo más fuerte de mi vida.

Zeke se limitó a sonreír burlón contra mi centro, depositando un beso ligero como una pluma que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Luego se arrastró hacia arriba para presionar esos labios contra los míos.

Saboreé su sabor, el mío en su boca, y mi cuerpo se revolvió sin que yo se lo ordenara, deseoso de más, desesperado por sentirlo de todas las formas posibles.

Metí la mano entre los dos y tiré de sus pantalones deportivos.

—Fuera —exhalé.

Y Zeke sonrió contra mis labios antes de responder a mi plegaria.

Zeke

No fue más que un minuto, tal vez ni siquiera sesenta segundos, pero me pareció demasiado tiempo para estar separado de Riley mientras corría a mi habitación a por un preservativo.

Rasgué el paquete con los dientes y dejé el envoltorio en el salón al volver; me estrellé contra su puerta.

Seguía tendida en la cama, tenía las mejillas de un precioso tono rojizo, recién salida del clímax, y el pelo hecho un desastre; me miraba embelesada.

Me lamí el labio inferior y extendí la mano para impedir que cerrara las rodillas.

—No, no —fue lo único que dije, y ella se mordió el labio para no sonreír, dejando caer las piernas abiertas de nuevo.

Gemí al verla, deslicé el condón sobre mi pene mientras apreciaba aquel sexo hinchado y resbaladizo que sabía que acabaría conmigo. Había sentido cómo se apretaba alrededor de mis dedos cuando se corría, había oído los gemidos de placer de Riley cuando aún no estaba dentro de ella.

Era mi fin, y lo sabía.

Pero caí de buena gana en mi perdición.

Volví a recorrer con la mirada su cuerpo delgado y esbelto hasta que sus ojos se abrieron de par en par y se fijaron en mí. Sentí una mezcla de asombro y pánico, bajé la mirada y me acaricié una vez antes de arquear una ceja.

Ella separó los labios y tragó saliva, con los ojos fijos en los míos.

—Ven aquí —susurré, acercándome a ella. Dejó que le cogiera las manos y la levantara para cambiarle el sitio. Cuando estuve con la espalda apoyada en el cabecero, la ayudé a sentarse en mi regazo.

Los dos respiramos acalorados cuando me metí entre sus piernas y sus labios rodearon mi pene lo suficiente como para hacernos temblar a los dos. Tensé las caderas, saboreando la sensación de separar aquellos labios, y Riley gimió, clavándome las uñas en los hombros al moverse ella también.

Reclamé su boca mientras introducía una mano entre nosotros, para colocar mi miembro en su entrada. Y nunca sabré cómo logré contenerme, pero lo mantuve ahí, luchando contra el impulso de llenarla de una sola embestida mientras rodeaba sus caderas con las manos.

—Tú tienes el control —le dije, besándola larga y profundamente mientras esperaba.

Era tan delgada que sabía que para ella no sería la experiencia más placentera que me metiese de un empujón. Quería que ella tomara el volante, que controlara el ritmo.

Riley tragó saliva y asintió mientras apoyaba la frente en la mía. Sus ojos se hundieron entre nosotros mientras bajaba un centímetro.

«Me cago en la puta».

Ni siquiera tenía la punta dentro de ella, pero todo mi cuerpo se agarrotó y me dolieron las pelotas del deseo de penetrarla.

Respiré hondo y reajusté las manos sobre sus caderas mientras las suyas se apoyaban en mis hombros con suavidad.

Bajó un poco más, recibiendo la punta de mi polla, y ambos siseamos.

—Zeke —gimió, y entorné los ojos antes de cerrarlos del todo, concentrándome en mi respiración para no correrme en cuanto la llenara.

—Ve tan despacio como necesites —respiré, abriendo los párpados para buscar su mirada. Ella asintió, lamiéndose los labios mientras se levantaba más sobre las rodillas.

Luego, bajó y metió otro centímetro.

Era una tortura lenta y hermosa sentirla subir y bajar, sus piernas temblaban al introducir un poco más. Cada bocanada de aire era como un sorbo de humo, y cuando por fin se acomodó del todo, abrazándome hasta el fondo, con las uñas clavadas en mi carne, solté el gemido más profundo y gutural de mi vida.

—Joder, Riley —exhalé, apretando sus caderas lo bastante fuerte como para dejarle un moratón—. ¿Estás bien?

Asintió con el ceño fruncido mientras se levantaba y volvía a bajar, encontrando de algún modo un centímetro más de espacio para meterme en su interior.

Gemí y Riley también cuando encontró el ritmo, subiendo y bajando despacio y cabalgándome mientras yo me aferraba a su cuerpo con todas mis fuerzas.

Le recorrí la caja torácica con las manos, envolviéndola para cogerle los pechos mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Me agarró de las muñecas, sujetando mis manos contra ella mientras se inclinaba hacia atrás y me tomaba desde otro ángulo.

—Mierda —maldije, acariciando sus pechos, que rebotaban contra mis palmas.

Riley aceleró el ritmo, cabalgándome como una maldita amazona mientras movía las caderas y el pelo le ondeaba a la espalda.

—Zeke —volvió a suspirar, y reprimí otra maldición al oír mi nombre jadeado entre aquellos dulces labios. Sus ojos encontraron los míos mientras giraba aún más las caderas—. Voy... Voy a...

Antes de que pudiera terminar la frase, metí la mano entre los dos y le di a su clítoris la fricción necesaria para hacerla saltar por los aires. Y en cuanto se apretó contra mí y se estremeció gimiendo mi nombre, se disparó mi propia liberación.

Me retorcí, con los músculos contraídos por el poderoso orgasmo, mientras ella seguía cabalgando y cabalgando, clavándome las uñas, con el pelo sacudiéndose de un lado a otro, con gritos tan fuertes que estiré la mano para taparle la boca con una suave palma.

Me lamió la piel, intensificando mi clímax al imaginar aquella lengua en una parte muy distinta de mí, y sujeté sus caderas mientras me derramaba en su interior.

Cuando nos quedamos quietos, las manos de Riley se apoyaron en mis hombros, tenía el pecho agitado y, despacio, su mirada se acercó a la mía.

Le sostuve la mirada, aún intentando recuperar el aliento, manteniéndola pegada a mí mientras tensaba las caderas apenas un centímetro.

Sonrió, cerrando los ojos ante la sensación, antes de sentarse sobre los talones y dejarme ver todo su hermoso cuerpo sobre el

mío.

—Creo que me encanta cuando me odias —bromeé, arqueando una ceja.

Riley se echó a reír, se inclinó hacia delante y me besó con fuerza.

—Cállate y hazlo otra vez —jadeó, empezando a cabalgarme.

Y por arte de magia, empecé a endurecerme dentro de ella a pesar de que estaba agotado.

18

Riley

—¡UNB! ¡UNB! ¡UNB!

El cántico resonó alto y con orgullo en el vestuario después de que derrotáramos a nuestros adversarios en una batalla sin tregua dos días más tarde, por la friolera de cuarenta y dos a tres.

Leo y Clay se pusieron a bailar en el centro del vestuario, azotándose con toallas mientras Kyle lo capturaba todo en su directo de TikTok. La línea defensiva al completo estaba haciendo un elaborado apretón de manos, mientras que un grupo de receptores pretendía posar para la portada de la revista *Sports Illustrated*.

Me reí y me quedé observando la escena, aplaudiendo junto a Holden, que los miraba con una sonrisa de pesar.

Parecía que habíamos llegado a un punto decisivo, que teníamos al alcance de la mano un partido de la *bowl* e incluso el título de campeones nacionales.

Nunca me había colocado, ni siquiera había dado una calada a un porro, pero me parecía que debía de ser algo similar a esto: el zumbido de la sangre en mis venas, la sonrisa imparable, la hinchazón de mi pecho.

Por supuesto, también me pregunté si ese colocón era por el fútbol o por la forma como Zeke me miraba desde la otra punta del vestuario.

Mis ojos se encontraron con los suyos y el alboroto se convirtió en un ruido de fondo cuando nuestras miradas se cruzaron. Zeke se había echado una toalla húmeda sobre un hombro, tenía el pecho y el abdomen a la vista bajo las tenues luces del vestuario. No pude evitar recorrer cada curva y cada valle, y cuando mis ojos volvieron a ascender, lo vi sonriendo como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

Ya éramos uno.

Habían sido las cuarenta y ocho horas más confusas de mi vida.

Desde el momento en que Zeke irrumpió en la puerta de mi habitación y me arrancó a Chance de encima para reclamarme como suya, apenas habíamos salido a respirar. Pasamos la noche en un sueño febril, durmiendo apenas unas horas antes de tener que arrastrar el culo al entrenamiento de la mañana siguiente.

Tuve un nudo en el estómago durante todo el entreno, a pesar del subidón que me habían producido los múltiples orgasmos de Zeke Collins. Fue una tortura asistir a clase después, y, cuando volví a la residencia esa noche, estaba a reventar de preguntas sobre lo que significaba todo aquello.

Pero no tuve la oportunidad de formularlas, porque en cuanto crucé la puerta, me vi envuelta en los brazos de Zeke, que me llevó a su cama.

Nos despertamos justo a tiempo para subir al autobús para el partido, y los dos nos concentramos, incapaces de pensar en otra cosa que no fuese el fútbol americano.

Hasta ahora.

Zeke se relamió el labio inferior, deslizó la lengua despacio mientras yo seguía el movimiento. Una chispa de calor inundó mis piernas, y las crucé, como si eso fuera a ayudar.

Zeke sonrió más.

El rugido del equipo me sacó de mi aturdimiento, y me levanté de un salto para unirme a ellos en el centro. Tan pronto como Holden gritó: «No hay días libres» y todas las manos se alzaron, el equipo comenzó a dispersarse.

Y Zeke se me acercó.

—Buen partido, Super Ratona.

Entrecerré los ojos, pero a diferencia de antes, esa mirada fue mermada por una sonrisa que no pude contener.

—Sí, tú tampoco estuviste mal. Para ser un regresador de patada.

Sus cejas se alzaron hasta chocar con su pelo.

—¿Solo bien? Hice dos regresos de más de cuarenta yardas cada uno.

—Sí —dije, acercándome a él mientras bajaba la voz—. Pero... no metiste ningún gol.

Apareció un brillo malvado en sus ojos.

—Todavía.

Me sonrojé, y entonces apareció Leo entre nosotros, rodeándome con un brazo primero a mí y luego a Zeke.

—Vamos a salir —dijo, mirándonos a ambos antes de señalarme con un dedo directamente al pecho—. Tú también, Novo.

Me reí y me quité su brazo de encima.

—Creo que la cama del hotel me está llamando.

—Ah no, para nada. Por lo menos hasta medianoche —argumentó Leo, y luego me cogió como un saco de patatas.

Y a pesar de que lo normal habría sido que me revolviese y le diese tortazos en la cabeza hasta que me dejase en el suelo, me limité a reírme mientras me llevaba corriendo por los vestuarios.

—Hemos ganado. La temporada está que arde. Y solo vamos a pasar una noche en Filadelfia. Vienes y punto —dijo con rotundidad,

dándome una pequeña palmada en el culo cuando por fin me dejó en el suelo.

¿Quién podría discutírselo?

—No te creo.

—Los demás tampoco —me aseguró Clay con una sonrisa, y chocó su vaso de agua con el mío. La mayoría de los chicos del equipo tenían carnés falsos o eran lo bastante conocidos en el campus como para conseguir una copa sin problema.

Pero no estábamos en casa, así que tenían que pedirnos chupitos a escondidas los miembros del equipo que tenían edad suficiente para comprarlos. Entre medias, bebíamos agua.

—Me da igual que lo creáis o no —dijo Leo, encogiéndose de hombros, con los ojos vidriosos y una sonrisa perezosa—. Me has preguntado si alguna vez he hecho un trío, y te he contestado.

El bar estaba a unas manzanas del campus, un antro oscuro repleto de estudiantes visiblemente molestos porque aún llevábamos la equipación puesta.

O, mejor dicho, eran los chicos los que parecían cabreados; a las chicas no les importó en absoluto, sobre todo cuando dos de nuestros defensas se quitaron las camisetas y retaron a algunas a tomarse chupitos sobre sus abdominales.

—Te habríamos creído si lo único que hubieras dicho hubiera sido que sí —señaló Holden—. Al añadir que fue con la hija del rector y su mejor amiga la has pifiado.

—Que su padre dirija la universidad y que ella tenga una nota media excelente no significa que no le guste jugar duro cuando se apagan las luces.

Leo enarcó las cejas y me rodeó con un brazo mientras yo hacía un esfuerzo por no resoplar. En cambio, bebí un sorbo de agua, hasta que me pusieron otro chupito en la mano por debajo de la mesa.

Los chicos me ocultaron de los camareros y del segurata, y me tomé el tequila con rapidez, tratando de no hacer una mueca de asco mientras le daba las gracias al que me lo había proporcionado.

—¿Y tú, Novo? —preguntó Clay.

—¿Me estás preguntando si alguna vez he hecho un trío? Porque creo que todos sabemos la respuesta —contesté sin gracia, ganándome una risita por parte de los chicos.

—Bueno, pues cuéntanos otra cosa. ¿Cuál es el sitio más guarro donde lo has hecho? —Clay movió las cejas, inclinándose sobre la mesa como si estuviera a punto de contarle el mayor secreto del mundo.

Arrugué la nariz.

—Pareces un niño de doce años.

—Así que evitas la pregunta, ¿eh? —comentó, y no se me pasó por alto cómo le guiñó un ojo a Zeke, que lo observaba con una mirada asesina.

Incliné la cabeza, pero él se limitó a mirar hacia otro lado y a beber agua a grandes tragos. También me di cuenta de que esta noche no había bebido ni una gota de alcohol, ni siquiera un sorbo de cerveza.

«Sigue sobrio...».

Eso me calentó el pecho, pero no tuve tiempo de procesar el motivo antes de que me estuvieran volviendo a preguntar.

—Anda, dinos algo —dijo Leo—. Déjame adivinar: el cine. El bosque. ¡Un baño público!

—Puaj —dije, y negué con la cabeza—. Qué asco. ¿Alguien quiere que se la follen en un baño sucio?

—No necesariamente —dijo Leo—. A veces es encima de él. O inclinado sobre él. O...

Holden le dio un codazo en las costillas, acallando el resto de la frase y su siguiente bocanada de aire.

—Ignóralos, Novo. No tienes por qué responder a sus estúpidas preguntas.

—¡Eh! Ahora es uno de los chicos —se defendió Leo, como si eso fuera a hacerme sentir mejor.

Aunque, todo sea dicho, esta situación era mejor que la forma como había empezado la temporada, eso estaba claro.

Dejé escapar una carcajada por la nariz, con los ojos en el borde de mi vaso, donde mis dedos marcaban la condensación, y culpé al tequila que corría por mi organismo de lo que dije a continuación.

—No sé, creo que no me he aventurado mucho en el exhibicionismo. No demasiado... —me encogí de hombros, encontrándome con sus miradas— experimentada.

Los ojos de Zeke se clavaron en los míos y había algo oscuro en ellos, algo que no pude identificar. Frunció las cejas con tanta furia que la línea que las separaba era lo bastante profunda como para contener agua. Cada parte de su cuerpo se puso tensa, desde la mandíbula hasta el lugar donde agarraba con fuerza el vaso.

¿Estaba... enfadado? ¿Decepcionado?

¿Sentía curiosidad?

Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido como lo noté, y entonces Holden se levantó y golpeó la mesa de madera.

—Bueno, una cosa está clara: ninguno de vosotros va a follar en un baño esta noche.

—Habla por ti —se burló Leo, dándole un codazo al que tenía al lado.

Holden negó con la cabeza.

—Me marcho. Comportaos —advirtió, señalando con el dedo a Leo, pero sus ojos nos repasaron a todos—. Y no lleguéis tarde al autobús o el entrenador nos dará una paliza. Si me obligan a correr vueltas al campo por culpa de uno de vosotros, que no os quepa duda de que el castigo que os impondré yo será peor.

—¡Señor, sí, señor! —se burló Clay, levantándose y despidiéndose de Holden al pasar. Cuando se fue, este transformó su expresión seria en una sonrisa que le atravesó el rostro mientras me cogía la mano—. Vamos a bailar.

Me sacó del taburete antes de que pudiera reírme o discutir, y no me importó, sobre todo con el alcohol zumbando caliente en mi sistema. Dejé que Clay me llevara al centro de la oscura y abarrotada pista de baile y le seguí la corriente.

Se dedicó sobre todo a hacer el tonto, y yo seguí su ejemplo: cuando se puso a hacer el paso de hombre corriendo, yo me saqué de la manga el del carrito de la compra. Estaba desenfundando las pistolas cuando más miembros del equipo se unieron a nosotros, algunos de ellos con pareja, otros buscándola en la pista de baile.

Las luces parpadeaban en lo alto y el bajo me retumbaba en el pecho cuando el DJ cambió de canción. La pista, ya repleta, parecía ahora una lata de sardinas, con los cuerpos rozándose, aunque no quisiéramos.

Clay estaba a mi lado, rozándome de vez en cuando los hombros para hacerme saber que estaba allí. Y en medio de todos mis compañeros, me di cuenta de que me sentía... segura. Cuidada.

Como si no tuviera nada de lo que preocuparme.

Mis manos se elevaron por encima de mi cabeza, cerré los ojos mientras meneaba las caderas y me dejaba llevar por la música. Ese último trago me había llevado al límite, y saboreé la sensación de estar borracha por primera vez desde que tenía memoria mientras bailaba y bailaba y bailaba.

No me había dado cuenta hasta ese mismo momento de la cantidad de rabia, estrés y presión a la que me había estado aferrando. No era como si me ahogara bajo su peso, sino como si me aferrara a esas emociones como si fuesen el salvavidas que me mantenía a flote. Era como si tuviese que estar enfadada, centrada, con la guardia en alto cada segundo o, de lo contrario, me hundiría.

Pero esta noche me sentía flotar en la superficie, las olas me acunaban y me llevaban con la corriente.

Y no tenía miedo.

Me sentía liberada.

Esta noche no pensaba en el fútbol americano. No pensaba en mi forma física ni en el entrenamiento ni en la promesa que le había hecho a mi hermano mellizo. Solo bebía, bailaba y me divertía con mis amigos.

No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aquello.

El ritmo volvió a cambiar, se volvió más constante y lento. Clay me tocó el hombro de nuevo y sonreí, consciente de que estaba allí, de que todo iba bien.

Las luces se atenuaron aún más, el ritmo aumentó, y entonces volví a sentir la mano de Clay.

Solo que esta vez estaba más abajo.

Al principio, me tocó con suavidad, con la palma en la parte baja de la espalda, pero luego se deslizó hasta acariciarme la cintura, y la otra mano enmarcó el lado opuesto.

Abrí los ojos de golpe y tragué saliva.

«Tiene novia».

El miedo se me hundió en el estómago cuando sus manos me agarraron con fuerza por las caderas, tirando de mí hacia él, y emití un quejido interno.

«¿Por qué, Clay? ¿Por qué has tenido que hacer esto?».

Ladeé la cabeza, preguntándome si debía decirle que se apartara o simplemente reírme mientras le retiraba las manos. Estaba borracho. No quería pasarse de la raya.

Pero antes de que pudiera hablar, una voz grave me retumbó en el cuello.

—Es divertido, ¿sabes?

Los ojos se me cerraron al oír la voz de Zeke, los dedos de los pies se me curvaron cuando sus manos se deslizaron unos centímetros hacia abajo y las yemas de los dedos jugaron con la piel que quedaba al descubierto entre la camiseta y los vaqueros.

Me atrajo hacia él, mi espalda quedó pegada a su pecho, sus caderas se movían al compás de las mías mientras me sujetaba con fuerza.

—¿Qué? —logré decir, respirando con dificultad cuando los cálidos labios de Zeke recorrieron la curva de mi cuello. Miré a la multitud para asegurarme de que nadie del equipo nos había visto. Pero estaba demasiado oscuro y no podía distinguir nada más que el destello de una cara de vez en cuando.

Me relajé.

Hasta que Zeke susurró:

—El exhibicionismo.

La palabra sonó tan sucia, tan seductora, cuando salió de su lengua y chocó con mi piel húmeda... Busqué su camiseta por detrás y la agarré para acercarlo más a mí.

—Es como una especie de... subidón —continuó, sus labios se movían contra mi cuello, su voz era un soplo de calor en mi oído—. Saber que estás rodeado de gente, que en cualquier momento podrían verte, descubrirte.... —Sus dedos se hundieron por debajo de la cinturilla de mis vaqueros, apenas un centímetro, pero lo suficiente para que mi siguiente respiración se atascara en mi garganta mientras susurraba—: Mirarte.

Me humedecí los labios y dejé caer la cabeza contra su pecho. No tenía palabras, ni una sola. Seguí moviéndome con él, deleitándome en la sensación de tener sus manos sobre mí.

—¿Confías en mí? —susurró a continuación, dándome un ligero beso en la nuca.

Tragué saliva y me giré un poco en sus brazos para poder ver sus ojos en la oscuridad.

«No».

Eso es lo que debería haber dicho. Era lo que sentía hasta la médula hacía solo unos días.

¿O no?

Lo había odiado.

¿O no?

Busqué en lo más profundo de mi alma ese odio que le tenía, las razones por las que esto estaba mal. Pero todo quedaba muy lejos: Gavin, el fútbol americano, el accidente...

Me centré en el momento en el que la mano de Zeke se deslizó entre las mías y me guio en silencio a través de la multitud.

Estaba oscuro, salvo por los destellos de las luces que nos iluminaban de vez en cuando. Me aferraba a todo lo que veía en esos destellos: a los dedos de Zeke rodeando los míos, a los músculos de su espalda mientras me guiaba, a la curva de sus labios cuando me miraba por encima del hombro.

Nos adentramos cada vez más entre el gentío, hacia el DJ, hasta que Zeke tiró de mí hacia el rincón más profundo de la sala. La música sonaba tan fuerte que ya no podía oír nada, ni siquiera los latidos de mi corazón, que se aceleraban de forma peligrosa.

Aquí había más gente, los cuerpos chocaban entre sí mientras bailaban y levantaban las manos. Unas cuantas chicas se balanceaban precariamente sobre tacones altos en la pequeña plataforma que había junto al DJ, y una de ellas servía chupitos directamente de una botella a la boca de cualquiera que se presentara a sus pies.

No había otro sitio adonde ir, pero Zeke seguía tirando de mí, metiéndonos entre cuerpos que se resistían a dejarnos pasar.

—¡Zeke! —intenté gritar por encima de la música, pero fue inútil. Sabía que no podía oírme.

Estábamos casi tocando la cabina del DJ cuando me sonrió una vez más por encima del hombro, y luego desapareció detrás de una pared que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí.

Y me llevó con él.

La música se atenuó un poco, la diferencia entre estar delante de los altavoces y detrás de ellos. Me zumbaron los oídos cuando me arrinconó contra la parte trasera del altavoz, deslizándonos en el espacio oscuro entre este y la cabina del DJ.

Mis manos le subieron por el pecho hasta llegarle al cuello, y recorrí la sonrisa que se dibujaba en sus labios con las yemas de los dedos. Me mordisqueó el dedo, provocándome una descarga eléctrica en las piernas y, aunque no podía oír nada, sentí las palabras que pronunció contra mi piel.

«Confía en mí».

Entonces se acercó, presionando mi espalda resbaladiza contra el altavoz frío y duro mientras sus manos me enmarcaban la cara. Sus

dedos se enroscaron en mi pelo, tirando de él, y mi cuello se arqueó sin elección, y luego reclamó mi boca en un lento y tortuoso círculo con su lengua.

Jadeé por aquel beso, por la forma como su cuerpo aprisionaba el mío y mi respiración errática se encontró con la suya. Me besó como nunca me habían besado en mi vida: poderoso y posesivo, con aquella lengua experta acariciando la mía antes de morderme el labio inferior con tanta fuerza que gemí contra su boca.

Estaba tan oscuro que lo único que podía hacer era rendirme a su presión contra mí, a la forma en que sus labios se encontraban con los míos en la negrura más absoluta. Pero cuando empezó a besarme el cuello, levanté la vista para hacerle sitio.

Y me di cuenta de que estábamos justo debajo del DJ.

Estaba concentrado en la música, con los auriculares pegados a la oreja mientras mezclaba la siguiente canción. Las chicas bailaban a su lado, y cuando no estaba manejando los controles de la cabina, las contemplaba a ellas.

Si miraba abajo y a la izquierda, si echaba un vistazo detrás del altavoz, nos vería.

El pánico se apoderó de mí, pero no era del tipo que me paralizaba antes de una patada. No, era... más intenso, más profundo, ansiedad mezclada con algo deliciosamente prohibido.

Los dedos de Zeke, que se deslizaban por mi cuerpo, me devolvieron a él, con aquellas manos cálidas recorriéndome las costillas antes de seguir bajando. Dejó de besarme y sus labios se posaron en los míos mientras me desabrochaba el botón de los vaqueros y bajaba la cremallera despacio; yo intentaba no desmayarme.

—Respira —me pidió al oído, pero a continuación paseó la lengua por ese mismo lugar, y solté un gemido sin poder evitarlo.

Aquellos labios que se cernían sobre mi piel esbozaron una sonrisa y me bajó los vaqueros por las caderas, no hasta el suelo, sino hasta los muslos, arrastrando las bragas con ellos.

Tomé aire a grandes bocanadas, presa del pánico, y volví a mirar al DJ para asegurarme de que no nos veía. Él seguía concentrado en su trabajo, y cuando Zeke apoyó una mano en el altavoz que había junto a mi cabeza y la otra se deslizó entre mis piernas, cerré los ojos.

Y me rendí.

Aquellos dedos cómplices me rozaron donde me dolía, haciendo que me temblaran las rodillas mientras me aferraba a Zeke con todas mis fuerzas. Me besó, me chupó y me lamió el cuello mientras bajaba la mano y deslizaba el índice por mis pliegues. Temblaba, desesperada por tenerlo dentro de mí, por sentir la liberación que ya estaba creciendo como un incendio en mi interior.

Zeke me apretó aún más, rodeando todos mis sentidos. Me rodeaba la garganta con una mano, impidiéndome gemir, pero dejándome el espacio justo para tomar pequeñas bocanadas de oxígeno, mientras trabajaba entre mis piernas. La música retumbaba en mi cuerpo en una vibración constante y, en la oscuridad, apenas podía distinguir la silueta de su cara, o mirar hacia arriba para ver al DJ, ajeno al placer que Zeke me estaba dando justo debajo de él.

Saboreé su piel salada en mi lengua mientras le mordía el hombro, ahogando los gritos. Su olor me envolvió: hierba, tierra y jabón, un aroma terroso y juvenil, la libertad en una bocanada de aire.

Me acarició con la palma de la mano y me frotó el clítoris mientras me penetraba con los dedos. Luché contra las ataduras de mis vaqueros, desesperada por abrir las piernas, por abrirme a él, por empujar con las caderas y alcanzar el orgasmo que me acechaba.

Extendí la mano en la oscuridad y tracé un sendero a lo largo de sus abdominales hasta la cinturilla de sus pantalones de chándal. El vientre se le tensó con el contacto, y la mano que tenía entre mis piernas se detuvo un poco cuando bajé la mía.

Zeke gimió cuando lo rodeé con los dedos, acariciándolo al mismo tiempo que él trabajaba dentro de mí, despacio.

—Por favor —supliqué contra su oído, repitiéndolo para asegurarme de que me oía—. Zeke, por favor.

Maldijo, y se mordió el labio antes de capturar el mío en un beso ardiente.

—No puedo —dijo entre dientes.

Fruncí el ceño, acariciándole el cuerpo mientras él presionaba más dentro de mí.

—No tengo condón —me explicó.

Asentí en señal de comprensión, pero no le quité las manos de encima. En cambio, cerré los ojos y me lo imaginé dentro de mí, imaginé que esos dedos eran la gruesa, impresionante longitud que tenía.

Moví las caderas para presionar contra la palma de su mano, él sonrió contra mi cuello y me chupó la piel, invitándome a seguir.

—Déjate ir —me ordenó.

Y eso hice.

El orgasmo me recorrió como una feroz tormenta, los gemidos quedaron ahogados por la música que retumbaba con fuerza en el altavoz. Cada músculo de mi cuerpo se liberó a un tiempo, la sangre recorrió, entumeció y consumió todo a la vez.

Aguanté hasta que el último relámpago cayó entre mis piernas, hasta que Zeke sacó sus dedos de mí y los paseó por mi pecho hasta mis labios, donde me los metí en la boca y le sostuve la mirada en la oscuridad.

Maldijo y dejó caer la frente sobre la mía.

—Vas a hacer que me corra si no paras —siseó, pero siguió empujando en mi mano, como si por mucho que supiera que no podía correrse aquí, no quisiese dejar de intentarlo.

Sin condón, sin lugar donde correrse con seguridad...

Salvo que...

Lo besé con intensidad y lo acaricié con movimientos largos y suaves que le hicieron temblar y jadear.

—Riley —me advirtió, pero antes de que pudiera retirarse, me puse de rodillas.

Noté que me tiraba del codo con las manos, intentaba hacer que me levantara, que lo soltara, pero me zafé. En un movimiento rápido, le bajé los pantalones hasta los tobillos, junto con los calzoncillos.

Y entonces me lo metí en la boca, deslicé la lengua por su miembro duro antes de chuparle la punta.

No pude oír la maldición que le salió de la garganta, pero sentí sus manos en mi pelo y cómo se cerraban en puños mientras yo repetía la tortura, lamiendo, chupando y tratando de encontrar lo que lo llevaría al orgasmo.

Eché un vistazo al DJ, pero seguía sin darse cuenta, o tal vez nos había visto y estaba sonriendo para sí mismo al saber lo que estaba pasando debajo de él. Por alguna razón, eso me puso aún más húmeda de lo que ya estaba por el orgasmo, e intensifiqué mis esfuerzos, usando una mano junto con mi boca para envolver la polla de Zeke.

Me agarró el pelo con fuerza, guiándome, ayudándome a chupársela. Aceleró el ritmo, el vientre le temblaba con la respiración entrecortada, y me advirtió, intentando tirar de mi pelo para hacerme saber que estaba a punto.

Pero lo aparté, mantuve el ritmo y me deleité cuando se derramó en mi boca.

Su gemido fue profundo, vibró en cada centímetro de su cuerpo, de modo que sentí ese temblor en mi garganta. Saboreé cada gota de aquel orgasmo, trabajando al mismo ritmo que le había ayudado a llegar al límite hasta que se calmó por completo.

Me ayudó a levantarme, jadeante, y me acarició los labios con el pulgar antes de recorrerme el cuello con la mano.

Tragué saliva.

Él maldijo, dejó caer su cabeza hacia la mía con una sonrisa lasciva mientras yo saboreaba su rendición.

19

Zeke

Cuando era pequeño, mis padres solían llevarme al circo.

Recordaba muy pocas cosas: el algodón de azúcar, las luces y los colores brillantes, lo mal que olían los animales y la facilidad con la que se enfadaba mi padre cuando los artistas intentaban atraerlo a las carpas. Todo estaba borroso, era un buen recuerdo, pero no podía distinguir los detalles.

Pero había una actuación que se mantenía muy nítida en mi mente.

Un hombre montaba en monociclo sobre un fino cable tendido de un extremo a otro de la carpa. Llevaba un sombrero gigante que se balanceaba de forma peligrosa mientras él se tambaleaba, avanzando y retrocediendo sobre aquella cuerda floja mientras todos ahogábamos gritos y nos maravillábamos a sus pies.

Recuerdo esperar que aquel hombre cayera, que su cuerpo salpicara las gradas. Podía visualizarlo, podía ver cómo daba un paso en falso, la bicicleta salía volando hacia un lado y él hacia el otro, con los brazos agitándose y la multitud gritando mientras intentaban despejar la zona.

Nunca se cayó, claro está, pero por algún motivo, tuve pesadillas sobre su precario juego de equilibrio durante años.

Y ahora mismo me sentía como si estuviera viviendo esa pesadilla.

Había pasado casi una semana desde que dejé a un lado la sensatez y cedí a lo que sentía por Riley. Cuando irrumpí en su cuarto y le arranqué a ese maldito cretino de encima no podía contenerme. No podía hallar el sentido común en mi cerebro.

Lo único en lo que podía pensar era que ella me pertenecía, lo supiera o no.

Cuando me empujó, pensé que había cometido un error. Pensé que acababa de poner el último clavo en mi ataúd y que estaba a punto de ver cómo ardía todo lo que amaba en mi vida: mi amistad con Gavin, mi puesto en el equipo y, sobre todo, la relación de mierda que tenía con Riley.

Pero antes de que las llamas pudieran alcanzarme...

Volvió a tirar de mí.

Desde entonces, había estado a punto de enfermar por las tumultuosas emociones que me envolvían en un ciclón de locura. Un día estaba dentro de ella, saboreando cada caricia, cada aliento y cada beso como si nunca más pudiera hacerlo. Al siguiente, fingía ser un compañero más, intentando provocarla sin mirarla demasiado, sin tocarla más de la cuenta. Entonces, me volvía loco de celos, viendo a mis compañeros flirtear con ella como siempre. Antes era algo normal, lo lograba digerir.

Pero ahora que la tenía era como si bailaran delante de un oso famélico y llevasen salmón fresco pegado al cuerpo.

Y justo cuando ya era demasiado, cuando estaba a punto de hacer pedazos a uno de mis compañeros o de decir algo de lo que me arrepentiría, Riley calmaba una tormenta que ni siquiera sabía que se estaba desatando.

Bastaba con una mirada, una sonrisa tímida, un toque suave al pasar junto a mí, y las nubes se despejaban, al igual que mi cabeza.

Volvía a estar bien.

Hasta que dejase de estarlo.

No podía seguir así. Aunque mi forma de jugar no parecía haberse visto afectada por el caos, no ocurría lo mismo con mi salud mental. Si no estaba con ella, perdía el apetito, y no pegaba ojo hasta que la oía profundamente dormida en mi cama o en la suya, dondequiera que acabáramos esa noche.

No sabía qué etiqueta podíamos ponernos, pero sí que tenía que definirlo de alguna forma o acabaría en un hospital psiquiátrico.

La voz de Clay rondaba por mi cabeza mientras Riley y yo practicábamos una tarde después del entrenamiento, los dos abrigados y profiriendo maldiciones contra el frío glacial mientras ella se recolocaba tras cada patada. Las nubes grises se arremolinaban en el cielo y los árboles se sacudían las pocas hojas muertas que aún quedaban en sus ramas. Era el otoño en pleno esplendor, con el invierno respirándole en la nuca a modo de advertencia.

Habíamos estado callados todo el día, incluso aquella mañana, cuando nos despertamos enredados bajo sus sábanas. Me quitó los brazos de encima, salió de la cama y se metió en la ducha. Y aunque habíamos hablado de camino al campo y nos habíamos mensajeado cuando estábamos en clase, sabía que ella estaba tan jodida como yo.

No podíamos hablar de ello, porque podría terminar.

Pero no podíamos no hablar de ello, porque nos mataría.

—Riley —dije cuando puso las manos en las caderas mientras veía cómo el balón se colaba por el centro de los palos. Agitó el puño con una sonrisa radiante y se preparó para lanzar otro, pero la agarré por el codo antes de que pudiera hacerlo—. Eh.

Sus ojos se encontraron con los míos, tenía la respiración agitada y resopló, dejando escapar el aire en pequeñas bocanadas blanquecinas contra el cielo gris. Sus ojos, normalmente verdes

como la miel, adquirieron el color del acero, enmarcados por unas cejas preocupadas.

—Tenemos que hablar.

Se lamió la comisura de los labios y asintió con la cabeza mientras sus ojos se perdían detrás de mí.

Volví a oír la voz de Clay en mi mente, que me decía que estaría ciego si no me daba cuenta de que Riley también sentía algo por mí. Intenté aferrarme a la seguridad que me infundía mientras calmaba mi corazón acelerado.

«Es ahora o nunca».

«¿Qué es lo peor que podría pasar?».

Opté por ignorar las respuestas obvias a esa pregunta, aclarándome la garganta antes de hablar.

—Riley..., las cosas entre nosotros... Tal vez deberíamos...

—Espera —me interrumpió ella; levantó una mano y con la otra se pellizcó el puente de la nariz.

Fruncí el ceño.

—Yo... también he estado pensando mucho en ello. Pero... déjame hablar a mí primero, ¿vale?

Me mordí el labio y asentí.

—Sé lo que vas a decir —empezó, suspirando—. Que es una mala idea. Que tenemos que dejarlo. Que todo esto ha sido un error.

Arqueé una ceja y abrí la boca para decirle que mis pensamientos distaban mucho de eso, pero volvió a cortarme.

—Pero de verdad que lo he estado pensando y... creo que esto podría ser bueno para nosotros.

Interpretó la confusión de mi rostro como duda, porque me agarró por los brazos, clavando su mirada en la mía.

—Sé que nunca podríamos... estar juntos —empezó a decir mientras me miraba a los ojos, con las mejillas encendidas por

aquellas palabras.

Fruncí aún más el ceño, reprimiendo las ganas de gritarle que yo no pensaba lo mismo y que me dolía que eso fuera lo primero que se le pasase por la cabeza.

—Pero... creo que ambos estamos contentos. Nos divertimos, ¿no? Y no sé cómo le ves tú, pero mi rendimiento está por las nubes. Me siento mejor que nunca en el campo. Y por cómo has rendido este fin de semana, creo que opinarás lo mismo, ¿verdad?

Asentí, pero antes de que pudiera decir una palabra, ella siguió hablando.

—Esto es lo que te propongo. ¿Y si simplemente... no nos complicamos la vida? —Hizo un gesto con la mano—. ¿Y si lo dejamos como está?

—Riley...

—Yo tampoco quiero nada más, ¿vale? Te lo prometo. Estoy muy de acuerdo con lo que hacemos.

Su confesión me sentó como un jarro de agua fría y estuve a nada de tambalearme por el golpe.

—Pero... te deseo, Zeke —susurró, acercándose a mí—. Y sé que tú a mí también.

Mi polla palpitó con solo pensar en tomarla aquí y ahora. Y, sin embargo, me dolía el pecho al pensar que eso sería todo lo que podría tener de ella.

—¿Verdad? —preguntó cuando no respondí.

Tragué saliva.

—No hagas como si necesitaras una respuesta.

Sonrió, burlona, arrastrando las uñas por mi brazo.

—Entonces... ¿por qué deberíamos dejarlo?

«Dejarlo».

Ella creía que yo quería que lo dejáramos.

—No podemos decírselo a nadie del equipo —dijo antes de que pudiera decirle que estaba muy equivocada sobre mis intenciones—. En serio, a nadie. —Negó con la cabeza—. Ya sabes a lo que me enfrento. Si alguien descubriera que estamos... que yo estoy... con alguien del equipo...

Y así, cualquier esperanza que tuviera de contarle la verdad se disipó como nuestro aliento cálido en el aire frío de la noche.

—Además —añadió con una sonrisa—. Estoy bastante convencida de que Gavin te mataría.

Ante eso, me pasé la lengua por los dientes.

—Qué va. Seguramente montaría una fiesta.

Se cruzó de brazos, arqueando una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Crees que se alegraría de que te estés follando a su hermana?

Relajé la expresión.

—Vale, tal vez una fiesta no, pero...

Riley se rio, el sonido de la carcajada fue suficiente para desarmarme.

—Bueno, no tiene por qué saberlo. Es solo diversión. —Se encogió de hombros—. Nos ayuda a los dos... a relajarnos.

Ella arqueó las cejas, y yo ignoré la punzada que sentí en el pecho mientras le rodeaba el hombro con un brazo y nos llevaba hacia la zona de anotación para recuperar todos los balones que había pateado.

—¿Y después?

—¿Después? —repitió ella.

—Después de la temporada, cuando ya no seamos compañeros de cuarto y todavía tengamos que jugar juntos. ¿Cuándo lo dejamos? —Tragué saliva, esa maldita expresión me quemaba la garganta—. ¿Qué pasará entonces?

Me pareció ver un destello de miedo en sus ojos, pero desapareció enseguida y se encogió de hombros, mirándome como si la respuesta fuese obvia.

—Se acaba cuando uno de nosotros quiera, cuando nos aburramos o... no lo sé, nos enamoremos o algo así.

Se echó a reír, como si esa posibilidad fuera absurda.

Volví a tragar saliva.

—¿No quieres nada más? —pregunté tentativo, haciéndola parar para mirarla a los ojos cuando me respondiese.

Sus iris color avellana se iluminaron un poco y frunció el ceño, mirando la hierba, antes de volver a centrarse en mí.

—¿Hay algo más?

Me costó Dios y ayuda no reaccionar ante aquella afirmación de manera física, no zarandearla y reclamarla con todas mis fuerzas.

—Así que... compañeros de equipo —probé, tanteándola.

Ella sonrió, acercándose a mí.

—Y de cuarto —añadió—. Con algunos beneficios.

Riley me guiñó un ojo y me dio un beso antes de recorrer la zona de anotación para recoger los balones que había pateado y meterlos en la bolsa de lona gigante.

—¿Te apuntas? —me preguntó con una ceja alzada cuando trotó a mi lado.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Ella no quería más, pero yo no podía soportar la idea de no tenerla.

Así que si era esto lo que me ofrecía...

Me tragué cualquier voz interna que gritara lo contrario y simplemente dije:

—Me apunto.

Y la cuerda floja se balanceó, casi haciéndome caer antes de recuperar el equilibrio a duras penas.

Me pregunté cuánto tiempo podría aguantar.

20

Zeke

A partir de entonces, todo fue un desenfreno.

Había perdido toda contención, no podía despegar las manos de Riley, daba igual dónde estuviéramos o quién nos rodease. Sentía como si tuviera una bomba de relojería en mi caja torácica, y me empeñaba en aprovechar al máximo el tiempo que me quedaba antes de que explotara.

Una mañana la metí en un oscuro armario de suministros después de entrenar, los dos nos reímos e intentamos no hacer ruido mientras le quitaba la ropa y me la follaba contra las estanterías llenas de balones, hombreras y ropa de abrigo. Riley me rodeó la cintura con las piernas y se agarró a las estanterías mientras las camisetas de deporte se salían de su sitio y caían al suelo a nuestros pies. Pero no nos detuvimos hasta que ambos nos dejamos llevar y nos hundimos el uno en el otro, sonriendo, besándonos y planeando cómo salir para no llamar la atención.

Y a la noche siguiente, Riley me envió un mensaje cuando el vestuario empezaba a despejarse.

Ven a las duchas.

No era suficiente con poseernos en nuestra habitación. Cada minuto que pasaba sin tocarla o sin besarla era demasiado. Y, mientras que el resto del equipo no se percatara, mientras

mantuviéramos nuestra farsa de odiarnos, o, en el mejor de los casos, tolerarnos, cuando estábamos solos...

Ardíamos.

Las horas se convirtieron en días y los días en semanas mientras me perdía en Riley y en el fútbol. La devoré hasta que se corrió en mi lengua en el despacho del preparador físico, y ella me cabalgó tortuosamente despacio y en silencio en la sala de estudio de la biblioteca. Cuando íbamos al cine con los compañeros de equipo, nos escabullíamos cada uno por su lado y nos encontrábamos en el baño, cerrando la puerta con llave antes de tener que taparle la boca para contener sus gritos.

Y aunque me volvía loco por aquellos momentos robados, por la forma en que mi corazón se aceleraba cada vez que ella me dedicaba esa sonrisa cómplice, cuando más saboreaba el tiempo era cuando estábamos en casa.

Ya no cerraba la puerta de su habitación, y desaparecieron las etiquetas de sus pertenencias. Era como si viviéramos juntos de verdad, como si compartiéramos un hogar.

Lo mío era suyo y lo suyo era mío.

Me deleitaba de tenerla tumbada sobre mi pecho después de una larga tarde de entrenamiento, con mis dedos bailando entre su pelo mientras se dormía poco a poco. Me dolía el pecho cuando nos sentábamos en su cama a media tarde, ella masajeándome las pantorrillas mientras yo sonreía y la escuchaba hablar de sus clases. Incluso estudiar era más divertido, sobre todo por las recompensas que me daba.

> Termina el trabajo y lo hacemos en la cocina.
> Escribe una página más y podrás llevarme a la cama.
> Una hora de estudio y luego mi boca es tuya.

No había manera de evitar la cruda realidad.

Era adicto.

Y, como diría cualquier adicto, no importaba que en el fondo supiera que estábamos jugando con fuego. Daba igual que un día todo tuviese que acabar, que me esperase el síndrome de abstinencia.

Ahora mismo, la tenía.

Y aunque me había dicho que no podía darme más, fingí que esto siempre sería suficiente.

El entrenador nos dio libre el domingo después de la séptima victoria. Esta victoria era importante en el fútbol universitario: significaba que nos habíamos ganado un partido de la *bowl*. Según cómo se desarrollase el resto de la temporada determinaría qué partido nos tocaría, pero ahora mismo teníamos siete victorias y una derrota, y era motivo de celebración.

Gavin había estado ocupado con los estudios y los entrenamientos de baloncesto, la temporada estaba en pleno apogeo para él también. Así que cuando vimos que todos teníamos el mismo día libre, decidimos pasarlo juntos.

—¿Crees que llegaréis a la final? —me preguntó mientras empujaba la silla despacio por una exposición del Museo de Bellas Artes de Boston. Había sido idea de Riley, por supuesto, y aunque no fuera mi manera favorita de pasar un día libre, no podía decirle que no a aquella chica.

Y después de una hora caminando detrás de ella, de ver cómo se le iluminaban los ojos cuando le llamaba la atención una obra, quería llevarla a todos los museos del mundo para poder verla así toda la vida.

—No lo sé —confesé, deteniéndonos ante un impresionante retrato de un rey africano. Formaba parte de la exposición holandesa

y flamenca, que era la razón por la que Riley quería venir, y Gavin y yo dejamos que nuestros ojos vagaran por el lienzo mientras yo hablaba—. Somos buenos. Los mejores de nuestra categoría, sin duda. Pero... —Me rasqué la nuca—. La parte más dura de la temporada es la última. Kentucky, Carolina del Sur, Georgia Atlantic...

Gavin silbó.

—Joder.

—Sí.

—Al menos sabes a ciencia cierta que jugarás un partido de la *bowl*.

Sonreí, sacudiendo la cabeza mientras sus palabras calaban en mí.

—Voy a jugar en un partido de la *bowl*, Gav. Un puto partido de la *bowl*.

Gavin me miró con una sonrisa de comemierda.

—Más te vale no cagarla como cuando jugamos aquella temporada de la NCAA en la Xbox.

Entonces se rodeó el cuello con las manos, emitió un sonido ahogado y abrió mucho los ojos mientras exageraba el teatrillo.

Le di un codazo e hice que el reposapiés de su silla cruzara la línea que alertaba que estaba demasiado cerca del cuadro. Maldijo cuando sonó la alarma, y retrocedió mientras yo me alejaba de él con las manos en los bolsillos, silbando como si no hubiera tenido nada que ver con ese incidente.

Me clavó la silla en los talones, riéndose cuando aullé antes de volver a empujarlo.

—¿Y tú qué? ¿Cómo va la temporada? —le pregunté.

Gavin suspiró y señaló un cuadro en la galería contigua. Le hice rodar hacia él, muy consciente de la presencia Riley cuando

pasamos junto a ella y capté el aroma de su pelo cuando me miró por encima del hombro.

—No lo sé, tío. Es... difícil. Justo cuando creo que le he cogido el truco, aparece un nuevo reto. Y algunos de los equipos contra los que jugamos no es que sean buenos. Es que son una puta pasada. —Me lanzó una mirada para hacerme entender la diferencia y luego negó con la cabeza, con el ceño fruncido—. Parece una locura, pero la mayoría llevan toda la vida en silla de ruedas, ¿entiendes? Están más preparados que yo. No es que desee otra cosa, es que...

—La tuya es una situación extraña.

Asintió.

—Sí. Y doy gracias por ello, pero a veces... —Tragó saliva, y ambos fingimos leer la placa que había junto al cuadro que contemplábamos—. A veces, me pongo triste. Y echo de menos el fútbol americano. Y no quiero pensar en lo afortunado que soy. Me apetece pensar en lo que he perdido.

Se me hizo un nudo en la garganta tan fuerte que no pude volver a respirar, ni siquiera cuando Gavin se volvió para mirarme y me dio un golpecito en el brazo.

—Oye, déjate de historias —dijo, y ni siquiera tuvo que especificar qué historias—. Es agua pasada. Tengo derecho a estar triste a veces sin que eso signifique que te guarde rencor.

Asentí, pero no pude borrar el ceño fruncido ni la culpa que me invadió el pecho.

—Le encantan estos sitios —dijo, y el extraño arrebato me sacó de mis pensamientos. Seguí su mirada hacia donde Riley admiraba un cuadro pequeño y oscuro.

Tenía un brazo cruzado sobre la caja torácica, mientras el codo del opuesto se mantenía en equilibrio en el pliegue, con las yemas de los dedos flotando suavemente sobre sus labios entreabiertos. Sus

ojos, muy abiertos y brillosos, recorrían despacio el lienzo, como si no pudiera ver todo lo que el artista le ofrecía, aunque se quedase mirándolo para siempre.

Para mí, ella era más arte que el cuadro que atraía su atención.

—Hostia puta —jadeó Gavin, dándome un codazo en el muslo. Señaló con la cabeza a una chica rubia que acababa de entrar en la galería en la que estábamos—. Es ella. Es la de mi clase de Física.

La forma como tragó saliva tras esa afirmación me hizo arquear una ceja. Antes de que pudiera cuestionar sus evidentes nervios, murmuró que ahora volvía y rodó directamente hacia ella.

Me metí las manos en los bolsillos y sonreí al ver cómo la chica se ruborizaba un poco cuando él se le acercó. Él la hizo reír, y entonces ella se recogió un mechón detrás de una oreja, respondiendo a la pregunta que le había hecho.

Riley seguía de pie frente al cuadro pequeño y oscuro.

Me aclaré la garganta y me acerqué a ella con las manos en los bolsillos para no tocarla por acto reflejo.

—Artista en su estudio —leí en la placa que había junto al cuadro.

Riley dio un pequeño respingo, como si hubiera estado perdida en su propio mundo y acabara de darse cuenta de que se encontraba en un museo lleno de gente. Se sonrojó y me miró de reojo antes de señalar la esquina del cuadro, con cuidado de no acercarse demasiado.

—¿Ves cómo aquí ha preferido centrarse en el caballete, en las grietas del suelo del estudio y en la iluminación, en lugar de en el propio artista?

Dejé que mis ojos recorrieran el cuadro mientras ella hablaba y asentí con la cabeza.

—Sí.

—No es más que un cuadro pequeño, probablemente pasen cientos, o incluso miles, de personas a su lado sin mirarlo —dijo, con una voz suave y llena de asombro. Negó con la cabeza y se cruzó de brazos—. Pero es brillante. El dramatismo, la iluminación, la forma como captó algo aparentemente insignificante de un modo delicado e interesante. Es el mensaje de Rembrandt de que el arte no es solo técnica, sino... inteligencia. Es algo más que pintura sobre un lienzo. Es un sueño, una visión, un momento que cobra vida.

Sonreí, pero ya no miraba el cuadro. Estaba contemplando a Riley, cuyos ojos brillaron una vez más, rebosantes de lágrimas no derramadas.

—Te entristece —le dije.

—No —respondió de inmediato, negando con la cabeza. Pero luego apretó los labios y asintió—. Sí.

—¿Por qué?

—No estoy segura. No hay razón para que haya evocado este sentimiento en mí, pero cuando lo miro..., pienso en el fútbol americano.

Estuve a punto de reírme, pero el hecho de que su rostro reflejara su corazón roto me lo impidió.

—¿Y eso?

Me miró y luego volvió a centrarse en el cuadro.

—Me encanta, Zeke.

La forma dolorosa en la que pronunció el susurro casi me hizo caer de rodillas.

—Me encanta, y me siento culpable por adorarlo, como si no fuera mío, como si tuviese una aventura con alguien comprometido.

—¿Por Gavin? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Puedo cumplir la promesa que le hice —dijo—. Pero no puedo... quitarle su sueño.

—También puede ser el tuyo.

—No lo sé —susurró, y sus ojos encontraron los míos una vez más —. Le haría daño.

Fruncí el ceño, pero no tuve la oportunidad de discutírselo antes de que Gavin se colocara entre nosotros con una amplia sonrisa.

—Adivinad quién tiene una cita el martes por la noche con la rubia sexi que está en aquella esquina.

Riley y yo fijamos nuestra atención en la chica, que se estaba riendo y se había sonrojado porque había escuchado lo que acababa de decirnos Gavin.

No parecía ni un poco arrepentido. Se limitó a inclinar un sombrero imaginario en su dirección antes de guiarnos hacia la siguiente galería mientras Riley y yo lo seguíamos entre risas.

Pero la risa de Riley se desvaneció enseguida y pude ver cómo se encerraba en sí misma, cómo libraba una batalla en su interior que su hermano no podía ver.

Así que alargué la mano y la envolví alrededor de la suya, haciéndole saber que alguien la veía.

Riley parpadeó y miró el lugar donde nuestras manos se tocaban antes de buscar mi mirada. Se le dibujó una media sonrisa en los labios y me apretó la mano que sostenía la suya.

Entonces Gavin se detuvo de golpe y se giró; Riley apartó su mano de la mía y fingió admirar un barco de madera dentro de una gran vitrina.

—Tengo hambre. ¿Quién está listo para estudiar el arte del bocadillo de langosta?

21

Riley

«Pide un deseo».

Me quedé mirando la tarjeta de cumpleaños que me habían dado mis padres, la tarta que aparecía en el anverso con las velas derritiéndose por los lados. Había un oso rosa peludo preparándose para soplarlas y, sobre él, una inscripción brillante: «Pide un deseo».

Un pequeño suspiro risueño me abandonó mientras pensaba en lo que desearía, si supiera que se haría realidad. Quizá me gustaría volver a la noche en la que Zeke y yo cruzamos todas las líneas, para no arrastrarlo hacia mí después de haberlo empujado. Tal vez desearía volver a cuando le dije que podíamos tener algo pasajero, que no quería más.

O puede que deseara la cosa más imposible de todas.

Que fuese mío.

Que hubiera alguna forma, algún lugar, algún universo donde pudiéramos estar juntos. Donde no fuese un desastre para mí, la única chica del equipo de fútbol, salir públicamente con un compañero; peor aún, con el jugador con el que comparto habitación. Un lugar donde mi hermano no perdiese los papeles al saber que su mejor amigo y su hermana últimamente habían pasado más tiempo juntos entre las sábanas que en el campo.

Todo había ocurrido tan... rápido.

Al principio no me di cuenta de lo rápido que caí, de lo fuerte que salté sin siquiera pensar en mirar atrás. Había pasado de detestar a Zeke y desear que nunca hubiera nacido a desearlo en cualquier momento que no estábamos juntos.

Y quizá eso fuera lo que más me reconcomía.

Seguía siendo el responsable de que mi hermano mellizo estuviese en una silla de ruedas de por vida, y, sin embargo, ahora no podía reunir ni un ápice de odio o repugnancia por él.

Lo deseaba.

Lo deseaba con todo mi ser.

—Pide un deseo —murmuré, frunciendo el ceño—. Ojalá fuera así de simple.

Metí la tarjeta en el cajón del escritorio y suspiré al verme reflejada en el espejo apoyado en la parte trasera del armario. Me veía ridícula con una pamela, pero ni siquiera eso me hacía sonreír.

Había pasado las últimas semanas ignorando los sentimientos que bullían bajo la superficie. Había sido más fácil lanzarme a los ejercicios, al entrenamiento, a las clases y, al final, a Zeke. Teníamos un trato, un acuerdo.

Debía tomarlo como lo que era.

Recordar lo que nunca sería.

Fue idea mía.

¿O fue un patético intento de protegerme de la única manera que sabía, para tomar las riendas de lo único que podía controlar?

Lo que había guardado en mi interior saltó como el contenido de un cañón de confeti mientras me preparaba para salir con el equipo en Halloween.

Por mi cumpleaños.

Unos nudillos golpearon con suavidad el marco de mi puerta, que estaba abierta. Había permanecido así desde que Zeke la había

atravesado para arrancarme a un tipo de encima semanas atrás.

Ahora estaba ahí de pie, con la cadera apoyada en el marco, de brazos cruzados, mirándome. Sus ojos oscuros me recorrieron desde el sombrero hasta los tacones rosas con los que intentaba no tambalearme, antes de volver a subir.

—Voy de Barbie —expliqué, encogiéndome de hombros y señalando mi atuendo con un largo movimiento de la mano.

Zeke soltó una carcajada, cruzó el umbral de mi habitación y me abrazó sin vacilar, como si fuera algo natural, como si ese fuese mi lugar.

—Este disfraz es... problemático.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fruncí el ceño, el pánico me recorrió mientras miraba el conjunto—. Me parecía mono.

—Bueno, eso es parte del problema —me explicó—. Es mono. Adorable, la verdad. Y extraño. Y ridículo. Y, de alguna manera... —repasó la ajustada camiseta de tirantes rosa fuerte a juego con los tacones, resiguiendo con el dedo el logotipo de Barbie en cursiva sobre mi pecho— sexi de cojones.

Ese dedo bajó hasta mi ombligo, y su contacto me puso la piel de gallina, lo que le hizo sonreír aún más.

—¿Quieres tu regalo de cumpleaños ahora o luego?

El estómago se me revolvió con un dolor tan específico que me pregunté si debería darle un nombre científico: Zekálgia. Era un cruce entre querer dejarme llevar por él, que mis muslos se apretaran ante la idea de que estuviera dentro de mí, y que mi cerebro luchara por recordarme que todo esto acabaría conmigo hecha pedazos en el suelo.

—Luego —dije en voz baja—. El equipo nos espera.

De pronto, un aluvión de puños se abalanzó sobre la puerta de nuestro dormitorio, y todos los chicos nos gritaron que dejáramos de

acicalarnos y saliéramos de una vez.

Sonreí con satisfacción, pero cuando intenté apartarme, Zeke me retuvo. Buscó mis ojos entre las cejas curvadas, con la mandíbula firme.

—¿Estás bien?

Forcé una sonrisa más amplia.

—Sí. Es que... no sé. Siempre me pongo un poco rara el día de mi cumpleaños. —Hice una pausa y luego agité la mano—. Reflexiva o algo así, yo qué sé.

Zeke frunció un poco más el ceño, pero intentó sonreír.

—Solo tienes diecinueve años, ¿eh? Aún queda para la crisis de los cuarenta.

—Tienes razón —dije, tirando de él hacia la puerta—. Es momento de beber, y hacernos fotos con estos estúpidos disfraces, y bailar. —Di una pequeña vuelta bajo su brazo al decir aquello, pero antes de que pudiera apartarme, volvió a tirar de mí, apretándome contra la puerta principal.

Me quedé sin aliento al ver cómo me inmovilizaba, cómo deslizaba el muslo entre mis rodillas y las separaba para él.

—¿Qué tal si nos tomamos un momento para besarnos?

Sus manos ya estaban enmarcando mi cara, tirando de mi pelo como a él le gustaba, haciendo que me arquease para él.

—Me he pintado los labios —susurré.

—Me importa una mierda —fue su única respuesta antes de besarme, profundamente, durante mucho tiempo y con autoridad. No tuve más remedio que fundirme en él, sentir cómo mi vientre estallaba en una ardiente llama de necesidad.

Cuando por fin se apartó, los dos un poco sin aliento, me reí a carcajadas.

—Vas a tener que ir al baño antes de salir —le dije, dándole un golpecito en los labios manchados de rosa.

Se limpió la comisura con el pulgar y sonrió al ver la mancha en la yema.

—¿Eso significa que esta noche no podré besarte a escondidas?

Me mordí el labio y me incliné para susurrarle al oído.

—Quizá haya otros sitios donde pueda dejar manchas de pintalabios... que no estén a la vista.

Zeke gimió, rodeó mi caja torácica con las manos y me inmovilizó contra la puerta con otro beso apasionado. Pero más puños golpearon el exterior de la madera, sacudiéndonos y haciendo que Zeke suspirara por un motivo completamente distinto antes de soltarme por fin.

—Dos minutos —dijo en voz alta, y luego se dirigió a uno de los lavabos.

Comprobé mi reflejo en la cámara del móvil, asegurándome de tener bien el pintalabios, antes de abrir la puerta y encontrarme cara a cara con Leo Hernández, vestido de Forrest Gump, con una peluca y una barba larguísimas, unos pantalones cortos rojos diminutos, una camiseta amarilla pálida y una pala de pimpón en una mano.

—Ya era hora —dijo, y no ocultó cómo valoraba mi atuendo mientras me recorría con la mirada—. No necesitarás la *app* de citas después de esta noche, Novo, te lo aseguro.

Me reí, pero entonces Zeke saltó por detrás de mí y golpeó a Leo en la cabeza mientras pasaba trotando.

—¡Eh! —dijo este, arreglándose la peluca antes de salir corriendo detrás de Zeke para darle una palmada en el culo con la pala de pimpón.

Y la noche dio comienzo.

22

Riley

—No seas aguafiestas —bramó Gavin mientras pasaba por mi lado disfrazado de coche deportivo, con una chica en su regazo que llevaba un casco de carreras y sujetaba un volante de plástico.

Si la memoria no me fallaba, era la misma a la que nos habíamos encontrado en el museo el fin de semana pasado, y me reí mientras él hacía un caballito y ella se aferraba más a él, chillando y mirándolo como si fuera el centro de su universo.

—No soy aguafiestas —discutí, sosteniendo el vaso de plástico rojo con alcohol como prueba.

—Mmm. Siempre te pones triste en nuestro cumpleaños —señaló —. Creía que ya lo habrías superado.

—No estoy triste. Y estás siendo grosero con tu cita —dije, sonriendo a la chica—. Soy Riley, por cierto.

—Jen —se presentó, saludándome con las mejillas sonrojadas—. Encantada de conocerte.

—Avísame si mi hermano pasa de ser gracioso, aunque molesto, a necesitar que le den una colleja.

Se rio entre dientes, mirando a Gavin, que le sonreía como si hubiera un millón de secretos entre ellos.

—Creo que ya hemos superado esa fase. Por suerte para él, es lo bastante encantador como para que lo pase por alto.

Gavin me miró con el ceño fruncido, y yo me levanté para agarrar la silla y empujarlo hacia la improvisada pista de baile.

—Largaos antes de que vomite de lo monos que sois.

Me obedeció, pero me miró por encima del hombro con una mirada mordaz, diciéndome en silencio que me divirtiera o moriría. Forcé una sonrisa burlona y volví a acomodarme en la silla, contenta de observar a la gente desde un rincón.

Algunos de los más veteranos del equipo vivían en una casa fuera del campus que habían bautizado como el Nido de las Serpientes. Organizaban fiestas aquí casi siempre que podían, es decir, cuando no teníamos que ir a clase ni a entrenar antes de las diez de la mañana siguiente. El suelo estaba permanentemente pegajoso por la cerveza, el sudor y a saber qué más, pero me maravillaba que tuvieran tanto espacio, tanto sitio para decorar.

Aunque no lo hacían.

Estaba dándole tragos a una cerveza y mirando a mi alrededor en la sala de estar, soñando despierta sobre lo que haría si esta casa fuera mía, cuando Zeke se apoyó en la pared a mi lado. No quitaba ojo a la multitud, y se rio un poco cuando Clay y Leo se dieron una especie de apretón de manos antes de saltar al unísono sobre una mesa plegable, y todo el mundo vitoreó cuando esta se desplomó, haciendo volar vasos llenos de cerveza.

—Estoy pensando en dar por terminada la noche —me dijo Zeke a mí y a nadie en particular al mismo tiempo mientras tomaba un sorbo con la mirada clavada al frente—. ¿Tú?

—Ay, Dios, sí, por favor —dije, poniéndome de pie un poco demasiado emocionada—. Estas mallas se han metido donde no debían.

Sonrió, pero siguió sin mirarme mientras señalaba con la cabeza la puerta trasera.

—Pediré un Uber. Sal en cinco minutos.

Esa forma como se las arreglaba para ignorarme mientras me hablaba era toda una hazaña, y yo misma le había pedido que lo hiciera cuando llegamos a este acuerdo. Por lo general, le estaba agradecida, incluso me impresionaba que pudiera follarme contra la encimera de la cocina un momento y al otro fingir que era una compañera más.

Pero esta noche me recordó lo que éramos y lo que no éramos, y que esa línea siempre estaría ahí: oscura, permanente y vinculante.

No se tardaba mucho en llegar desde el Nido de las Serpientes hasta la residencia universitaria y, por suerte, todos los dormitorios estaban vacíos, ya que al resto del equipo aún le faltaba mucho para irse a dormir. Aún no eran las once, pero solté un largo bostezo cuando Zeke abrió la puerta.

Me dejó pasar primero y me quité los zapatos en cuanto entré, gemí al sentir que podía estirar los dedos de los pies de nuevo. Zeke se rio, me agarró los hombros por detrás y me plantó un beso en la cabeza.

Había cambiado de personalidad. De compañero de equipo a...

¿Qué, exactamente?

—¿Por qué no te pones el chándal y yo voy buscando una película?

—Estoy muy cansada —le confesé, retorciéndome en sus brazos —. Puede que me quede dormida.

—Vale —me dijo—. Pero primero tengo que darte tu regalo.

Sus ojos brillaban, prometedores, y mi cuerpo cobró vida bajo aquella mirada como si de repente tuviera toda la energía del mundo.

—Ropa cómoda —volvió a ordenarme, dándome la vuelta y llevándome con cuidado hacia la puerta de mi habitación. Me dio

una palmada en el culo antes de irse a su cuarto, y yo sonreí, me quité el disfraz y el maquillaje antes de dirigirme al salón.

Zeke ya estaba en el viejo sofá, con todas las luces apagadas, salvo la lámpara que tenía al lado y el resplandor del televisor. Ni siquiera presté atención a lo que había en la pantalla antes de sentarme a su lado, y me atrajo para envolverme en su calor.

Me estremecí y me hundí más en él.

—Hacía demasiado frío para llevar mallas —dije.

—No sé cómo lo hiciste. Yo llevaba un traje de NASCAR y me estaba congelando las pelotas.

—Sí, pero de alguna manera te las arreglaste para que ese traje con la publicidad de Wonder Bread fuera sexi, Ricky Bobby. Yo habría parecido un pan de molde con él.

—Habría querido desnudarte, aunque llevaras un saco puesto.

Me burlé, puse los ojos en blanco y me reacomodé entre sus brazos.

—Y bien, ¿cuál es mi regalo?

—Paciencia, Super Ratona —se burló, pero luego algo más serio lo invadió, frunció el ceño, se irguió y me puso frente a él—. Antes, quiero hablar contigo.

Mi corazón titubeó y se me fue el color de la cara.

«Ya está».

Aquí terminaba todo.

Los nervios sacudieron las manos de Zeke mientras tomaba las mías, pero apartó una para pasársela por el pelo.

—Para ti no va a ser fácil oír esto, Riley. Tampoco lo es para mí decirlo.

Tragué saliva, cerré los ojos y me preparé para el impacto. El corazón me latía tan fuerte en los oídos que apenas podía oír a Zeke por encima de él, apenas podía percibir otra cosa que no fueran mis

deseos y mi necesidad de huir y escapar de lo que estaba a punto de decirme.

—Quiero hablarte de aquella noche.

Fruncí el ceño, abrí un ojo y luego el otro para encontrar a Zeke mirándome preocupado.

—¿De cuál?

Me agarró la mano y esperó a que me diera cuenta de lo que quería decir.

Aquella noche.

La del accidente.

—Ah... —Un nuevo tipo de pánico me golpeó, y negué con la cabeza—. Zeke, no tenemos que...

—Tengo que hacerlo —dijo—. Nunca hemos hablado de este tema. Nunca. De pronto, todo cambió y yo... quiero que sepas lo que pasó. Por favor.

No podía discutir su súplica, aunque mi pecho en llamas quería alejarse de él y de esta conversación. Había una razón por la que había evitado esto durante tanto tiempo.

Nunca habría momento o lugar en el que quisiera pensar en esa noche, y mucho menos hablar de ella, sin sentir dolor.

Logré asentir levemente, y Zeke soltó un suspiro antes de contarme lo que había pasado.

—Todavía recuerdo el momento previo a que todo se fuese a la mierda —empezó, y clavó la mirada en el lugar donde me tenía cogida de la mano—. Recuerdo a Gavin haciendo el pino, y que me dio una patada al caer porque perdió el equilibrio. Se rio tanto de mi labio hinchado que estuve a punto de darle una paliza, pero fue bastante gracioso, así que dejé que se fuera de rositas.

Su sonrisa se tornó distante al recordar, y yo también me dejé llevar. Lo recordaría el resto de mi vida: había decidido quedarme en

casa en lugar de ir a la fiesta con ellos. Quería reorganizar mi habitación, colgar las láminas que acababa de enmarcar después de haberme pasado todo el otoño ahorrando.

Se me revolvió el estómago, como siempre que me preguntaba cómo habrían sido las cosas si hubiera ido con ellos, si hubiera conducido yo.

—Me tocaba conducir a mí —dijo Zeke, devolviéndome al presente —. Habíamos quedado así incluso antes de salir de vuestra casa. Y no había bebido hasta ese momento. Pero entonces... apareció Kaylee.

Casi suelto un grito.

—¿Esa Kaylee?

Recordaba demasiado bien a la chica con la que Gavin había estado obsesionado la mayor parte del segundo año de instituto. Yo no solía odiar a las chicas a las que no conocía bien porque sabía que probablemente tuviesen sus razones para comportarse como lo hacían, pero me sacaba de quicio cómo trataba a mi hermano.

—La misma. —Negó con la cabeza—. Por alguna razón, ella lo estaba ignorando, seguramente era uno de sus jueguecitos de siempre. Empezó a afectarle, y se puso a servir chupitos. Para los dos.

Tragué saliva, sentí sus manos húmedas alrededor de las mías.

—En ese momento, me di cuenta de que necesitaba a su mejor amigo más que a un conductor. Decidí que nos iríamos en Uber cuando llegara el momento, e hice lo que pensé que él necesitaba.

»Pero cuanto más se emborrachaba, peor se ponía. Kaylee y él tuvieron una pelea bastante fea. Y entonces ella echó sal a la herida enrollándose con Omar Maben.

—Espera, ¿se besó con Omar? —Hice una mueca—. Gavin lo odiaba. Se peleaban a todas horas. Y me tocó mucho las narices

cuando me uní al equipo.

—Entonces, como puedes imaginar, lo único que quería Gav era salir de allí. Quería irse. Y...

Zeke se quedó callado, con la mandíbula tensa mientras se la frotaba con la mano.

—Intenté pedir un Uber, pero no quiso esperar. Estaba muy jodido. Temblaba, daba vueltas sin parar. Necesitaba salir de allí. —Zeke se quedó callado un buen rato—. Así que cogió mis llaves.

Sus palabras me helaron las venas.

—Insistió en que estaba bien —continuó Zeke—. Pero al poco tiempo chocó con un bordillo y demostró lo contrario. Le grité, le dije que estaba siendo un idiota y lo obligué a parar. —Juntó los labios, negó con la cabeza—. Pero estaba fatal, Riley. Estaba muy alterado, y lo único que quería era volver a casa. Yo solo me había tomado un par de chupitos. Pensé que...

No pudo terminar la frase, pero supe lo que pasó sin que tuviera que decirlo.

Zeke pensó que podía conducir.

Se me contrajo el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar a mi hermano en la cama del hospital, con las heridas cosidas, pero aún hinchadas, amoratadas y ensangrentadas.

Por fin, Zeke me miró.

—Mentí y le dije que estaba bien.

Cerré los ojos al oír la confesión y dos lágrimas silenciosas corrieron calientes por mis mejillas.

Durante un buen rato, Zeke se limitó a cogerme la mano, a mirar cómo lloraba, a esperar. A qué, no lo sabía. No sabía qué decir.

—Tenías todo el derecho a odiarme, Riley. A culparme. Sé que hay una parte de ti que aún lo hace.

—No. —Negué con la cabeza, pero Zeke me apretó la mano como si supiera que era mentira.

—No pasa nada. Yo también me culpé. Debería haberle dicho que no. Debería haber insistido en que llamásemos a un Uber. Yo era joven, demasiado, y aún más estúpido. No podía ver más allá de lo que en ese momento me parecía lo más importante del mundo: que mi mejor amigo tenía el corazón roto y necesitaba que le ayudara a salir de esa situación.

Apretó los labios y sacudió la cabeza mientras miraba distraídamente el televisor.

—Me arrepiento de lo que pasó. Cada segundo que paso despierto, me arrepiento. Nunca olvidaré que mis decisiones tienen consecuencias. —Sus ojos encontraron los míos—. Pero estoy intentando perdonarme. Y... te pido que tú también lo hagas.

Otra lágrima silenciosa se escapó ante su petición, y él la apartó con el pulgar, manteniendo la mano en mi cara.

—No tienes que hacerlo ahora. Esta noche. Ni mañana. Ni la semana que viene. Pero... han pasado tres años, y quería que supieras la verdad. Necesitaba que entendieras lo que pasó. No para que me excuses, sino para que tal vez puedas encontrar paz... —Agachó la cabeza hasta que le miré a los ojos—. Yo nunca, jamás, le haría daño a propósito a tu hermano, Riley. Ni a ti.

Me recosté sobre su mano y asentí con la cabeza mientras se me escapaban más lágrimas.

Era demasiado pesado para tragarlo, demasiado espeso para digerirlo. Creía que había conducido borracho porque no quería dejar el coche en la fiesta o alguna otra estupidez por el estilo.

Y en realidad, lo había hecho para salvar a mi hermano de sí mismo.

La ironía enfermiza de lo que ocurrió tras esa decisión me provocó náuseas.

—Solo quería que lo supieras —terminó Zeke, y entonces su mano desapareció para buscar detrás de él un cilindro envuelto con torpeza.

Cuando me lo dio, me reí, secándome las lágrimas que me quedaban en la cara antes de escarbar en el papel rosa.

—Se te da fatal envolver regalos.

—Lo que importa es el interior.

Me reí entre dientes, despegando el papel para revelar un tarro delgado con...

Estrellas.

No confeti dorado ni plástico blanco fosforescente, sino papel brillante y bonito doblado en forma de estrellitas abultadas.

—¿Origami? —pregunté, arqueando una ceja.

—Saca una.

Lo hice y la sostuve en mis manos con una sonrisa mientras la inspeccionaba. Y cuanto más lo hacía, más se enfocaba la pintura.

—Espera —dije, ladeándola entre las yemas de los dedos—. Es *El beso*, de Gustav Klimt.

Zeke sonrió.

—Ábrela.

—¿Qué?

Se limitó a asentir ante mi confusión, observó cómo giraba la estrella de un lado a otro antes de encontrar un pequeño resquicio donde empezaba y terminaba el pliegue. La abrí con cuidado, revelando el pequeño cuadro, arrugado por el origami.

—Es precioso —comenté, recordando la primera vez que había visto esa obra en un libro de texto y cómo me había impactado ya entonces.

—Ahora, dale la vuelta.

Hice lo que me dijo, y el reverso de la pequeña impresión era completamente negro, salvo por una pequeña cita escrita en blanco en el centro.

—«Todos somos mortales hasta nuestro primer beso —leí—. Y nuestra segunda copa de vino». —Entonces me reí entre dientes, pasando el pulgar sobre el texto—. Eduardo Galeano.

—Cada estrella es un cuadro famoso —explicó Zeke, sacando otra del tarro. La sostuvo entre el índice y el pulgar—. Y dentro, lleva una cita o un poema a juego. En los días en los que el entrenamiento acabe contigo, o las clases te abrumen, o las cosas empiecen a acumularse y te sientas desconectada en lo más profundo de tu ser... —se encogió de hombros y volvió a meter la estrella en el tarro — puedes abrir un pequeño destello de arte que te sirva de recordatorio.

La vista se me nubló de nuevo al releer la cita y volví a doblar el cuadro con cuidado, aunque no conseguí darle la forma de estrella. Lo coloqué dentro del tarro, giré la tapa y lo dejé a un lado antes de arrastrarme hasta el regazo de Zeke.

—Es, con diferencia, el regalo más bonito que me han hecho en la vida —dije, riéndome mientras un par de lágrimas más se deslizaban por mis mejillas y Zeke las secaba—. Y estoy muy enfadada contigo por hacerme llorar tanto.

—Es tu cumpleaños —me susurró. Deslizó una mano por mi mejilla y volvió a acomodarme el pelo detrás de la oreja—. Llora si quieres.

Sacudí la cabeza, una sonrisa imparable se dibujó en mis labios antes de bajarlos hasta los suyos.

—Se me ocurren otras cosas mejores que hacer —susurré.

Atrapó mi siguiente beso con una profunda inspiración y un gemido, sus manos se entrelazaron alrededor de mis caderas mientras las mías se enredaban en su pelo. Moví las caderas, deleitándome al sentir cómo se endurecía debajo de mí, cómo su bulto me rozaba el vientre.

Esperé a que llegara ese momento, a que ambos nos volviéramos animales, a que gruñéramos y nos rasgáramos la ropa hasta quedar desnudos. Esperé a que me mordiera el labio y me magullara las caderas, como tanto me gustaba y ansiaba.

Pero no lo hizo.

No me metió prisa, ralentizó mis movimientos con las manos, sujetándome las caderas a un ritmo constante. Su beso era pausado y profundo, sus labios, suaves y tiernos, su lengua, dulce y tranquila.

Y esa suavidad...

Me desarmó.

Sentí que cada nudo de mi garganta se liberaba, que cada músculo tenso se relajaba, que cada pensamiento ansioso se evaporaba como vaho en el aire que había entre nosotros. Me fundí con él, mi cuerpo con el suyo, y sentí cada latido de su corazón como si fuese el mío.

Bum, bum.

Bum, bum.

Era un sueño ver cómo aquellas lentas caricias daban paso a la intencionada retirada de nuestra ropa. Sus manos se deslizaron por mis caderas y por encima de mi caja torácica, llevándose mi camiseta para luego dejarla caer detrás de mí. A continuación, tiré de su manga larga, y él interrumpió nuestro beso solo el tiempo suficiente para deshacerse de ella.

Me besó en el arco de la garganta y me masajeó los pechos con las manos en círculos constantes. Jadeé con su siguiente beso y me

aferré a él con fuerza mientras nos levantaba a ambos con un movimiento fluido.

Sus pantalones de chándal, luego los míos. Sus calzoncillos, luego mis bragas. Y entonces solo llevaba puestas sus manos, que me acercaban a él, guiándonos de nuevo hacia abajo, con mis piernas a horcajadas sobre su cuerpo en el sofá.

Me estremecí al sentir su calor deslizándose entre mis piernas, al ver cómo gemía con el contacto, al sentir cómo tensaba las caderas y sentía cómo mi deseo lo cubría de la base a la punta. Aun así, mantuvo aquel ritmo tortuoso, tomándose su tiempo para besar y lamer y tocar cada centímetro de mi cuerpo hasta que me estremecí y le supliqué que me saciara.

Intentó levantarme, y yo sabía lo que quería, sabía que me dejaría helada en aquel sofá para ir a buscar un condón. Pero me agarré al respaldo del sofá, lo retuve, besándolo con fuerza mientras hacía girar las caderas para volver a sentirlo resbalar entre mis labios vaginales.

—Te perdono —susurré, y eso también lo calmó. Sus manos me sujetaron la cintura mientras se retiraba para mirarme a los ojos—. Te perdono. Te creo. —Volví a empujar contra él, haciendo que sus párpados aletearan—. Y confío en ti.

Tragó saliva.

—Riley...

—Quiero sentirlo, aunque sea una vez —dije; esas palabras, un beso y una súplica contra sus labios—. Quiero saber lo que es tenerte dentro de mí sin nada entre nosotros.

Su siguiente respiración fue ardiente y corta, su frente se posó sobre la mía.

—Ambos sabemos que esto no durará para siempre. —Tragué saliva, luchando contra la emoción que nació dentro de mí cuando

Zeke frunció el ceño como si mis palabras también lo hubieran matado—. Así que... déjame sentirte.

Un beso profundo y apasionado fue la respuesta, y me rodeó la espalda con un brazo mientras se introducía entre nosotros y se colocaba en mi entrada. Su glande se hundió en mi interior, haciéndonos sisear y quedarnos quietos mientras apoyaba mis manos en sus hombros y las suyas buscaban el surco de mis caderas y muslos.

Lentamente, con los ojos fijos el uno en el otro, bajé.

Lo introduje en mi interior una fracción marginal de un centímetro cada vez, sintiendo cómo su longitud cálida me abrasaba a cada segundo. Cuando creí que había llegado hasta el fondo, me levanté y volví a bajar las caderas para hallar aún más profundidad.

Los labios de Zeke se posaron sobre los míos antes de soltar una maldición y dejar caer la cabeza hacia atrás, abriendo los ojos para verme repetir el movimiento. Aquellos ojos eran pesados y rasgados, y cuando subieron por mi cuerpo hasta encontrarse con los míos, me apreté contra él, pues aquella mirada me ponía al borde del abismo.

—Eres... —Me ayudó a moverme, otro aliento corto y caliente salió de sus labios—. Jodidamente increíble, Riley.

No pude más que gemir, conforme, clavándole las uñas en la carne a la vez que encontraba un ritmo lento y constante, usando los músculos de los muslos para levantarme antes de que él me guiara hacia abajo para volver a penetrarme.

Arriba y abajo, adelante y atrás, un movimiento de balanceo que hizo que mi clítoris captara la más sutil fricción contra su pelvis cada vez que bajaba. Me incliné aún más hacia delante, deseando una conexión mayor, y Zeke se mordió el labio antes de pasarme la lengua por el pezón, que ahora tenía delante de la cara.

Una electricidad ardiente me lamió la columna, sacudiéndome entre las piernas y haciendo que mis paredes se apretaran alrededor de Zeke sin que yo pudiera controlarlo. Gimió al sentirlo, al ver cómo lo cabalgaba con más intensidad, con las uñas arañándole el torso mientras me echaba hacia atrás para poder mirarlo.

Aceleré el ritmo, moviendo las caderas y arqueando la espalda, y cada bocanada de aire salía de mí como humo. Estaba tan cerca, justo al borde, cuando él apretó las caderas y recibió mi empuje con el suyo.

Un relámpago.

Golpeó algo tan profundo dentro de mí que vi un relámpago.

Grité su nombre, aferrándome a la vida mientras él me penetraba una y otra vez, manteniendo mis caderas firmes. Ya no podía moverme sola. No era capaz de mover nada. Simplemente sucumbí al placer que se me encendía en los dedos de los pies, en los oídos, hasta extenderse como el fuego por cada parte de mí y reagruparse en el centro.

Exploté.

Una oleada tras otra de mi orgasmo me recorrió. No podía contener lo fuerte que gemía, lo salvajes que eran mis movimientos mientras me retorcía de placer. Y apenas había terminado mi clímax antes de que Zeke me apartara de él, estirándose para rodearme y terminar la faena con la mano para no derramarse en mi interior. Sentí su descarga caliente contra mi culo y la parte posterior de mis muslos, y lo besé con fuerza mientras él expulsaba lo último que quedaba.

Cuando se relajó, yo también lo hice, y me desplomé sobre su pecho mientras él me rodeaba con la mano limpia y mantenía la otra alejada.

Me eché hacia atrás y miré por encima del hombro el desastre que me había hecho en la piel.

Me ruboricé al ver que me encantaba.

—Hablando de arte... —Me burlé, arqueando una ceja hacia él mientras me giraba para mirarlo de nuevo.

Él sonrió, satisfecho.

—Feliz cumpleaños.

Los dos nos reímos, y luego me atrapó entre sus brazos y me llevó a la ducha para limpiarme.

Y para un maravilloso segundo asalto.

23

Zeke

—No me das ninguna pena —dijo Riley, moviendo una cadera con descaro mientras se cruzaba de brazos y miraba hacia donde yo estaba sentado, a nuestra pequeña mesa de comedor—. Sabías que tenías que hacer este trabajo desde el principio del semestre. Te dije que no esperaras. ¿Y qué hiciste?

Suspiré, mirando el cursor parpadear en la pantalla en blanco de mi portátil.

Mis ojos volvieron a Riley, que no tenía ni idea de lo jodidamente sexi que estaba. Llevaba el pelo largo sucio y recogido en una coleta desordenada; la mayor parte de la porquería se debía a lo mucho que yo había metido las manos en esa mata de pelo últimamente. Mi camiseta de los Rebels Athletics le quedaba holgada, justo por debajo del dobladillo de los pantaloncitos que yo sabía que llevaba debajo solo porque la había visto ponérselos esa mañana.

De repente, el trabajo era lo último en lo que pensaba, aunque mi elegibilidad para jugar al fútbol dependiera de ello.

Me eché hacia atrás en la silla, me levanté y rodeé a Riley con los brazos mientras tiraba de ella. Al principio se puso tensa, como si fuera a apartarse, pero una sonrisa se dibujó en sus labios cuando mis manos se deslizaron hacia abajo para agarrarle el culo con firmeza.

—Esto no ayuda —dijo ella.

—No estoy de acuerdo.

Susurré las palabras bajo la concha de su oreja, agarré el lóbulo entre los dientes y me gané el suave maullido que buscaba. Pero en cuanto mi polla se endureció y Riley la sintió presionar contra su vientre, clavó las manos en mi pecho y me apartó.

—Siéntate —dijo con un chasquido de dedos, y luego señaló mi silla vacía—. Y escribe.

Pataleé y me dejé caer en la silla.

—Es que no quiero.

Se rio un poco de mi rabieta, se colocó detrás de mí y me puso las manos en los hombros. Me masajeó los músculos, doloridos por una dura semana de entrenamiento, y yo murmuré una aprobación, hundiéndome en la silla.

—¿Necesitas motivación?

Mi única respuesta fue otro «Mmm».

—Tengo que hacer un trabajo en grupo, luego me meteré en la ducha y me iré a clase. Hoy tengo prácticas, grabaciones y reuniones. —Cada palabra era una canción de cuna en sus labios, lenta y sexi—. Además, también me tengo que reunir con mi grupo para hablar del trabajo. Así que —dijo, inclinándose para hablarme al oído. La sensación de su boca dulce me provocó otra sacudida en la polla— tienes dos horas para terminar de escribir y acompañarme a la ducha, o va a ser una noche larga... —sus manos bajaron por mi pecho y mi abdomen—, fría... —pasó las manos por mi erección mientras yo gemía y me tensaba con el contacto— y dura.

Me dio un beso en la mejilla, retiró las manos y cualquier otra parte de su calor y se dirigió a su dormitorio.

—Eso es cruel —dije tras ella.

Se rio entre dientes y se detuvo en la puerta.

—No es para tanto. Hice esa asignatura en verano, y siempre y cuando el profesor Marks vea que te esfuerzas y comprendes a grandes rasgos la oferta y la demanda, la inflación y la recesión, te aprobará.

La miré como si acabara de hablarme en alemán.

Puso los ojos en blanco y se acercó lo suficiente para girar mi portátil hacia ella y abrir una cuenta de Google Drive. Unos clics más tarde, tenía un trabajo de economía en la pantalla.

—Toma. Este es el mío del semestre pasado. Léelo a ver si te ayuda.

Volví a suspirar con pesar, pero antes de que pudiera alejarse, la cogí por la muñeca y tiré de ella para darle un beso largo y profundo.

—Gracias —murmuré contra sus labios cuando estaba completamente sin aliento.

Sonrió.

—Ponte a trabajar. No quiero ducharme sola...

Bajó las yemas de los dedos por mi pecho, tiró de la banda de mis pantalones de chándal y se pasó la lengua por los labios antes de bajarse de mi regazo, entrar en su dormitorio y cerrar la puerta tras ella. Otro largo suspiro me abandonó mientras volvía la atención al texto que me devolvía la mirada desde la pantalla. Cada molécula de mi cuerpo se resistía a leerlo, a trabajar por mi cuenta, a todo lo que tuviera que ver con los deberes. Deseaba poder saltarme esta parte y ser simplemente un atleta sin la parte de estudiante.

Pero esto formaba parte del proceso, y si quería llegar a ser profesional, primero tenía que aprobar el curso.

No supe cuánto tiempo pasé allí sentado, enfadado y molesto, antes de ponerme los auriculares y empezar a leer. Tardé demasiado, como siempre, y tuve que luchar contra mi frustración a

cada paso mientras las letras y las palabras se confundían y se mezclaban como si bailaran y yo intentara seguirles el ritmo.

Al final lo leí, sin prisa, pero sin pausa, y entonces, por algún milagro, conseguí empezar a escribir mi propio trabajo.

Repasé las notas con las que Riley me había ayudado a lo largo del semestre para esbozar los puntos principales antes de empezar a redactar, señalando lo más importante para que no se me olvidara ni lo pasara por alto. La introducción fue la parte más difícil, pero luego me dejé guiar por ese esquema.

El tiempo pasó más deprisa de lo que pensaba, porque solo llevaba hechas dos páginas y media de las cinco cuando Riley abrió la puerta de su habitación, sonriéndome con maldad mientras se quitaba mi camiseta y entraba trotando en el cuarto de baño con solo sus *culottes*. Me miró por encima del hombro cuando también se los quitó despacio y cerró la puerta tras de sí.

Un momento después, comenzó a fluir el agua de la ducha.

—No me jodas —gemí, crujiéndome el cuello antes de volver a centrarme en el portátil.

Entonces escribí como un poseso, cruzando referencias entre el documento de Riley y mi esquema mientras mis dedos volaban sobre el teclado. Las letras y las palabras seguían bailando, pasando de un ritmo lento de pasodoble a un frenético foxtrot. Me sentía como ese GIF de Jim Carrey en *Como Dios*, y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado hasta que escribí la última frase y cerré de golpe la pantalla.

—¡HECHO! —grité lo bastante alto como para que en la ducha se oyera una risa floja.

En diez segundos, mi propia ropa estaba tirada por el suelo y descorrí la cortina de la ducha el tiempo suficiente para deslizarme dentro y sentir la lluvia de agua caliente sobre mi piel fría.

—Lo has conseguido —comentó Riley con una sonrisa, rodeándome el cuello con los brazos mientras estrechaba su cuerpo contra el mío. Yo ya estaba duro, dolorido y desesperado por estar dentro de ella.

—Y ahora voy a hacértelo a ti.

Soltó una carcajada.

—Ay, Dios, Zeke.

Pero antes de que pudiera burlarse de mí por esa frase tan poco convincente, le di la vuelta y la incliné; sus manos se agarraron a la pared de la ducha mientras un grito de sorpresa salía de sus labios entreabiertos.

Me arrodillé, le arqueé más la espalda, le separé las nalgas y pasé la lengua desde su bulto hinchado por toda aquella costura resbaladiza.

Mientras disfrutaba de mi recompensa, sonreí al ver cómo perdía la capacidad de hacer más bromas.

—Ay, madre. No puedo mirar.

Riley me apretó el antebrazo con tanta fuerza que me estremecí; luego cerró los ojos y los volvió a entreabrir lo suficiente como para ver a nuestro ataque en la línea de las veintidós yardas. El viento gélido nos azotaba el rostro, la piel rosada y el aliento en nubes blancas.

Quedaban veintiséis segundos, perdíamos de tres y todo dependía de las siguientes jugadas.

Si conseguíamos unas yardas más y nos salíamos de los límites, probablemente lo pudiéramos volver a intentar. Al entrenador le encantaría ver un *touchdown* que concluyese el partido, en lugar de una patada que nos llevara a la prórroga.

Pero si la defensa de los Águilas nos detenía, Riley tendría que patear.

A uno bajo cero y con un viento de cuarenta kilómetros por hora.

No era el peor al que se había enfrentado en su carrera, pero yo sabía que la presión iba en aumento, era consciente de lo nerviosa que estaba a pesar de que ya había marcado un gol de campo en este partido y también había anotado todos los puntos extra.

—Respira —le dije, y nada más pronunciar la palabra, el balón salió disparado.

Ignoré mi propio consejo, al aliento se me quedó atascado en el pecho mientras veía a Holden lanzar un pase directo a las manos de Kyle. Nuestra línea de banda estalló, sobre todo cuando este consiguió salirse de los límites a falta de trece segundos.

Un primer *down* sellado y a solo siete yardas de la línea de gol, el entrenador ni siquiera dudó en darle a Holden la señal de que no estábamos listos para patear todavía. Fue una decisión arriesgada, porque eso significaba que teníamos trece segundos para anotar o salir de los límites con tiempo suficiente para patear.

Holden reunió al equipo para anunciar la jugada, aplaudió y volvieron a jugar.

—Vamos, vamos —recé.

—Prepárate, Novo —dijo el entrenador Aarons detrás de nosotros, y Riley se puso en marcha, encajándose el casco.

Ya había estado lanzando patadas a la red por si acaso.

Llegó el momento del saque y Holden mantuvo el balón en el campo, con los ojos escudriñando las posibles opciones de recepción.

Pero no había ninguna.

Todos estaban cubiertos, y mi corazón se aceleró mientras lo veía repasar las distintas opciones solo para descubrir lo mismo.

Pero entonces...

Una apertura.

Era una brecha insignificante, pero Holden la vio y actuó rápido. Se guardó el balón contra el vientre, cargó por el centro, alrededor de dos linieros y...

—¡*TOUCHDOWN*! —gritó Clay en mi oído, saltando sobre mis hombros mientras el resto del equipo salía de la banda.

Holden lanzó las manos al aire justo a tiempo de ser barrido por los receptores, que le daban palmadas en los hombros y en el casco antes de unirse a nosotros en la línea de banda.

Riley chocó los cinco con Holden al salir para patear el punto extra, que entró, y agotó los últimos segundos del reloj.

Casi sentí lástima por el equipo anfitrión, por su afición, que se quedó en estado de *shock* al ver cómo transcurrían los segundos y saber que nos habíamos llevado la victoria tras ese último ataque. Pero ese sentimiento se desvaneció enseguida por la euforia de haber ganado otro partido.

De asegurar casi con toda probabilidad nuestra presencia en los *playoffs*.

En el fútbol universitario nunca se sabía. Todo era un riesgo, un extraño sistema de votación de los medios de comunicación que decidía quiénes eran los mejores equipos, quiénes disputarían los dos mejores partidos de la *bowl* que conducen a la final.

Pero esa noche me importaba una mierda lo que informaran los medios de comunicación.

Sentí que estábamos en la cima.

Y que nada podía detenernos.

Tuve que esforzarme al máximo para no estrechar a Riley entre mis brazos cuando todos corrimos hacia el campo, cuando el enjambre de periodistas nos engulló. Quería abrazarla. Quería

subirla a mis hombros. Quería besarla allí mismo para que todo el mundo lo viera.

Mis costillas crujieron por la contención, por el doloroso recuerdo de que ella no quería eso, de que probablemente nunca lo querría.

«Pasajero».

Aún podía escucharla decir esa palabra, aún podía ver con qué facilidad la pronunció aquel día en el que lo resolvimos todo.

Y, sin embargo, eso era lo último que sentía yo sobre lo nuestro.

—¡Zeke! ¡Zeke!

Me pusieron un micrófono en la cara, las luces del estadio me cegaron y justo detrás apareció el objetivo de una cámara. Una de mis reporteras favoritas de NBC Sports me sonrió, gritando lo más alto que podía para que la oyera por encima de la multitud.

—Menudo regreso tuviste al comienzo del partido. Háblanos de ese momento. ¿Sientes que te preparó para esta victoria?

—Sin duda —respondí, respirando contra el frío—. Nos dio el ímpetu inicial que impulsó la primera parte. Pero, en realidad, la defensa ha sido la que más se ha esforzado, sin quitarle mérito al ataque, con ese último avance por el campo que nos ha dado la victoria. En definitiva, ha sido un esfuerzo de equipo y estoy contento de haber participado en él.

Sonrió.

—Por supuesto. Fue increíble. Y ¿qué hay de Riley Novo? El pateador de los Águilas tuvo problemas con el brutal viento, pero ella se las arregló para mantener la calma y conseguir esos puntos extra. ¿Cómo de cruciales fueron?

Miré a Riley, que estaba rodeada de su propio grupo de periodistas, con los ojos brillantes y llenos de vida mientras respondía a sus preguntas. Como si sintiera que tenía la vista clavada en ella, me miró y todo a nuestro alrededor desapareció.

Sucedió a cámara lenta, el aliento que se escapó de sus labios rojos, quemados por el viento. Aquellos labios se curvaron en una leve sonrisa, las mejillas sonrosadas, el pelo húmedo y desordenado alrededor de las hombreras antes de que el viento se lo llevara hacia atrás.

El corazón se me aceleró en el pecho con tanta fuerza que estiré la mano para cubrirlo antes de enganchar los dedos en la parte superior de las hombreras bajo la camiseta, una postura despreocupada que adoptaba a menudo y que esperaba que enmascarara el evidente efecto que aquella chica tenía en mí.

Un parpadeo y Riley volvía a mirar a la cámara, y el tiempo reanudaba su ritmo habitual.

—No tengo palabras para expresar lo cruciales que fueron esas patadas, y lo crucial que es Riley Novo para este equipo —dije, y de alguna manera me las arreglé para apartar la mirada de ella y centrarme de nuevo en la reportera—. No habríamos llegado tan lejos sin ella.

—Fuisteis juntos al instituto, ¿verdad? ¿Sois amigos de la infancia? ¿Cómo es jugar en el mismo equipo?

Me tragué otro vuelco de mi corazón.

—Lo es todo —respondí con sinceridad.

Algo se reflejó en el rostro de la reportera, que miró a la cámara antes de inclinarse para indagar. Sabía que tenía que seguir hablando, hacer una broma o un comentario sobre otro jugador antes de que ella y el resto del mundo del deporte se fijaran demasiado en lo que había dicho.

Pero no tuve la oportunidad porque me abordaron por detrás; Leo saltó sobre mi espalda y levantó una mano como si estuviera preparando un lazo.

La reportera se echó a reír y le hizo unas cuantas preguntas antes de despedirnos a los dos, y todos salimos trotando hacia los vestuarios para la reunión de revisión del partido.

—Qué locura —me dijo Riley cuando corríamos por el pasillo, con el pelo al viento detrás de ella—. Estoy deseando ver la clasificación de la Associated Press.

Quería intervenir, decir algo ingenioso, inteligente o incluso estúpido, pero no pude hacer otra cosa que sonreírle al darme cuenta de algo que ya no podía negar.

No quería algo pasajero.

Nunca lo había querido.

Y tenía que decírselo, aunque eso implicase perderlo todo.

24

Riley

¿Qué es lo bueno de ser la única chica en un equipo de fútbol universitario masculino?

Que tenía mi propia habitación de hotel.

Al principio de la temporada me había servido para descansar de Zeke, pero ahora me gustaba todavía más porque era una forma sencilla de estar a solas con él cuando teníamos un partido fuera de casa.

Los dos habíamos sentido en el vestuario esa necesidad de estar juntos, y yo sabía que era lo que le había llevado a declinar la invitación de salir a celebrar la victoria. Yo hice lo mismo, alegando que tenía que estudiar para un examen inexistente. Pero el equipo estaba tan entusiasmado con la victoria que no nos presionaron demasiado; todos estaban desesperados por salir por Charleston a celebrar.

Zeke se había colado en mi habitación en cuanto su compañero se fue, y pedimos una *pizza*.

—Me esperaba estas brutales temperaturas en Nueva Inglaterra, ¿sabes? —dije, despegando un trozo de *pepperoni* y metiéndomelo en la boca. Estábamos sentados en mi cama, con la caja de *pizza* en medio, yo con las piernas cruzadas y Zeke apoyado en el cabecero —. Pero ¿no se supone que en Carolina del Sur hace calor?

Sonrió levemente.

—La semana pasada había veintidós grados.

—Uf, ¿por qué no podíamos venir entonces? —Negué con la cabeza, mordí un trozo de *pizza* y se me quedó el queso colgando de la boca. Me reí de mí misma, lo que hizo que la ceja de Zeke se alzara más mientras yo sorbía aquella ristra de queso y me la comía con una sonrisa.

Una sonrisa que él no pudo corresponder.

Fruncí el ceño y tomé un sorbo de agua antes de señalar con la cabeza su porción sin tocar.

—¿Estás bien? No has comido, y debes de estar hambriento después del partido que has jugado.

Tragó saliva y frunció el ceño.

—¿Zeke?

Con la mandíbula apretada, se incorporó, dejó con cuidado su plato en la mesilla de noche, cogió el mío e hizo lo mismo. A continuación, cerró la caja que había entre nosotros y la dejó en el suelo.

—¿Qué...?

No pude formular la pregunta antes de que la boca de Zeke estuviera sobre la mía, sus brazos atrayéndome hacia las sábanas, hacia él; un suspiro pesado y tembloroso lo abandonó mientras nos derretíamos el uno contra el otro. Estaba casi... temblando cuando sus dedos se enredaron en mi pelo, cuando una de sus piernas se deslizó entre las mías y apretó como si no pudiera acercarse lo suficiente.

Aquel beso era nuevo..., diferente. No podía ponerle nombre, ni decir exactamente qué era, pero algo tenía claro.

Me necesitaba.

Pasara lo que pasase, fuera lo que fuese lo que lo atormentaba, en ese beso me pidió que lo compartiese con él.

Así que le respondí con mi propio anhelo, tirando de él sobre mí y abriendo mis muslos para que descansara entre ellos.

Acogí cada beso desesperado que me dio con otro mío, y nos convertimos en un frenesí de manos y bocas y suspiros de deseo hasta que tiré de su camiseta, pues necesitaba sentirlo contra mí, piel con piel. Se apoyó sobre las manos el tiempo suficiente para ayudarme a quitársela, pero luego se cernió sobre mí apoyándose en los codos, con la respiración agitada y entrecortada mientras sus ojos buscaban los míos.

Había tanto dolor en aquellos ojos, tanta preocupación grabada en sus cejas. Recorrió cada línea de mi rostro como si fuera la última vez que tuviera la oportunidad de hacerlo, jugando distraídamente con las yemas de sus dedos en mi pelo extendido sobre las almohadas.

—¿Qué pasa? —me atreví a preguntar, y me acerqué a él para pasarle el pulgar por el entrecejo.

Zeke suspiró a causa del contacto y cerró los ojos antes de inclinar la cabeza para atraparme la palma con un beso. Cuando sus ojos volvieron a encontrar los míos, vi que el miedo se intensificaba y su nariz se encendía antes de hablar por fin.

—Quiero más.

El corazón comenzó a palpitarme en el pecho antes de detenerse por completo, aunque de algún modo seguía oyéndolo latir con fuerza y de forma extraña en mis oídos.

—No quiero algo pasajero —continuó—. No puedo seguir fingiendo que no soy tuyo en todas las formas posibles, que no anhelo que seas mía de la misma forma. No me apetece esconderme. No quiero seguir teniendo el corazón jodidamente destrozado al pensar en que todo esto puede terminar en cualquier momento.

Tragó saliva y negó con la cabeza antes de dejar caer su frente sobre la mía; su aliento cálido y mentolado entraba en contacto con mis sentidos.

—Quiero más, Riley. Y si tú no puedes dármelo, lo entiendo, pero no... —Se detuvo, se lamió los labios con otra descarga de dolor y su ceño se frunció contra el mío—. No puedo seguir en este punto muerto. Así que, si no sientes lo mismo, lo comprendo. Puedo... —Volvió a tragar saliva—. Puedo alejarme si es lo que necesitas. Pero si tú también me deseas..., si incluso una pequeña parte de ti siente que...

—Sí.

Esa palabra fue un suspiro anhelante y desgarrador, que hizo que Zeke levantara la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—¿Sí?

Me mordí el labio inferior, con los ojos brillantes, mientras asentía con la cabeza y volvía a atraerlo hacia mí. Sabía que había miles de cosas por resolver: el equipo, los entrenadores, Gavin, pero todo eso podía esperar.

Ahora mismo, Zeke me deseaba, y yo a él, y no quería pensar en nada que pudiera interponerse entre nosotros solo por esos dos hechos.

Enredé las manos en su pelo y me levanté para acercar mi boca a la suya, para tragar con avidez el suspiro de alivio que acompañó a aquel beso. Relajó todo el cuerpo, pero seguía temblando entre mis manos mientras movía las caderas contra mí y yo le rodeaba la espalda con los tobillos y lo acercaba.

Ahora la forma en que nos besábamos y nos tocábamos mientras nos despojábamos de la ropa era un *ballet*, una conmovedora obra de arte. Solo nos separamos el tiempo que tardé en despojarme de la camiseta o en dejar sus pantalones de chándal en el suelo. Prenda

a prenda, fuimos dejando nuestra ropa en el suelo o en la cama hasta que estuvimos piel con piel, pecho con pecho, con su dura longitud presionando entre mis piernas.

Esa noche se tomó su tiempo, incluso más que de costumbre, al bajar por mi cuerpo para besarme y lamerme entre los muslos hasta que me retorcí y estrujé las sábanas con los puños. Estaba a punto de correrme cuando tiré de él hacia arriba, cuando saboreé mi sal en su lengua antes de ponerme boca abajo.

Una mirada por encima de mi hombro le dejó claro lo que quería.

Zeke se arrodilló detrás de mí el tiempo suficiente para colocarse en mi entrada, y luego bajó, envolviéndome con cada centímetro de su cuerpo mientras empujaba suavemente y entraba dentro de mí. Arqueé la espalda contra su abdomen y me apoyé en los codos para que pudiera tocarme los pechos y sujetarlos mientras se alejaba y volvía a introducirse en mi interior.

En aquella postura me penetraba tan profundamente que cada centímetro de su cuerpo se enroscaba para acariciar aquel delicioso punto de mi interior que desencadenaba en mí el clímax. Acababa de encontrar el ritmo, acababa de besarme la concha de la oreja con un gemido placentero que le retumbó por todo el cuerpo cuando me incendié.

Me estremecí debajo de él, y mi orgasmo se intensificó cuando me rodeó el cuello con la mano y apretó con suavidad mientras sus caderas continuaban aquellos tortuosos y constantes movimientos. Y al desvanecerse, me metí los dedos en la boca, chupando y gimiendo mientras me penetraba desde atrás.

Eso fue su perdición.

Salió y se arrodilló mientras se acariciaba hasta correrse encima de mí. Observé por encima del hombro cómo me pintaba la espalda,

el culo, los muslos, cómo se le contraía la cara por el potente placer que sacudía su cuerpo.

Verlo deshacerse, saber que yo era la razón de su placer, que yo era lo que él quería, me provocaba una sensación de poder inigualable.

Cuando lo último de su liberación emergió con un estertor, Zeke me ayudó con cuidado a salir de la cama, me cogió de la mano y me llevó a la ducha. Me limpió en silencio y luego me envolvió en sus brazos, besándome con dulzura mientras el vapor se elevaba a nuestro alrededor.

Quedaba tanto por resolver, tanto por hablar. Y ese no era el mayor obstáculo que tendríamos que superar juntos. Pero en ese momento, lo único que importaba era una verdad irreverente.

Queríamos estar juntos.

Y en lo más profundo de mi alma, sentí de verdad que era suficiente, que podíamos conseguirlo, que encontraríamos la manera de apañarnos con el equipo y con Gavin y con cualquier otra cosa que se nos pusiera por delante.

En mi mente, ya nada podía detenernos.

Y me subí a ese tren hasta que la realidad me golpeó y me demostró lo equivocada que estaba.

25

Riley

¿Debería preocuparme?

Levanté el mensaje de Gavin para enseñárselo a Zeke el lunes siguiente y le sonreí antes de responderle que todo iba bien. Mi hermano me envió un GIF de Homer Simpson sospechoso, del que Zeke se rio antes de que yo guardase el móvil.

Teníamos un plan.

No era perfecto, y sin duda habría obstáculos que ahora no podíamos ver. Pero habíamos decidido lo más importante: con quién había que hablar y en qué orden.

Primero, se lo diríamos a Gavin.

Lo habíamos invitado a cenar esta noche, y comprendí que el hecho de que la invitación proviniese de los dos le levantara sospechas. La única vez que nos había visto llevarnos bien había sido en el museo, y sin duda pensaba que lo de la cena había sido idea mía y que Zeke solo había venido para pasar el rato con él.

Se me revolvía el estómago solo de pensar en cuál podría ser su reacción, pero Zeke me prometió que todo saldría bien, aunque al principio se enfadara. Al fin y al cabo, éramos hermanos, mellizos, y saldríamos adelante.

Cuando Gavin lo supiera, se lo contaríamos al equipo, empezando por el entrenador Sanders.

Aún no habíamos concretado los detalles de la conversación. Sugerí que empezáramos pidiendo cambiar de compañero de habitación, para demostrar que, aunque estuviéramos juntos, el equipo seguía siendo lo primero y queríamos respetar las normas en la medida de lo posible.

Para sorpresa de nadie, Zeke detestó esa idea y pensó que debíamos seguir compartiendo habitación para evitar que nuestros compañeros tuvieran que sufrir las consecuencias cuando quisiéramos estar juntos después de los entrenamientos.

Pensamos que Gavin podría dirimir el debate, y seguramente tuviera más sugerencias sobre cómo darle la noticia al entrenador y al equipo.

—Voy a coger un Uber para ir al supermercado —dije, colgándome la bolsa sobre un hombro—. No creo que la tienda del campus tenga todo lo que necesitamos.

—Y yo tengo que limpiar. —Zeke se levantó de golpe y saludó como un soldado; le di un puñetazo en la tripa que lo dejó sin aliento.

Miró alrededor, asegurándose de que nadie nos estaba prestando atención antes de extender la mano y apretar la mía.

—Todo va a salir bien —me aseguró, atisbando los nervios que intentaba ocultar—. Gavin lo entenderá. Y si no, lo solucionaremos. Juntos. ¿De acuerdo?

Suspiré, pero sonreí al saber que estaría a mi lado a cada paso.

—Vale. —Entonces, se dibujó una sonrisa en mis labios—. Esto es bastante tierno, ¿sabes? Yo comprando para hacer la cena, tú limpiando para los invitados.

—Lo próximo será ver series juntos.

—Qué patético —dije, pero sonreí antes de bajar la voz—. Me muero de ganas.

Zeke me apretó la mano con una sonrisa una vez más antes de soltarla, aclarándose la garganta mientras miraba a su alrededor. Sus ojos volvieron a encontrar los míos y, sin que dijera una palabra, supe lo que quería en ese momento.

Besarme.

Pero se resistió y me guiñó un ojo antes de dirigirse a la puerta de los vestuarios.

No le dio tiempo de dar ni tres pasos cuando ambos nos sobresaltamos al oír nuestros apellidos.

—Novo, Collins —dijo el entrenador Sanders, con una voz profunda y dominante.

Seguimos el sonido de su voz hasta la puerta de su despacho, donde nos miraba con una expresión ilegible; lo único que quedaba claro era que no nos llamaba para alabarnos.

Tampoco dijo nada más, simplemente se quedó allí esperando, una exigencia tácita de que nos presentásemos en su despacho de inmediato.

Zeke y yo compartimos una mirada antes de dejar las bolsas en el banco más cercano y correr hacia allí; Zeke ocupó una silla y yo la otra.

El entrenador cerró la puerta tras nosotros, bajó las persianas de la ventana y rodeó el escritorio para sentarse en su silla.

Tragó saliva mientras se miraba las manos, entrelazadas sobre el escritorio. Abrió la boca para hablar, la volvió a cerrar y levantó la mirada para mirarnos a los dos.

Mierda.

Lo sabía.

El pánico se apoderó de mí al mismo tiempo que la mano de Zeke se movía sobre el reposabrazos, apenas un centímetro, lo suficiente para que supiera que intentaba calmarme mentalmente. No podía

cogerme la mano en la vida real, pero quería que supiera que estaba ahí, que todo iría bien.

«Respira», podía oírle decir en mi cabeza.

Así que tomé la mejor bocanada de aire que pude reunir y la dejé salir con temblorosa contención.

—He de ser sincero —dijo al final el entrenador—. Estoy tan cabreado que podría lanzar por los aires este puto escritorio y tumbaros a los dos con él.

Se me hizo un nudo en el pecho, y di gracias por estar sentada con las manos metidas bajo los muslos para que el entrenador no pudiera ver cómo me temblaban.

—Que dos de mis novatos más prometedores hagan una estupidez como esta...

Negó con la cabeza y juraría que le salía humo por la nariz cuando Zeke se aclaró la garganta y dijo:

—Señor, podemos explicarlo.

—¿Explicarlo? —El entrenador lo cortó con una risa socarrona—. Por favor. Explicadme por qué pensáis que copiar es justificable.

Zeke se quedó con la boca abierta y los dos fruncimos el ceño, confundidos; mi cabeza se inclinó hacia un lado mientras trataba de averiguar de qué demonios estaba hablando.

—¿Disculpe? —preguntó Zeke.

El entrenador resopló y se echó hacia atrás para sacar dos montones de papeles de un cajón. Los dejó sobre el escritorio y nos miró expectante, mientras yo fruncía aún más el ceño.

La de arriba era reconocible: la primera página de la redacción de Economía de Zeke, con su nombre y correo electrónico al principio. Pero cuando el entrenador la apartó para mostrar mi trabajo del semestre pasado, negué con la cabeza.

—No lo entiendo.

—El profesor Marks me las entregó esta mañana —explicó con calma—. Lamentaba informarme de que mi receptor estrella, Zeke Collins, había plagiado el trabajo de una compañera de equipo. —Sus ojos se clavaron entonces en los míos—. Nuestra pateadora: Riley Novo.

Se me desencajó la mandíbula, y ya estaba negando con la cabeza y dispuesta a defenderme cuando Zeke se me adelantó.

—¡Eso es ridículo! Yo no...

—Ten cuidado con lo que digas a continuación, hijo, porque tengo muchas pruebas en estas páginas. —El entrenador levantó el papel y lo golpeó con la mano, con la cara roja mientras esperaba a que Zeke recapacitara sobre lo que estaba a punto de decir.

—Zeke —logré decir cuando se quedó callado—. Cuéntaselo.

Él tragó saliva y su rostro se tornó ceniciento. Y cuando no habló...

Se me subió la bilis a la garganta.

—No habrás... —susurré.

Zeke me miró, con los ojos muy abiertos, mientras negaba con la cabeza.

—No lo hice, lo juro. A ver..., leí el tuyo, sí. Y... puede que me inspirase en algunos de tus temas, pero...

—¿Inspirarte? —preguntó el entrenador, y entonces leyó un párrafo en un trabajo y luego en otro; estaban redactados de forma diferente, pero decían prácticamente lo mismo.

Apreté los ojos y me hundí en la silla, incrédula, mientras el entrenador nos miraba fijamente y esperaba.

—Señor, Riley no ha tenido nada que ver con esto —dijo Zeke—. Lleva toda la temporada ayudándome a estudiar y no ha hecho absolutamente nada mal. Fui yo quien pospuso el trabajo, y ella trató de echarme una mano...

—¿Dejándote copiar el suyo?

—¡No! —me defendí, con los ojos llenos de lágrimas. Odiaba que estuvieran allí, odiaba que la emoción se apoderase de mí en una situación en la que las lágrimas solo me harían quedar peor—. Entrenador, se lo juro, solo le dejé ver el mío para que pudiera coger ideas sobre cómo hacer el suyo. Yo... nunca pensé...

Esas palabras fueron cortadas por mi respiración errática, por mi garganta cerrándose en torno a esa verdad tan fría.

Nunca pensé que Zeke haría esto.

Nunca pensé que me copiaría el trabajo, que pondría en peligro nuestra permanencia en el equipo y las becas de ambos.

Nunca pensé que me traicionaría.

Me quedé en silencio mientras lo asimilaba, mientras intentaba digerir la verdad y me decía que era imposible.

Zeke no haría esto.

Sus palabras surgieron con tanta fuerza en mi mente que fue como volver a la noche de mi cumpleaños, cuando, sentados en el sofá, me habló con el corazón sobre la noche del accidente, con sus manos entrelazadas con las mías.

«Nunca te haría daño de forma intencionada».

Y yo le creí. Incluso cuando lo odiaba creía que él nunca...

Pero...

Lo hizo.

Negué con la cabeza, incapaz de comprenderlo, mientras Zeke asumía la responsabilidad.

—Señor, le prometo que nunca fue mi intención —dijo, con voz suave y tranquila—. Leí su trabajo, sí, pero no lo copié a propósito. El mío lo escribí yo. Puede que haya una parte hacia el final en la que...

Su voz se apagó y recordé que me había burlado de él, que le había dicho que terminara la redacción para que pudiera ducharse conmigo.

Apuró el final porque quería...

Cerré los ojos, incapaz de terminar el pensamiento mientras contenía las lágrimas que amenazaban con caer.

—Lo reescribiré —dijo Zeke—. Volveré a hacerlo. Lo...

—¿No entiendes lo grave que es esto? —preguntó el entrenador, inclinándose sobre su escritorio y mirando a Zeke como si le hubiese salido una pierna de la frente—. Tenéis la puta suerte de que el profesor Marks es buen amigo mío y acudió a mí en lugar de al decano. Deberían echaros del equipo. Deberían revocaros la beca. Deberíais ser expulsados.

Ahogué un sollozo y me tapé la boca mientras los ojos se me llenaban de lágrimas contra mi voluntad. El entrenador me miró sin un ápice de compasión antes de negar con la cabeza y sentarse de nuevo en la silla, con las manos cruzadas sobre el vientre, mientras nos invadía otro silencio.

—Volverás a escribir la redacción. Para el viernes —añadió, con los ojos fijos en Zeke—. Y, Novo, se te asignará un nuevo compañero de cuarto de inmediato.

Sorbí por la nariz, incapaz de mirarlos ni a él ni a Zeke, incapaz de creer que esto estuviera sucediendo.

—Sí, señor.

El entrenador suspiró.

—También quedáis suspendidos para los dos últimos partidos de la temporada.

Todo dentro de mí me rogaba que gritara, que protestase y le recordara que el resultado de esos dos encuentros determinaría si jugaríamos las semifinales del campeonato nacional.

Pero me mordí la lengua, porque sabía que él ya era consciente de ello, sabía que lo cabreaba tanto como nos mataba a nosotros sacar a dos de sus mejores jugadores de aquellos partidos.

—Espero que sigáis entrenando como si fueseis a jugar, y que apoyéis a vuestro equipo. Espero que estéis preparados para hacer frente a la ira de vuestros compañeros cuando les digáis por qué no vais a estar a su lado durante los momentos más decisivos.

Me quedé mirándome los muslos, sentía las manos entumecidas debajo de mí, una lágrima silenciosa me manchó la mejilla.

Esto no podía estar pasando.

Esto no podía...

Era como estar boca abajo en una montaña rusa destartalada, ya que hacía unos segundos estaba volando muy alto y sonreía y mi mayor preocupación era cómo reaccionaría mi hermano ante la noticia de que estaba saliendo con su mejor amigo.

Y ahora...

Miré a Zeke, que me devolvió la mirada con dolor, culpa y disculpas escritas en cada pliegue de su frente.

—Riley...

Pero aparté la mirada, negué con la cabeza mientras una fría resolución se apoderaba de mí.

No importaba que se me rompiera el corazón, ni que mi alma anhelase que la única persona responsable del dolor que sentía me lo quitara. Quería estar triste, enfadada, exigir respuestas..., pero la verdad era simple.

Zeke no era quien yo creía.

—No me gusta imponer este castigo más de lo que a vosotros os gusta aceptarlo —dijo el entrenador al cabo de un minuto—. Y no me cabe duda de que ninguno de los dos tenía intención de que esto

ocurriera. Pero cuando no se piensan bien las cosas hay consecuencias, y mejor que vengan de mí que de más arriba.

Se me desenfocó la mirada, su voz se desvaneció mientras entraba en modo supervivencia.

«Consecuencias».

Zeke dijo que entendía que sus acciones tenían consecuencias después del accidente.

Claro está que mintió.

—Son solo dos partidos. Seguid por el buen camino y podremos hablar de la *bowl*..., aunque a ver dónde acabamos. Por ahora, que ni se os ocurra abrir la boca hasta el entrenamiento de mañana. Lo comunicaremos al resto del equipo entonces.

Nos despidió con una simple inclinación de cabeza, y yo salí volando del despacho, agarré mi bolsa del banquillo e ignoré las miradas de los rezagados que me veían salir del vestuario.

Zeke me pisaba los talones, gritando mi nombre a cada paso.

—Riley, por favor —suplicó al final, agarrándome por el codo cuando emergí al aire frío del atardecer.

—Por favor, ¡¿qué?! —grité, empujándolo con fuerza en el pecho. No me resistí a las lágrimas que brotaban de mis ojos, no retrocedí cuando vi que se encogía ante la forma salvaje como lo inmovilizaba con esos ojos llorosos—. Has hecho que me suspendan dos partidos. Casi consigues que me expulsen de la universidad. —Negué con la cabeza, con las fosas nasales bien abiertas—. ¿Cómo has podido? ¡¿Cómo has podido?!

—Soy... imbécil. Yo no pensé...

—No, está claro que no —me mostré de acuerdo, me di la vuelta y me dirigí hacia nuestro cuarto.

—Lo siento, Riley —murmuró, y el dolor de su voz fue suficiente para detenerme, para hacer que un escalofrío recorriera mi espina

dorsal mientras deseaba con todo mi ser poder retroceder en el tiempo hasta aquel día, cambiar mi papel en esta pesadilla y no darle mi redacción.

Por mucho que odiara admitirlo... yo también tenía la culpa.

Pero confié en él.

Y quizá ese fue mi error más grave.

—No, no lo sientes —dije al cabo de un rato, girándome para mirarlo de nuevo, con las lágrimas nublándome la vista—. Eres un tremendo egoísta, Zeke Collins, y siempre lo has sido. Lo fuiste con Gavin, cuando prometiste llevarlo sano y salvo a casa y rompiste la promesa, cuando arriesgaste su vida sabiendo que no estabas en condiciones de conducir solo para poder parecer un buen amigo. —Negué con la cabeza—. Y ahora has querido salvar el culo y tu puesto en el equipo sin pensar en cómo me afectaría a mí.

Me había pasado de la raya. Ni siquiera era una buena correlación, pero las ganas de hacerle daño como él me lo había hecho a mí superaban la lógica.

Vi cómo la sangre lo abandonaba a medida que iba soltando las palabras, sentí el veneno al escupirlo, pero no pude parar. Se levantaron muros de acero a mi alrededor, con alambre de espino en la parte superior, y acogí la soledad que traían consigo como el más dulce de los hogares.

—No sé por qué pensé que podrías cambiar —susurré, palabras que parecían balas.

Y me fui sin esperar a ver si habían dado en la diana.

Zeke

La vi girarse, marcharse, llevarse todo mi mundo con ella mientras yo me quedaba temblando de frío.

Recé para volver atrás en el tiempo, para dejar de mirarme el ombligo aquella mañana en la que cometí lo que ni siquiera me di cuenta de que era un error fatal. Le pedí a Dios que se apiadara de mí, que la hiciera parar, que la obligara a escucharme.

Que me creyera cuando le juraba que no pretendía hacerle daño, que lo sentía, que haría lo que fuera para compensarla.

Recé para tener la oportunidad de hacer lo correcto, para que una luz me mostrara el camino hacia la redención.

Rogué que ocurriese un milagro.

Pero todas las plegarias quedaron sin respuesta, Dios negó con la cabeza y me dio la espalda, igual que había hecho Riley.

Y no podía culpar a ninguno de los dos.

Había incumplido mi palabra.

En ese momento me di cuenta de que no importaba si había tenido intención de hacerle daño, la cuestión era que se lo había hecho.

Y tal vez eso era lo que me convertía en un imbécil, creer que la intención tenía algo que ver con todo aquello.

Quebranté su confianza.

La traicioné.

Y la verdad era simple.

Había desperdiciado mi segunda oportunidad.

Sabía, sin preguntar, que no tendría una tercera.

26

Riley

Vacío.

Todo estaba vacío.

Las paredes de mi nueva habitación eran blancas y estaban desnudas; todas las obras de arte que había colgado en mi antiguo cuarto estaban metidas en cajas debajo de la cama. El tarro de estrellas de origami que me había regalado Zeke también estaba ahí, escondido en el fondo, para no verlas sin querer, aunque no tuve valor para tirarlas.

Así me sentía yo también por dentro: desnuda, entumecida, con todo el peso guardado y clasificado en compartimentos. Pero incluso con todo aquello oculto y mis emociones reprimidas en contra de su voluntad, seguía siendo incapaz de fingir que estaba contenta o emocionada.

Permanecí en ese estado de entumecimiento todo el tiempo que tardé en mudarme al nuevo cuarto que me habían asignado, con Clay. Me quedé sin emociones cuando tuve que contarle al equipo lo que había pasado a la mañana siguiente, cuando tuve que ver cómo la confusión, el dolor y la rabia inundaban sus caras al darse cuenta de lo que eso significaba para ellos: Zeke y yo en el banquillo.

Después, todos nos ofrecieron palabras de aliento, pero ninguno de los dos pudo aceptarlas.

Y yo menos.

Y desde aquel momento, no había hecho otra cosa que entrenar, estudiar y dormir, aunque esto último a veces resultaba complicado.

Sabía lo que era estar colocada por la vida, vibrar con las caricias de un chico al que deseaba tanto que lo sentía en cada nervio de mi cuerpo. Y había conocido el dolor inmenso, el inalcanzable, el que nace solo de una circunstancia impensable que se convierte en realidad, como ocurrió cuando mi hermano se quedó paralítico.

Había conocido todo el espectro de emociones, pero esto...

Esto no era nada.

Era apatía, densa y pesada, y resultaba peor que el dolor.

Si me doliera, al menos sentiría algo.

Cuando llamaron a mi puerta, no hice más que parpadear y, al no responder, Clay la abrió con tiento.

—Eh —dijo, viéndome tumbada de espaldas sobre mi cama deshecha—. Algunos vamos al estadio a desayunar antes del entrenamiento. ¿Te apuntas?

—No tengo hambre —fue lo único que respondí, y luego rodé sobre un costado, dándole a entender que no tenía nada más que decir.

Me dejó con un suspiro de resignación a regañadientes, pero me alegré de que me respetara lo suficiente como para no presionarme.

Comprobé la hora en mi móvil, observando exactamente cuánto tiempo podía pasar allí tumbada sin vida antes de tener que despegarme del colchón y dirigirme al estadio. Presentarme a entrenar sabiendo que no jugaría era una nueva forma de tortura.

También abrí los mensajes de Zeke por millonésima vez, sabiendo de antemano que nada había cambiado.

Lo siento mucho, Riley.

Era el único mensaje que había recibido desde que nos habían llamado al despacho del entrenador, y había hecho vibrar mi teléfono

casi a las tres de la madrugada de aquella noche. Estaba despierta y había mirado el teléfono deseando poder llorar, anhelando que esa disculpa fuera suficiente.

Ojalá pudiésemos volver a ser quienes éramos en los mensajes anteriores, sencillos, divertidos y sensuales, pequeñas bromas compartidas entre dos almas despreocupadas.

Subí por los mensajes hasta que me encontré con una foto nuestra en el sofá. Yo estaba acurrucada en el pecho de Zeke, con su mejilla apoyada en mi coronilla mientras los dos ofrecíamos sonrisas perezosas y saciadas a la cámara. Se la había enviado a la mañana siguiente, cuando estaba en clase.

Ojalá estuviera en el sofá contigo en vez de estar escuchando este sermón.

Se me revolvió el estómago y cerré los ojos para contener la nostalgia que me invadió, y salí de la conversación antes de tirar el móvil al colchón. Sin embargo, una parte de mí se sentía mejor.

Porque al menos sentía algo.

Ni siquiera oí el golpe que anunció la llegada de mi hermano. Supuse que había llamado, pero tal vez irrumpió sin más, o quizá se cruzó con Clay al salir. En cualquier caso, pasé de estar tumbada de lado en silencio a que me desgarrasen y luego a ponerme de pie en contra mi voluntad.

—No recomendaría una ducha antes del entrenamiento, pero... uf, hermanita. —Gavin arrugó la nariz y me miró el pelo grasiento cuando me tiró de la muñeca lo suficiente como para sacarme de la cama.

Lo ignoré, agarré la mochila y me la colgué del hombro.

—Se me ocurrió que podríamos desayunar juntos antes de que tengas el placer de entrenar bajo esta lluvia helada —dijo con un falso acento británico, como si fuera un *maître*.

—No tengo...

—No me importa que no tengas hambre —dijo antes de que pudiera terminar, con voz más severa—. Tienes que comer.

No tenía fuerzas para discutir, así que le hice un gesto para que me guiara.

Cerré la puerta detrás de nosotros, con el corazón acelerado mientras otros compañeros emergían de sus cuartos y llenaban el pasillo. No me atreví a mirar hacia la última puerta de la izquierda, no me atreví a girarme para ver si Zeke era uno de ellos.

La simple idea de verlo me provocaba un nudo en el estómago, y Gavin me fulminó con la mirada como si lo supiera, pero no dijo ni una palabra.

Cuando estuvimos fuera, desplegué un gran paraguas negro sobre los dos, y cruzamos lentamente el campus, el uno junto al otro.

—¿Cómo va el entrenamiento?

Resoplé.

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Y tu reserva? ¿Crees que está listo para el sábado?

—Ya no es mi reserva —le recordé—. Yo soy la suya. Y lo hará genial, estoy segura.

—No es tan bueno como tú.

—Mientras patee, no importa. Es fácil sustituirme.

Ante esa respuesta, Gavin frunció el ceño y me dio un codazo.

—Eso no es verdad y lo sabes.

Me encogí de hombros y me subí la cremallera del chubasquero cuando el viento empezó a desplazar las gotas hacia los lados.

—Anoche quedé con Zeke —comentó Gavin al cabo de un rato. Como no le contesté, añadió—: Está fatal, ¿sabes?

—Y con razón.

Gavin me miró.

—¿Por qué, porque cometió un error?

—Él al completo es un error.

—¿Qué te pasa? —Gavin se detuvo y esperó a que yo hiciera lo mismo—. Es como nuestro hermano, pero tú lo tratas como si fuese un criminal.

—¡Casi me echan de la universidad por su culpa! —grité, lo bastante alto como para que algunos alumnos nos miraran con recelo al pasar—. ¡Y mira lo que te hizo a ti!

Levanté la mano antes de pensarlo dos veces, y la cara de mi hermano se desencajó, sus ojos reflejaban una mezcla de dolor y sorpresa por lo que había dicho.

Suspiré.

—Lo siento, es que... —Resoplé, señalando con la cabeza hacia la cafetería—. Anda, vamos a resguardarnos de la lluvia.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

Me puse rígida ante sus palabras.

—Ya lo sabes. Me plagió el...

—Hay algo más, Riley, y para serte sincero, me cabrea mucho que pienses que soy tan tonto como para no darme cuenta.

Tragué saliva, y por primera vez en días sentí que los ojos me escocían por las lágrimas. No había nada que odiara más que pelearme con mi hermano.

—Gav, por favor. —Al final pude mirarlo a los ojos—. Ahora no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—No puedo hacer nada más que intentar levantarme de la puta cama cada mañana —confesé, con los ojos brillantes—. Sé que mereces más respuestas. Y sé que odias verme así, y también a tu mejor amigo... —Negué con la cabeza, porque incluso pensar en Zeke hacía que todo dentro de mí se cerrase—. Sé que es duro, pero

ahora mismo, necesito que... estés aquí para mí sin pedirme nada, como hacen los mellizos.

Como los mellizos.

Esa era la única carta de la que podíamos tirar para hacer callar al otro.

Gavin soltó un suspiro y se mordió el labio inferior antes de asentir con la cabeza.

Le devolví el agradecimiento con una inclinación de cabeza y recorrimos el resto del trayecto hasta la cafetería en silencio. Desayunamos casi de la misma manera.

Cuando llegué al campo estaba tan agotada que parecía que estaba terminando el día en vez de empezándolo, y mi cuerpo protestó cuando me puse la camiseta de entrenamiento y las protecciones. Me puse una térmica debajo, aunque sabía que no serviría de nada contra la lluvia helada.

Cuando estaba a punto de escapar, Zeke cruzó las puertas de los vestuarios y se llevó todo el aire con él.

Tenía exactamente el mismo aspecto que yo, la piel de debajo de los ojos hinchada, la cara cenicienta y demacrada, todo el cuerpo encorvado como si llevara el peso del mundo donde nadie pudiera verlo. Las gotas de lluvia se le pegaban al pelo y a las cejas, le rodaban por la chaqueta y caían al suelo. Sus ojos encontraron los míos en cuanto entró y se detuvo a medio paso, como si acabara de toparse con un oso salvaje en medio del bosque.

Había hecho todo lo posible por evitarlo y, más o menos, lo había conseguido. Ignoré el único mensaje de texto que me había mandado y todas las llamadas que recibí, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Me aseguraba de no estar presente cuando Clay me avisaba de que iba a venir y, durante los entrenamientos, me quedaba al otro extremo del campo o en la

banda siempre que podía, y solo me acercaba a él cuando los entrenadores me lo ordenaban.

Pero ahora estaba a unos metros de distancia y emanaba agonía, que se mezclaba con la mía en el espacio que nos separaba.

Cada célula de mi traicionero cuerpo se agitó, rogándome que fuera hacia él, que me derrumbara en sus brazos, que sintiera su calor envolviéndome y sus labios contra mi pelo mientras me susurraba que todo saldría bien.

El impulso era tan fuerte que mis pies se movieron con dificultad antes de ser capaz de detenerlos, antes de tragarme cualquier emoción que quisiera aflorar a la superficie.

Zeke tensó la mandíbula, el músculo se abrió paso a través de la piel. Sus ojos permanecían fijos en los míos, con las cejas inclinadas sobre ellos, y el cuerpo en tensión, como si fuera a salir corriendo o a arrancarle la cabeza si hacía el más mínimo movimiento.

Me pareció que pasaba una eternidad antes de que se despertara, se inclinara unos centímetros hacia mí y abriera la boca para decir algo.

Pero me di la vuelta, me puse el casco y salí corriendo bajo la lluvia.

27

Zeke

—¡Claro que sí, hostia! —gritó Gavin, levantando las manos en señal de victoria con el mando de la Xbox sujeto en una de ellas. Bailó un poco, contoneando las caderas antes de enmarcarse la entrepierna con las manos en un movimiento chulesco que me hizo sonreír.

El hecho de que las comisuras de mis labios se curvaran fue un milagro.

—Me lo estás poniendo demasiado fácil, tío —dijo, echándome una mirada antes de empezar a elegir los equipos para el siguiente partido—. Despierta. Quiero una competición justa, no vencer a un caballo moribundo.

Se me borró la sonrisa que había logrado esbozar y no pude encontrar la energía para recuperarla mientras seleccionaba a los Falcons de Seattle y esperaba a que Gavin eligiera con quién quería jugar. Cuando se decidió por los Colts de Indianápolis, empezamos.

Agradecí el silencio que reinaba entre nosotros mientras jugábamos, mis dedos sabían qué hacer, qué botones pulsar sin que mi cerebro tuviera que esforzarse. Cualquier excusa para salir de mi mente y centrarme en mi cuerpo era bienvenida y, a decir verdad, era la única forma que tenía de sobrevivir.

Echaba de menos lo borroso que había sido el tiempo cuando estaba con Riley, tan absortos el uno en el otro que cada día pasaba volando y lo único que me mantenía con los pies en la tierra eran los

momentos robados que pasaba con ella. Ahora, la vida era un borrón, pero de una forma completamente distinta, como durante el año que siguió al accidente que dejó a Gavin paralítico.

Era un borrón de culpa, de sufrimiento, de desear estar en una pesadilla de la que pudiera despertar.

Daba igual las veces que rememorase ese día, intentando recordar lo que había escrito en aquel dichoso trabajo con las prisas, nunca tenía sentido. No me acordaba de que había copiado su trabajo y lo había reformulado lo suficiente como para creer que se me había ocurrido la idea a mí solo. De verdad que pensaba que lo había escrito yo, con su ayuda, por supuesto, pero del mismo modo que un tutor ayudaría a su alumno.

Sin embargo, no era difícil imaginar cómo podría haber cometido ese error. Estaba tan desesperado por meterme en la ducha con ella que habría escrito cualquier cosa con tal de terminar el trabajo y pasar a tenerla entre mis brazos.

Y ahí estaba el problema.

No pensé.

Nunca lo hacía.

Riley tenía razón.

Cada vez que pensaba en ella, cada vez que cerraba los ojos y veía los suyos empañados por las lágrimas mientras me decía que no era más que una egoísta, que nunca cambiaría, era como un puñetazo en el estómago.

Le había prometido que no le haría daño, que podía ser mejor de lo que ella había creído durante años, solo para echar más leña al fuego y hacer que ardiera todavía más.

Sabía sin suplicárselo que no habría otra oportunidad de demostrarle que estaba equivocada, pero eso no me impedía querer arrojarme a sus pies cada vez que la veía.

Tampoco era la única a la que había defraudado.

Cuando les conté a mis padres lo sucedido, pude sentir su decepción a través del teléfono. Mamá se fue directamente, y papá se tomó unos minutos de silencio antes de poder dirigirse a mí. Cuando lo hizo, me ordenó que volviera a escribir el trabajo y me concentrase en el partido de la *bowl*, fuera el que fuese.

También aprovechó la ocasión para recordarme lo que me había inculcado toda la vida.

—No tienes que ser bueno en los estudios, hijo. Basta con que vayas pasando de curso hasta que empiece tu verdadera carrera. Tal vez podrías cambiar de rama, encontrar otra un poco más... adecuada.

«Adecuada» significaba «fácil».

Llamó al asesor del equipo justo después de colgar, sin preguntarme, y antes de que pudiera pensar en una razón para discutirlo, me cambiaron de carrera, me asignaron un tutor y reajustaron las asignaturas tal como mi padre quería.

Lo más curioso fue que ni siquiera me enfadé.

Me sentí aliviado.

Por alguna sádica razón que no podía explicar, me sentí bien tumbándome, dándome la vuelta y admitiendo que todo el mundo tenía razón.

No soy inteligente. No soy un buen amigo. No soy bueno en nada.

Salvo en el fútbol.

Que se me da jodidamente bien.

Así que me volqué en los entrenamientos, que era lo único que podía controlar.

Entonces me di cuenta de que tal vez..., tal vez..., me estaba machacando más de lo necesario.

El pulso se me aceleró cuando miré a Gavin, crují el cuello y volví a dirigir la vista a la pantalla antes de armarme de valor para decir lo que quería contarle.

—Creo que voy a presentarme al reclutamiento.

Los pulgares de Gavin se detuvieron sobre el mando durante un largo segundo, pero terminó la jugada antes de pausar el juego, con los ojos desenfocados clavados en la pantalla.

—Sé que querrás convencerme de que no lo haga, pero... lo he pensado mucho. Y creo que es lo mejor para mí.

—¿Dejar la universidad en el primer año? Perdóname si no estoy de acuerdo.

Respiré hondo.

—Odio estudiar. Y se me da fatal. Hace años que lo sabes.

—Tienes un problema de aprendizaje —discutió Gavin—. Es distinto.

—No importa. Tuviste que cargar conmigo en todas las clases del instituto, y mírame ahora —dije, extendiendo una mano como si Riley estuviera allí mismo, como si Gavin entendiera a qué me refería sin tener que decirlo.

No podía contárselo.

—Esto no es lo mío —dije, aunque se me quebró la voz—. El fútbol es mi trabajo.

Gavin negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto. Es muy complicado que te elijan, y mucho menos en las primeras rondas.

—No me importa que me elijan el último —dije—. Haré las pruebas de la NFL. Entonces me verán.

—¿Y si no?

Me encogí de hombros.

—Entonces ya me buscaré la vida. Mi padre me ha dicho que hay un agente que se muere por trabajar conmigo. Podrían invitarme a campamentos de verano.

—¿Y si no lo consigues?

—Lo conseguiré.

Gavin lanzó el mando y soltó un taco, se giró en la silla para mirarme.

—Estás tomando una decisión de cobarde, Zeke. Es una gilipollez y lo sabes.

—¿Qué esperas de mí? —pregunté con calma.

—¡Que te quedes! —Extendió la mano como si me estuviera dando la respuesta en bandeja—. Cambia de carrera si quieres. Búscate un tutor, pide ayuda a los del equipo. Déjame ayudarte a mí, hostia. Pero no renuncies. Tú nunca te rindes.

—No voy a rendirme.

—¿Ahora también te mientes a ti mismo?

Reprimí un suspiro y tiré al suelo el mando.

—He cambiado de carrera, a algo que no me interesa lo más mínimo, simplemente porque el asesor cree que será más fácil para mi cerebro de cavernícola. También me asignó un tutor, y ¿sabes qué? Sigo sin entender nada. Todavía me lleva el triple de tiempo, si no más, comprender lo que estoy estudiando, por no hablar de aplicarlo.

Gavin abrió la boca para interrumpirme, pero no le dejé.

—Me he quedado sin opciones, ¿vale? Es mejor entrar pronto y pasar un par de años en el banquillo aprendiendo de los mejores que arruinar mi carrera futbolística porque no puedo mantener el ritmo académico.

Había otro aspecto positivo en este plan, uno que no podía admitir en voz alta, y mucho menos ante Gavin.

Riley.

Podía dejarla en paz, como ella quería, podía darle el espacio que necesitaba para ser la deportista de élite que yo sabía que podía ser, sin suponer una distracción o una molestia para ella. Lo veía cada vez que nos cruzábamos en el vestuario o nos asignaban el mismo ejercicio en el campo. Me odiaba aún más que antes, y eso afectaba a su forma de jugar.

Tener que compartir equipo conmigo la mataba, y por si no había quedado claro en los entrenamientos, verla en el banquillo en el último partido había sido prueba suficiente.

Estaba ahí por mi culpa.

Una mirada letal me dijo que nunca olvidaría ni perdonaría aquello.

Y para demostrar esa opinión, mi parte egoísta deseaba no tener que sufrir por estar tan cerca de ella y no poder tocarla, abrazarla o mirarla sin que se pusiera furiosa.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Gavin, con voz tranquila mientras negaba con la cabeza—. Esto no es lo que tú quieres. Lo sé, en el fondo, quieres sacarte un título. Quieres demostrar que tus padres se equivocan, joder, ellos y todo el mundo. Tienes mucho más que ofrecer y lo sabes.

—Eso creía —lo corregí—. Pero últimamente mis acciones han demostrado lo contrario.

Gavin me observó durante un buen rato.

—Esto no tiene nada que ver con los estudios —dijo, y no era una pregunta—. Es por Riley.

—¿De qué estás...?

—No —me cortó—. No me mientas. De ella aún puedo aceptarlo, pero de ti no.

Observé la imagen pausada en la pantalla del televisor, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré.

—Fui un idiota, ¿vale? Es que tenía... prisa, y supongo que tenía sus argumentos en la cabeza mientras terminaba la mía.

—No me refiero a eso.

Me crují el cuello, por fin lo miré y quise volverme invisible cuando lo hice.

—¿Había algo entre vosotros?

Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes y, como no respondí, Gavin se puso delante de mí, clavándome la mirada.

—Contéstame.

Tragué saliva, consciente de que estaba a punto de hacer que Riley me odiara aún más, si es que eso era posible. Pero no podía mentirle, porque ya lo sabía.

—Sí —balbuceé.

Gavin cerró los ojos en un suspiro que sacudió mis ya frágiles huesos. Estaba impregnado de la misma traición que había sentido su hermana, y el hecho de haberlo oído de ambos estuvo a punto de destrozarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó al fin, cuando volvió a abrir los ojos.

—Creo que la respuesta es bastante obvia.

Le dirigí una mirada mordaz, y él asintió con otro suspiro, pasándose una mano por el pelo mientras se hundía más en su asiento.

—Debería partirte la cara, ¿sabes? —dijo.

—Ya me lo esperaba.

—Pero —añadió—, sinceramente, lo veía venir. Lo único que me sorprende es que hayáis tardado tanto.

Fruncí el ceño, pero no pude negar que me relajé un poco al saber que mi mejor amigo no estaba a punto de arrancarme la cabeza al descubrir que me gustaba su hermana.

—¿No quieres matarme?

Lo consideró.

—Tal vez un poco. Es mi hermana —dijo, mirándome fijamente—. Pero... me molesta más que me lo hayáis ocultado.

—Íbamos a decírtelo —expliqué, y se me formó un nudo en la garganta al recordar aquella cena que habíamos planeado, lo felices y emocionados que estábamos a pesar de los nervios—. Pero entonces...

No tuve que terminar la frase.

—Ahora todo tiene mucho más sentido —dijo después de un rato —. Lo trastornada que ha estado ella, lo desgraciado que te has mostrado tú. —Me clavó una mirada llena de dureza—. Y no quieres presentarte al *draft* porque odies la universidad. Quieres huir.

Ni siquiera me molesté en discutir. Me limité a tragar saliva, con las fosas nasales encendidas por una emoción que no podía contener ahora que la verdad había salido a la luz.

—¿Y no lo entiendes?

Gavin se quedó callado durante un momento, digiriéndolo.

—Supongo que todos hemos hecho estupideces para huir de un corazón roto —susurró, con los ojos fijos en sus piernas inmóviles.

Cuando volvió a mirarme, tuve que apartar la vista, inspirando con fuerza para mantener los ojos secos.

—Te estás rindiendo —dijo.

—No tengo elección.

—Eso es aún más estúpido que pensar que no puedes sacarte el título.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendes.

—Creo que eres tú quien no lo entiende. Mi hermana lleva enamorada de ti desde que éramos niños, idiota —dijo, y su sonrisa se tornó divertida cuando yo chasqueé la lengua y lo fulminé con mi confusión—. ¿Cómo has tardado tanto en darte cuenta?

—Pero si me odiaba —argumenté.

—Después del accidente, sí. Pero, incluso entonces, ¿no veías cómo te miraba? ¿Cómo se ponía toda nerviosa y rara cuando estábamos los tres juntos?

Tragué saliva, con la mandíbula apretada al recordar que Clay había dicho lo mismo.

—Ahora ya no importa —dije—. Eché a perder cualquier oportunidad que pudiese tener.

—Eso no lo sabes.

—Vaya que sí.

—Habla con ella.

—Lo he intentado.

—¿De verdad? —me retó—. Conozco a mi hermana y sé que, aunque levante muros y se retire a su fortaleza de soledad, tiene el corazón tan blando como el cojín de un sofá. —Esperó a ver si yo sonreía con la broma, pero como no lo hice, continuó—: Te perdonará.

—Ya lo hizo, y la cagué. Otra vez.

—Seguramente tampoco sea la última.

Lo miré con mala cara y él se rio, negando con la cabeza.

—Venga, hombre. Somos unos críos. Cometemos errores. Algunos tienen peores consecuencias que otros. Pero eso no significa que

tengamos que... huir. No abandonamos a la gente a la que queremos. En todo caso... —se encogió de hombros—, significa que debemos estar más presentes. Esforzarnos más. Ser mejores.

Tragué saliva.

—¿Y si no sé cómo ser mejor?

—Ya lo descubrirás.

Me miré las manos en el regazo, no muy convencido. Gavin me dejó en ese silencio durante un buen rato antes de que sonara la alarma de su móvil: tenía que irse a entrenar. Suspiró, la apagó y dio unos golpecitos en el brazo de mi silla.

—Lo único que te pido es que lo intentes —dijo, levantando un poco las cejas—. ¿De acuerdo? ¿Puedes hacer eso por mí?

Asentí con la cabeza, aunque mi garganta seguía cerrada por un nudo que no era capaz de tragar.

—No tomarás decisiones drásticas hasta que termine la temporada —añadió, levantando el meñique.

Lo miré con el ceño fruncido y arqueé una ceja.

—¿Lo del meñique no es exclusivo de los hermanos Novo?

—Bueno, ahora también es cosa nuestra. Vamos —dijo, moviendo el dedo—. Júralo.

Negué con la cabeza en un suspiro, pero accedí, rodeando su meñique con el mío.

—Es un pacto sagrado —me recordó Gavin mientras cogía su bolsa y se dirigía a la puerta—. Para que lo sepas.

—He dicho que lo intentaré —le dije, abriéndole la puerta.

—No te pido más.

Salió sobre una nube de esperanza, como si ya hubiera ganado, como si estuviera convencido de que todo entre Riley y yo saldría bien y yo me graduaría y esperaría hasta después de haber cruzado el escenario para presentarme al *draft*.

No tuve valor para decirle que, por mucho que lo intentara, lo mío con Riley ya era inexistente.

Y si no podía tenerla, no soportaría ver cómo lo conseguía otra persona.

La mera idea me hizo apretar el pomo de la puerta mientras la cerraba, y luego me hundí en el sofá, odiando que aún oliera a ella, que sus largos cabellos siguieran en el lavabo porque no podía quitarlos, que su goma del pelo siguiera alrededor de mi muñeca de cuando se la quité mientras me la follaba contra la pared.

Estaba en todas partes, marcada en mi piel como un tatuaje.

Y tal vez esa fuera la verdad más difícil de afrontar.

Aunque huyera, nunca podría alejarme lo suficiente como para olvidarla.

28

Zeke

—Seré breve —dijo el entrenador Sanders dos semanas después, tecleando en el portátil antes de girarse para mirarme. Unió las manos sobre el escritorio—. Vas a jugar en el partido de la *bowl*.

Suspiré aliviado, luchando contra una sonrisa demasiado grande como para contenerla. La mera idea de estar de nuevo en el campo, bajo las luces, luciendo con orgullo mi nombre en la espalda de la camiseta... me iluminaba como nada más podía hacerlo.

—Ha sido duro jugar sin vosotros —admitió—. Para todos. No solo por el papel que desempeñáis en el campo, sino por vuestro rol de líderes. Y sé que también ha sido duro vernos jugar desde el banquillo.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo de culpabilidad que tenía residencia permanente en mi garganta. Habíamos perdido los dos partidos y, aunque no me lo tenía tan creído como para suponer que esas derrotas se debían a que Riley y yo no estábamos en el campo, no pude evitar desear haber aportado mi granito de arena, intentado conseguir la victoria.

Sabía, sin necesidad de preguntarlo, que Riley sentía lo mismo.

—Todos queríamos llegar a los *playoffs*, pero así es el fútbol. Las cosas cambian. Los jugadores se lesionan o suspenden asignaturas o... —Se detuvo, agitando la mano para rellenar el resto—. Da igual. Pero tengo que decirte algo.

Me incorporé un poco.

—Zeke, tienes más potencial del que crees, más del que te concedes. No te conozco demasiado, pero sé lo suficiente como para suponer que no te tratas bien a ti mismo en esa cabeza tuya.

El entrenador me dirigió una mirada mordaz, y yo bajé la vista a mi regazo, incapaz de mirarlo.

—En las dos últimas semanas, has dado la cara. Has entrenado como si fueses a jugar, has apoyado a tus compañeros en los partidos y has subido las notas en todas y cada una de las asignaturas. Has reescrito el trabajo y acabo de enterarme de que añadiste una página entera de disculpas que no se te exigía.

Asentí, aún incapaz de mirarlo.

—Eres bueno, Zeke. Tienes talento. Eres especial. —Golpeó el escritorio con los nudillos hasta que me encontré con sus ojos—. Pero podrías ser magnífico. Podrías ser mucho más de lo que crees. Solo tienes que demostrarlo. —Levantó las cejas—. ¿Lo entiendes, hijo?

—Sí, señor.

—Bien —dijo, volviendo a sentarse—. He oído el disparate de que estabas pensando en presentarte al *draft*.

Abrí la boca para contestar, con el pánico recorriéndome la espalda, pero me cortó.

—Desde ya te digo que eso no va a pasar. Este equipo te necesita. Y tú a él. —Me desafió a decir algo, y cuando no lo hice, añadió—: Me debes diez vueltas al campo solo por planteártelo.

—Sí, señor —dije, y por alguna razón...

Sonreí.

Quizá por su confianza en mí, por su convicción de que podía ser mejor, o quizá porque no me había dado cuenta de todo lo que me había señalado con tanta facilidad.

Había subido las notas.

Había reescrito el trabajo, yo solo.

Y había entrenado todos los días; por mis compañeros, por el cuerpo técnico y por mí.

El orgullo me hervía en el pecho cuando el entrenador volvió a mirar el portátil y se puso a revisar las grabaciones.

—Dile a Novo que venga.

La sonrisa se me desmoronó, junto con el estómago, pero me las arreglé para asentir con la cabeza como si estuviera bien y salí de su despacho con piernas estables.

El vestuario estaba tranquilo, aunque oí música y risas que resonaban en el pasillo desde la sala de pesas. La busqué allí y, al no encontrar a nadie, salí corriendo al campo.

Riley era la única que quedaba, el estadio estaba inquietantemente silencioso bajo el cielo gris. No había viento, el aire estaba quieto, solo una fría calma que parecía una especie de vacío mientras me dirigía lentamente hacia ella.

Colocó un balón en el soporte, cuya pata metálica mantenía la parte superior estable contra el suelo, mientras retrocedía hasta su posición habitual. Dos pasos hacia atrás y dos hacia la izquierda. Movió los dedos a los lados mientras sus hombros subían y bajaban con una respiración pesada, y luego trotó y pateó.

Falló.

Me detuve en la línea de las cuarenta yardas y vi cómo colocaba otro balón para repetir el ejercicio. Esta vez marcó, pero su reacción fue como si hubiese vuelto a fallar.

—Tenías el pie bien colocado —dije, metiendo las manos en los bolsillos de mis pantalones de chándal mientras me acercaba con cuidado por detrás—. Buen trabajo.

Se puso tensa al oír mi voz, con la espalda rígida y los brazos pegados a los costados. Al cabo de un rato, soltó un pequeño suspiro, se volvió y me miró de forma fugaz antes de volver a colocar el balón.

—¿Qué tal Acción de Gracias? —pregunté, y quise darme de cabezazos en cuanto las palabras salieron de mi boca, sobre todo cuando Riley no me respondió más que con una mirada que me dijo que no tenía interés en hablar conmigo.

Me quedé callado para que pudiera realizar la siguiente patada, que falló, y supe que fue porque no le había puesto bastante empeño. Estaba desconcentrada, y algo en mis entrañas me decía que se trataba simplemente de un mal día, que tenía que dejarlo para poder empezar de nuevo mañana.

Pero soltó un gruñido de frustración, colocó otro balón y a duras penas se puso en posición antes de patear. Le salió bien, pero fue inestable y demencial.

—Riley —advertí.

—Déjame en paz, Zeke —dijo, con voz tranquila a pesar de que estaba temblorosa. Colocó otra pelota.

—Riley.

Pateó, y la pelota golpeó el poste de la portería antes de rebotar hacia el suelo.

Una maldición salió volando de sus labios, pero antes de que pudiera coger otro balón, me interpuse entre ella y la bolsa.

—El entrenador quiere verte.

Se quedó quieta y sus ojos recorrieron despacio mi cuerpo hasta encontrarse con mi mirada. Le ofrecí la mejor versión de una sonrisa que pude esbozar, con la esperanza de que entendiera que esta vez eran buenas noticias.

La esperanza brilló en sus ojos, pero se apagó tan rápido como nació, y se colgó las manos de las caderas, mirando a la zona de anotación llena de los balones que había pateado.

—Ya los recojo yo —le dije—. Vete.

—No tienes que...

—Yo me ocupo —insistí.

Asintió con la cabeza, tragó saliva y, sin volver a mirarme, se dirigió a los vestuarios.

Sabía que yo también debería haberme dado la vuelta. Debería haber recogido los balones y haberlos guardado, haber entrado a darme una ducha, haber visto un poco la grabación antes de retirarme a mi dormitorio. Tenía que estudiar. Tenía que hacer los deberes. Debía hacer cualquier cosa menos ver a Riley alejarse de mí.

Pero era lo único que quería hacer.

Analicé cada una de sus curvas, observé cómo llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tirante, con pequeños mechones encrespados a los lados. Le recorrí la nuca, la columna vertebral, la extensión de los brazos, que se balanceaban a los lados...

Hasta que se detuvieron.

Riley se detuvo a diez yardas de mí, con los dedos apretados en un puño, y luego se dio la vuelta tan rápido que no tuve tiempo de comprender lo que estaba ocurriendo. Corrió hacia mí y, aunque mis brazos me suplicaban que los abriera de par en par, la agarrara y me la llevara, supe por su mirada sedienta de sangre que eso no era lo que quería.

—¡¿Por qué?! —gritó cuando me alcanzó, y sus puños cayeron sobre mi pecho. Me golpeó una vez, dos, y luego en sincronía mientras la misma pregunta salía de sus labios—. ¡¿Por qué?!

Apreté la mandíbula, aceptando cada golpe sin intentar detenerla.

—¿Por qué tenías que darme la razón? —gritó, con la nariz encendida por las lágrimas que asomaban en sus ojos. Aflojó los puños, aunque seguía apretándolos contra mi pecho. Sus siguientes palabras fueron un susurro—. Quería con todas mis fuerzas que me demostraras que me equivocaba.

Me tembló el labio inferior y, cuando me miró con esos ojos devastadores, no pude resistirme más.

La atraje hacia mí, envolviéndola en mis brazos contra el sollozo ahogado que soltó. Se retorció, sacudiéndose contra mí, pero yo la sujeté con fuerza hasta que se calmó, hasta que se quedó quieta salvo por su respiración ahogada.

Entonces, agarró mi sudadera y se aferró a mí como si fuera su salvavidas.

Dejé salir un suspiro tembloroso, le acuné la cabeza contra mi pecho y la apreté con fuerza. No me atreví a hablar, ni a moverme más que para mantenerla firme mientras se rompía en mis brazos. Aspiré el aroma de su pelo, me dolió recordar tan vívidamente cómo era tenerla apretada contra mí, lo que su calor hacía no solo con mi cuerpo, sino con mi alma.

Tan rápido como había llegado el momento, se fue.

Riley tomó aire y me apartó de ella sin mirarme a los ojos. Se dio la vuelta y se marchó, furiosa, a los vestuarios, como si nada hubiera pasado.

—Espera.

La palabra era una súplica silenciosa que estaba seguro de que ignoraría, pero se detuvo a unas yardas, con el cuerpo tenso mientras se volvía hacia mí con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Nunca podré borrar lo que hice —dije, tragándome los nervios que amenazaban con silenciarme—. No es la única decisión que he

tomado que me perseguirá mientras respire. Pero te aseguro que no pretendía hacerte daño, Riley. No quería que pasara nada de esto.

Su nariz se encendió y fue a girarse, pero se detuvo cuando continué.

—Pero también me doy cuenta de que eso no importa; porque lo hice. Te hice daño. Y lo que más me apena es que hayas tenido que pagar las consecuencias.

Su expresión era ilegible, pero me estaba escuchando.

Lo consideré un milagro.

—No hay nada que pueda decir, ni hacer, para mejorar nada de esto. Si pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar ese día, lo haría, sin importar lo que me costara al final. Si pudiera no entrar nunca en tu vida ni en la de Gavin, lo haría. Aunque me matara, Riley, lo haría para salvarte.

Le tembló el labio, una lágrima silenciosa escapó y le rodó por la mejilla.

—No espero que me perdones nunca. Ni volver a tener la oportunidad de sostener tu corazón en mis manos. Pero quiero que sepas una cosa —le dije, acercándome a ella—. Tú tienes el mío. Te pertenece. Ahora y siempre, pase lo que pase. Y aunque me odies el resto de tu vida, necesito que sepas que te quiero.

Todo el dolor que había en su expresión se liberó, reemplazado por unos ojos muy abiertos y conmocionados.

—Y creo en ti —continué—. Así que... si tengo que perderte, estoy dispuesto a hacerlo. Pero al menos quería que lo supieras.

Apenas pude ahogar las palabras antes de que mi cuerpo se rebelara, alejándose de ella y corriendo por el campo hacia donde estaban los balones sin permitirme mirar atrás. No podía soportar tenerla tan cerca sin volver a tocarla, no podía mirarla a los ojos después de confesarle que la quería cuando ya era demasiado tarde.

Me temblaron las manos al recoger cada balón, mientras los metía uno a uno en la bolsa de lona.

Cuando por fin me atreví a mirar atrás, allí no había nadie, y el campo estaba más silencioso que nunca.

Se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de que lo que había ofrecido no era suficiente.

Pero al menos ahora lo sabía. Ya no podía cuestionarse lo que teníamos, ni preguntarse si lo había imaginado todo o si era real.

Lo sabía.

Y aunque mi pecho estaba hueco y dolorido, al saber eso podía mantener la cabeza alta.

29

Riley

—Parece que vas a vomitar.

Miré fijamente a mi hermano, que agarró la papelera que había al otro lado de la cama del hotel y la puso entre nosotros sobre el colchón, palmeando el plástico con seguridad.

—No voy a vomitar.

—No sé, cielo —dijo mamá, sentada en el borde de la cama y con el dorso de la mano sobre mi frente. Tenía el pelo del mismo tono castaño que yo, grueso y sedoso, salvo por las canas que salpicaban sus raíces. También era igual de delgada que yo, el colchón apenas se hundió cuando se sentó a mi lado—. Estás un poco pálida.

Gavin ahogó una carcajada cuando aparté la mano de mamá de mi cabeza y lo pellizqué en el costado.

—Estoy bien —dije, con más mordacidad de la que pretendía. Me obligué a respirar con calma antes de sonreír a mi madre—. Te lo prometo. Es que estoy un poco nerviosa.

—Era de esperar —dijo mi padre, sentándose en el brazo del sofá detrás de mamá. Tiró de ella hacia su regazo, rodeándole la cintura con los brazos mientras ella sonreía y se inclinaba hacia él—. ¡Nuestra hija va a jugar en el Blackberry Bowl en Nochevieja!

A mamá se le saltaron las lágrimas de inmediato y se las secó en cuanto empezaron a caer.

—Estamos muy orgullosos de ti.

Los ojos de mi padre brillaban con orgullo mientras me observaba, como si acabara de darse cuenta de que ya no era una niña pequeña. Sus ojos tenían el mismo tono que los míos, un cálido marrón mezclado con verde y dorado, y mirar a los dos humanos que me dieron la vida y me ayudaron a llegar hasta donde estaba me hizo soltar un suspiro.

Mi enfado se desvaneció por completo y sonreí de verdad, quizá por primera vez en semanas.

—Gracias, chicos.

—¡Y Zeke! —añadió mamá, aplaudiendo con los ojos llenos de brillo.

Se me revolvió el estómago.

—Va a batir un récord de regreso —dijo papá—. Como si lo viera.

Aquella sonrisa genuina desapareció, reemplazada por una que cayó tan plana como una tortita.

—¿Seguro que no quieres vomitar? —preguntó Gavin, empujando de nuevo la papelera hacia mí.

Le di un manotazo en el brazo mientras nuestros padres se reían, y papá le dio un golpecito en el trasero a mamá cuando ambos se levantaron.

—Vamos a salir a cenar. ¿Seguro que no puedes venir con nosotros? —me preguntó mamá.

—No. La reunión del equipo es dentro de nada, solo he venido a saludar.

—Bueno, tendremos tiempo de sobra después del partido de mañana —dijo, dándome un beso en la frente—. Para celebrar la victoria.

Me guiñó un ojo y cogió el bolso mientras yo intentaba sobreponerme a los nervios que me acribillaban el estómago. Empezó a cantar *Celebration* de Kool & The Gang, meneando las

caderas con las manos en alto, y papá se le unió antes de reírse de las miradas inexpresivas que Gavin y yo les dirigimos.

—¿Alguna petición, Gav? —preguntó papá al salir.

—Nada de marisco.

—*¿Sushi?* Entendido —dijo mamá, y se fueron riéndose por el pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

Gavin señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Ay, tus padres, cómo son.

Sonreí y me recosté en la pila de almohadas contra el cabecero. No era mi intención, pero en cuanto se hizo el silencio, me sumí en mis pensamientos, un tornado de ejercicios de pateo y circunstancias del partido que podrían ponerme en una situación complicada. Repasé el parte meteorológico, observando las posibilidades del viento, y visualicé que marcaba cada vez que pateaba a pesar de que los defensas de los Thunders de Louisville intentaban bloquearme.

En algún momento, esos pensamientos pasaron del fútbol a Zeke, una trayectoria a la que ya debería estar acostumbrada, pero que me seguía molestando mucho. Pensé que el tiempo ayudaría, que distanciarme empezaría a remendar cada lágrima que había dejado atrás.

Pero cuando estás en el mismo equipo que la persona que te rompió, no existe la distancia.

Le veía a diario. Lo veía quitarse la camiseta, y cómo se tensaban sus músculos al sustituirla por una camiseta de entrenamiento, unas protecciones o nada en absoluto antes de dirigirse a la ducha. Oía su voz animando a nuestros compañeros, olía su jabón cuando me rozaba, sentía sus ojos clavados en mí cuando yo hacía todo lo posible por no mirarlo.

Me resultaba imposible evitarlo.

Y lo peor era que no escaparía de él aunque pudiera.

La parte masoquista de mi ser estaba agradecida de tener esos momentos robados, de cruzarme con él en la sala de pesas o arrodillarme a su lado en el campo. Anhelaba un roce accidental de manos, o mirarlo y descubrir que me estaba observando.

Quería saber que él también seguía deseándome.

Era enfermizo, lo sabía. Igual que no fue sano que me abrazara a él el día que el entrenador nos dijo que íbamos a jugar el partido de la *bowl*, que llorara y me aferrara a él, rogándole en silencio que lo arreglara, que me arreglara, cuando él era el responsable del daño.

Las palabras que pronunció aquel día me habían perseguido cada segundo desde que salieron de sus labios. Sabía que todo lo que había dicho era verdad por lo mucho que había sufrido al decirlo.

Ojalá sus disculpas bastasen.

—Bueno, ahora en serio: parece que estás a punto de vomitar.

La voz de Gavin me devolvió al presente y suspiré, esbozando una pequeña sonrisa.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Mentirosa.

—Solo son nervios.

—Mentirosa.

Fruncí el ceño.

—No seas cruel.

—Para nada, solo te digo lo que eres.

—Gav...

—Sé lo que tuviste con Zeke.

Me quedé con la boca abierta, y luego la cerré despacio, tragando saliva y eligiendo mis siguientes palabras con cuidado.

—¿Qué es lo que sabes?

—Todo.

El pánico se apoderó de mi garganta, pero desapareció enseguida, arrastrado por la furia, mientras apretaba los dientes.

—Te lo ha contado.

—Más bien se lo sonsaqué —aclaró Gavin—. Le dije que podía soportar que tú me mintieras, pero él no.

—No te mentí —empecé, pero luego suspiré, al notar la expresión de mi hermano—. No pretendía mentir. Es que... no estábamos seguros de lo que teníamos. Y cuando lo aclaramos...

—Todo explotó. Sí, ya conozco la historia, te lo puedes ahorrar.

Me crucé de brazos.

—Vale, bien, si no vas a gritarme por... lo que sea que haya tenido con tu mejor amigo, entonces ¿por qué me atacas como si estuviera en un juicio?

—Porque estoy harto de verte deprimida. A ti y a Zeke, a los dos.

Puse los ojos en blanco.

—Si mi mal humor te ofende, lo siento.

—No es tu mal humor. Es tu actitud, y lo terca que eres, y el hecho de que ambos podríais ser felices si os sentáis y habláis. Y escuchas.

—Hemos hablado —dije—. Pero eso no cambia lo que hizo.

—¿Y qué hizo exactamente?

—Pues...

—Antes de que digas que «me plagió el trabajo», quiero que te lo pienses muy bien y consideres si es verdad.

Suspiré.

—Gavin, no es el momento.

—Qué pena. Yo creo que sí lo es.

—Tengo un partido importante mañana.

—Y esta noche tienes una conversación con tu hermano mellizo.

Estaba que echaba humo.

—Fue un descuidado. Y un egoísta. Y un vago. Le enseñé mi trabajo para darle un punto de partida, para que tomase ideas, y en cambio, abusó de mi confianza y copió lo suficiente como para que nos sancionaran a los dos. Casi me expulsan. —Levanté las manos antes de dejar que golpearan mis muslos—. ¿Qué más quieres?

—¿De verdad crees que lo hizo a propósito, para hacerte daño?

—No —dije de inmediato—. Creo que lo hizo para ayudarse a sí mismo. No pensó en nadie más.

—¿Estás segura?

La forma como Gavin formuló esa pregunta, con una ceja arqueada hacia el nacimiento del pelo, me hizo sonrojarme tanto que me bajé la cremallera de la chaqueta de entretiempo. Sabía que Zeke no le habría contado que se había dado prisa para poder ducharse conmigo antes de un día muy largo.

Pero me hizo pensar en ello, en el papel que desempeñé, en cómo habría actuado yo si él me hubiera tentado así.

Negué con la cabeza.

—Zeke y yo estamos bien —mentí—. ¿Vale? Hemos llegado a un acuerdo. Él me da mi espacio, yo le doy el suyo, somos compañeros de equipo. Eso es todo.

—Eso no es todo. Para ninguno de los dos. Y os estáis volviendo locos intentando convenceros de lo contrario.

Cualquier intento de discusión murió en mi garganta ante sus palabras, ante el recuerdo de Zeke abrazándome bajo aquel cielo nublado mientras yo me aferraba a él con la misma fuerza.

—Riley, quiero que lo pienses, en serio. Conoces a Zeke. Sabes lo diferente que es su familia de la nuestra. Piensa en cómo nos ha cuidado siempre a los dos, en cómo trata a nuestros padres como si fueran los suyos, en cómo hizo todo lo posible para ayudarme a adaptarme a la vida después del accidente.

—Que él provocó.

—¡No fue el único! —Gavin negó con la cabeza, agotado—. Yo tuve tanta culpa como él.

Se me revolvió el estómago, el recuerdo de mi cumpleaños pasó por mi mente. Pero Gavin no sabía que Zeke me lo había contado todo.

—Yo conduje borracho esa noche —continuó.

Escucharlo de su boca me golpeó aún más fuerte, y cerré los ojos con una exhalación caliente.

—Estuve a punto de estrellar el coche. Y Zeke me ayudó porque pensó que, de los dos, él era el que más sobrio estaba. —A Gavin se le hinchó la nariz—. Había una señal de *stop* escondida detrás de un árbol muy bajo, Riley. Incluso a plena luz del día, es difícil verla. Los accidentes pueden ocurrirle a cualquiera, en cualquier momento, sin importar las circunstancias. Zeke ni siquiera sobrepasaba el límite de alcohol en sangre. ¿Lo sabías? En caso contrario, habría acabado en la cárcel o en un reformatorio, en el mejor de los casos.

Me quedé seria al oír eso, porque ni siquiera me lo había planteado, probablemente porque había estado tan absorta con lo que le había pasado a Gavin que no podía pensar con claridad. Nunca me detuve a analizar los detalles, a pensar en la intersección y en la fama de peligrosa que tenía.

Solo quería culpar a alguien.

Zeke era el blanco fácil.

—Sé que te dolió ver lo que me pasó, y a mí también me mató, no lo dudes —confesó—. Pero mírame —dijo, sonriendo mientras extendía las manos hacia sí mismo—. Estoy aquí. Estoy vivo. Soy feliz. Tengo una chica increíble, un gran grupo de amigos con los que jugar al baloncesto y un futuro maravilloso por delante. —Hizo

una pausa—. Y sé que, aunque no estuviera bien, tendría a Zeke. Y solo con eso ya puedo superar cualquier cosa.

Me mordí las uñas, digiriendo todo lo que me había dicho.

—A Zeke le cuesta estudiar más de lo que sabes.

Esas palabras se hundieron en mi piel despacio, como un remedio que despejaba la niebla en la que llevaba semanas metida.

Otra cosa que no había considerado.

La dislexia de Zeke podría haber influido en la forma como escribió el final del trabajo.

Si lo había hecho deprisa... podría haber mezclado las cosas.

Pero si ese era el caso, ¿por qué no me lo dijo?

Casi me reí de mí misma en cuanto se me pasó por la cabeza.

Él no trataría de buscar culpables ni excusas. Al igual que la noche del accidente, aceptaba toda la culpa.

Y consideraba que se merecía todo el castigo que yo le estaba infligiendo.

—Mira —dijo Gavin después de un rato—. Puedes aferrarte a esto para siempre. Puedes usarlo como excusa para no darte lo que quieres, para negaros a Zeke y a ti la felicidad, para demostrar que haces lo correcto castigándolo por su error. Pero no fue nada más que eso, hermanita. Un error.

La emoción se apoderó de mí y se me saltaron las lágrimas.

—O —contraatacó— puedes perdonar y entender que somos humanos. Nadie es perfecto. Y un día, cuando cometas un error, querrás que alguien te juzgue con la misma benevolencia.

Cerré los ojos, atrapando la humedad que se había acumulado en ellos mientras soltaba un largo y lento suspiro. Pensé en aquel primer partido, en cómo Zeke me perdonó sin pensarlo dos veces, en cómo ni siquiera consideró que yo era menos, que era un fracaso, que no tenía lo necesario para ser titular.

Él vio mi potencial todo el tiempo.

No solo eso, sino que se había empeñado en que yo también lo viera.

Y Gavin tenía razón. Nosotros, él y yo, nuestros padres, habíamos sido un lugar seguro para Zeke desde que lo conocimos. No es que sus padres no fueran increíbles, pero cuando necesitaba descansar de la presión, alguien que lo quisiera tal como era...

Nos buscaba a nosotros.

«Y aunque me odies el resto de tu vida, necesito que sepas que te quiero».

Las palabras de Zeke me arrollaron como un tren, tan fuertes e inesperadas que solté un grito ahogado y me cubrí el pecho dolorido con las dos manos.

Me quería.

Me quería, y yo le había dado la espalda, lo había condenado a la primera de cambio por no ser perfecto.

Porque eso era lo que había sido antes de aquel día en el que todo se vino abajo: perfecto.

Había dejado que mi terquedad me impidiera consolarlo, ver que no quería hacerme daño. El orgullo ni siquiera me permitió considerar perdonarlo.

Lo había alejado para protegerme, ignorando todo lo que me había dado y el hecho de que él también me necesitaba.

Cuando volví a abrir los ojos, fue como ponerme gafas después de caminar a ciegas durante semanas. Miré a mi hermano y, sin previo aviso, me lancé sobre él.

Me atrapó en sus brazos con un «puf» de sorpresa, riéndose un poco mientras me estrechaba en un fuerte abrazo.

—No pasa nada —dijo.

Y eso me rompió.

Lloré como nunca en mi vida y, por primera vez, no luché contra ello. Dejé que las lágrimas brotaran, que se llevaran las últimas semanas y quizá incluso el dolor que había guardado durante años. Fue un bautizo en una habitación de hotel, y mi hermano era el cura.

Estuvimos así mucho tiempo hasta que por fin me aparté, me enjugué la cara y me disculpé mucho mientras le limpiaba el lugar donde había empapado su camiseta.

Pero Gavin se limitó a sonreír y levantó el meñique.

Lo miré con desconfianza y enarqué una ceja.

—Una promesa más —dijo, moviendo el dedo—. Júrame que harás lo que te haga feliz a partir de este momento. Independientemente de lo que creas tú o lo que pienses que los demás creen que deberías hacer. —Hizo una pausa—. Has dado mucho por la gente que quieres. Déjanos devolverte el favor.

Sonreí y levanté el meñique, pero lo mantuve alejado de él.

—¿Aunque eso fuera intentar jugar en la NFL?

Las cejas de Gavin se alzaron, y una sonora carcajada resonó en la habitación.

—En tal caso más todavía.

Yo también me reí y entrelacé su meñique con el mío antes de apoyarle la cabeza en el hombro y rodearlo con los brazos.

—Gracias —susurré.

—¿Por ayudarte a dejar de mirarte el ombligo? —me preguntó—. Un placer, hermanita. Siempre.

30

Riley

Las luces, brillantes y cegadoras, zumbaban con una electricidad que reflejaba el vigor de la afición. Los vítores eran ensordecedores incluso antes de que empezara el partido y retumbaban como un trueno. El estadio era un mar de colores rojo ladrillo y dorado de la Universidad de North Boston en guerra con el azul cobalto y el negro de Louisville. Carteles, banderas y pancartas ondeaban en el aire, y en las bandas había más cámaras y equipos de prensa que en toda la temporada.

La energía que había en el partido de la Blackberry Bowl no se parecía a nada que hubiera experimentado en toda mi vida.

Al principio fue un poco desconcertante, sobre todo por lo rápido que sucedió todo. Tan pronto me estaba despertando en el hotel, duchándome con tranquilidad, como tenía un micrófono y una cámara en la cara. Parpadeé, y el entrenador nos estaba dando ánimos en el vestuario, tras el calentamiento, y Holden daba comienzo al cántico de equipo con todas nuestras manos unidas en el centro.

Solo hubo un momento en el que todo se ralentizó, en el que el tiempo volvió a su velocidad normal y me resultó más fácil respirar.

Estaba terminando de estirar y, al oír el silbato, troté con el resto del equipo de vuelta a los vestuarios. Y en ese pasillo oscuro, con

nada más que el sonido de los tacos contra el cemento y el constante jadeo de mis compañeros de equipo, estaba Zeke.

Corrió a mi lado en silencio, aminorando la marcha, y su bíceps rozó mi hombro mientras entrábamos. Mi siguiente bocanada de aire fue ahogada, y cuando levanté la vista hacia él, me devolvió una mirada tranquila, reconfortante y firme.

Incluso en la oscuridad vi que la comisura de sus labios se alzaba en una sonrisa, aunque sus ojos seguían nadando en dolor.

—Dales caña, Super Ratona —dijo, lo bastante alto como para que yo lo oyera, pero tan bajo que sabía que nadie más lo había escuchado.

Se me encogió el corazón y abrí la boca para decirle que lo sentía, que lo perdonaba y que también le pedía perdón, pero no era el momento ni el lugar, así que volví a cerrarla.

Y entonces, aparentemente sin preparación ni previo aviso, el partido empezó.

Todos mis sentidos se agudizaron con el subidón de adrenalina que solo podía producirse en un partido con tanto en juego. Cada choque de almohadillas de la línea ofensiva contra los defensas contrarios resonaba en mí como un terremoto, el olor del césped y la tierra me mareaba, la vibración del público era tan intensa que podía saborearla.

Cuando salí para marcar mi primer gol de campo, ni siquiera pude ponerme nerviosa. Estaba en un sueño, colocando el pie en el lugar donde estaría el balón antes de dar dos pasos grandes hacia atrás y dos hacia la izquierda.

Se produjo el pase, atraparon y colocaron el balón, y pateé con una conciencia tan distante que ni siquiera percibí el contacto.

El balón entró, lo supe por el ruido del público, y dejé que ese rugido me concediera mi primer sorbo de oxígeno desde que salí

trotando al campo mientras me dirigía a la línea de banda.

A partir de ahí, el partido fue un caos: su equipo anotaba y el nuestro también. La defensa se dejó la piel y los contuvo cuando lo necesitábamos, lo que nos dio una ventaja de diez puntos cuando llegó el descanso.

—El partido aún no ha terminado —nos recordó el entrenador mientras nos recuperábamos, volvíamos a vendarnos y nos hidratábamos—. Todavía queda mucho fútbol que jugar. No os relajéis. No os acomodéis.

Clay se puso a cantar cuando el entrenador terminó y volvimos al campo para la segunda parte.

Una vez más, me vi caminando en un sueño confuso, incluso cuando conseguí marcar otro punto extra. Todas mis patadas habían sido sólidas, firmes, tranquilas y serenas. Ni siquiera era confianza, era... algo natural. Como respirar.

Pero respirar se hizo más difícil cuando Holden fue eliminado en el tercer cuarto por un esquinero de Louisville en una jugada de *pick six* que los puso a tan solo tres puntos.

Zeke pasó rozándome mientras corría por el campo para devolver otra patada, y el contacto perduró en mí de una forma que no podría explicar. Lo sentí incluso después de que se hubiera ido, cuando estaba agachado en la línea de las quince yardas, moviendo los dedos a los lados mientras esperaba la patada.

—¡Vamos, Zeke, llévatela a la casa! —aclamó un fan desde la primera fila, y toda su sección se iluminó.

Noté la inclinación de los labios de Zeke, cómo se crujía el cuello.

Y entonces el balón se dirigió hacia él.

Fue a cámara lenta, inclinándose y girando y volando sobre el campo. A lo lejos, oí el crujido de las almohadillas, la estampida de

pies de los jugadores de ambos equipos que corrían hacia donde aguardaba Zeke.

Atrapó el balón sin esfuerzo, se lo colocó en el costado.

Y echó a correr.

Incluso a través del grueso forro de los pantalones acolchados de color rojo ladrillo que llevaba, podía ver los músculos de sus muslos ondulando con cada carrera explosiva y cada zancada rápida que hacía para evitar que lo placasen. Iba zigzagueando entre los defensas del equipo especial, y el rugido del público crecía cada vez más a medida que superaba la treintena, la cuarentena, la cincuentena, y se adentraba en territorio de Louisville.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Nuestros compañeros gritaron al unísono, saltando como locos en la banda mientras el entrenador hacía círculos con el brazo y gritaba lo mismo.

Zeke se salvó por los pelos de ser atrapado en la yarda cuarenta, y todos los ojos estaban clavados en él, pues parecía tener un camino abierto hacia el *touchdown*.

Hasta que un jugador salió de la nada y lo placó por detrás.

El golpe fue brutal, y Zeke no sospechó que las hombreras del jugador se estrellarían contra la parte baja de su espalda. Se dobló de forma antinatural y estuvo a punto de perder el balón, pero se las arregló para colocarlo debajo de él antes de caer al suelo con un crujido repugnante de cuerpo contra césped.

La multitud emitió un «Oh» unánime, el golpe fue lo bastante fuerte como para arrancarme un grito ahogado sin ninguna posibilidad de domarlo. El jugador se levantó en cuanto sonó el silbato y corrió hacia la banda contraria.

Pero Zeke no se movió lo más mínimo.

Yacía medio de lado, medio boca abajo, con la pelota todavía metida debajo.

Inmóvil.

—Mierda —oí murmurar al entrenador Aarons, y luego vi con horror cómo el cuerpo técnico salía corriendo al campo y los árbitros desalojaban a todos de la zona.

No se movía.

Zeke no se movía.

No rodó sobre su espalda, no gimió de dolor, ni siquiera movió un dedo. Su cuerpo yacía inerte y sin vida en el suelo mientras los entrenadores lo rodeaban, evaluándolo minuciosamente.

Y ninguno de ellos lo tocó.

No me di cuenta de la conmoción que sufría, de cómo se me había atascado la respiración en la garganta, de cómo me temblaban las manos sobre la boca. No me di cuenta de nada hasta que Leo me tocó el hombro y me sobresalté con violencia.

—Lo más probable es que esté inconsciente —dijo, y se suponía que eso me tranquilizaría.

Era el mejor de los casos.

Porque la única otra razón de que no se moviera...

Tomé aire con frialdad y las lágrimas inundaron mis ojos. Clay apareció al instante y también me acarició la espalda.

—No pasa nada —me prometió—. Está bien.

Pero era una promesa que no podía hacer, ni él ni nadie, con Zeke aún tendido en el suelo con un equipo de entrenadores a su alrededor.

Uno a uno, vi cómo mis compañeros se quitaban los cascos, cómo se arrodillaban en el campo o en la línea de banda, dondequiera que estuvieran. La mitad de ellos miraban hacia donde se apiñaban los entrenadores alrededor de Zeke.

La otra mitad miraba al suelo.

No podía apartar los ojos de él mientras yo también hundía la rodilla en el frío césped mientras el corazón me latía en los oídos.

«Venga, Zeke. Levántate. Levántate».

La oración se repetía en mi cabeza, en mi corazón, en mi alma, mientras todos los jugadores, entrenadores y aficionados contenían la respiración y esperaban.

Las lágrimas volvieron a asomar en mis ojos y no me molesté en intentar detenerlas mientras se deslizaban en silencio por los pómulos.

—Debería habérselo dicho —susurré—. Debería... haberle...

Alguien me apretó el hombro y no me di cuenta de que estaba hablando en voz alta hasta que sentí ese contacto.

—Está bien.

Otra promesa vacía de una voz que me costaba identificar.

Lo único que podía hacer era arrodillarme, mirar y esperar, a la vez que sentía que se me abría el pecho al pensar en cuál podría ser la lesión.

Me fijé en el pie izquierdo, la única parte de él que podía ver claramente a través de los entrenadores reunidos a su alrededor. Lo miré fijamente y deseé que se moviera.

«Por favor —supliqué—. Por favor».

Había pasado demasiado tiempo. Había estado demasiado rato allí tumbado.

Pero entonces, inclinó el pie, el dedo se acercó al césped.

Dejé escapar un suspiro, que se intensificó cuando Zeke se puso boca arriba y los entrenadores se recolocaron a su alrededor. Vislumbré su rostro a través de un claro, vi sus ojos parpadear despacio a través de la visera del casco.

Y entonces caí.

No pude evitarlo, no pude luchar contra la gravedad que me llevaba hacia la tierra. Me temblaban las manos mientras me tapaba la boca y exhalaba un millón de gracias a Dios.

—Solo estaba inconsciente —dijo alguien, y parpadeé, despejando la niebla de mi mente mientras levantaba la vista y encontraba a Holden a mi lado—. Está bien.

«Está bien», repitió mi corazón.

Me pareció que Zeke pasaba horas o incluso días en el suelo, mientras los entrenadores le tocaban las extremidades y lo movían de un lado a otro, haciéndole pruebas, antes de que por fin lo ayudaran a levantarse.

Y cuando logró ponerse en pie, me levanté de un salto, deseando que me encontrara al otro lado del campo.

Los jugadores de ambos bandos empezaron a levantarse, el público vitoreó mientras Zeke dejaba que los entrenadores le ayudaran a salir del campo. Se miró los pies durante un buen rato, pero cuando levantó la vista...

Me encontró.

Me ahogué en un sollozo, le sostuve la mirada y recé con todo lo que me quedaba para que viera cada palabra que no podía decir en aquel momento. Cuando su expresión se quebró, cuando le tembló la mandíbula y tragó saliva, ofreciéndome solo una leve inclinación de cabeza, supe que así era.

No volvió a la línea de banda. Los entrenadores se lo llevaron por el túnel, y yo lo observé en todo momento hasta que su espalda desapareció de mi vista.

Entonces sonó el silbato y se reanudó el partido.

Pero mi corazón ya no estaba en el campo.

Estaba con el chico al que acababan de sacar de allí.

Zeke

Pasó una eternidad antes de que me dejaran volver al campo. Los entrenadores no me quitaban ojo incluso después de que insistiera en que estaba bien. Me llevaron a los vestuarios para hacerme todas las pruebas posibles, incluido un protocolo de conmoción cerebral. Fue un golpe fuerte, que me dejó inconsciente, pero estaba bien.

Magullado, dolorido, pero bien.

Aun así, no me dejaron volver al partido, lo que ya era una tortura de por sí. Pero haberme perdido la mayor parte del último cuarto por estar atrapado en el vestuario con ellos fue un infierno.

Por fin me dejaron volver a la banda cuando quedaban cuatro minutos para el final.

Comprobé el tiempo en el reloj en cuanto mis tacos tocaron el césped, vi el marcador y maldije cuando me di cuenta de que se habían adelantado por un *touchdown* y un punto extra. Apenas había soltado esa maldición cuando mi campo de visión se vio interrumpido.

Por Riley.

Aún tenía los ojos enrojecidos e hinchados y las mejillas sonrosadas por el frío cortante y estaba de pie frente a mí, con los brazos a los lados y los hombros caídos. Me recorrió de pies a cabeza, apretando los labios contra otra oleada de emoción que yo sabía que intentaba contener.

Tenía tantas ganas de atraerla hacia mí, de estrecharla contra mi pecho y asegurarle que estaba bien.

De preguntar si estábamos bien.

Pero lo único que podía hacer era quedarme donde estaba y esperar.

—Zeke... —empezó a decir, pero las palabras se le apagaron y cerró la boca. Durante un rato me miró fijamente, y luego negó con la cabeza, luchando contra las lágrimas mientras enterraba la cara entre las manos—. Dios, pensé...

—Estoy bien —le prometí.

Eso pareció afectarle más, pero respiró hondo, sorbió, mantuvo la cabeza alta e hizo todo lo que pudo para mantener la compostura mientras ambos veíamos cómo la línea de ataque salía al campo.

No era el momento de hablar.

Teníamos un partido que ganar.

Sin mediar palabra, hice un gesto con la cabeza hacia el campo y ambos nos acercamos para colocarnos al lado de nuestros compañeros. La defensa recuperaba el aliento mientras el entrenador hablaba en voz alta, tapándose los labios con el portapapeles. En el campo, Holden aplaudió para romper el timbac que habían hecho, y la ofensiva entró en acción, colocándose para la jugada.

Los últimos tres minutos transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos, y terminaron con un *touchdown* nuestro y un punto extra de Riley a falta de cuarenta y dos segundos. Louisville intentó hacer un pase bomba, pero no lo consiguió y, por segunda vez en la temporada, nos vimos obligados a ir a la prórroga.

Cuando sonó el silbato y Holden salió corriendo al campo para lanzar la moneda, el meñique de Riley rozó el mío.

Me estremecí al sentir el roce y enrollé el dedo alrededor del suyo por un instante antes de que tuviéramos que separarnos: ella para patear y yo para trotar hacia donde me había llamado el entrenador Aarons.

Pero nuestras miradas se cruzaron y el corazón me palpitó en el pecho con un peligroso hilo de esperanza.

Ganamos el sorteo de milagro, lo que significaba que podíamos posponer nuestro turno y ver qué hacía su equipo. Con la salida en la línea de veinticinco yardas, se suponía que conseguirían una patada como mínimo, un *touchdown* si no podíamos retenerlos.

Pero nuestra defensa se mostró impenetrable, sin permitir ni un solo primer *down*, y el público rugió su aprobación mientras los atacantes salían corriendo del campo y entraba el pateador. Se colocó, y me di cuenta de que Riley ni siquiera lo estaba mirando. Seguía haciendo ejercicios en la banda, concentrada y preparada para cuando llegara su turno.

Miré hacia atrás justo a tiempo para ver la pelota volar demasiado a la izquierda.

Golpeó el poste amarillo con un fuerte estruendo que retumbó en todo el estadio.

El público enloqueció, y nuestra línea de banda reflejó esa energía cuando el entrenador juntó las palmas y nos dijo que aún no era hora de celebrarlo. Ahora le tocaba a Holden dirigir nuestro ataque, y él animó al equipo antes de dirigir la primera jugada.

Recorrí la multitud y encontré primero a mis padres. Parecía que mi madre había estado llorando, pero los dos me saludaron, y papá levantó el puño; sus ojos me dijeron sin palabras que estaba orgulloso de mí.

A su lado estaban los padres de Riley, concentrados en el campo.

Gavin estaba sentado al final de la fila, con las ruedas de su silla en el pasillo. Me miró a los ojos y me dedicó una sutil inclinación de cabeza, y el brillo de sus ojos me instaba en silencio:

«Hazlo».

Tragué saliva y metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta de la UNB, con los dedos enroscados en torno a lo que aguardaba ahí.

El pitido del silbato volvió a llamar mi atención sobre el campo, y Riley se unió a mí en la línea de banda poco después, con el casco en la mano y lista para entrar. Cuando fallamos el tercer intento, a solo dieciocho yardas de la línea de anotación, la ofensiva salió corriendo del campo y el entrenador le hizo una señal a Riley para que entrara.

Me miró, se puso el casco antes de que yo pudiera decir nada y salió corriendo al campo.

No pude respirar mientras la veía prepararse para la patada, pero como imaginaba que harían, Louisville pidió tiempo muerto justo cuando ella corría a patear el balón, en un intento de enfriarla.

Y menos mal que lo hicieron, porque iba a fallar.

Se quedó paralizada durante una fracción de segundo y supe que el corazón se le salía del pecho mientras corría para reunirse con el equipo cerca de la línea de banda.

Ahora era el momento.

No tenía mucho tiempo, así que corrí hacia ella y la agarré de la muñeca mientras se daba la vuelta, sorprendida.

—Zeke, no deberías...

Pero sus palabras se apagaron cuando le puse la estrellita de origami en la mano.

Frunció el ceño y abrió la palma de la mano para examinarla antes de mirarme a través del casco.

—Ábrela —balbuceé, con la garganta irritada.

Sus dedos temblaron un poco al desplegar mi foto favorita de nosotros. No íbamos bien vestidos ni hacíamos nada digno de mención. De hecho, parecíamos unos vagos, tumbados en chándal, con el pelo alborotado y una sonrisa perezosa en la cara mientras descansábamos juntos en el viejo sofá de la residencia.

Pero supe que para ella significaba tanto como para mí cuando sonrió y me miró con los ojos brillantes.

—Dale la vuelta —le dije.

Lo hizo, pero antes de que lo pudiera leer, recité el poema que había memorizado, repitiendo palabra tras palabra, preparándome para este preciso instante.

—Alguien que te haga ser mejor —empecé—. Alguien que te inspire y te apoye en el amor y en la vida, que te empuje hacia sueños y metas que de otro modo ignorarías, que sacrifica su tiempo altruistamente para ayudarte a ser una persona más valiente, completa y feliz. Es sagrado —dije, tragando saliva antes de terminar—. Aférrate a un amor así.

Riley apretó los labios, mirando el poema antes de que su mirada acuosa encontrara la mía.

—Beau Taplin —susurró.

Asentí con la cabeza, mirando el reloj y sabiendo que ya solo me quedaban unos segundos.

—Lo siento mucho. Por todo. Lamento haberte hecho daño, haber arriesgado tu beca y mucho más a causa de las prisas, haber quebrantado tu confianza. No puedo prometerte que no volveré a cagarla, Riley. Lo más probable es que lo haga.

El fantasma de una risa salió de sus labios.

—Pero puedo prometerte que estaré contigo todos los días y trabajaré para ser mejor persona por ti. Para ser la persona que ves en mí y que yo aún no puedo ver.

El entrenador le gritó que volviera al campo, pero yo la retuve un momento más.

—Te quiero —murmuré, con cuidado de no decirlo en voz muy alta por si alguien me oía. Pero dije la siguiente parte bien alto—. Y creo

en ti. Puedes hacerlo. —Le apreté la mano antes de soltarla, no sin antes repetir—: Puedes hacerlo.

Le temblaron los labios al esbozar una sonrisa, pero asintió con la cabeza y volvió a salir corriendo justo cuando sonó el silbato. Se colocó donde se lanzaría el balón y dio dos pasos hacia atrás y a la izquierda.

Entonces, sus ojos encontraron los míos.

E incluso a través de las barras de metal de su casco, vi las palabras cobrar vida en sus labios.

«Yo también te quiero».

Lanzaron el balón.

Lo pateó.

Y contuve la respiración mientras lo veía salir volando.

31

Riley

El rugido de la multitud fue ensordecedor.

Fue lo primero de lo que me di cuenta, lo primero que rompió la nube protectora de calma que había forjado a mi alrededor. Ese ruido rompió la burbuja, y después me elevaron por los aires, sobre los hombros de alguien. Me reí y alcé las manos, vi a mis padres y a Gavin en las gradas, que gritaban como locos, los primeros saltaban arriba y abajo y mi hermano agitaba los puños como un salvaje.

Y entonces, encontré a Zeke.

Corrió directamente hacia mí, ignorando a todos los entrenadores que le decían que se quedara quieto y a todos los periodistas que intentaban captar su atención por el camino. Cuando estaba a unos metros de mí, la persona que me llevaba a hombros me dejó en el suelo.

Y acto seguido estaba en brazos de Zeke.

Él me levantó y yo lo envolví, arrancándome el casco y tirándolo al campo. Me sujetó con los brazos, yo le rodeé el cuello y, antes de que pudiera decir una palabra, lo besé.

Me daba igual quién lo viera. No me importaba si estaba mirando el entrenador o algún compañero de equipo, un reportero o todo el maldito mundo.

Zeke se quedó quieto, sorprendido, cuando mis labios chocaron contra los suyos, pero enseguida se le pasó, y me devolvió un beso

insaciable mientras me estrechaba con más fuerza. Tuve que hacer lo imposible por no profundizar el beso y pasar mi lengua por sus labios para pedirle que me dejara entrar.

Pero una cosa era besar a un compañero de equipo.

Otra muy distinta era ofrecer al público un espectáculo para adultos.

Me las arreglé para recurrir a la poca profesionalidad que me quedaba, e interrumpí el beso mientras Zeke me dejaba caer de pie. Retrocedimos, abriendo espacio entre nosotros, pero no me soltó la mano.

Y cuando nos volvimos, nos encontramos con al menos una docena de cámaras y micrófonos que casi nos dieron en la cara mientras un periodista tras otro nos acribillaba a preguntas.

Me quedé perpleja, pero, por suerte, Zeke se mantuvo alerta. Se aferró a mi mano, respondiendo a las preguntas relacionadas con el partido e ignorando las que trataban de averiguar qué demonios había sido aquel beso. Pero incluso los que centraban sus preguntas en la victoria miraron nuestras manos entrelazadas, y supe, sin lugar a dudas, que aquello formaría parte de las noticias del partido.

Probablemente ya fuera tendencia en Twitter.

Qué celoso se iba a poner el pobre Kyle.

Giana querría arrancarnos las cabezas.

—Gracias por venir y por las preguntas, pero ahora vamos a celebrarlo con nuestro equipo —dijo por fin Zeke, y los periodistas nos felicitaron mientras corríamos a reunirnos con nuestros compañeros. Entonces nos separamos, Zeke palmeó el hombro de Holden con un abrazo mientras yo me lanzaba a la espalda de Clay.

El confeti caía como si fuera lluvia, y el público coreaba «¡UNB! ¡UNB!». Alguien estaba repartiendo gorras en las que se leía «Campeones de la Blackberry Bowl» con el año y nuestro logotipo

debajo. Zeke se puso la suya hacia atrás antes de llegar a mí, me recogió el pelo detrás de las orejas y me puso una gorra en la cabeza.

—Enhorabuena, Super Ratona —dijo, con los ojos entrecerrados y una sonrisa fácil—. Acabas de ganar tu primer partido de la *bowl*.

Una amplia sonrisa me iluminó la cara y, como si fuera un imán, volví a inclinarme hacia él, sus brazos me rodearon la cintura y los míos se engancharon a su cuello.

—Hostia, tío —dijo Leo, haciendo una mueca antes de taparse la boca y darse la vuelta.

Holden abrió los ojos como platos y le dio un codazo a Kyle, que intentó sacar el móvil para grabarnos, pero Clay le apartó la mano.

—Ya era hora —dijo, exhausto.

Holden les dio una palmada en el hombro a Leo y a Kyle y los condujo hacia el lugar donde llevaban el trofeo al campo, mientras ambos nos miraban boquiabiertos por encima del hombro. Clay nos guiñó un ojo antes de unirse a ellos, y yo volví a centrarme en Zeke con el corazón desbocado.

—Creo que hay algo más que celebrar —le dije.

Y entonces renuncié a la poca preocupación que me quedaba por lo que la gente pudiera pensar o decir, y volví a besarlo.

Zeke

Después de la ceremonia de entrega de trofeos, el vestuario se convirtió en un frenesí absoluto, y vi al gigante de oro balancearse sobre el mar de compañeros de equipo que coreaban o bailaban o se paraban a posar para fotos y vídeos.

Había perdido a Riley al entrar, y busqué entre la multitud, riéndome cuando un par de linieros defensivos la levantaron y la metieron dentro de la copa.

Eso hizo que el equipo rugiera más fuerte, y un grupo de chicos cogió el trofeo con ella dentro y lo pasearon mientras ella se reía tanto que se puso roja como un tomate.

—Ya vale —dijo al final el entrenador, pero su sonrisa era amplia, y yo sabía que estaba disfrutando del jolgorio tanto como nosotros—. Solo necesito un minuto, luego sois libres de ir a celebrarlo.

Eso provocó una ovación y, de mala gana, los chicos dejaron el trofeo en el suelo y ayudaron a Riley a salir de él.

Sus ojos se clavaron en mí al instante y se me acercó, enlazando su brazo con el mío y apoyando la cabeza en mi hombro.

Los chicos que aún no habían visto nuestras muestras públicas de afecto en el campo hicieron varios comentarios de sorpresa, aunque la mayoría se burlaban de una manera que me decía que nadie estaba sorprendido.

Riley se sonrojó y hundió la cara en mi camiseta antes de mirarme.

Y todo mi puto corazón se paralizó ante esa imagen, haciendo que me preguntara si las últimas cinco horas habían sido una especie de sueño febril del que estaba a punto de despertar.

Cuando ambos volvimos la atención hacia el entrenador, este nos observaba con las cejas arqueadas, sus ojos bajaron hasta donde Riley me agarraba y volvieron a nuestros rostros antes de negar con la cabeza con una sonrisa cómplice y dirigirse al equipo.

—No hace falta que os diga que estoy orgulloso de vosotros, que habéis trabajado duro toda la temporada y aún más esta noche para conseguir esta victoria —dijo—. Pero de todas formas voy a decirlo. Estoy orgulloso de vosotros.

Sonreía, con la cabeza alta, y me di cuenta de que aún no se había cambiado el polo y la chaqueta empapada por la bebida que le habían echado encima después del partido.

Él también estaba disfrutando el momento.

—La Universidad de North Boston ha pasado desapercibida durante demasiado tiempo. Llevan sin vernos desde los noventa, como si esa hubiese sido nuestra única era y desde entonces estuviéramos acabados. Pero después de esta noche... —Sonrió—. Ya no nos ignorarán.

El equipo vitoreó y coreamos antes de que el entrenador levantara las manos para calmarnos de nuevo.

—Esta noche hemos demostrado al país que hemos venido a luchar, que tenemos el poder, el potencial y las agallas para hacernos con el título de campeón nacional la próxima temporada.

Más vítores, algunos chicos golpeaban las taquillas con vigor.

—Pero dejadme ser el primero en deciros que las miradas conllevan presión. Significa que hay tantos seguidores deseando que fracaséis como que triunféis.

Todos asentimos, inclinándonos hacia él, absorbiendo cada palabra mientras el entrenador hacía un gesto con la cabeza al coordinador de la defensa, quien le lanzó el balón del partido.

—Os lo merecéis, todos —dijo, sosteniéndolo en alto—. Pero creo que estaréis de acuerdo en quién se lo merece más.

Poco a poco, uno por uno, cada par de ojos se volvió para mirar directamente a Riley.

Ella se opuso, con las mejillas sonrojadas mientras intentaba esconderse detrás de mí, pero la empujé hacia delante.

—Tengo dos hermanas, Novo —dijo el entrenador, con la mirada fija en ella—. Y una madre por la que haría cualquier cosa. Sé lo difícil que es ser una mujer joven, desde luego. Pero ser la única en

un equipo de hombres, enfrentarte a la presión y al escrutinio que has soportado, y haberlo manejado con tanto aplomo... —Negó con la cabeza—. Eso requiere agallas. Y mucha garra. Ha sido un honor ser tu entrenador esta temporada.

La sonrisa de Riley se tambaleó y sus mejillas se pusieron aún más rojas.

—El balón del partido es tuyo —dijo, pero luego se dirigió al resto del equipo—. Y nosotros somos una familia. Quiero que miréis a vuestro alrededor ahora mismo, a cada persona que os rodea, y que no lo olvidéis. Luchad para proteger eso. Siempre.

—Si alguien se mete con Novo, tendrá que responder ante todos, entrenador, ¡se lo prometo! —gritó Leo, y todos asintieron con un rugido, lo que hizo que Riley se riera y ocultara de nuevo la cara sonrojada.

El entrenador sonrió con satisfacción y le devolvió el balón a Clay, que se lo pasó a Holden, quien se lo entregó a Riley mientras todos aplaudíamos.

—¡Quiero que lo celebréis! —gritó el entrenador por encima del ruido, y la sala enloqueció aún más—. Quiero que cosechéis todas las recompensas que os habéis ganado por derecho propio esta temporada.

Riley lanzó el balón al aire y el entrenador nos miró con una sonrisa de agradecimiento hasta que volvimos a calmarnos.

—Y quiero que descanséis —añadió—. Porque en marzo volvemos a la carga con los entrenamientos de primavera —dijo, moviendo las cejas—. El año que viene estaremos más frescos. Seremos más fuertes. Mejoraremos. Y el año que viene... —hizo una pausa, dejando que esas palabras flotaran en el aire antes de terminar—: no solo nos llevamos un trofeo a casa. Nos llevaremos *el trofeo*.

El vestuario estalló, y justo cuando el entrenador se colgaba las manos sobre las caderas riéndose, dos jugadores lo levantaron sobre los hombros, y los demás nos apretujamos a su alrededor y coreamos:

—¡UNB! ¡UNB! ¡UNB!

Cuando por fin lo dejaron en el suelo, Leo puso música a todo volumen en su altavoz y anunció a qué bar irían después de las duchas. Luego sacó el móvil y entró en directo en las redes sociales, junto con Kyle y algunos otros chicos. Bailaron, besaron el trofeo y respondieron a las preguntas de los fans como si estuvieran en la cima del mundo.

Y eso es exactamente lo que sentíamos.

—Collins, Novo —dijo el entrenador Sanders al pasar junto a nosotros—. ¿Podemos hablar antes de que os vayáis?

Caminó estoico hacia el pequeño despacho del vestuario que nos habían asignado y, aunque era más grande que el nuestro, sentí que las paredes se cerraban cuando nos metimos dentro con él y cerró la puerta tras nosotros.

No se sentó, no nos hizo señas para que nos sentáramos, se quedó en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, supongo que os habéis reconciliado con un beso, ¿eh?

Riley se sonrojó, miró al suelo mientras el pelo húmedo le caía delante de la cara. Me pregunté si su piel se teñiría para siempre de ese precioso tono rosa.

—Mirad, no es asunto mío con quién salgan mis jugadores, siempre y cuando no interfiera en la forma de jugar. No tenemos ninguna política que prohíba salir con compañeros de equipo. —Hizo una pausa—. Seguramente porque ninguno había considerado esa posibilidad.

Tragué saliva y asentí.

—Pero —añadió— sabéis tan bien como yo que los medios de comunicación se van a poner como locos con esto, y que puede que os aguarde un infierno. Sobre todo, a ti, Riley —dijo.

Ella asintió, su mirada ensombrecida por primera vez desde que había marcado el gol de la victoria.

—Tu equipo te cubrirá las espaldas —dijo sin dudar—. Y yo también. Pero espero que seas fuerte, porque en este deporte nadie piensa en tus sentimientos ni en cómo te pueden afectar sus palabras. Aléjate de las redes sociales si puedes. Responde con cuidado a las preguntas de los periodistas. Ambos habéis recibido formación.

—Sí, señor —dije en nombre de los dos, y el entrenador asintió, mirando hacia donde Riley seguía agarrada a mi brazo.

—Y no rompáis —añadió, abriendo la puerta con los ojos en blanco—. Porque no quiero tener que lidiar con eso.

Riley y yo soltamos una carcajada, y el entrenador nos sonrió por encima del hombro antes de salir y reunirse con el equipo en el vestuario.

—Lo has oído, ¿verdad? —preguntó Riley, arqueando una ceja mientras me rodeaba el cuello con los brazos. Los míos agarraron su cintura, atrayéndola hacia mí—. No puedes romper conmigo.

—Estoy bastante seguro de que lo que debería preocuparnos es lo contrario —argumenté, dándole golpecitos en la nariz.

Ella sonrió.

—Bueno, la solución es simple.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—No me hagas enfadar.

Solté una carcajada.

—No prometo nada, Super Ratona.

—Vale. Entonces, al menos, prométeme que no te rendirás cuando me ponga tonta o cuando intente alejarte. —Tragó saliva—. Porque te juro ahora mismo, desde mi sano juicio, que eso es lo último que quiero.

Me incliné hacia ella, presioné mi frente contra la suya y le robé un beso.

—Eso puedo hacerlo.

32

Riley

El perfume corporal de Zeke invadió mis fosas nasales mientras le rodeaba la cintura con los brazos, le apoyaba la cabeza en el hombro y deslizaba una pierna entre las suyas. Me envolvió con la misma seriedad y me besó el pelo aún húmedo de la ducha.

Habíamos salido con el equipo a tomar algo, pero ninguno de los dos quería dar la bienvenida al nuevo año allí. Teníamos otras ideas para celebrarlo, que requerían que él se colara en mi habitación cuando estábamos seguros de que no había entrenadores ni otros jugadores.

Apenas había cerrado la puerta tras él cuando me arrancó la ropa y nos metimos los dos en la ducha. Había sido rápido y desesperado, nos habíamos desnudado en lo que me parecieron segundos antes de reírnos y lavarnos el uno al otro, ponernos el chándal y meternos en la cama.

Ahora, con los latidos del corazón más estables, escuché cómo él imitaba mi ritmo mientras dibujaba círculos en su pecho.

—Bueno —le dije, mirándolo de reojo—. ¿Y ahora qué?

Exhaló un suspiro y me pasó las manos por el pelo antes de dejar caer los mechones húmedos contra mi espalda para repetir el movimiento.

—Ahora eres mi novia. —Negó con la cabeza—. Pobrecita.

Resoplé.

—Hay grupos de fans en internet que creo que no opinarían igual. De hecho, puede que ahora necesite un guardaespaldas.

—Eh, no es mala idea —dijo—. Te mantendría a salvo, y apartaría a cualquier tonto que intentara ligar contigo. Porque si veo...

Sonreí, acurrucándome a su lado.

—Me encanta cuando te pones posesivo.

—Entonces tuvo que encantarte verme retorcerme cuando eras mía pero no del todo.

Me mordí los labios.

—Un poco sí.

Zeke negó con la cabeza y antes de que me diera cuenta de qué estaba pasando, me puso boca arriba y me hizo cosquillas sin tregua mientras me retorcía, pataleaba y casi me meaba encima. La única forma de que parara fue capturando sus labios con un beso, que él profundizó; sus manos se calmaron mientras se acomodaba entre mis piernas.

—Supongo que no tenemos que preocuparnos por decírselo a nadie —dije después de un minuto—. Todo el mundo lo sabe gracias a ese beso en el campo.

Lo dije en broma, pero Zeke debió de notar el ligero matiz de preocupación en mi risa.

—¿Te arrepientes?

—No —respondí con rapidez—. Es que... el entrenador tiene razón. No tengo que entrar en Twitter para saber que probablemente haya miles de personas diciendo cosas muy poco agradables sobre mí.

—¿A quién le importa? Son gente triste y estúpida que se esconde detrás de un teclado —dijo con facilidad—. Como uno de ellos intente decirte algo a la cara, tendrá que responder ante mí.

—Puedo arreglármelas sola, ¿sabes? —advertí.

—Ah, ya lo sé. Pero eso no significa que no me encante tener el honor de encargarme del trabajo sucio.

Sonreí con satisfacción, jugueteando con el pelo de su nuca mientras digería lo que significaba todo esto. Pero cuanto más miraba esos cálidos ojos marrones, más cambiaban mis pensamientos. Me deleitaba en lo que sentía al tenerlo de nuevo entre mis piernas, en cómo se impulsaba con sus brazos sobre mí, en cómo encajábamos a la perfección.

—Te he echado mucho de menos, Zeke —confesé en un susurro que hizo que me temblase el cuerpo.

Frunció el ceño y soltó una larga exhalación antes de dejar caer la frente sobre la mía.

—No tengo palabras para expresar lo triste que he estado sin ti.

—¿Podemos comprometernos a no volver a separarnos?

—Puede que te haga firmar con sangre.

Sonreí y levanté la nariz para rozar la suya hasta que nuestros labios se encontraron. Esperaba que aquel beso le confirmara que no tenía intención de volver a apartarlo.

—No puedo creer que la temporada haya terminado —susurré contra sus labios.

—Ya somos dos. Pero ateniéndonos al discurso del entrenador, la próxima temporada empezará en apenas un par de meses.

—En marzo —respiré, contoneándome debajo de él.

—Parece que falta mucho, ¿verdad? —Me mordí el labio, arrastrando una uña por su columna vertebral—. ¿Qué vamos a hacer con todo el tiempo que queda hasta entonces?

La comisura de la boca de Zeke se curvó.

—Tener citas de verdad.

—¿Citas? —repetí mientras me besaba el cuello.

—Ajá. Citas. Cine. Cenas elegantes. Bailes. Museos.

—¿Museos? —gemí—. Ay, Dios, dilo otra vez.

Zeke me mordió el lóbulo de la oreja.

—Vamos a ir a muchos museos.

Gemí aún más fuerte, y Zeke se rio antes de que sus caderas rodaran entre mis piernas, borrando cualquier broma que quedase.

Luego se arrodilló para agarrarme las muñecas y sujetarlas por encima de mi cabeza.

Las mantuvo ahí mientras me besaba con fuerza y profundidad, apartándose de mis labios solo para arrastrar esos besos abrasadores por mi cuello, por encima de la clavícula y hasta donde podía llegar con la camiseta de tirantes puesta.

Moví las caderas hacia él, necesitaba más, y él aprovechó la oportunidad para sentarse sobre los talones y quitarme los pantalones de chándal con un movimiento rápido.

Alargué la mano hacia él, queriendo desnudarlo, pero se zafó de mi agarre, me tomó de las caderas y tiró de mí hasta que quedé tumbada boca arriba, con las rodillas abiertas, y él se cernió sobre mi sexo como si fuera un festín.

Ahora todo iba más despacio, un cambio drástico con respecto a la frenética sesión que habíamos tenido en la ducha. Esta vez, me besó el interior de los muslos, arrastró la lengua por los pliegues de las piernas y por las caderas, y me dio ligeros toques en el centro de mi cuerpo, que ansiaba más.

Me deleité en su forma de provocarme, en el suave movimiento de su lengua contra mi clítoris mientras sus dedos se deslizaban en mi interior. Sabía cómo tocarme, cómo besarme, cómo combinar ambas cosas para volverme loca.

Estaba a punto de estallar cuando me agaché y tiré de sus brazos, obligándolo a subir para poder saborearme en su lengua. Rodé hasta que él quedó de espaldas al cabecero y, mientras él se subía la

camiseta y yo le bajaba los pantalones, me quité la camiseta de tirantes y me subí a su regazo.

Sus manos se posaron en mis caderas y lo besé como había soñado tantas veces durante el agonizante mes que había pasado, mientras dejaba que me levantara y me colocara sobre él. Introdujo la punta en mí y los dos jadeamos mientras yo bajaba despacio, centímetro a centímetro, para llegar hasta el fondo.

Moví el cuerpo y Zeke se llevó un pezón a la boca mientras yo volvía a bajar y me penetraba más. Cada roce era suave y cuidadosamente colocado, cada empujón nos acercaba más al límite. No nos dimos prisa, no perseguimos el fuego, sino que nos limitamos a provocarlo, frenando antes de que ninguno de los dos pudiera sucumbir del todo.

Nos pasamos lo que nos parecieron horas absorbiéndonos hasta la última gota de placer que nos ofrecía una postura antes de cambiar a otra. Cuando nos soltamos, mis músculos protestaban con cada movimiento y nos dejamos caer sobre las sábanas; éramos un montón de miembros húmedos, abrazados a pesar del calor que irradiaban nuestros cuerpos.

Cuando nuestras respiraciones se acompasaron, Zeke me echó el pelo hacia atrás, sus ojos buscaron los míos.

—En el campo —susurró—. Antes de la patada. Creí... haberte visto decir...

—¿«Te quiero»? —terminé por él—. Sí.

Soltó un suspiro que sonó casi doloroso, hizo una mueca y negó con la cabeza mientras dejaba caer la frente sobre la mía.

—Te quiero, Zeke —susurré, abrazándolo con fuerza—. Te quiero.

Sus brazos me rodearon con más intensidad, apretándome contra él, mientras sus labios capturaban los míos. Me besó durante mucho tiempo y con dulzura, y entonces sus palabras me rozaron el alma.

—Yo también te quiero.

Y aunque sabía que tendríamos que enfrentarnos a grandes obstáculos, que el camino que teníamos que recorrer estaría lleno de gente que deseaba que fracasáramos y que nos esperaban días aún más duros, aquella noche en sus brazos me sentí más segura que en toda mi vida.

No importaba lo que se nos pusiera por delante, había algo que tenía claro.

Lucharíamos.

Juntos.

Y al igual que esta noche...

Ganaríamos.

Agradecimientos

Mi primer gracias va para Lauren Johnson, una mentora con un talento increíble y un ser humano maravilloso. Gracias por tu perspicacia y por ayudar a que este libro brille. ¡Te quiero!

A mi futuro marido, Jack, gracias por dejarme hablar por los codos de fútbol americano y ayudarme a entender las estupideces que para mí no tenían sentido. Tu amor por mí me maravilla cada día más, y estoy más que agradecida por tener una pareja que se interesa por mi trabajo tanto como yo. Te quiero.

A mis lectores alfa, gracias por acariciarme el pelo y ayudarme a elaborar uno de mis mejores borradores hasta la fecha. Lil Turner, fuiste mi persona de confianza para este libro, y no sería lo mismo sin ti. Frances O'Brien, tus comentarios fueron de lo mejor. Brett Marshall, gracias por prestar atención a los detalles. La reina, Trish Mintness, ¡me alegró mucho tenerte en el equipo de nuevo! Como siempre, tus comentarios me ayudaron a mejorar a los personajes y sus trasfondos. Y a Kellee, que me ha acompañado desde el principio, gracias por cuidar siempre de mis libros como si fueran tuyos. ¡Os quiero!

A mamá Von, gracias por amar el fútbol e inculcarme esa pasión en tu casa. Gracias a ti siento una devoción feroz por este deporte y por todos sus jugadores. ¡Te quiero!

A mi equipo beta, fuera de serie, con quien he hecho un montón de correcciones que llevaron este libro a otro nivel. Muchas gracias a Staci Hart, Carly Wilson, Sarah Green, Jannett Corona y Monique

Boone. También a Danielle Lagasse y Sasha Erramouspe por leerlo en la fase Charlie y ayudar con los últimos retoques.

Elaine York, de Allusion Publishing, eres mi apoyo desde hace años. Me encanta que me des ánimos y que siempre me hagas un hueco, pase lo que pase. Gracias por tu esfuerzo en este proyecto y en todos los demás.

A Lauren Perry, de Perrywinkle Photography, gracias por ayudarme a dar vida a mi idea y crear una de mis portadas favoritas hasta la fecha. ¡Entendiste la tarea y sacaste un sobresaliente!

A Tina Stokes, gracias por todo lo que haces para ayudar a que todos mis libros tengan éxito. Eres una amiga de verdad y una asistente increíble. ¡Qué suerte tengo de tenerte!

Muchas gracias a mis amigos de Valentine PR por dar a conocer esta saga y ayudar a que otros se enamoren de ella. Y a nuestra comunidad de blogueros (que incluye a *bookstagrammers* y *booktokers*). Nadie sabría que escribo libros si no fuera por vosotros. Sois el pilar de lo que hacemos, y os doy las gracias.

Y, por último, a ti, lector. Gracias a ti puedo hacer lo que hago. Gracias por leer libros de autoras independientes y gritar a los cuatro vientos los libros que te gustan. Un agradecimiento especial a los que estáis en el grupo de Facebook Kandiland y a los que interactuáis conmigo en redes sociales. Hacéis que esto sea aún más divertido, y ojalá vivamos muchas aventuras juntos.

Notas

Capítulo 4

1. El Super Ratón es un personaje de dibujos animados que fue creado como una parodia de Superman. Apareció por primera vez en 1942 en un cortometraje animado que se llamaba *The Mouse of Tomorrow*. *[N. de la T.].*

Fair Catch
Kandi Steiner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Fair Catch*
© del texto: Kandi Steiner, 2022
© de la traducción: Marta Carrascosa Cano, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025

ISBN: 978-84-08-30563-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Tercera parte de El verano en que me enamoré
Ahora una Serie Original
prime
SIEMPRE NOS QUEDARÁ EL VERANO
JENNY HAN
CROSS BOOKS

Siempre nos quedará el verano

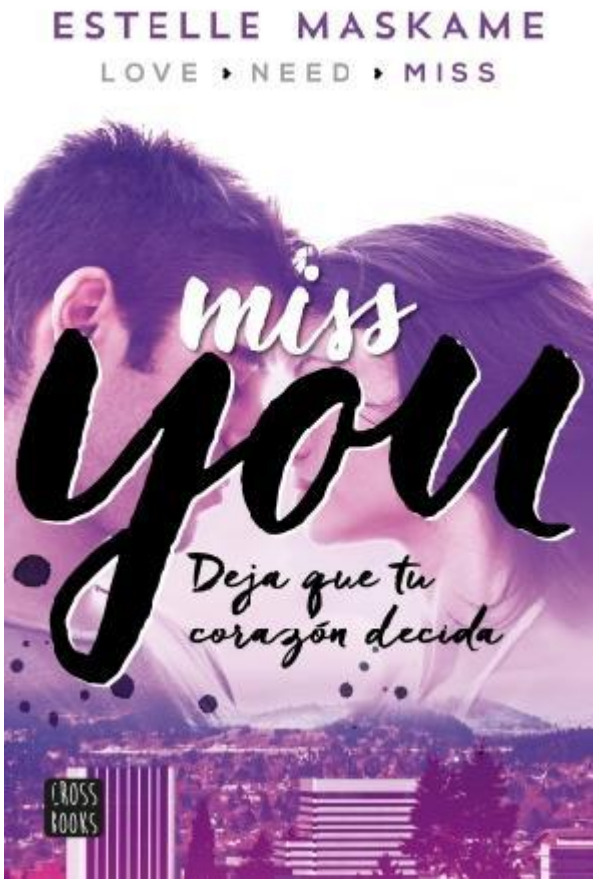
Han, Jenny
9788408115311
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 3)

Belly sólo ha querido a dos chicos en su vida. Y ambos se apellidan Fisher. Tras salir con Jeremiah durante los últimos dos años, está casi segura de que es su alma gemela. En cambio, Conrad no ha superado el error de haberla dejado escapar, así que cuando Belly y Jere deciden dar un paso más en su relación, sabe que no le queda más remedio que hablar ahora o callar para siempre.
Decida lo que decida, Belly deberá enfrentarse a lo inevitable: tendrá que romperle el corazón a uno de los dos.
«**Este libro tiene todo lo que una chica quiere en verano.**» Sarah Dressen
«**Si pudiera vivir dentro de este libro, lo haría.**» Lauren Myracle

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ESTELLE MASKAME
LOVE • NEED • MISS
miss you
Deja que tu corazón decida
CROSS BOOKS

You 3. Miss you

Maskame, Estelle
9788408162520
424

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha pasado un año desde la última vez que Eden habló con Tyler. Sigue furiosa con él por haberse marchado de manera repentina el pasado verano, pero ha hecho todo lo que ha podido para seguir adelante con su vida en la universidad de Chicago. Cuando llegan las vacaciones, regresa a Santa Mónica pero no es la única que ha decidido volver a casa

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
PARA NIÑOS PECULIARES
3
LA BIBLIOTECA DE ALMAS
RANSOM RIGGS
CROSS BOOKS

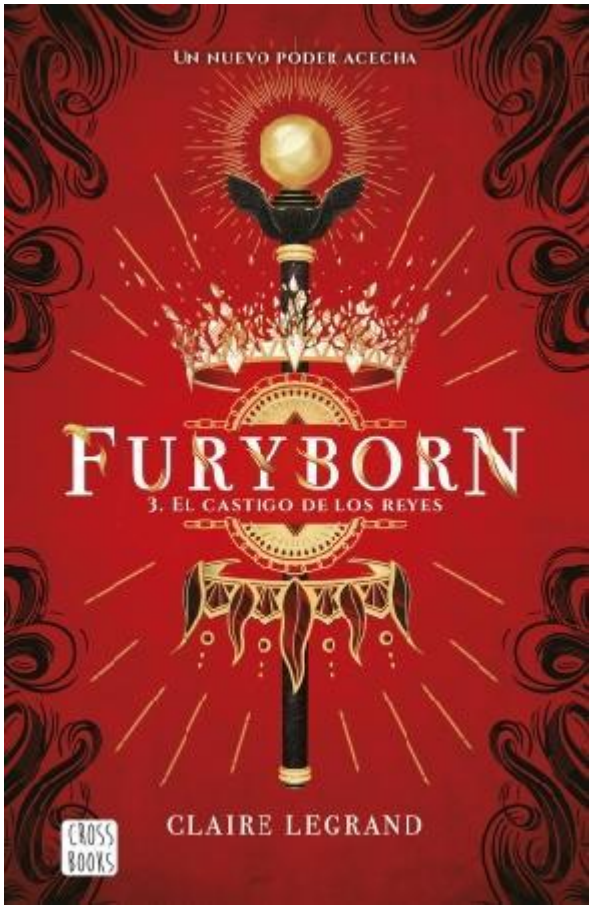
La biblioteca de almas

Riggs, Ransom
9788408164043
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En su lucha por salvar a Miss Peregrine, Jacob y sus compañeros se ven envueltos en una batalla mucho mayor. Tras escapar del escondite asediado de Miss Wren, Jacob desarrolla nuevos y asombrosos poderes y, con la ayuda de Emma y Addison, traza un plan para recuperar a las ymbrines y sus protegidos de las crueles garras de Caul. Para ello, deberán viajar por la Inglaterra victoriana y conocer a nuevos individuos fascinantes que les ayudarán de modos completamente imprevisibles. El destino de los peculiares está en juego, y sólo disponen de esta oportunidad para salvarse para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UN NUEVO PODER ACECHA
FURYBORN
3. EL CASTIGO DE LOS REYES
CLAIRE LEGRAND
CROSS BOOKS

Furyborn 3. El castigo de los reyes

Legrand, Claire

9788408227434

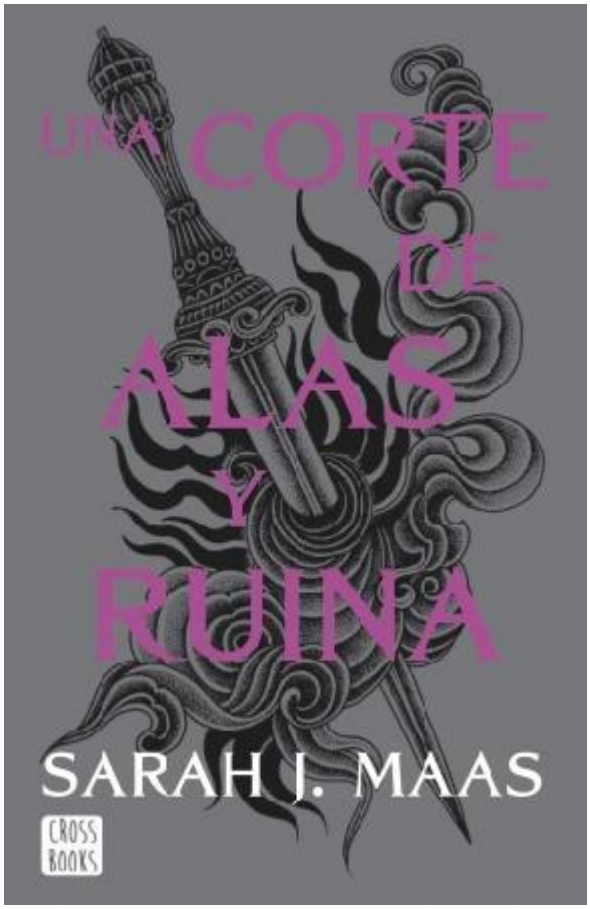
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Rielle ha sido ungida como Reina Solar, pero la Puerta que mantenía aislados a los ángeles ha caído. Para repararla, debe recuperar las siete piezas perdidas de los Santos. Mientras tanto, para ayudar a Audric a proteger Celdaria, deberá espiar al ángel Corien, cuyas promesas de libertad y poder pueden ser demasiado tentadoras.

Siglos después, Eliana ha descubierto que ella es la Reina Solar, la salvadora que la humanidad lleva tanto tiempo esperando. Pero el miedo a corromperse y transformarse en una nueva Rielle la mantiene alejada de un poder que parece demasiado peligroso e impredecible. Perseguida por todos, corriendo contra reloj para salvar a Navi, Eliana debe tomar una decisión respecto a esa corona que nunca deseó llevar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UNA CORTE DE
ALAS Y
RUINA
SARAH J. MAAS
CROSS BOOKS

Una corte de alas y ruina. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408179344

672

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan *sexy*. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 3)

Feyre regresa a la Corte Primavera, decidida a reunir información sobre los planes de Tamlin y del rey invasor que amenaza con destruir
Prythian. Para esto deberá formar parte de un peligroso, e incluso letal,
juego de engaño. Un juego en el que un simple error podría condenar
no solo a Feyre sino también a todo el mundo a su alrededor.
A medida que la guerra avanza sin tregua, Feyre deberá posicionarse como alta fae y luchar por controlar y dominar sus dones mágicos; tendrá que determinar en cuáles de los deslumbrantes altos lores puede
confiar y necesitará buscar aliados en los lugares más insospechados…
Porque llegan tiempos oscuros, en los que la tierra se teñirá de

rojo mientras majestuosos ejércitos luchan por apoderarse del único objeto que podría destruirlos a todos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)